

BREVE HISTORIA de la...

GUERRA DEL 98

España contra Estados Unidos

Miguel del Rey y Carlos Canales

La pérdida de Cuba, Filipinas y las Islas del Pacífico

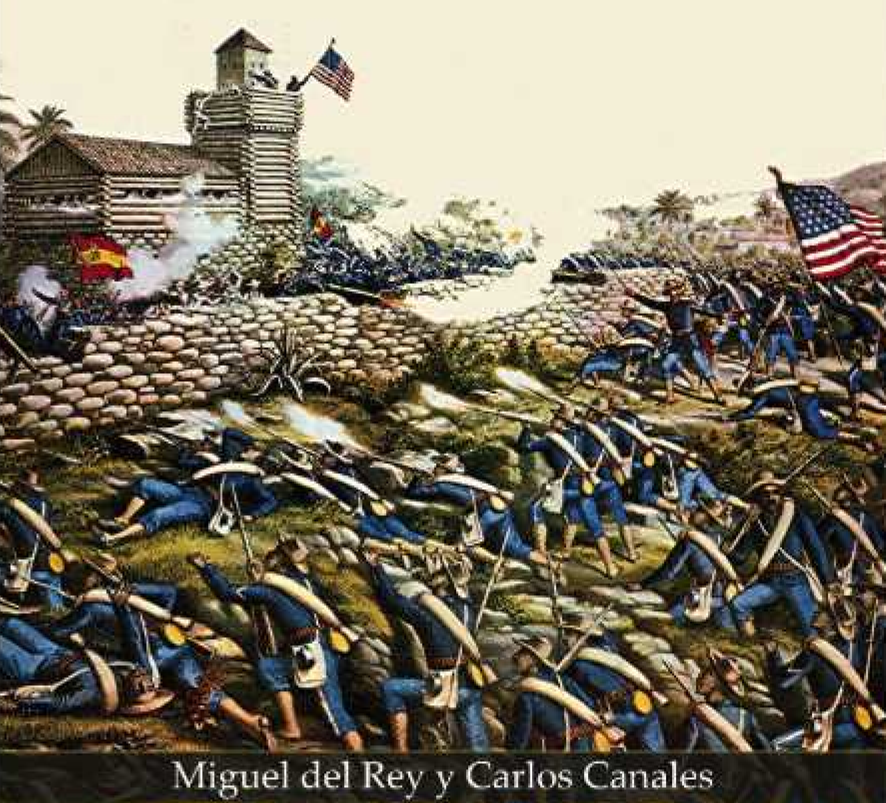
1898: Todo acerca de la guerra que significó para España perder sus últimos territorios en América y Asia. Una visión objetiva y documentada de todos los antecedentes, hechos y batallas. Desde el hundimiento del Maine hasta «los últimos de Filipinas»



BREVE HISTORIA de la...

GUERRA DEL 98

España contra Estados Unidos



Miguel del Rey y Carlos Canales

La pérdida de Cuba, Filipinas y las Islas del Pacífico

1898: Todo acerca de la guerra que significó para España perder sus últimos territorios en América y Asia. Una visión objetiva y documentada de todos los antecedentes, hechos y batallas. Desde el hundimiento del Maine hasta «los últimos de Filipinas»

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA DEL 98

España contra Estados Unidos

Miguel del Rey Vicente
Carlos Canales Torres



Se hace la paz, la razón la aconseja, los hombres de sereno juicio no la discuten; pero ella significa nuestro vencimiento, la expulsión de nuestra bandera de las tierras que descubrimos y conquistamos; todos ven que alguna diligencia más en los caudillos, mayor previsión en los Gobiernos hubieran bastado para arrancar algún momento de gloria para nosotros, una fecha o una victoria en la que descansar de tan universal decadencia y posar los ojos y los de nuestros hijos con fe en nuestra raza (...)

España sin pulso

Francisco Silvela

Diario *El Tiempo*, 16 de agosto de 1898



Índice

En Baler, isla de Luzón

14 de diciembre de 1898, cuatro días después de haber entregado las islas Filipinas a los norteamericanos.

La penuria y la necesidad evidente de arrancar al destacamento del terrible marasmo en que lo veía descendido, me habían inducido hacía ya días a proyectar una salida que además de animar a la gente nos permitiese la recolección de aquellas hermosa calabazas que tan cerca veíamos. Mi objetivo era dar fuego a todo el pueblo y, aprovechando la turbación, tomar aquellos frutos, dar fe de nuestra vida y hacer una cacería de insurrectos.

Aunque pensé en ella la víspera de Nochebuena había tenido que anticiparla, pues la epidemia había llegado al médico que se veía ya postrado y esperaba la muerte sentado en un sillón, para no descuidar a sus enfermos, hasta el último instante. Ayer me dijo: Martín, yo muero, estoy muy malo, si pudiesen traer algo verde quizá mejoraría, y, como yo, estos otros enfermos.

La salida que le había prometido a Vigil, sucediera lo que sucediera y sobre la marcha, ofrecía sus inconvenientes y dificultades a cual más peligrosos. Bien se me alcanzaban los unos y las otras. Mi gente, la disponible para el caso, no llegaría ni aun a veinte individuos, y el enemigo era desproporcionadamente numeroso; nosotros, débiles y entumecidos teníamos que salir a pecho descubierto, y ellos podían esperar en la protección de sus trincheras en la plenitud de su descanso. Parecía efectivamente una locura, y en aquel sacrificio veía yo que se traslucía una esperanza, garantida y segura por lo temerario del empeño.

La sorpresa, en todas las circunstancias de la vida, es de un efecto inmenso, tanto más poderoso cuanto más se acompaña de lo extraordinario o inesperado, cuanta más audacia revista; a ello fiaba yo la consecución de mis propósitos y a ello debí que se realizaran por completo.

Sobre las diez y media u once de la mañana, hora precisamente la menos indicada para cualquiera tentativa, llamé al cabo José Olivares Conejeros, de gran corazón y de mi completa confianza, le ordené que tomase catorce hombres, de los más a propósito; que saliese con ellos muy sigilosamente, uno a uno y arrastrándose, porque no era posible de otro modo, y esto difícilmente, por cierto agujero que daba paso a la trinchera de la sacristía, y que una vez reunidos y calado el machete, sin hacer ruido alguno, se lanzara con ellos de improviso, desplegándolos en abanico, a rodear la casa que daba frente a la parte norte de la iglesia. Uno de los hombres, llevando cañas largas y trapos bien rociados de petróleo, debía dedicarse al incendio, los otros al combate resuelto y desesperado, a todo trance. El resto de la fuerza, que hice colocar en las aspilleras del edificio, tenía la misión de apoyar el ataque, aumentando la confusión con sus disparos, hacer todas las bajas posibles, e impedir que pudieran sofocar los incendios.

Todo salió como se había proyectado y todo con el éxito que nos era tan necesario. Yo procuré distraer con algunas preguntas al centinela que vigilaba en la casa de referencia, muy bien atrincherada, pero este vio muy pronto a los míos y se dio a la fuga ciego de miedo, sembrando el espanto y el desconcierto entre los suyos.

Las llamas, que rápidamente se propagaron por el pueblo, lo recio de la carga, el acierto en el fuego que desde la iglesia les hacíamos, procurando no gastar plomo en balde, y el barullo, el terror que de unos a otros se comunicaba irresistible decidió prontamente una general desbandada que dejó limpio el campo, en menos tiempo del que se tardaría en detallarlo.

Aparte de la sorpresa, que desde luego hubo de realizar allí uno de tantos milagros como refiere la historia militar de todo tiempo, dos razones muy poderosas, dos juicios acrecidos, latentes en la fantasía enemiga, debieron de producir aquel efecto; uno el tradicional de la superioridad española, que veníamos demostrando, y otro el de la violencia, el furor de que debían considerarnos poseídos. Conviene tomar nota, porque bien es de suponer que si en otros lugares y en otras ocasiones hubiérase cuidado no desvanecer estos juicios, previniendo acontecimientos desgraciados, evitando flaquezas y procediendo con resoluciones enérgicas, otros muy diferentes de los que aún lamentamos, hubieran sido los resultados obtenidos.

Aquella gente había formado un concepto muy soberano del *castilla*[1]; y este concepto, que nunca debió descuidarse, pudo valermos mucho. En el hecho de que hablo, multiplicado por lo imprevisto del ataque, decidió aquella pavorosa desbandada que no paró hasta el bosque; medítese ahora lo que hubiera podido lógicamente significar en otras circunstancias mejores, con más fuerza y recursos, llevado a fondo y con objetivos de mucha mayor entidad y transcendencia.

No pudimos contar las bajas debido a la confusión que se produjo; pero supongo que no debieron de faltarles. Allí tengo entendido que murió el cabecilla Gómez Ortiz, el que nos pidió la suspensión de hostilidades. Uno de los centinelas situados en la parte sur cayó muerto de un tiro y allí quedó abandonado en el trastorno; las llamas del incendio, pasando por encima, destruyeron al poco rato su cadáver, y lo mismo sucedió con el pueblo, del que solo respetamos varias casas de las más apartadas, por si llegaba en nuestro socorro alguna tropa, que no le

faltaran los alojamientos necesarios.

Inmediatamente procedimos a destruir la trinchera que tan de cerca nos rodeaba, y como el fuego arrasó las viviendas fortificadas que la servían de apoyo y de flanqueo, pronto quedó espaciada una buena zona, de anchura suficiente para que pudiésemos abrir las puertas de la parte sur, cerradas desde los albores del sitio, que había en la fachada de la iglesia.

Un montículo nos venía impidiendo la vista y dominación del brazo de agua o río que pasaba por el camino de la playa. Esta vía era de mucha utilidad para los rebeldes, que a todas horas bajaban y subían descuidadamente por ella, conduciendo en sus barcos vituallas y refuerzos. Convenía dificultarlo cuando menos y, para ello no había otro remedio que la poda, todo lo más a raíz que sé pudiera. Cortamos allí un claro y el paso quedó al descubierto, no impedido completamente, pero sí bajo el riesgo de nuestros fuegos.

A esta beneficiosa expansión que sobre mejorar nuestras condiciones locales nos franqueaba las reacciones ofensivas, tuvimos la satisfacción de añadir un buen repuesto de hojas de calabacera, calabazas, y todo el sabroso fruto de los naranjos de la plaza; cuanto se pudo y nos pareció comestible. No desdeñamos tampoco las vigas y tablas que pudimos conducir a la iglesia, donde también metimos la escalera dejada la noche del asalto, todo el herraje que se pudo ir cogiendo entre las cenizas de la comandancia militar que, como edificio de madera, nos facilitó buen repuesto de clavos, algunos de más de medio metro de largo, que nos fueron luego de mucha utilidad, y que de haberlos dejado al enemigo le hubieran servido quizás para las cargas de metralla.

Si a todo esto se añade que de nuestra parte no tuvimos que lamentar ningún herido, no creo exagerado considerar aquella temeraria locura como un hecho de armas fecundo y victorioso. La importancia de cada cosa en este mundo debe graduarse por las circunstancias que remedia; la mina de brillantes no vale para el náufrago lo que una humilde concavidad que le ofrece agua; todos los trofeos que llegue a conquistar un ejército no pueden compararse a lo que significó para nosotros aquel enemigo despavorido, aquel pueblo incendiado, la tala de aquel monte que nos impedía la vigilancia de aquel río; la mísera hojarasca y agrestes frutos que hubiéramos repugnado en otro tiempo, y entonces fueron tan codiciosamente recogidos; los clavos y tablones, las trincheras rasadas, el campo despejado, y, sobre todo esto, aquellas puertas de la fachada sur de la iglesia franqueadas al aire, después de cinco meses y medio de clausura, facilitando entrada para la ventilación.

Sí; esa memorable salida, en la que todos cuantos podían tenerse de pie habían hecho verdaderos prodigios, fue para el destacamento de Baler como el soplo de oxígeno para el desdichado que se asfixia. Por de pronto, con el aireo de la iglesia, los nuevos comestibles, frescos y verdes, como pedía nuestro médico, y la esperanza que no pudo menos de respirarse con el éxito, conocióse muy pronto que descendía la epidemia.

Teniente de Infantería Saturnino Martín Cerezo. Jefe del destacamento.

Los sitiados de Baler se mantendrían en su puesto durante 161 días más...

1

LAS CAROLINAS

EL PRIMER AVISO



María Cristina de Habsburgo, regente de España entre 1885 y 1902. Retrato realizado por Ignacio Suárez Llanos en 1881 y acabado por Rafael Monleón en 1887.

Ens volen prendre les Carolines
Ens varen prendre Gibraltar
Ara nomes cal que en prenguin
El carrilet de Sarria.

(Nos quieren quitar las Carolinas
Nos quitaron Gibraltar
Ya solo falta que nos quiten
El trenecito de Sarriá.)

Coplilla popular catalana de 1885.

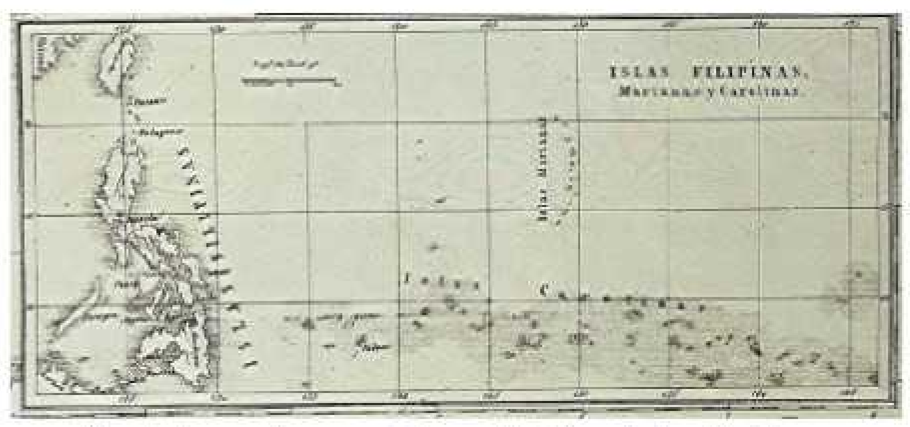
LA CRISIS DE LAS CAROLINAS

La micronesia española, que incluía las islas Marianas y Carolinas, se extendía desde Filipinas hacia el este y abarcaba una extensión de 3.000 millas con cerca de quinientas islas cuya superficie no era mayor de 2.300 kilómetros en total. Ambas tenían su capital en Guaján —ahora Guam—, en las Marianas, y se consideraban administrativamente un enclave único, pero las Carolinas se dividían y subdividían casi de forma infinita. Por un lado estaban las Carolinas Occidentales o Palaos, con las islas principales de Sorol, Yap, Feis, Uluti, Matelotas, Gulu o Peliu; por otro las Carolinas Centrales con Benebey, Valan, o Rue; y por último las Carolinas Orientales, subdivididas a su vez en otros dos archipiélagos.

De todas, las más importantes eran las Palaos, que habían constituido la vía de acceso a las Filipinas —cuando la ruta del Pacífico partía desde Acapulco— y que servían de puente estratégico entre Manila y las Marianas.

Las islas habían sido visitadas por primera vez por el vizcaíno Toribio Alonso de Salazar el 22 de agosto de 1526, cuando la *Santa María de la Victoria*, la última nave de la desastrosa expedición de García Jofre de Loaísa se dirigía a ocupar las Molucas, las islas de las especias.

Dos años después, por orden de Cortés y abriendo el camino de Acapulco que luego seguiría el famoso *Galeón de Manila*, Álvaro de Saavedra había tomado posesión de Uluti en nombre del rey de España y bautizado a las restantes con nombres tan pintorescos como *Islas de las Hermanas*, *Hombres Pintados* o *Los Jardines*. Tras la conquista de las Filipinas en 1565, pasaron a depender administrativa y militarmente de ellas y aunque fueron visitadas varias veces por navíos españoles no recibieron el nombre de Carolinas hasta 1686, cuando Francisco de Lezcano, en un viaje por la zona, las denominó así en honor de Carlos II. En repetidas ocasiones se enviaron misioneros desde las Marianas, pero la actitud de sus habitantes, que distaban mucho de ser dóciles y pacíficos[1], terminó por dejar a un lado la idea de mantener una colonia permanente.



Mapa de las posesiones españolas en el Pacífico a finales del siglo XIX.

Por entonces ya empezaban a ser una presa interesante para la Compañía de las Indias Orientales británica, pero el temor a abrir otro conflicto con España mantuvo a los ingleses alejados.

A partir de 1787 con las crisis políticas casi constantes de la península cesaron las relaciones con el archipiélago y durante la primera mitad del siglo XIX, aunque se habían ido instalando en la zona misioneros estadounidenses y comerciantes de otras muchas nacionalidades europeas las islas seguían sin asentamientos fijos españoles. Los únicos actos de soberanía por parte de España a lo largo de todo el siglo XIX se habían limitado a una reclamación del cónsul español en Hong Kong en 1875 por el que el mercante alemán *Coervan* se había negado a pagar unos aranceles en Palaos y a la visita que había realizado el crucero *Velasco* por la zona entre enero y marzo de 1885, cuando ya un conflicto era inminente, con el fin de demostrar la soberanía española y de crear dos divisiones navales, una en Yap, para la Carolinas Occidentales, y otra en Ponape, para las Orientales.

Realmente los problemas habían comenzado en 1870, cuando tanto Gran Bretaña como el Imperio Alemán, que tenían intereses comerciales en las posesiones españolas de Borneo —la zona septentrional de la isla— y Jolo respectivamente, empezaron a cuestionarse la soberanía de la Corona sobre los amplios territorios insulares, sobre todo, cuando en muchos casos solo estaban teóricamente bajo su dominio.

Bismarck, el canciller alemán, comenzó a argumentar entre 1875 y 1885 un criterio según el cual, si un territorio no estaba ocupado por un país de una forma real y efectiva carecía de derechos de soberanía sobre él. La teoría, que no dejaba de ser vista con buenos ojos por el resto de las potencias, ponía a España en una situación complicada. De hecho Bismarck se refería a ella directamente cuando decía:

España no puede, basándose en gastadas teorías sobre una remota época de descubrimientos, imponer ahora sus derechos de soberanía sobre tierras que siempre han estado abiertas al libre comercio.

LA CONFERENCIA DE BERLÍN

Para resolver todos los problemas coloniales, Alemania quedó encargada de ser el país anfitrión de una conferencia multinacional. Se celebró en Berlín entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885. Allí se repartió África sin que le correspondiese nada a España, más aún, por el Protocolo de Joló, firmado el 7 de marzo, a cambio de reconocer la soberanía española sobre el archipiélago de Joló como dependencia de las Filipinas, algo que era incuestionable, se cedían a Gran Bretaña todos los territorios de Borneo que pertenecieran o hubiesen pertenecido al sultanato de Joló y cuatro meses después, accediendo a lo tratado en Berlín, el territorio de los Camerunes —frente a la isla de Fernando Poo— a Alemania.

A principios de 1885, el gobierno español, dirigido por Antonio Cánovas, que adivinaba la amenaza que se cernía sobre las islas, comenzó a cursar las órdenes necesarias a la Capitanía General de Filipinas para que se ocupara de forma efectiva al menos uno de los tres grupos de las Carolinas, el de Palaos y Yap, al tiempo que promulgaba la Real Orden de 19 de enero que preveía la creación de una colonia y la del 25 del mismo mes, que autorizaba su ocupación. Se constituiría así una segunda sede de gobierno en Yap, que controlaría el área de las tres Carolinas y dejaría la de Guaján solo para las Marianas.

El 6 de agosto, aplicando las teorías de su canciller, el Conde Solms-Sonnewalde, embajador alemán en Madrid, comunicaba verbalmente al gobierno español el propósito de su país de ocupar las islas Carolinas, un territorio que consideraban sin dueño. La nota produjo un considerable revuelo en España con grandes manifestaciones patrióticas y encendidos artículos en prensa.

A partir de entonces, y como ocurriría siempre hasta 1898, los acontecimientos se precipitaron por falta de previsión. El 8 partió de Filipinas el *Manila*, el 10 el *San Quintín* y el 11, con el cañonero alemán *Iltis* ya en ruta hacia el Pacífico, la comunicación verbal de Solms-Sonnewalde se convertía en una nota escrita presentada en forma de ultimátum[2] a la que España contestó al día siguiente. El día 15, dos días después de que se conociese en Madrid la noticia de que los alemanes se estaban apoderando de las islas, y al tiempo que *La República*, el principal diario de la

oposición, calificara su desembarco como un verdadero atentado internacional al que había que responder por la fuerza, el capitán general de Filipinas, Emilio Terrero, enviaba una carta al futuro gobernador político-militar de las Carolinas que decía lo siguiente:

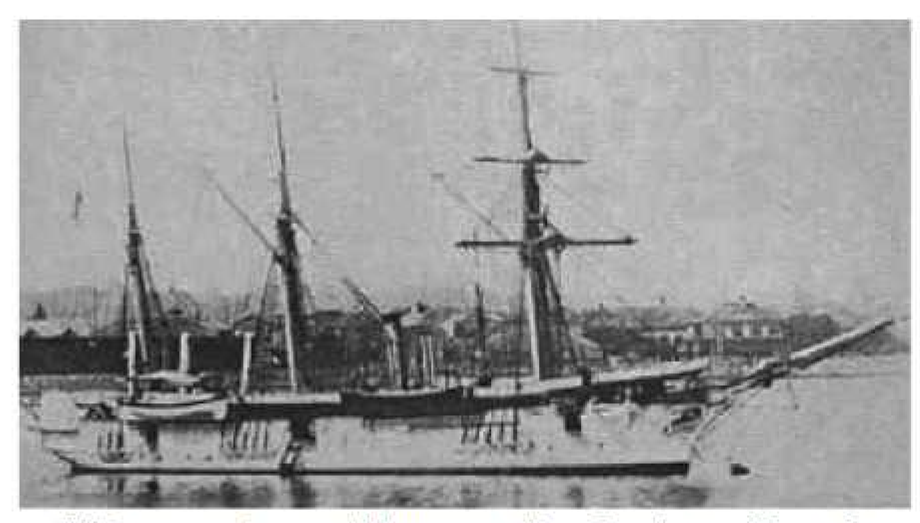
Desgraciadamente usted no desconoce la falta absoluta que tenemos de elementos para rechazar tan inicua agresión, agravada con los temores que abriga el gobierno de Su Majestad de que a la vez pueda ser amenazada esta capital por fuerzas alemanas.

El miedo y la falta de unas fuerzas armadas preparadas para defender el territorio obligaban a la expedición a que se limitara a hacer entender «con toda la prudencia posible» a los navíos hostiles que encontraran que el gobierno español había establecido allí su pabellón en uso de su legítimo derecho y que se protestaría enérgicamente ante cualquier ingerencia que afectase al gobierno del archipiélago.

El 21 el *San Quintín* llegó a Puerto Tomil, en Yap, y el 22 lo hizo el *Manila*. Ambos eran dos buques de transporte de guerra. El primero se había adquirido en 1835; el segundo era el antiguo mercante *Carriedo*, que había sido comprado por la Armada y artillado para cubrir las necesidades del apostadero de Filipinas. Disponían de dos cañones de doce centímetros, dos ametralladoras de once milímetros y botes de vapor a los que se les podían instalar afustes de artillería, algo que les hacía muy útiles para pequeñas operaciones o el cañoneo de la costa. Tras desembarcar a las tropas comenzaron los trámites administrativos para levantar acta de posesión, elegir el emplazamiento de las construcciones y conseguir la adhesión de los reyes locales.

A las cinco y veinte de la tarde del día 24, en medio de una lluvia torrencial que impedía que fuese visible desde tierra, llegó el *Iltis*; hora y media más tarde desembarcaban sus hombres y su bandera para que uno de los oficiales acudiera al *San Quintín* a comunicar oficialmente que según el Tratado de Berlín todo el archipiélago estaba bajo la protección del Emperador Guillermo de Alemania y que presentaba para corroborarlo el acta de posesión firmada por todos los residentes en Yap, tanto nativos como extranjeros.

Capriles, indignado, le contestó que era imposible que pretendiesen legalmente sostener la ocupación y que no estaba dispuesto a arriar la bandera española que se había izado en tierra. Al día siguiente, el capitán del *Iltis*, Hofmaier, exigía personalmente que se retirase la bandera izada en territorio alemán.



El *Iltis*, cañonero de casco de hierro construido en Dantzing en 1878, que fue enviado al Pacífico en 1881. Desplazaba 412 toneladas y se propulsaba mediante una máquina de 250 caballos que la permitía navegar a una velocidad máxima de 10 nudos. Su tripulación estaba formada por 85 hombres entre oficiales y marinería y poseía como armamento dos cañones de 125 mm y dos de 87mm

El enfrentamiento armado estaba a punto de estallar, para evitarlo, el capitán de la fragata *España* decidió asumir el mando y, en contra de la opinión de Capriles, retirar la bandera siempre que no se izase la alemana y se dejase la solución de la crisis a los respectivos gobiernos. Ambos oficiales quedaron de acuerdo y el *San Quintín* partió rumbo a la capital de las Filipinas dejando en Yap al *Manila*.

Los alemanes no cumplieron lo pactado; el 12 de septiembre, para apoyar la reivindicación del *Iltis* apareció el *Albatros*, otro cañonero procedente de Babelzaup, en las Palaos, que había llegado allí una semana antes al mando del capitán Max Pluddeman y que al encontrarse con que el *Velasco* estaba en la isla se había retirado de la zona sin ni siquiera hacerse visible.

Sin buques españoles que pudieran entorpecerle, el 30 Pludderman plantaba su bandera en Fefam, firmando con los jefes nativos de las islas el acta de ocupación y la cesión de soberanía de todas ellas; el 13 de octubre hacía lo mismo en Santiago de la Ascensión, Ponape; el 16 en Pingelap y el 18 en Kosrae, consumando de manera efectiva sus reivindicaciones sobre el archipiélago carolino.

La reacción popular en España al conocerse lo ocurrido fue violenta, hubo alborotos en las principales ciudades y se atacó la embajada alemana en Madrid destrozando su escudo. La opinión generalizada era la de defender el honor a cualquier precio, incluso si la inferioridad naval era manifiesta, y hacer de nuevo oír las

palabras de Méndez Nuñez en el combate del Callao: *más vale honra sin barcos que barcos sin honra*.

No era la misma idea la que tenía el gobierno que, ya trece años antes de que ocurriera de verdad, no estaba muy seguro de poder defender las Filipinas en caso de guerra. Afortunadamente, en su ayuda salió la prensa extranjera, especialmente la francesa, que acusaba a los alemanes de un acto de piratería y de infringir las leyes internacionales. A Bismarck, que romper relaciones con España no le preocupaba mucho pero que no estaba dispuesto a enfrentarse con Francia, no le quedaba otra solución para mantener la credibilidad del nuevo imperio que dejar que la decisión fuese tomada de forma pacífica.

MEDIACIÓN DEL VATICANO

Para ello solicitó la mediación del Papa León XIII, quien comenzó las rondas negociadoras el 22 de octubre. La elección no era casual, Bismarck y el Papa se conocían desde años antes, dado que habían estado negociando la solución a la guerra religiosa que se había desatado en Alemania a causa de la promulgación en 1873 de ciertas leyes contra el clero católico y sus fieles. Lamentablemente la decisión de León XIII, aceptada por el acuerdo de diciembre de 1885, volvió a perjudicar a España:

España conservará la soberanía de las Carolinas Occidentales y a su vez reconoce el derecho de Alemania a seguir efectuando el comercio en la región en las mismas condiciones y derechos que los españoles, así como permitir el establecimiento de instalaciones estables de suministro y carboneo de buques.

Además debía de ceder a Alemania todas las islas que componían el archipiélago de las Marshall, Carolinas Orientales, a cambio de una compensación económica que quedó fijada en cuatro millones y medio de dólares.

Pese a salir favorecida, ante la evidente debilidad española, Alemania no aceptó plenamente el resultado del arbitraje y en abril de 1886 firmó un acuerdo con Gran Bretaña por el que ambas se repartían el Pacífico en dos zonas de influencia sin contar con España. En la alemana quedaban las Marianas y las Carolinas, lo que equivalía a decir que se reservaba el derecho a intervenir militarmente en la zona si consideraba que sus intereses estaban en peligro.



Guillermo I, rey de Prusia y emperador de Alemania (1797-1888). Durante su reinado, muy influido por la presencia de Bismark «el canciller de hierro», la unificada Alemania se convirtió en una potencia mundial. La falta de un imperio colonial y la búsqueda de «un lugar bajo el sol» enfrentó al imperio alemán con las viejas potencias como España.

Que influencia tuvo en la aceptación de todos estos resultados la Reina María Cristina de Habsburgo, de clara influencia germana, regente de España desde el 26 de noviembre de 1885, es algo que nunca se sabrá.

El 19 de febrero de 1886, un año después de las primeras disposiciones, el gobierno de Sagasta, en el poder desde el día siguiente al fallecimiento del rey, aprobaba por fin el Real Decreto relativo a la ocupación efectiva del archipiélago, cursando las órdenes para que el buque *Marqués del Duero* tomase posesión de ellas tras realizar una exploración detallada. En junio se sumaban a la operación el *Velasco* y el *Manila*. En cada una de las islas se llevó a cabo la misma ceremonia: los representantes españoles se reunieron con el cacique de la zona, le explicaron que España tomaba posesión del lugar, firmaron el acta y le entregaron una bandera que debía de guardar e izar en sitio muy visible en caso necesario, para dar testimonio de que esos territorios pertenecían a la Corona española.

Trece años después Alemania volvería a llamar a las puertas de las Carolinas.

2
OBTENER CUBA
A CUALQUIER PRECIO



Derrota de Calixto García por las tropas del general Bosch en 1898, poco antes de la intervención de los Estados Unidos en la guerra. La prensa norteamericana empujó a su nación a la guerra, narrando historias de atrocidades españolas y atribuyendo a sus oficiales y soldados crímenes horrendos. Ilustración contemporánea. Colección particular.

Tras la guerra en Cuba y Filipinas, en toda España se considera inevitable el choque con Estados Unidos... La guerra es mala; la guerra es detestable; es el peor azote de la Humanidad. Seis meses de guerra destruyen cuarenta años de trabajo. Pero hay circunstancias en que la guerra se impone con necesidad ineludible, como al hombre honrado y prudente se le impone el instinto de la defensa cuando es víctima de inesperada agresión.

En este caso se encuentra España, víctima desde hace más de un año de irresistibles exigencias por parte de los Estados Unidos... Hemos pagado indemnizaciones injustas que equivalían a verdaderos robos; hemos consentido un apoyo descarado e insolente a los enemigos de España (...)

Venga en buena hora la guerra si es que los Estados Unidos han de continuar queriendo imponernos su voluntad; pero que vayan a ella todos, absolutamente todos los españoles, sin distinción de nacimientos ni de categorías.

Vicente Blasco Ibáñez.
Diario *El Pueblo*, 3 de abril de 1898.

LOS ANTECEDENTES

El primer levantamiento serio en Cuba se produjo en 1868 y condujo a un largo enfrentamiento de diez años que terminó más por agotamiento que por la aniquilación del rival, principalmente porque no existía un enemigo real. El auténtico fondo de la guerra no era, como había ocurrido en Sudamérica en 1820, la independencia, la creación de nuevos estados o las ansias personales de nombrarse caudillo, eran las relaciones políticas y comerciales con la península.

El gobierno controlaba el azúcar, el principal producto de la isla, y obligaba a cambiarlo con los precios establecidos por su monopolio por las harinas producidas en la península. Como resultado, se exportaba harina cara a Cuba y se obtenía azúcar barato, que revendido a diferentes países producía unos beneficios elevados a los intermediarios y al Estado. El sistema levantaba enormes críticas entre los grandes comerciantes y plantadores de la isla que pensaban que, sin esta salvaguarda, se podrían conseguir harinas y maíz mucho más baratos de los Estados Unidos y ellos obtener ganancias mayores exportándoles directamente su azúcar, tabaco y ron, pero todos los gobiernos que se sucedían en Madrid hacían oídos sordos para no reducir sus ingresos.

A partir de 1886, con la abolición de la esclavitud, los problemas aumentaron y muchas de las pequeñas explotaciones azucareras se arruinaron al tener que prescindir de la mano de obra gratuita que utilizaban y no poder hacer frente al coste de las eficientes máquinas de vapor que se iban implantando. Eso supuso, sobre todo en las ya de por sí empobrecidas provincias de Oriente, el aumento de los terrenos de las grandes plantaciones y el incremento de una población rural y urbana que no tenía trabajo ni posibilidades de subsistencia.

Para evitar que la ruina se extendiera, el gobierno permitió la entrada de capitales extranjeros, que explotaran nuevos negocios como el tabaco y la minería y reimpulsaran la industria del azúcar fuera de los latifundios controlados por los terratenientes isleños y peninsulares[1]. La proximidad atrajo al capital norteamericano por lo que en la isla existían dos fuerzas que difícilmente podían trabajar juntas: la dependencia política del lejano gobierno de Madrid y la económica de los cercanos

Estados Unidos. Si España no lo solucionaba, la población, tarde o temprano, tendría que elegir entre una de las dos y, desde luego, no estaba muy contenta con la madre patria, que les enviaba constantemente emigrantes peninsulares que ocupaban los puestos de responsabilidad en la administración y en el comercio, en detrimento de los nacidos en Cuba, que se veían empujados a procurar ganarse la vida en los Estados Unidos.

Nadie lo vio, o no lo quiso ver. Todos los que se iban a Norteamérica se ponían en contacto con los líderes exiliados de los levantamientos anteriores y se empapaban de sus ideas separatistas, el resultado era fácil de prever: el 24 de febrero de 1895, encabezada por José Martí, se producía una nueva rebelión que ahora sí que buscaba la independencia.

Durante tres años una guerra sin cuartel asoló la isla, considerada por España como una más de sus provincias, y a finales de 1897 la revuelta estaba prácticamente sofocada por el ejército.

Los insurrectos, sin posibilidad de maniobra, habían quedado reducidos a unos pocos centenares que se escondían en la zona de Oriente, pero la Marina y el Ejército de los Estados Unidos no tardarían en acudir en su ayuda.

El interés norteamericano por Cuba se había hecho ya patente a principios del siglo XIX, cuando en una primera ampliación de sus fronteras se hizo con Florida y parte de los territorios mejicanos, y se convirtió en algo ya explícito cuando el 28 de abril de 1823, una semana antes de que el gobierno liberal fuese derrocado para restablecer a Fernando VII en el trono con la ayuda de la Santa Alianza, el embajador norteamericano en Madrid presentó por primera vez al ministro de asuntos exteriores, Evaristo Fernández de San Miguel, una nota en la que se aludía a la *anexión de Cuba como indispensable*.

En junio de 1865 O'Donnell designó a Cánovas ministro de ultramar para recompensarle su integración en el partido del gobierno, la Unión Liberal. Era un momento extraordinariamente favorable para preparar la defensa administrativa, diplomática y militar de Cuba puesto que los Estados Unidos corrían sin freno hacia una guerra civil, y se contaba con la negativa de los estados del sur a contemplar la posibilidad de una Cuba independiente en la que una de las primeras decisiones a tomar hubiese sido la abolición de la esclavitud, medida que por una parte les eliminaba un mercado lucrativo con el que mantenían florecientes relaciones y, por otro, les dejaba demasiado cerca la posible amenaza de una nueva república negra, como ya había ocurrido con la isla de Santo Domingo. El triunfo de los estados del norte cambió la posición estadounidense, pero el gobierno, entregado de lleno a las tareas de la reconstrucción nacional y a la expansión hacia las inexploradas tierras del oeste abandonó por un tiempo la idea de conseguir nuevos territorios.



No coincidieron las mismas circunstancias en 1895. Por entonces la *conquista del oeste* había terminado y treinta años de continuo crecimiento económico situaron a los Estados Unidos como una potencia industrial de primera categoría. Sin embargo, a nivel internacional seguía considerada como una potencia de segundo orden, por lo que, descartada la posibilidad de anexionar el Canadá o continuar absorbiendo México, comenzó a poner sus miras en lo que tenía más cerca, el Pacífico y el Caribe, donde una antigua potencia que se encontraba en clara decadencia mantenía bajo su gobierno grandes territorios insulares y, sobre todo, con dos de ellos, Cuba y Puerto Rico, muy cerca de sus costas.

A partir de entonces, la estrategia militar de los Estados Unidos se encaminó a aumentar su poder marítimo y todos los planes y presupuestos que se elaboraron contaban solamente con una posible actuación de la Marina.

La idea de la intervención comenzó a fraguarse antes del Grito de Baire, cuando ya en Nueva York funcionaba con total impunidad la denominada Junta Cubana, que fomentaba la campaña de prensa contra España iniciada por los periódicos amarillistas de los magnates Pulitzer y Hearst y organizaba desde los puertos norteamericanos, con total impunidad, expediciones que transportaban a la isla armas, municiones y hombres, para atacar los intereses españoles.



William McKinley, presidente de los Estados Unidos entre los años 1897 y 1901. Veterano de la Guerra Civil, fue víctima de un atentado el 6 de septiembre de 1901 a consecuencia del cual falleció ocho días después. Fotografía de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Poco hacía el gobierno de España para acabar con esa descarada parcialidad que mantenía la que, en teoría, era una nación amiga, con los independentistas cubanos. Al contrario, dedicó todos sus esfuerzos desde 1895 a 1898 a satisfacer las injerencias que el gobierno norteamericano realizaba en la política exterior española e implantó el 1 de enero de 1898, para apaciguarlos, el primer gobierno autonómico en Cuba.

Realmente poco más se podía hacer para conseguir el bienestar de los cubanos que tanto deseaba el presidente de los Estados Unidos McKinley cuando olvidaba que eran ciudadanos españoles, ¿era suficiente?, no, según el embajador de su gobierno en Madrid, que por entonces declaraba:

Un solo poder y una sola bandera pueden asegurar e imponer la paz en Cuba. Ese poder es Estados Unidos y esa bandera nuestra bandera.

La postura norteamericana quedaba clara.

EL MAINE

En ese contexto llegaba el 25 de enero el acorazado *USS Maine* al puerto de La Habana en una denominada *visita de cortesía*, solicitada por el cónsul general Fitzhug Lee para salvaguardar los intereses norteamericanos en la isla[2].

El 15 de febrero, tras tres incomprensibles semanas de estancia, una explosión fortuita en el interior del buque provocaba su voladura.

La prensa sensacionalista, que no paraba de vender periódicos a costa de Cuba, no tardó en achacar el incidente a un torpedo o a una mina española, pese a que España reiteraba su actitud conciliadora y ofrecía que una comisión hispano-norteamericana o una neutral investigase lo sucedido. Estados Unidos rechazó la oferta y a partir de entonces precipitó los acontecimientos según iba conviniendo a sus intereses.

El 11 de marzo McKinley daba en el Congreso su versión de los hechos y afirmaba:

He agotado todos los esfuerzos para aliviar la situación intolerable que existe a nuestras puertas.

Era la primera vez. Desde entonces y hasta nuestros días todas las intervenciones del gobierno de los Estados Unidos en una guerra internacional se justificarían por una provocación.

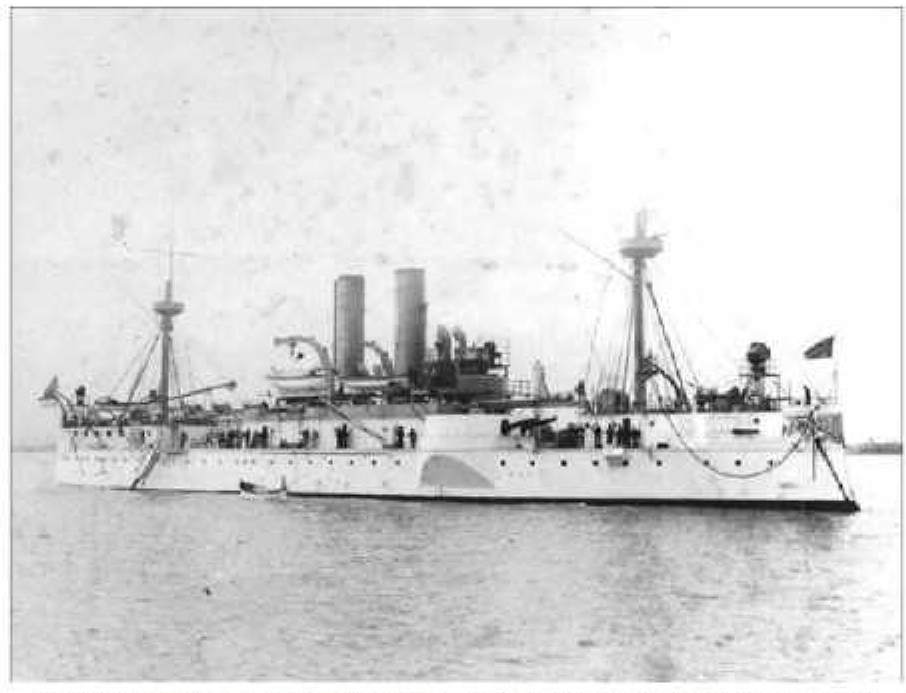
El 19 ambas Cámaras, Congreso y Senado, aprobaban una resolución conjunta que equivalía a un ultimátum:

El Senado y la Cámara de los Estados Unidos reunidos en el Congreso acuerdan:
Primero: Que el pueblo de Cuba es y debe ser libre e independiente.
Segundo: Que es deber de los Estados Unidos exigir, y por la presente su gobierno exige que el gobierno español renuncie inmediatamente a su autoridad y al gobierno de

Cuba y retire sus fuerzas terrestres y navales de la isla.

Tercero: Que se autorice al presidente de los Estados Unidos, se le encargue y ordene que utilice todas las fuerzas militares y navales de los Estados Unidos y llame al servicio activo a las milicias de los diferentes Estados de la Unión en el número que considere oportuno para llevar a efecto las medidas aquí dispuestas.

Y cuarto: Que los Estados Unidos por la presente niegan que tengan ningún deseo ni intención de ejercer jurisdicción ni soberanía, ni de intervenir en el gobierno de Cuba si no es para su pacificación y afirman su propósito de abandonar el dominio y el gobierno de la isla a su pueblo una vez realizada dicha pacificación.



El *USS Maine*, construido en el astillero naval de Nueva York y botado el 18 de noviembre de 1889. Hundido en el puerto de La Habana, fue uno de los pretextos usados por los norteamericanos para declarar la guerra a España.

Un día después era refrendada por el presidente y daba de plazo a España hasta el 23 para que adoptara las medidas pertinentes. El 21 se rompían relaciones diplomáticas y el 25 se producía la declaración de guerra de los Estados Unidos al Reino de España, con efectos retroactivos al 21, puesto que el 22 la escuadra del almirante Sampson, que había partido de Key West —Cayo Hueso, para los cubanos— dispuesta a cumplir las órdenes recibidas de su gobierno que le imponían ejecutar el bloqueo de la isla, apresó en el trayecto, sin advertencia previa, al *Buenaventura*, el mercante español que se convertiría en la primera presa de la guerra.

LOS INVASORES, UN EJÉRCITO PEQUEÑO

La sociedad norteamericana no era partidaria de mantener grandes ejércitos permanentes, solo la Guardia Nacional, un pequeño ejército voluntario de cada estado tenía suficiente representación numérica para responder a un hipotético ataque a la nación pero no estaba preparado para la guerra que se avecinaba. El gobierno de Washington mantenía la esperanza de que si fuera necesario levantar un numeroso ejército, los hombres de las diferentes Guardias Nacionales servirían para incrementar el ejército permanente. Nada más lejos de la realidad, en 1898, los 115.627 hombres de la Guardia Nacional, 9.376 de ellos oficiales sin ninguna experiencia, no contaban ni con el entrenamiento ni el equipo adecuados para combatir.

Pese a todo, el ejército regular era, sin duda, un ejército muy reducido si lo comparamos con los ejércitos europeos de la época, diseminado geográficamente y, por lo tanto, falto de operatividad ya que era prácticamente imposible realizar maniobras conjuntas con algo más de dos regimientos a la vez.

En abril de 1898 estaba formado por 2.143 oficiales y 26.040 hombres, distribuidos en veinticinco regimientos de infantería, diez de caballería y cinco de artillería, que, en su gran mayoría, se encontraban repartidos por todo el país en destacamentos de escaso tamaño. No existía una unidad superior al regimiento, y en muchos de los puestos que ocupaban era difícil encontrar hombres que sumasen efectivos superiores a los de una compañía. Cuatro de los regimientos, el 24° y 25° de Infantería, y los 9° y 10° de caballería eran unidades especialmente creadas para agrupar a los soldados negros —los *soldados búfalos*, como eran denominados por los indios—, fruto del racismo imperante en la sociedad norteamericana y que a pesar de ser usadas en ocasiones como mera *carne de cañón* por el mando, habían demostrado en combate un empuje y una valía superiores en ocasiones a muchas unidades de blancos.

Tras el suceso del *Maine*, en una reunión mantenida en Washington el 4 de abril, a la que asistió Roosevelt, se decidió que si la guerra se declaraba, algo que Estados Unidos ya daba por definitivo, las fuerzas navales llevarían el peso de la campaña bloqueando la isla, destruyendo si llegaba el caso a los refuerzos que pudiese enviar España y forzando la rendición de Cuba con bombardeos masivos de sus buques sobre las principales ciudades.

No se pensó, ni por un momento, en realizar desembarcos a gran escala. Sin

embargo, el ejército, al que la opinión pública le exigía que desempeñase su papel en el conflicto solicitó la realización de varios desembarcos puntuales, a ser posible en la provincia de Oriente, donde podía contar todavía con el apoyo desde tierra de los insurgentes cubanos.

No obstante, como no se podía descartar que hubiese que llevar tropas de forma masiva a la isla para realizar, por ejemplo, un ataque sobra La Habana, la ciudad mejor defendida, el gobierno estimó necesaria la creación de un cuerpo expedicionario de unos cincuenta mil hombres, que, en cualquier caso, serían necesarios para la defensa de la costa oriental estadounidense.

Las escasas unidades de infantería y caballería del ejército regular de las que pudieron disponer se fueron acantonando en el sudeste del país, con dos puntos principales de reunión: Camp Chikamauga en Tennessee, y Tampa, en Florida, con el fin de que el clima de la zona, más similar al cubano, les permitiese acostumbrarse cuanto antes al que encontrasen en la isla, una de sus mayores preocupaciones, pues eran conscientes del grave problema que para ellos supondrían las enfermedades tropicales.



Tropas del Ejército de los Estados Unidos. Equipados con sus viejos uniformes azules y con las pesadas mantas, sufrieron lo indecible en la campaña de Cuba por culpa del calor y las enfermedades tropicales. Duros y audaces, demostraron ser unos soldados a la altura de cualquier ejército europeo. US National Archives.

El 19 de abril, tras la resolución aprobada por el Congreso, el secretario de Guerra, Russel Alexander Alger aseguró rápidamente que el país podría poner en campaña una poderosa fuerza de combate, una afirmación que no era compartida por el comandante en jefe del Ejército, el general Miles, quien afirmó que necesitaría al menos dos meses para formar un ejército expedicionario en condiciones, conocedor, como era, de las carencias en equipo y entrenamiento de sus hombres. Las palabras de Miles cayeron como un jarro de agua fría sobre el presidente McKinley, que no obstante hizo un llamamiento, el 23 de abril, para reclutar ciento veinticinco mil voluntarios, por un periodo de tiempo de dos años, con el fin de rellenar las plazas necesarias para la fuerza expedicionaria y comenzó de forma inmediata a reclutar los oficiales necesarios para mandarla.

La respuesta de la sociedad estadounidense, imbuida por el espíritu patriótico de la eficaz máquina de propaganda de la prensa no se hizo esperar, y unidades enteras de la Guardia Nacional se presentaron inmediatamente voluntarias, llegándose a afirmar que se habían movilizado a cerca de un millón de hombres.

Para apoyar esta convocatoria de voluntarios, el 26 de abril el Congreso autorizó la ampliación del Ejército regular a 64.719 hombres, por lo que en agosto se encontraban bajo las armas un total de 56.000 regulares y 272.000 voluntarios que fueron reorganizados en siete Cuerpos de Ejército que, por motivos muy diversos, no estuvieron listas para entrar en acción hasta principios de junio.

En cuanto se supo que la escuadra española estaba encerrada en Santiago y que no había ningún riesgo de formar un convoy con destino a la isla uno de ellos, el V, al mando del general Shafter, que contaba con una mayor proporción de soldados regulares —de los 819 oficiales y 16.058 soldados que lo componían solo 2.465 eran voluntarios— fue el elegido para ser enviado a Cuba para actuar contra las fuerzas españolas.

Orden de Batalla de V Cuerpo de Ejército
(869 oficiales y 17.349 soldados)

1ª División (Major General Jacob F. Kent):
1ª Brigada (Brigadier General H.S. Hawkins):
6º

Regimiento de Infantería

16º Regimiento de Infantería

71º Regimiento de Infantería de Nueva York (Voluntario)

2ª Brigada (Coronel E.P. Pearson):

2º Regimiento de Infantería

10º

Regimiento de Infantería

21º Regimiento de Infantería

3º Brigada (Coronel C.A. Wikoff):

9º Regimiento de Infantería

13º Regimiento de Infantería

24º Regimiento de Infantería

2º División (Major General Henry W. Lawton):

- 1ª Brigada (Brigadier General W. Ludlow):
  - 7º Regimiento de Infantería
  - 12º Regimiento de Infantería
  - 17º Regimiento de Infantería
- 2ª Brigada (Coronel E. Miles):
  - 8º Regimiento de Infantería
  - 22º Regimiento de Infantería
  - 2º Regimiento de Infantería de Massachussets (Voluntario)
- 3ª Brigada (Brigadier General A.R. Chafee):
  - 1º Regimiento de Infantería
  - 4º Regi-

miento de Infantería

- 24º Regimiento de Infantería

Brigada Independiente (Brigadier General J.C. Bates):

- 3º Regimiento de Infantería
- 20º Regimiento de Infantería

División de Caballería

(Major General Joseph Wheeler, sustituido durante la campaña por el Brigadier General Young):

1ª Brigada (Brigadier General S.S. Summer):

- 3º Regimiento de Caballería
- 6º Regimiento de Caballería
- 9º Regimiento de Caballería

2ª Brigada (Brigadier General S.B.M. Young):

- 1º Regimiento

de Caballería

- 10º Regimiento de Caballería
- 1º Regimiento de Caballería Voluntario (Rough Riders)

Batallón de Artillería (Major J.W. Dillenback):

- 1º Regimiento de Artillería (baterías E y K)
- 2º Regimiento de Artillería (baterías A y F)
- 4º Regimiento de Artillería (baterías G y H)

Brigada Duffield (Brigadier General H.M. Duffield):

- 9º Regimiento de

Voluntarios de Massachussets

33º Regimiento de Voluntarios de Michigan

34º Regimiento de Voluntarios de Michigan

8º Regimiento de Voluntarios de Ohio

Cuerpo de Ingenieros

Destacamento del Cuerpo de Señales

Cuerpo de Sanidad

1er Escuadrón del 2º de Caballería



Buffalo Soldiers. Soldados negros del 10º de Caballería de los Estados Unidos. Fotografía tomada en las guerras indias la década anterior. Su aspecto en líneas generales no había cambiado cuando tuvieron que ir a Cuba. Lucharon excelentemente bien por su país, como sus padres y abuelos y como harían sus hijos y nietos pero, a pesar de ello, la segregación en el *US Army* se mantuvo hasta 1947. US National Archives.

El que pareciera que había hombres suficientes no solucionaba el verdadero problema del ejército norteamericano, su falta de preparación y organización. Desde la Guerra Civil no habían existido unidades mayores que el regimiento, y los oficiales no tenían la capacidad ni el entrenamiento suficientes como para mandar Divisiones o Cuerpos de Ejército. Jamás se habían llevado a cabo maniobras con semejante número de tropas y no existía, por lo tanto, una táctica adecuada a su empleo. Lo mismo pasaba con la logística; la administración militar llevaba treinta años actuando solamente para equipar y mantener a veintisiete mil hombres, pero ahora, de un día para otro, debía de adaptarse para pertrechar a diez veces ese número.

La pesadilla administrativa que ello representaba se vio claramente reflejada desde el principio de la campaña, cuando las tropas que iban a marchar sobre Cuba se reunieron en el puerto de Tampa, un lugar con un solo muelle y un único ferrocarril, que ni siquiera era de vía doble, permanentemente colapsado originando tal confusión durante más de dos días en el proceso de embarque, que solo pudo solucionarse mezclando todo tipo de unidades en los veintinueve barcos de transporte y 6 de apoyo con que contaban y dejando atrás caballos, suministros, armamento, y, sobre todo, a cerca de diez mil hombres, como no pareciendo prever que iban a la guerra y que desembarcarían con toda probabilidad en una costa hostil.

La organización del ejército norteamericano estaba basada en la británica de principios de siglo, también un ejército profesional. Su unidad básica era el regimiento, formado generalmente por dos batallones, pero con la posibilidad de ser ampliados a tres, previa autorización del Congreso. Estos a su vez constaban de cuatro compañías. Sin embargo, los regimientos que se enviaban eran unidades de un solo batallón, compuesto de 10 compañías; dejando las dos restantes como depósito para la formación y entrenamiento de los nuevos reclutas que cubriesen las bajas que se fueran produciendo. Cada una de las compañías debía de estar compuesta por unos 140 hombres pero tampoco se cumplió y partieron incompletas, en muchos casos incluso al 50% de efectivos, dando lugar a regimientos que no sobrepasaban los 500 hombres.

Los regimientos de caballería estaban formados, sobre el papel por tres escuadrones, divididos cada uno de ellos en cuatro compañías de 100 hombres, lo que totalizaba unos 1.200 hombres por regimiento. Pero igual que había pasado con la infantería, cada regimiento solamente partió con dos escuadrones, no sumando en total más de 400 hombres por regimiento; agravado por el abandono en Florida de sus monturas, lo que obligaba a que la gran mayoría de sus hombres tuviera que combatir a pie.

Por su parte las unidades de la Guardia Nacional, y en general, todas las de voluntarios tanto de caballería como de infantería, contaban sobre el papel con un mayor número de efectivos y mayor porcentaje de plantillas, estimándose el nivel de cada uno de estos regimientos de infantería en unos 860 hombres; no obstante, la eficacia de estas unidades, a pesar de su mayor número de hombres, era mucho menor que las del ejército regular, ya que la mayoría de sus efectivos apenas había tenido tiempo de recibir un entrenamiento básico, el cual, motivado por las anticuadas armas que todavía portaban sus miembros, se basaba principalmente en la evolución y mantenimiento de formaciones cerradas de hombres. A la caballería voluntaria le había pasado lo mismo que a la regular, y sus animales no habían partido con ellos en la mayoría de los casos, por ejemplo, los 600 jinetes de los *Rough Riders*, el 1er Regimiento de Caballería Voluntario, estaban desmontados.

La artillería también fue reorganizada a última hora en regimientos, y empezó a adquirir modernos cañones de tiro rápido tratando de reforzar sus unidades, pero dejó en servicio numerosas piezas de avancarga utilizadas 30 años antes. La del V Cuerpo combatió dividiéndose en baterías con aproximadamente unos 80 hombres por cada una de ellas y cuatro piezas independientes. Disponían de 16 cañones de campaña de 81 mm, 4 obuses de 7", 8 morteros de campaña de 91 mm, un cañón de dinamita y 4 ametralladoras Gatling.

Su uniforme tampoco estaba muy adecuado, casi todos los hombres, especialmente los de infantería, llegaron a Cuba con camisas de franela azules, pantalones de lana y botas de cuero, las peores ropas para una guerra en el trópico. Su uso llevó a muchos de los soldados a caer exhaustos por el calor, solamente remediado por el escaso consuelo que suponía la autorización para recogerse las mangas de la camisa o que las prendas se degradaran hasta quedar hechas jirones por la humedad. Únicamente algunos oficiales con dinero y más previsores pudieron hacerse a sus expensas con camisas caquis de algodón, más prácticas para el clima de la isla.

Al armamento que portaban le pasaba algo parecido, aunque desde mediados de la década de 1890 el ejército regular había comenzado a modernizarlo para paliar en la medida de lo posible las deficiencias de su adiestramiento y habían abandonado sus armas monotiro de pólvora negra para reemplazarlas por fusiles y carabinas del modelo Krag-Jörgensen —introducido en 1893—, de cerrojo, calibre 0,40, y cartuchos de pólvora sin humo, no todo el ejército pudo estar equipado así a tiempo y la Guardia Nacional y las unidades de voluntarios partieron con anticuados fusiles Springfield modelo 1873, monotiro, de pólvora negra.

Sin embargo, a pesar de esas carencias, muchos de los hombres, tanto del ejército regular como de las unidades voluntarias, tenían experiencia en las guerras contra los indios, eso y el espíritu patriótico fue lo único que, en muchas ocasiones, les ayudó a sobrellevar las penalidades a las que se enfrentaban.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL DE ULTRAMAR

Al otro lado iban a encontrarse con una organización radicalmente distinta. A finales del siglo XIX el ejército español era una enorme y costosa maquinaria que

crecía sin cesar alimentándose de todos los hombres y recursos que le pudiera proporcionar el Estado[3].

Para la defensa, el territorio se dividía en metropolitano y de ultramar. En 1898 el metropolitano lo formaban la Península, las Islas Baleares, las Islas Canarias, Ceuta y Melilla y estaba dividido en 8 Regiones Militares, 2 Capitanías Generales y dos Comandancias Generales[4]. Cada una de estas Regiones contaba con 1 Cuerpo de Ejército que ostentaba como número el de la propia Región compuesto por un Cuartel General, un Estado Mayor, 2 divisiones, una Comandancia General de Artillería, una Comandancia General de Ingenieros, Administración Militar y Sanidad Militar. Lo que hacían, sin contar a los 468 hombres que formaban las tropas de la Casa Real, un total de 220.000 jefes, oficiales, suboficiales y clases de tropa, distribuidos en 56 regimientos de infantería, 4 de infantería en África, 2 de infantería en Baleares, 22 batallones de cazadores, 28 regimientos de caballería de línea, 3 de cazadores de caballería, 16 de artillería de campaña, 10 de artillería de plaza, 1 batallón disciplinario, 1 brigada topográfica, 1 batallón de telégrafos, 4 regimientos de zapadores-minadores, 1 de pontoneros y 1 batallón ferroviario. Unos números quizá demasiado elevados para un censo de población que en la península era de unos 18.000.000 de habitantes en 1897.

Los efectivos necesarios se cubrían con voluntarios o por medio de quintas, sistema por el que anualmente eran sorteados los mozos en edad militar, que, en la ley de 1885 modificada parcialmente en agosto de 1896, se había establecido en 19 años, una edad que no se elevaría a los 20 hasta 1899, y que disponía la duración del servicio en tres años, a cuyo término, los mozos pasaban a la situación de reserva activa, que duraba alrededor de otros ocho.

Aunque la Constitución de 1876, en su Artículo 3, expresaba la obligatoriedad del servicio militar para todos los españoles, existieron hasta 1912 tres formas posibles de eludir las obligaciones militares: los *excedentes de cupo*, que no recibían ninguna formación militar y pasaban a integrar la segunda reserva durante ocho años; la *sustitución* y la *redención a metálico*.

La *redención a metálico* permitía a aquellos mozos que abonasen 1.500 pesetas eludir el servicio militar en la península; mientras que para los mozos destinados a ultramar era una práctica habitual presentar un *sustituto* al que se abonaba una cantidad de dinero por ello. Cuando el gobierno comenzó a mandar a Cuba refuerzos de los regimientos peninsulares la *redención a metálico* se multiplicó, por lo que la guerra quedó solo para los hijos de las clases bajas mientras las clases medias y más acomodadas, que conseguían evitar su marcha, la veían con total indiferencia.



Los reclutas españoles llegaban a las Antillas apenas sin instrucción y eran muy vulnerables a las enfermedades. Sin embargo, se comportaron muy bien en los combates ante los norteamericanos y los insurgentes cubanos. *La Ilustración Española y Americana*.

Cada División de un cuerpo de ejército estaba formada por un núcleo de tropas que dependían directamente del Cuartel General y que solían estar compuestas por 1 regimiento de caballería, 1 regimiento de artillería y los servicios. Su núcleo operativo lo formaban 2 brigadas que estaban formadas usualmente por 2 regimientos de infantería, en el caso de la brigada de Infantería; 4 batallones de cazadores en el caso de la brigada de cazadores o 2 regimientos de caballería en el caso de la brigada de caballería.

La organización de los regimientos variaban según el Arma al que pertenecían; los de infantería se componían en teoría de plana mayor y 2 batallones, pero solo existían en 13 de ellos, en los 43 restantes solo había 1; los de caballería los formaba la plana mayor y 4 escuadrones; los de artillería, plana mayor, 4 baterías y 1 columna de municionamiento y en los de ingenieros, plana mayor y 2 batallones en las unidades de zapadores-minadores, y plana mayor y 4 compañías en las de pontoneros.

El batallón de la infantería o el escuadrón de la caballería estaban formados por: 4 compañías, igual que el de ferrocarriles o el de telégrafos; el de artillería lo

componían de 4 a 6 baterías.

Las fuerzas militares de ultramar estaban compuestas por el ejército permanente, entendiéndose como tal las tropas de todas las armas que guarnecían una determinada posesión con anterioridad; el ejército expedicionario, formado por los cuerpos llegados de la península para tomar parte en una campaña mientras durase; los cuerpos francos o de voluntarios activos reclutados *in situ* y las tropas irregulares organizadas en el lugar de origen, que podían ser milicias, guerrillas, voluntarios urbanos... un sin fin de cuerpos militarmente organizados que constituían la reserva del ejército activo. Las unidades allí estacionadas se completaban mediante el reenganche de aquellos que habían finalizado su servicio pero deseaban prolongarlo, mediante voluntarios procedentes de las unidades con guarnición en el territorio peninsular, con soldados licenciados menores de 35 años, mediante sorteos especiales entre las diversas unidades del Ejército peninsular o con los reclutas del cupo anual elegidos por sorteo.

Su organización, según el anuario militar de 1898, quedaba dividida en tres capitanías generales; la de Cuba, la de Puerto Rico y la de Filipinas.

La de Cuba era la más numerosa, sus efectivos de 7.182 jefes y oficiales y 184.647 soldados provenientes de los cuerpos propios del ejército de la isla, más los 57 Batallones peninsulares enviados como refuerzo a lo largo de los últimos años se repartían entre las provincias de La Habana, Matanzas, Pinar del Río, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba[5], organizados en 7 divisiones, 16 brigadas, 8 medias brigadas y 4 guarniciones, contando infantería, caballería, ingenieros, guerrillas, sanitarios y guardia civil; a esas fuerzas regulares había que añadirles 86.000 voluntarios entre oficiales y tropa. La enumeración exhaustiva de todas las unidades y los puestos que guarnecían sería demasiado extensa, baste saber que aunque parecía un ejército numeroso, no lo era tanto si se tenía en cuenta la cantidad de territorio a cubrir y que podía haber unidades que estuviesen compuestas de cinco o diez hombres, otras escasas de fusiles o algunas que solo sirviesen para desfiles dominicales. En general solo eran plenamente efectivas, y no siempre, las unidades que llegaban desde la península, pero tardaban mucho en aclimatarse a las condiciones de temperatura y humedad de las zonas a las que eran destinadas. En el número de mayo de 1895 de la revista *La Ilustración Española y Americana*, podemos leer lo adversa que podía llegar a ser la vida del soldado en la jungla:

...las marchas y contramarchas, las frecuentes emboscadas, los padecimientos por los cambios de temperaturas, las más de 300 especies de moscas, el mosquito jején o lancero, el repugnante rodador, las cucarachas aladas, el bicho candela, que puede cegar al hombre...

Por todo ello, cerca de 25.000 soldados se encontraban hospitalizados, algunos de ellos heridos en combate por los insurrectos, pero en su gran mayoría, víctimas de las fiebres y enfermedades. En el ya citado número de la Ilustración, el autor del artículo, Adolfo Llanos, nos refiere sobre el gran número de bajas:

...cuando un batallón de 500 plazas sale de Europa, va dejando hombres por el camino; el 7 por 100 en la travesía; el 15 por 100 por los servicios, los destacados o agregados; antes de romper el fuego ya se reducen a 280 fusiles; en dos meses más, las marchas, el sol ardiente, la humedad, el relente, las lluvias torrenciales, los frutos del país, la mala calidad del agua en los terrenos bajos, merman la fuerza del batallón en otro 30 por 100; ya no son más que 196 fusiles. De suerte que, sin haber intervenido aún el plomo enemigo, ni el vómito, ni el pasmo, el batallón de 500 plazas a duras penas suman 200 para batirse.

Todos estos efectivos estaban repartidos controlando y protegiendo las grandes ciudades, los puertos y las zonas de terreno abierto en las trochas[6], donde se establecían pequeños destacamentos que guarnecían sus fuertes y reductos.

Aunque estratégicamente el ejército de la metrópoli había establecido como unidad más maniobrable y fundamental en campaña la compañía, al mando de un capitán, en lugar del batallón, y había instituido el concepto de *agrupación táctica*, que empleaba una combinación de unidades de infantería, artillería y caballería, el tipo de lucha llevado a cabo en Cuba contra los insurrectos obligó a replantear su organización de combate, pues al enfrentarse a unas fuerzas no convencionales en un terreno prácticamente carente de rutas de comunicación y con unas características geográficas difíciles, se hacía impensable un choque a campo abierto en el que la superioridad táctica y material de la que se disponía se impusiese. Se creó por tanto un nuevo sistema específico para la isla apoyado en las *Guerrillas Montadas*, unidades que se movían con agilidad por el terreno, buscando y persiguiendo al enemigo, y en las columnas móviles de infantería, que eran las encargadas de localizar y destruir a las partidas de insurrectos.

El 8 de agosto, cuando fue asesinado Cánovas por encargo de Ramón Betances[7], puertorriqueño independentista unido a los cubanos y delegado de la junta cubana en París, el ejército al mando de Valeriano Weyler, capitán general de la isla, había

terminado con la mayoría de los cabecillas insurgentes, pacificado la región de occidente y se disponía a realizar en los meses siguientes una gran ofensiva sobre Oriente para acabar con Calixto García y poner fin a la rebelión por mucho que les pesase a los norteamericanos.

La llegada al poder de Sagasta trajo consigo el cese de Weyler, víctima de una injusta campaña de prensa orquestada por los diarios estadounidenses y los independentistas cubanos, y su sustitución por Ramón Blanco, un hombre que ya había fracasado como capitán general de Cuba en 1879 y como capitán general de Filipinas en 1896.

Ramón Blanco, un general que se manejaba mucho mejor en la corte que en el campo de batalla, había escrito a la Reina, temerosa de que la guerra en Cuba afectase a la sucesión del rey niño, sobre la relación afectuosa que le unía con Calixto García, *el insurrecto más noble que había conocido*, como él decía, y se había ofrecido para solucionar las que consideraba lamentables decisiones tomadas por Weyler en Cuba:

Dios se apiade de España y mejore sus horas... sé cuán poco valgo, pero si de algo sirvo disponga V.M. de mí, dispuesto como estoy siempre a sacrificarme por mi Reina y por mi Patria do quiera que me necesiten.

En Puerto Rico la presencia militar era mucho menor. Las manifestaciones independentistas producidas en otros territorios de la Corona no habían tenido tanta intensidad y la isla se mantenía estable y pacífica. Su guarnición la componían 21 batallones de infantería, 1 batallón de artillería de plaza, 1 tercio de la Guardia Civil, 1 cuerpo de Orden Público y 1 Brigada de Sanidad, lo que hacían algo más de 16.000 hombres. Junto a estos cuerpos del ejército regular estaban 15 batallones de infantería del Cuerpo de Voluntarios y un grupo de guerrillas montadas.



Soldados españoles posan para el fotógrafo. En las dos principales batallas de la guerra la infantería española luchó con enorme valor y tesón contra un enemigo enormemente superior.
Foto Museo Militar de San Carlos.

El caso de las Filipinas era similar al de Cuba pero agravado por la distancia que la separaba de la metrópoli y porque el ejército regular de las islas tenía unas características especiales; mientras que en el resto de los territorios las unidades estaban formadas por *iguales*, en el archipiélago el mando se componía única y exclusivamente de jefes y oficiales nacidos en la península, mientras que la clase de tropa era mixta e integraba a un alto porcentaje de nativos.

En 1896 se había producido una insurrección generalizada encabezada por el partido independentista Katipunan que había podido sofocarse una año después pagando a su jefe Emilio Aguinaldo[8] para que se exiliase a Hong-Kong, por lo que al comenzar 1898 el estado de fuerzas del archipiélago era superior a la guarnición que se mantenía con normalidad. Se disponía de siete regimientos de infantería, un batallón disciplinario, dos escuadrones de caballería, un regimiento de artillería de plaza, dos baterías de artillería de montaña, un batallón de ingenieros, una brigada de sanidad, una compañía de administración militar, una sección de Guardia Civil Veterana, tres compañías de Carabineros —formadas ambas por peninsulares—, tres tercios de guardia civil formados por indígenas y quince batallones de cazadores expedicionarios, numerados del 1 al 15, que se habían enviado desde la península para sofocar la rebelión. En total 43.656 hombres entre jefes, oficiales y soldados a las órdenes del capitán general Basilio Augustín, que había reemplazado el 11 de abril de 1898 a Fernando Primo de Rivera. Las unidades se hallaban desplegadas en torno a dos cabeceras militares; la de Manila, en la isla de

Luzón, y la de Zamboanga en la isla de Mindanao. Esta zona, junto al archipiélago de Joló, era la más conflictiva y necesitaba una vigilancia permanente, pues presentaba un peligro doble. Por una parte sus aguas estaban plagadas de piratas que impedían la navegación y el comercio, y por otra, los jefes locales no terminaban de asumir la presencia española, por lo que aprovechaban la falta de unidades militares para no cumplir ninguno de los acuerdos a los que llegaban los rebeldes con las autoridades de Manila.

Para vestir a todas estas unidades estacionadas en ultramar, además de con su uniforme de gala, se las dotó con uno de campaña que les ayudase a combatir los rigores del clima. Consistía en camisa, pantalón y polainas de tela rayada azul y blanca y un sombrero de palma —*Jipi-Japa*— con escarapela roja y amarilla, que se alternaba con un gorro de cuartel cilíndrico color azul tinta para los soldados y una gorra de plato blanca, sin armazón, para los oficiales. El resto del equipo lo componían un morral de macuto, declarado reglamentario en 1896, de tela, con tapa impermeable, que disponía de dos presillas de cuero en su parte superior destinadas a sujetar la manta cuando iba enrollada; una bolsa de aseo, una marmita fiambrera, un vaso, una cuchara, una cantimplora de hoja de lata barnizada de negro, unas alpargatas cerradas de lona[9] y una bota de vino de un litro de capacidad, declarada reglamentaria para el ejército el 17 de noviembre de 1897. En Cuba las tropas de infantería y caballería recibieron también un largo machete con funda de cuero negro a partir de 1892, que por su utilidad para cortar la vegetación tropical de la manigua y el combate cuerpo a cuerpo contra los rebeldes se llevaba utilizando de forma extraoficial desde los años 60. Para la asistencia sanitaria de primera urgencia disponían de una bolsa que contenía diversos medicamentos y antisépticos, como compresas, vendajes y útiles sencillos de cirugía con los que se intentaba remediar los efectos de las infecciones de las heridas.

El correaje era un modelo especial aprobado en 1876, similar al de dotación de las tropas peninsulares, que constaba de un cinturón con chapa de latón, dos correas o tirantes que se llevaban cruzados por la espalda y dos cartucheras ovaladas, todo de cuero negro.

Como arma reglamentaria, los soldados de los Regimientos de Infantería contaban con el fusil *Mauser* modelo 1893, el primer fusil repetidor que se utilizaba en el ejército español, del que se habían importado de Alemania más de 200.000 unidades entre 1893 y 1896 y que se comenzó a fabricar bajo licencia en la fábrica de Oviedo en ese último año. La caballería utilizaba el mismo modelo pero la versión carabina y el resto de los Cuerpos y los Regimientos de Voluntarios, los antiguos Rémington.

La alimentación de las tropas resultó un problema continuo, sobre todo en Cuba. Las condiciones en que se encontraba la isla, dividida por las trochas, en continua agitación por las operaciones de uno y otro bando y con una guarnición excesiva comparada con su población, hacía que los recursos fueran escasos y que los soldados solo pudieran conseguir arroz, tocino, yuca y café. Ni siquiera podían tomar frutas tropicales para remediar el hambre, puesto que como no estaban acostumbrados, les provocaban agudas diarreas. El problema se agravó cuando comenzó el bloqueo norteamericano, hasta el punto que los soldados que defendieron las trincheras alrededor de Santiago tenían poco más que unas pocas raciones de galleta y arroz para poder comer.

LA ARMADA NORTEAMERICANA PREPARADA PARA EL FUTURO

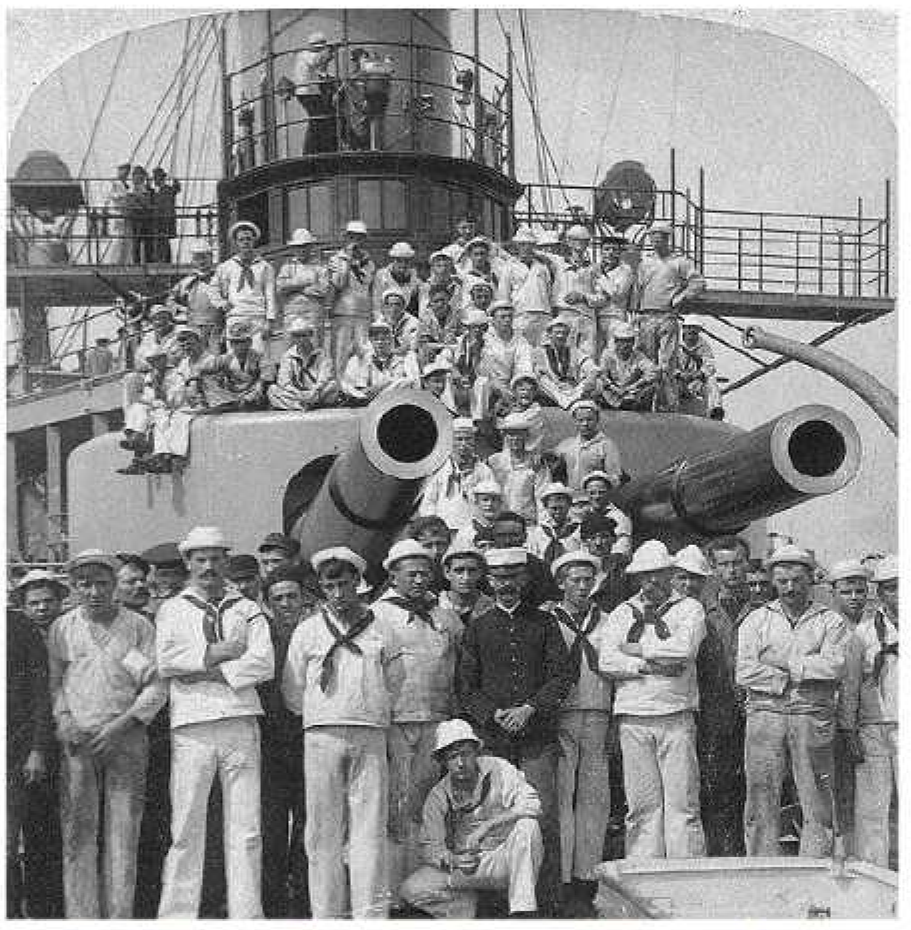
La reconstrucción de la Marina norteamericana, casi suprimida tras la guerra de secesión, había comenzado en la década de 1880, a la misma vez que se exponían en el mundo nuevas teorías de estrategia y defensa naval y se imponía la política impulsada por el capitán Alfred Mahan cuya doctrina se conoció como *teoría del acorazado*. Su principal argumento se basaba en que una potencia importante debía tener una fuerte flota de acorazados para eliminar la posibilidad de bloqueo por las escuadras enemigas y para adquirir supremacía de batalla en una zona amplia contigua a sus costas.

Mientras todos los astilleros repetían el esquema de buque acorazado a vapor que conservaba todo el velamen de los antiguos navíos, en Italia se revolucionó su concepto con la construcción de dos navíos de la clase Duilio, el *Duilio* y el *Dandolo*, enteramente metálicos y sin velas, con dos torres giratorias armadas cada una con dos gigantescos cañones de 450 mm capaces de hundir cualquier buque enemigo y blindaje de 500 mm en los flancos, suficiente para detener cualquier impacto de los rivales existentes en ese momento. Todas las potencias navales se lanzaron enseguida a construir acorazados del nuevo estilo, con torres armadas con cañones de 305 mm o más —generalmente dos torres con uno o dos cañones cada una— y una panoplia de cañones de calibres más reducidos de tiro rápido de 280, 152, 120 o 76 mm situados en torres por los costados del buque, dándoles el aspecto de castillos de metal flotante.

El mismo Mahan, junto a sus amigos Henry Lodge y Theodore Roosevelt, promovieron en los Estados Unidos la adquisición y construcción de las nuevas naves con un programa que agrupaba las ideas de expansión comercial y honor y

seguridad nacionales, disponiendo de una voz mucho más activa en el gobierno desde el momento en que Roosevelt fue nombrado subsecretario de Marina en 1897.

Esa disposición y el encauzamiento hacia la Armada de la mayoría de los fondos destinados para Defensa la permitían en 1898 disponer de una flota, amplia pero de ninguna manera considerada como una de las mejores del mundo, compuesta de tres acorazados modernos, el *Iowa*, el *Indiana* y el *Oregón* —estos dos últimos de la misma clase—, dos cruceros acorazados, el *Texas* y el *Maine* y un acorazado de construcción relativamente antigua, el *Massachusetts*, todos fuertemente blindados para la lucha contra otros acorazados de su mismo tipo y armados con dos o cuatro cañones pesados de gran potencia y numerosas armas de tiro rápido; dos cruceros protegidos de nueva construcción, el *Nueva York y el Brooklyn*, de características similares a las de los acorazados pero con un blindaje más ligero que les permitían viajar más lejos, y 15 cruceros: *Boston*, *Charleston*, *Newark*, *Baltimore*, *Philadelphia*, *San Francisco*, *Olimpia*, *Cincinnati*, *Raleigh*, *Montgomery*, *Detroit*, *Marblehead*, *Columbia*, *Minneapolis* y *Nueva Orleans*. Además de seis monitores, nueve cruceros auxiliares, diez cañoneros, varios transportes y cinco nuevos buques que aun no habían sido entregados, el *Illinois*, el *Kearsarge*, el *Kentucky*, el *Alabama* y el *Wisconsin* de 11.525 toneladas cada uno y prácticamente con el doble de potencia de combate que los acorazados de que disponían.



La tripulación del *USS Iowa* posa ante la cámara del fotógrafo en 1898. La Marina de los Estados Unidos comenzó a crecer a finales de la década de 1880 y a finales de siglo era comparable a las de las naciones europeas.
Sus oficiales eran competentes y su barcos modernos.

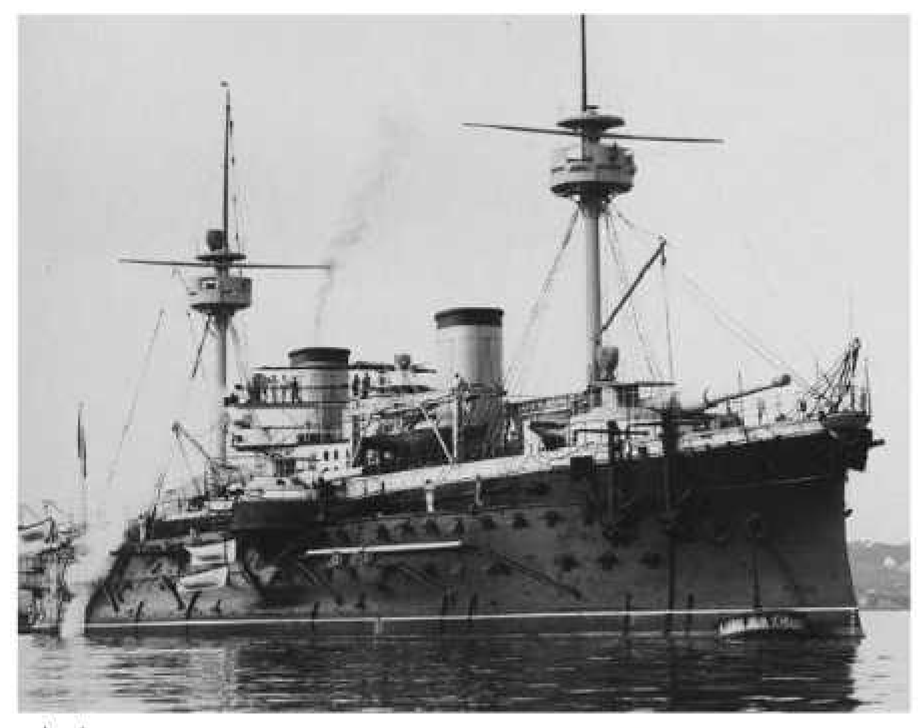
Estratégicamente estaba dividida en sus bases de ambas costas, este y oeste, y Hawai manteniendo normalmente a solo media docena de cruceros y cañoneros en la zona asiática para defender las vidas e intereses de los comerciantes y misioneros norteamericanos en China y Corea pero desde 1896 el departamento de Marina había ideado un hipotético plan de operaciones contra España en el Caribe, Europa y el lejano Oriente que se basaba en aislar sus territorios privando a la metrópoli de sus ingresos y recogía un ataque contra la escuadra española situada en Manila, para evitar su utilización contra la navegación norteamericana en la zona del Pacífico y al que seguiría la conquista de las Filipinas para utilizarlas como moneda de cambio en el caso de que no se pudiese controlar Cuba.

El plan fue plenamente suscrito por Roosevelt, quien realmente dirigía el departamento, y dividió su Armada en dos flotas en lados opuestos del mundo listas para atacar a España. Una, la escuadra del Atlántico norte en la que estaban la flor y nata de los navíos norteamericanos, la otra la flota de cruceros del Pacífico.

LA ARMADA ESPAÑOLA

Tras el reinado de Isabel II, la guerra carlista, las insurrecciones cantonales y la Primera República, la Armada española se había convertido en algo obsoleto que no estaba a la altura ni de las necesidades de la nación ni del puesto que ocupaba España en el mundo. Todos los intentos de modernización presentados con los planes del contraalmirante Santiago Durán en 1880, del vicealmirante Francisco de Paula Pavía en 1883 y del contraalmirante Juan Bautista Antequera en 1884 habían sido rechazados por los gobiernos tanto de Cánovas como de Sagasta, por falta de presupuesto o porque las cantidades asignadas se desviaban a satisfacer otros gastos. La crisis de las Carolinas obligó el Estado a pedir al por entonces ministro de Marina, José María Berenguer, que elaborara un nuevo proyecto y así lo hizo. Se basaba, pese a las opiniones en contra de sus propios compañeros de profesión —Berenguer era también contraalmirante—, en la creación en un plazo de diez años de una fuerza naval a base de pequeñas unidades en vez de las grandes que ya se estaban construyendo en otros países. Aunque contenía en el texto disparates tales como «se construirán acorazados cuando se considere conveniente», y de que su autor presentó la dimisión por cuestiones políticas al poco tiempo de su presentación, se autorizó su realización por el gobierno de turno, esta vez el de Sagasta[10], el 12 de enero de 1887 cuando era ministro Rodríguez Arias.

Los desaguisados políticos, reformas de la ley recién creada intentando conseguir que se construyeran unidades cada vez mayores, las rencillas entre los jefes de la Armada, afirmaciones de Berenguer —que había vuelto de ministro— como que se iban a dejar de construir acorazados en el mundo y que serían los cruceros los protagonistas de la navegación futura, o su delirante clasificación de 18 de agosto de 1895 que convertía los cruceros en acorazados sin serlo; y no tanto las cuestiones económicas, porque como dijo Antequera en junio de 1889 en un debate del Senado, con los 225 millones de que se disponía se habrían podido obtener tres acorazados de primera clase, fueron las que llevaron a que España, en 1898, contara con unos efectivos recién construidos, pero ineficaces en caso de conflicto[11]. Poseía un único acorazado, el *Pelayo*, que había entrado en servicio en 1891, y se encontraba en reparaciones en arsenales franceses hasta, al menos, septiembre de 1898. Cinco cruceros, que no reunían ninguna característica que pudiera darles esa denominación, el *Velasco*, *Conde de Venadito*, *Juan de Austria*, *Isabel II* y *Antonio de Ulloa* que se habían construido en los arsenales de La Carraca, Cartagena y El Ferrol en 1881. Cuatro cruceros de tercera clase todos botados en 1884, el *Magallanes* y el *Elcano*, construidos en Cádiz; el *General Lezo*, en Cartagena y el *General Concha* en Ferrol, que aún tenían menos características que los anteriores que pudieran equipararles con lo que realmente era un crucero ya en aquel tiempo. Tres cruceros no protegidos de 1ª clase; el *Reina Cristina*, construido en El Ferrol en 1886, el *Alfonso XII*, botado también allí en 1887 y el *Reina Mercedes*, terminado el mismo año en Cartagena. Tres cruceros protegidos de 2ª clase; el *Isla de Cuba*, *Isla de Luzón* y *Marqués de la Ensenada*, los dos primeros construidos en Gran Bretaña en 1886 y el tercero, réplica de los anteriores, en La Carraca en 1890 y seis cruceros torpederos, botados entre 1889 y 1894, todavía más pequeños que los anteriores[12]. Ninguno podía participar en una flota operativa para una batalla naval; podían realizar actividades de guardacostas, pero nada más.



El Pelayo. Botado en 1887, durante mucho tiempo fue el único acorazado español, razón por la cual era conocido como *El Solitario*. Durante la guerra se intentó que llegase a las Filipinas, pero tras la destrucción de la escuadra de Cervera recibió la orden de regresar a España.

Los únicos cruceros que podían denominarse como tales eran el *Alfonso XIII*, el *Lepanto*, el *Infanta María Teresa*, el *Vizcaya*, el *Almirante Oquendo*, el *Carlos V* y el *Cristóbal Colón*. Los dos primeros tenían tantos defectos que apenas navegaron. Los tres siguientes, denominados acorazados de 2ª clase por la clasificación que había establecido Berenguer no cumplían las características de lo que por entonces se entendía como un verdadero acorazado; se habían botado en 1890 y 1891 en los astilleros del Nervión, en Vizcaya, pero no se entregaron hasta 1893 debido a la quiebra de la naviera que los construía, y tuvo que nombrarse a Pascual Cervera como director del proyecto con plenos poderes para concluirlos en el tiempo más breve posible. El cuarto, el *Carlos V*, entregado el 2 de junio de 1898, como crucero protegido de 1ª clase, según la citada clasificación de Berenguer, tenía todavía un blindaje más delgado que los anteriores y el quinto, el *Cristóbal Colón*, un buque diseñado para operar en el Mediterráneo, clasificado como acorazado de 2ª clase con una coraza inferior a los de fabricación nacional, se compró en Italia a la casa Ansaldo, de Génova, y se recibió en mayo de 1897, con tanta rapidez, que le faltaban las dos piezas de artillería principal, que tenía que haber servido la casa británica Armstrong.

El resto de las unidades con algún potencial de combate los componían una serie de seis torpederos o *destroyers* construidos en Gran Bretaña entre 1896 y 1897, el *Terror*, *Furor*, *Plutón*, *Audaz*, *Osado* y *Proserpina*. Eran veloces y de pequeño tamaño, pero su arma más peligrosa, los dos tubos lanza torpedos instalados en cubierta no podían utilizarse a más de 500 metros del objetivo, cuando el alcance de los cañones de los acorazados era de 3.000. Una distancia más que suficiente para hundirlos por mucho que la precisión de la artillería de gran calibre de la época fuese muy deficiente.

Está claro que independientemente de las decisiones que se tomaran en los dos combates navales en los que la flota española se enfrentó con la norteamericana, los buques de la Armada eran modernos, pero insuficientes e inadecuados para las tareas que tenían que desempeñar en la defensa del territorio.

3
LA DECLARACIÓN DE GUERRA



Batalla de Cavite, Filipinas, 1 de mayo de 1898. El crucero *USS Olimpia*, al mando del comodoro Dewey, navega ante los buques españoles en llamas. La flota española fue completamente destruida.

Las fuerzas navales de los Estados Unidos son suficientes para atacarnos en las Antillas, en la península y sus islas y en Filipinas y puesto que no se ha atendido a aquel Archipiélago, que era quizás lo más urgente...

Capitán de Navío Víctor Concas.
Cabo Verde, 20 de abril de 1898.

EL COMBATE NAVAL DE CAVITE

El 21 de octubre de 1897, en sustitución del vicealmirante Frederick C. McNair, era elegido para dirigir y organizar la flota norteamericana del Pacífico el recién ascendido a comodoro George Dewey, hombre de confianza de Roosevelt y del senador por Vermont, Redford Proctor, ambos firmes partidarios de la guerra. Dewey se hacía cargo de su nuevo buque insignia, el crucero protegido *Olimpia* el uno de enero de 1898 en el puerto japonés de Nagasaki. El *Olimpia* contaba con diez cañones de 203 mm, veintitrés de 152, veinte de 127 y un total de cincuenta piezas ligeras que iban de los 57 mm a 37 mm. Completaban su armamento 10 tubos lanzatorpedos.

Tras mes y medio de espera se le unieron el crucero protegido *Boston* y los cañoneros *Petrel* y *Concord*. El *Concord* llegaba con el máximo de munición posible embarcada y viajando desde Estados Unidos solo con carbón y suministros para llegar a Honolulu, Hawai, donde había repostado. La munición era una carga peligrosa que las compañías navieras comerciales no transportaban, y que iban a ser enviadas con el *Charleston*. Este, sin embargo, se encontraba en reparaciones y no se esperaba que estuviese preparado antes de seis meses. Con la carga aportada por el cañonero, Dewey solo tenía la mitad de la munición necesaria. Juntos partieron el 11 de febrero hacia Hong Kong, designado como punto de encuentro para los navíos que venían a reforzarlos. Allí se incorporó el día 18 otro crucero protegido, el *Raleigh*, acompañado del cúter *Hugh McCulloch*.

Mientras esperaban se entrenó a los hombres, los barcos se revisaron y cambiaron el color blanco por el gris para pasar más desapercibidos.

El 6 de abril el comodoro recibió un telegrama en clave procedente del secretario naval que decía: «Echar fuera todo el maderamen», lo que significaba que estaba próximo el momento de ejecutar la misión para la que había sido enviado. Por entonces, sus mayores preocupaciones eran la falta de munición y no quedar inmovilizado en el lejano Oriente por falta de carbón, suministros y abastecimientos, al darse cuenta que los jefes navales de Inglaterra y Alemania, estacionados en el puerto, habían acaparado todos los stocks posibles de carbón galés de primera calidad. Pero no eran las únicas, necesitaba saber en qué situación se encontraban las defensas de Filipinas y la flota española. Al intentar recabar información se puso de manifiesto que en los últimos 22 años ningún barco de guerra estadounidense había visitado las islas, por lo que se dependía de las informaciones que pudieran ofrecer los comerciantes de la zona y el cónsul de los Estados Unidos, Oscar Williams, quien se quedó en Manila hasta el último momento, ejerciendo como espía. La misma labor hizo en Hong Kong el teniente Upham, del *Olimpia*, que hablaba español. Vestido de paisano se dedicó a recoger información de las tripulaciones de los barcos que procedían de las islas. De ellos obtuvo datos muy valiosos, como que se estaban pidiendo a la península minas para poder colocarlas en la entrada de la bahía[1].



Con el telegrama llegó también el mercante *Nanshan*, cargado con carbón de Cardiff comprado por el gobierno norteamericano. Cuando el buque entró en el puerto Dewey obtuvo permiso del secretario naval para quedarse con la carga y el navío a través de Smythe de Frank, un empresario que trabajaba para él como agente de compras. Las órdenes de John Long incluían armar el barco, pero el comodoro las desobedeció alegando que si lo hacía lo convertía en un buque de guerra sujeto a las leyes existentes de neutralidad. El día 9 fue autorizado a comprar un segundo buque de suministros que le había traído carbón, el *Zafiro*, adquirido a la China y Manila Steamship Co. Incluso llegó a un acuerdo con su tripulación británica para que se quedara. Como ya había hecho con el *Nanshan* mantuvo el buque desarmado. Ambos se mantuvieron oficialmente como mercantes habilitados para el comercio a través de Guajan. Esta medida permitiría a Dewey un modo de adquirir los suministros en cualquier puerto británico, chino o japonés después de que estallara el conflicto burlando las leyes de neutralidad que prohibían la venta de suministros a los buques de guerra. Algo imprescindible para él, pues se encontraba a 7.000 millas de un puerto estadounidense donde poder reabastecerse.

El problema de la munición se alivió al incorporarse a la escuadra el día 22 un crucero protegido más, el *Baltimore*, que había recogido en Honolulu una remesa especial de munición enviada desde Estados Unidos con la corbeta *Mohican*.

Al día siguiente, las autoridades británicas requirieron a la escuadra para que abandonara Hong-Kong en 24 horas, ya que se había proclamado el bloqueo de Cuba y las hostilidades habían comenzado. La eficacia norteamericana quedó demostrada cuando el *Baltimore*, en cuarenta y ocho horas, fue colocado en un dique seco, limpiado y pintado de gris, justo a tiempo para salir con el resto de la escuadra.

El 24 partieron de Hong-Kong y se trasladaron a la bahía de Mirs, en territorio chino, a escasas 30 millas de la colonia británica. Allí, repartiendo las municiones del *Baltimore*, se dispusieron a esperar órdenes y al cónsul Williams, que iba a su encuentro con las últimas noticias sobre la flota española y las defensas de la ciudad.

Williams llegó el 27 a las 11 de la mañana. Las órdenes eran claras: dirigirse a Manila para conquistarla y destruir la escuadra española que se encontraba en Subic[2]. A las dos de la tarde los navíos de Dewey zarpaban en dirección a la isla de Luzón, a la lenta velocidad que marcaba el *Nanshan*. A pesar de todos los esfuerzos, la escuadra partía con sus santabárbaras al sesenta por ciento de su

capacidad.

El movimiento independentista y la guerra con los Estados Unidos habían sorprendido al apostadero español en Filipinas con una pequeña flota, al mando del almirante Patricio Montojo y Pasarón, que se dedicaba a erradicar la piratería de las aguas de las casi 3000 islas que formaban el territorio. La formaban un crucero de 1ª clase protegido, el *Reina Cristina*; uno no protegido, el *Castilla*; dos cruceros de 2ª clase protegidos, el *Isla de Luzón* e *Isla de Cuba*; tres no protegidos, el *Velasco*, el *Don Juan de Austria* y el *Don Antonio de Ulloa*; dos no protegidos, el *General Lezo* y el *Elcano*; el cañonero *Marqués del Duero*; los cañoneros menores y lanchas cañoneras: *Quirós*, *Manileño*, *Mariles*, *Mindoro*, *Panay*, *Albay*, *Calamianes*, *Leyte*, *Arayat*, *Bulacán*, *Caliao*, *Pampanga*, *Paragua*, *Samar*, *Basco*, *Gardoquí*, *Urdaneta*, *Otálora*, *Villalobos* y *Lanao*; el buque hidrográfico *Argos* y los transportes *Manila*, *General Álava* y *Cebú*.

Como ya hemos visto, aunque eran buques un poco más viejos que los de los americanos, la mayoría se encontraba en la mitad de su vida útil.

El principal problema español, como tantas otras veces, era la desidia. Los barcos estaban en unas condiciones pésimas de mantenimiento, fondeados en un arsenal, Cavite, que se había quedado totalmente obsoleto para sus necesidades. El *Don Antonio de Ulloa* estaba siendo sometido a reparaciones de importancia, solo había 19 minas sin espoleta que nunca llegaron a funcionar bien, mucha munición estaba caducada y los artilleros, para ahorrar, no habían hecho prácticas.

En ningún caso se trataba de una escuadra de buques de madera, solo lo era el *Castilla*, teoría divulgada en su momento y ampliamente extendida entre el gran público para eximir de culpa a los responsables políticos y militares del enorme desastre naval que se iba a producir.

Montojo, informado de que el objetivo de la escuadra norteamericana era Filipinas por un mensaje del cónsul español en Hong-Kong, Juan Pastorín, pidió refuerzos a Madrid[3] y optó por dividir sus fuerzas en dos escuadrones, en el primero, bajo su mando, agrupó el *Reina Cristina*, donde enarbolaba su insignia, *Isla de Cuba*, *Isla de Luzón*, *Castilla*, *Antonio de Ulloa*, *Juan de Austria*, y *Velasco*. El resto lo dispersó por las islas para continuar las labores de bloqueo contra los insurgentes.

Aunque los calibres de sus armas y el tamaño de sus buques podían inclinar la balanza a favor de Dewey, las circunstancias favorecían a Montojo. Mientras que los norteamericanos se encontraban muy lejos de sus bases, él disponía de dos fondeaderos protegidos, las bahías de Subig y Manila, y defensas costeras, antiguas, pero utilizables. De hecho, observadores extranjeros destacaban la fortaleza de la posición.

El 21 de abril los principales mandos militares del archipiélago se reunieron en el palacio de Malacañang para definir una estrategia defensiva basada en las minas submarinas colocadas y en el apoyo de las baterías costeras.

En la reunión comenzaron los desacuerdos entre Ejército y Armada. Mientras el objetivo principal de los primeros era defender Manila, los segundos objetaban que la escuadra solo podría defender adecuadamente Subig, lejos de la ciudad, pero más cercano a la entrada de la extensa bahía.



Cavite en 1898. A sus puertas se iba a librar la primera batalla naval de la guerra entre España y los Estados Unidos. Sin lugar a dudas los enclaves españoles de Filipinas eran los lugares más occidentalizados de Asia. La presencia española desde finales del siglo XVI había cristianizado a la mayoría de la población tagala.

Se impuso el criterio de la Armada y Montojo quedó encargado de cerrar la boca chica de Subig, con buques echados a pique, la grande con minas y organizar la defensa. El 25 telegrafió: «salgo esta noche con escuadra para Subig. Mis subordinados y yo procuraremos corresponder a las aspiraciones de la patria».



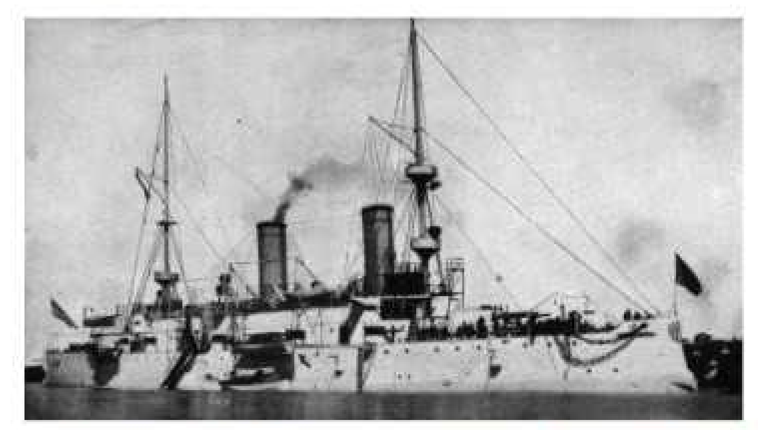
El comodoro George Dewey, comandante en jefe de la flota del Pacífico y vencedor en la batalla de Cavite, en la que destruyó la flota española de Asia sin perder ni un solo buque propio. Fue también el único marino que obtuvo el rango de almirante de la *US Navy* durante la guerra.

Al llegar, se encontró con que las construcciones y casamatas del dispositivo defensivo, formado por 4 cañones de 150 mm y 5 minas, no se habían terminado por completo, por lo que decidió regresar a Cavite. Durante el trayecto, el *Castilla* sufrió una vía de agua que, aunque reparada, provocó su inmovilización por el temor a que las vibraciones de los motores la ampliasen. El regreso a la capital produjo gran alarma al vecindario por el miedo al posible bombardeo de la escuadra enemiga.

Siguiendo órdenes del recién llegado Capitán General Basilio Augustín, que se había sentido ofendido porque había tratado directamente con el ministro, sin consultarle previamente, fondeó sus buques en Canacao, dentro de la bahía principal y próxima al arsenal de Cavite. Lejos de la protección de las baterías costeras de las murallas. Era sin duda el peor emplazamiento, y Montojo, si no hubiese estado convencido de que su flota iba a ser hundida de todas formas, minusvalorando sus fuerzas y sobrestimando las del enemigo, debería haberlo sabido.

El 30, en Subig, y sin Montojo a la vista, Dewey y sus comandantes tomaron la decisión de volver hacia Manila, dejar los transportes y el *Hugh Mc Culloch* a la espera y forzar esa misma noche la entrada en la bahía para, al día siguiente, atacar a la flota española. Ni le preocupaban los bajíos ni necesitaba un práctico. El capitán británico del *Zafiro* conocía el puerto perfectamente y podía dirigir a la escuadra sin ningún peligro, incluso le comentó que a altas horas de la noche no había visibilidad alguna y si ponía los motores a un número bajo de revoluciones, el ruido quedaría amortiguado por el oleaje en la costa.

A las 23:30, prácticamente a oscuras, con una pequeña luz oculta a popa que indicaba al buque siguiente la derrota a seguir, la escuadra norteamericana pasaba sin ser vista por las dos cañoneras que vigilaban la zona a través de Boca Grande, frente la isla del Corregidor. Desde allí, cuando ya rebasaban la entrada, fueron avistados por las baterías de El Fraile, que hicieron fuego con sus cañones de 12 cm. sin ningún resultado. Ni siquiera había electricidad para instalar reflectores. El único peligro al que estaban expuestos los buques de Dewey eran las minas, pero no hicieron explosión.



El crucero protegido *USS Olimpia*, buque insignia del comodoro Dewey en la batalla de Cavite. Botado en noviembre de 1892, en San Francisco, fue recibido por la *US Navy* en febrero de 1895 y retirado del servicio en diciembre de 1922. Todavía se conserva en el Independence Sea Port Museum de Filadelfia.

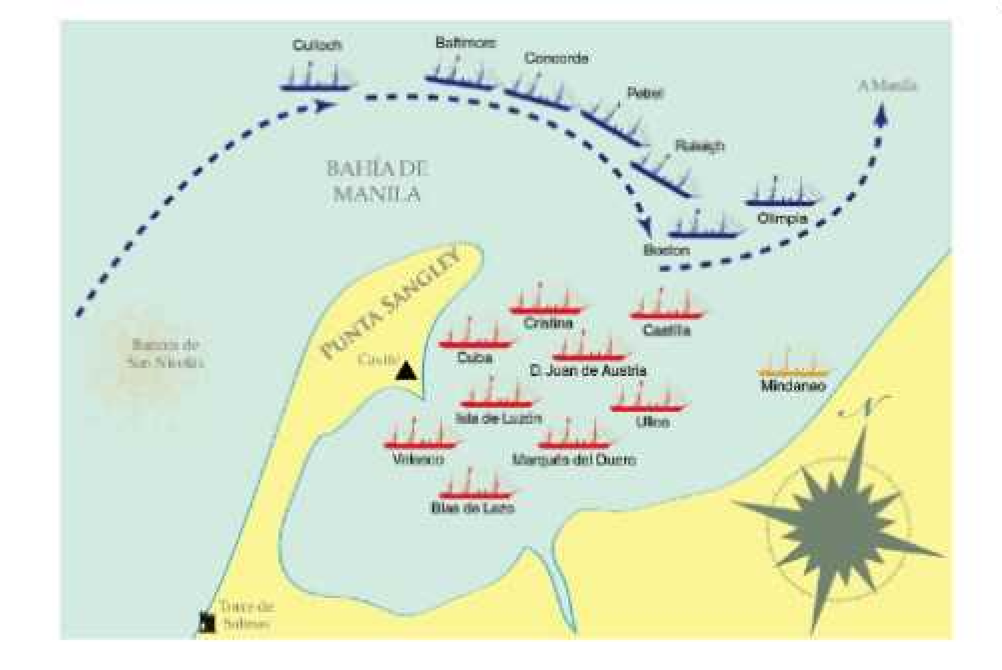
El amanecer descubrió a la flota estadounidense frente a Manila, situada a

distancia suficiente para que los disparos que inmediatamente realizaron las baterías de costa españolas no les alcanzasen. La escuadra de Montojo se había situado de la forma siguiente: junto a Punta Sangley una línea formada por el *Don Juan de Austria* el *Don Antonio de Ulloa*, que estaba inmovilizado y se le habían desmontado los cañones salvo 2 piezas de 120 mm, y el *Marqués del Duero*, este con la proa hacia la capital. Por delante de la línea el *Castilla*, también inmovilizado, y delante el *Reina Cristina*, protegidos a cierta distancia por gabarras llenas de arena, para evitar que el fuego enemigo dirigido contra las líneas de flotación les afectasen. Delante de las gabarras y para prevenir ataques por sorpresa se situaron, también en línea, el *Isla de Cuba* y el *Isla de Luzón*. Como los norteamericanos, todos, menos el *Castilla*, que aún conservaba su color blanco, habían sido pintados de gris.

En el arsenal de Cavite quedaron el *Velasco*, sin armamento y sin motores, *el General Lezo*, el *Argos* y el transporte *Manila*. En el puerto de Manila, el *Cebú* y varias cañoneras.

En los buques españoles se tocó zafarrancho de combate a las cuatro de la mañana. Casi una hora después dos minas accionadas manualmente explotaban en la proa del *Olimpia* sin causarle ningún daño.

A las cinco y cuarto, a una distancia de 6.500 metros el *Reina Cristina* abrió fuego. Dewey cerró su columna formando en línea con el *Olimpia*, *Baltimore*, *Raleigh*, *Boston*, *Petrel* y *Concord*, en ese orden, para dificultar la puntería española, y avanzó de frente hacia las posiciones de Montojo. Al llegar a la profundidad mínima de seguridad, viendo la inmovilidad española, viró al oeste para correr la línea con sus baterías de babor contestando al fuego 25 minutos después del primer cañonazo. Cuando la distancia ya se había acortado a los 5.000 metros, concentraron su fuego sobre el *Reina Cristina* y el inmóvil *Castilla* con la artillería de 203.2 mm del *Olimpia*, *Baltimore* y *Boston*. La flota de Dewey inició así la primera de las cinco pasadas en forma elíptica que consiguió realizar a una velocidad de 6 nudos, tres hacia el oeste y dos al este, reduciéndose poco a poco la distancia de combate, que llegó a ser de 2.000 metros, con los inmóviles buques españoles.



Ante la pasividad de la flota española, el *Reina Cristina*, apoyado por la artillería del Juan de *Austria*, se salió de la línea para intentar acercarse lo más posible al enemigo y torpedearlo, pero fue rechazado al concentrarse sobre él todo el fuego de la escuadra norteamericana.

Tras dos horas y media de combate sin haber conseguido hundir ninguno de los buques españoles, aunque varios estaban ardiendo, la batalla se tornaba preocupante para Dewey, que había consumido la mitad de sus municiones. Solo en dos cruceros, el *Castilla* y el *Reina Cristina*, la situación era casi insostenible, ya que ambos tenían graves daños y numerosas bajas, pero aún así, continuaban a flote y seguían disparando. El resto apenas habían recibido algunos impactos y estaban en condiciones de soportar, sin problemas, el fuego norteamericano durante bastante tiempo. Si la escuadra española era capaz de resistir un nuevo ataque, podría fácilmente salir vencedora dejándole en una situación muy comprometida, sin abastecimientos y en territorio hostil.

Al ver los escasos resultados de su ataque, el comodoro se retiró[4], aprovechando el receso para dar de comer a sus cansadas dotaciones y reparar los daños producidos por el fuego español en el *Olimpia*; en los cruceros *Boston* y *Baltimore*, donde una granada había desmontado dos piezas de artillería, y en el *Petrel*.

Se produciría entonces el hecho más insólito del combate: Montojo, que había abandonado el *Reina Cristina* y trasladado su insignia al *Isla de Cuba*, sin un solo impacto, dio la batalla por perdida. Se retiró al arsenal de Cavite y ordenó el abandono de sus buques, quitando el cierre de las piezas y abriendo los grifos para hundirlos y que no cayesen en poder del enemigo si los norteamericanos volvían a atacar.

Dewey, que cuando vio la retirada no podía creerlo, decidió reanudar el combate que se convertiría, ahora sí, en un tiro al blanco con total impunidad sobre los navíos españoles. Tan solo los dos cañones Ordoñez de 15 cm. de Punta Sangley mantenían el fuego pero sin conseguir acertar a los norteamericanos.

Era el fin de la escuadra española. El *Castilla* y el *Reina Cristina*, avivados los fuegos que los consumían y abandonados por sus dotaciones, explotaron. El resto se hundieron, quedando con la cubierta sobre el agua, en la zona menos profunda de la bahía. Un paisaje desolador.

A las 14:30, los cañones de Punta Sangley recibieron también la orden de cesar el fuego para iniciar las negociaciones de rendición del arsenal. Una amenaza de bombardeo de la ciudad silenció también las de Manila. Mientras la escuadra norteamericana anclaba y celebraba su victoria, Montojo, que había abandonado a sus hombres y se había trasladado a la capital, informaba a Madrid de la situación en la que se encontraban ahora las Filipinas:

Tengo el sentimiento de poner en el conocimiento de V. E. que la Escuadra de Filipinas ha sido destruida por la americana. A medianoche del día de ayer, consiguió forzar el puerto sosteniendo fuego con las baterías de entrada. Antes del amanecer se presentó en línea la escuadra enemiga compuesta de ocho buques. A las siete y media incendió proa Reina Cristina, poco después la popa y roto el servomotor, transbordé con mi Estado Mayor al Cuba. A las ocho, incendiado completamente Cristina, igualmente Castilla; demás buques averiados, refugiados ensenada Bacoor, fue preciso ir echándolos a pique para evitar cayeran en poder enemigo. A este pidióle comandante general del Arsenal cesara bombardeo; puso condición quemar los buques; me consultó y acepté para evitar más pérdidas de vidas y edificios. Se calcula que las pérdidas ascenderán a unas 400 bajas; muertos Capitán de Navío Cadarso, capellán Novo y otros. Ha sido un desastre que lamento profundamente. Lo presentí y anuncié siempre por la falta absoluta de fuerzas y recursos.

Manila, a primero de mayo de 1898.

Patricio Montojo y Pasarón.

El porcentaje de acierto de los cañones de la flota de Dewey fue ridículo. Los de 152 mm solo consiguieron un 1% de impactos, los de 127 alcanzaron el 3,5% y solo los de 203 tuvieron un aceptable 9%, siendo los que más daño hicieron a los buques españoles.

En total los norteamericanos hicieron 5.859 disparos de los que unos 145 lograron alcanzar su objetivo: 81 impactos recibieron entre los cruceros *Cristina* y *Castilla*, 33 el *Ulloa*, 13 el *Austria*, 10 el *Duero*, 5 el *Isla de Cuba* y 3 el *Isla de Luzón*. No hay que olvidar que la mayor parte de los disparos se hicieron cuando la flota española ya se había retirado.

La equivocada decisión de Montojo ni siquiera logró su objetivo, los estadounidenses reflotaron el *Don Juan de Austria*, el *Isla de Cuba* y el *Isla de Luzón*, incorporándolos a su Armada incluso manteniendo los mismos nombres.

Las bajas de ambos bandos no fueron demasiado altas para un combate de tal envergadura. Los españoles perdieron 60 hombres en los barcos y 14 en el arsenal, resultando heridos en conjunto 264; los americanos oficialmente tuvieron 1 muerto y 15 heridos, aunque otras informaciones de países neutrales elevaron la cifra, sin aportar pruebas, a los 50 o 70 entre muertos y heridos.



Don Pascual Cervera y Topete (1839-1909), experimentado marino al que se encomendó la misión de romper el bloqueo de los norteamericanos sobre los puertos de Cuba. Lo consiguió, pero el 3 de julio de 1898 su flota sería destruida en aguas de Santiago, en la mayor derrota naval española desde Trafalgar (1805).

Tras el combate Dewey les comunicó a las autoridades que si se permitía a las fuerzas estadounidenses utilizar el telégrafo, los españoles podrían también seguir utilizándolo. Como la oferta se rechazó, el *Zafiro* arrastró el cable y lo cortó, dejando aislada Manila y Filipinas del resto del mundo. La estación más cercana de telégrafo quedaba ahora en Hong-Kong.

El día 2, desembarcó la infantería de Marina estadounidense, apoderándose del arsenal, pese a las protestas del general Peña, comandante de la plaza de Cavite. Completaron la destrucción de la flota y de la batería de Punta Sangley y establecieron una guarnición en los hospitales españoles de la zona donde se encontraban los heridos.

En Manila se movilizó a todos los españoles útiles para el servicio y se fortificó el perímetro de la ciudad con trincheras y puestos aislados en previsión de un posible ataque desde tierra de los norteamericanos o de los insurrectos tagalos.

Cavite no era más que el principio.

LA ESCUADRA DE CERVERA

El 4 de octubre de 1897, tras el asesinato de Cánovas, Sagasta formó gabinete. El 11, el almirante Pascual Cervera, que había dimitido del cargo de comandante general de la Carraca, recibía un telegrama urgente del gobierno, llamándole a Madrid para nombrarle comandante general de la escuadra, en sustitución del nuevo ministro de Marina, Segismundo Bermejo. Tomó posesión del cargo en Cádiz el 20 de octubre, enarbolando su insignia en el *Vizcaya*.

El nuevo comandante general comenzó por organizar un gran programa de maniobras en Santa Pola, en el que participarían el *Vizcaya*, el *Oquendo*, el *María Teresa* y el *Colón*, con objeto de adiestrar a las dotaciones y probar las piezas de los buques, de las que ya se tenían dudas.

Eran los primeros ejercicios de combate que se iban a realizar en España desde 1884, cuando la cuestión de las Carolinas y los temores de guerra con Alemania.

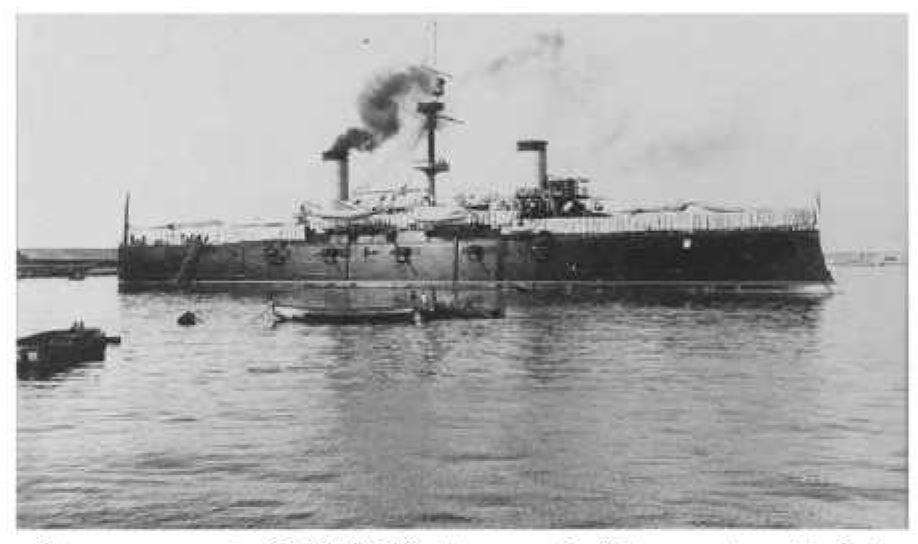
De Cádiz a Santa Pola, una avería en el condensador de estribor hizo al *Oquendo* detenerse, separándose de la escuadra, y al pasar por Cartagena abandonó al grupo el *Colón*, para intentar solucionar el problema de sus cañones de grueso calibre[5].

Los ejercicios de tiro finalizaron sin haberse podido hacer ni la mitad de lo previsto debido a la falta de presupuesto del Ministerio de Marina y a sus recomendaciones para que no se gastara mucho, no se consumiera carbón y se ahorraran disparos. La escuadra regresó a Alicante el 23 de diciembre, tras haber realizado solo dos disparos por pieza de grueso calibre y con mínimas prácticas de las dotaciones, muchos de cuyos sirvientes no sabían ni para qué eran las diversas piezas de los cañones.

Las conclusiones obtenidas no dejaban lugar a dudas: las plataformas de los servomotores ofrecían muy poca resistencia; los cierres de los cañones de 14

centímetros, que constituían las principales baterías de los tres cruceros, eran inseguros o incluso peligrosos[6]; los casquillos de las municiones eran de malísima calidad, no entraban bien en los cañones y eran inseguros al dispararlos; y la tubería de los condensadores estaba defectuosa.

Para las prácticas de movimientos de escuadra, aislados y en conjunto, se unieron a la flota los destructores *Terror*, *Furor* y *Destructor* y los torpederos *Ariete*, *Rayo* y *Azor*. Con ellos se volvió a Cartagena para aprovisionarse de carbón y asegurar las plataformas de los servomotores con lo que hubiese en el arsenal.



El crucero acorazado *Cristóbal Colón*, el buque más rápido y moderno de la flota española, que fue a Cuba sin que se le instalara su artillería principal, una muestra de las limitaciones operativas de la Armada española.

Al fondear se les unió el nuevo crucero *Alfonso XIII*, construido en El Ferrol. Era un desastre: no había alcanzado aún ni los dos tercios de la velocidad de las pruebas, no había montado toda su artillería y no había probado los cañones embarcados. Al no estar listo para prestar servicio, Cervera pidió al ministro que lo borrara de la lista de la escuadra.

El 26 de enero, mientras estaban en Cartagena, Cervera recibió un telegrama del ministro, mandándole trasladar su insignia desde el *Vizcaya* al *María Teresa* y enviar al primero con rumbo a Nueva York, para que representara a España y devolviera la visita de cortesía que realizaría el *Maine*[7]. El gobierno tenía tantas ganas de agradar a los Estados Unidos que el *Vizcaya* salió urgentemente a los cuatro días, sin limpiar sus fondos, sin el carbón necesario y sin arreglar lo más preciso.

Pocos días después la escuadra se disgregó, quedando solo en aguas de la península el *María Teresa* y el *Lepanto*. El *Oquendo* salió, como el *Vizcaya*, a realizar visitas de etiqueta por los puertos norteamericanos; el *Colón* fue a Génova para intentar arreglar el asunto de los cañones; los destructores y cazatorpederos pasaron a la Carraca, para formar una escuadrilla al mando del capitán de navío Fernando Villaamil, y el *Alfonso XIII* quedó excluido definitivamente.

El día 24, sin ningún contratiempo y, bajo estrictas medidas de seguridad, el *Vizcaya*, que había entrado en el puerto de Nueva York cinco días después de que se produjera la explosión del *Maine* salió hacia La Habana tras haber estado en la ciudad norteamericana el tiempo mínimo que exigía la cortesía. El 5 de marzo llegó también el *Oquendo* a la capital de Cuba.

Un mes después, con la guerra ya en puertas, los casquillos de los proyectiles continuaban en la fábrica que había de enviarlos; la escuadrilla de Villaamil se encontraba camino de Puerto Rico, intentando esquivar a los acorazados americanos *Brooklyn*, *Columbia* y *Minneapolis*, que, destacados en Lisboa, según se decía, la buscaban para hundirla sin previa declaración de guerra; el *Vizcaya* y el *Oquendo* continuaban en aguas de Cuba y el *Colón*, pese a que se habían hecho gestiones con la casa Armstrong para que de los cañones que ya tuvieran probados, mandasen dos que pudieran adaptársele, se reincorporaba a la escuadra, algo inconcebible, sin ninguno.

Ante esa situación Cervera envió una carta a Bermejo solicitando una reunión para recibir órdenes concretas según se resolviesen las discrepancias con Estados Unidos:[8]

Cádiz, 4 abril 1898.

Al ministro Bermejo.

Creo que es muy peligroso que continúe su viaje escuadrilla de torpederos. Como no tengo instrucciones, es conveniente que vaya a Madrid para recibirlas y formar plan de campaña. Si durante mi ausencia fuese necesario que la escuadra saliera, podría verificarlo mandada por segundo jefe D. Diego Carlier, comandante del Furor.

La contestación llegó aquella misma tarde:

Ministro Bermejo al almirante Cervera. Recibido su telegrama cifrado. En estos momentos de crisis internacional no se puede formular de una manera precisa nada concreto.

Una respuesta, cuanto menos, extraña.

Dos días después, tras una carta personal a Bermejo en la que Cervera le rogaba que le comunicara un plan de operaciones con el que pudiera enfrentarse a los Estados Unidos en caso de guerra, la contestación del ministro continuaba errática:

Urge mucho salida; es preciso que sea mañana. Diríjase V. E. a San Vicente de Cabo Verde. Así que llegue, tomará carbón y agua. Comunique con semáforo Canarias, por si hubiese alguna novedad que notificarle. Las instrucciones, que se ampliarán, son, en esencia, proteger escuadrilla torpederos, que queda a sus órdenes, por estar en Europa Amazonas y San Francisco. No hay, por ahora, más buques americanos.

El telegrama marcaba Cabo Verde, en lugar de Canarias, como punto de reunión de la flota, algo que no dejaba de resultar insólito, y desmentía los falsos rumores de los navíos norteamericanos que querían apresar a Villaamil.

Todo el día 7 lo pasaron Cervera y Bermejo cruzándose telegramas. El almirante, solicitando el plan que pudiera tener el gobierno; el ministro mandándole salir e indicándole que las instrucciones concretas ya le llegarían por escrito con el vapor carbonero *San Francisco*.

Finalmente, el 8 Cervera le comunicaba a Bermejo:

Son las cinco de la tarde y estoy saliendo con el Teresa y el Colón.

El viaje se verificó sin ningún incidente, vía Santa Cruz de Tenerife, con la mitad de las calderas encendidas y a una velocidad de entre doce y catorce millas. El 14, a las diez de la mañana, los dos navíos fondearon en Puerto Grande, San Vicente de Cabo Verde. Allí le esperaba ya la escuadrilla de Villaamil, con los destructores *Terror*, *Furor* y *Plutón*, y los torpederos *Ariete*, *Halcón* y *Rayo*, que navegaban convoyados por el trasatlántico *Ciudad de Cádiz*.

Villaamil le dio a Cervera la noticia de que no se les quería vender allí carbón sino de un modo limitado, 700 toneladas, y a un precio muy elevado, pues las huelgas que se estaban realizando en Gales dificultaban su llegada. Al mismo tiempo recibió un telegrama de Bermejo en el que se le comunicaba que el vapor *San Francisco* le llevaría otras 2.000 toneladas y que el *Vizcaya* y el *Oquendo* navegaban desde el día 9 para unírsele en Cabo Verde.

El telegrama del día siguiente no era tan halagüeño:

Continúa situación grave. Cámaras americanas violentos y humillantes discursos para nuestra patria. Grandes potencias demuestran deseos de paz. Dicen confidencialmente de Washington que el 13 salió escuadra volante, compuesta del New York, Texas, Columbia, Minneapolis y Massachusetts, para evitar unión de nuestros acorazados, dirigiéndose a esa. Dudo que sea así, por no haber declaración de guerra, pero de todos modos es preciso que esté prevenido. Provéase de todo lo necesario, y al llegar los acorazados alístelos inmediatamente. Bermejo.

Los barcos comenzaron a cargar carbón a toda prisa, se compraron víveres, quedaron un par de calderas retiradas con objeto de destilar agua, porque la que traían los aljibes del puerto no era suficiente, y esperaron al *San Francisco*, donde iban a llegar las instrucciones del Gobierno. Un temporal se le impidió hasta el 18. A bordo venían las esperadas órdenes con fecha de 8 de abril, acompañadas de una carta semioficial del 7, un día antes de la salida de Cádiz.

En esencia comunicaban: salir *para Puerto Rico u otro puerto de la Antillas y defender la isla.*

Como dijo Víctor María Concas, comandante del *Teresa:*

Lo natural era que la escuadra del almirante, si irremisiblemente tenía que ir a las Antillas, se hubiera detenido en Canarias, donde en pocas horas se hubiese repuesto de todo lo necesario, sin contar con la importantísima circunstancia de tener allí el telégrafo a disposición del Gobierno y amarrado al cable de Cádiz, sin intervención extranjera alguna.

El mismo día llegaban también el *Vizcaya* y el *Oquendo*, completando la escuadra de operaciones. El primero, por lo sucio que tenía los fondos, quemaba una enorme cantidad de carbón para poder mantenerse con la velocidad del segundo.

El 19 Cervera escribió al ministro una carta, expresando su desavenencia con las órdenes e indicándole su parecer de que era más prudente quedarse en Canarias para poder acudir a cualquier punto que fuera necesario y no alejarse para defender las Antillas, que por el momento podían hacerlo ellas mismas, quedando, por el contrario, sin protección el resto de la península.

Bermejo respondió al día siguiente confirmando la orden dada:

Comisión mixta Cámaras americanas aprobaron intervención armada, declarando Cuba ser libre e independiente; créese firmará hoy presidente la resolución. Conviene alistarse.

Al recibir el telegrama se dio aviso a los capitanes de navío para que acudieran al

Colón, buque del segundo jefe de la escuadra, José García de Paredes, que se encontraba enfermo. A la reunión asistieron los dos jefes de la escuadra; Joaquín Bustamante, su jefe de Estado Mayor; Concas, comandante del *Teresa*; Emilio Díaz Moreu, comandante del *Colón*; Antonio Enlate, comandante del *Vizcaya*; Juan Lazaga, comandante del *Oquendo*, y Villaamil, jefe de la escuadrilla de torpederos

La propuesta de Cervera era la siguiente: *en las circunstancias actuales que atraviesa la patria, ¿conviene que esta escuadra vaya a América o que cubra más bien nuestras costas y Canarias, para desde allí acudir a cualquier contingencia?*

Cervera leyó en la junta un telegrama que le acababa de entregar el cónsul español de San Vicente de Cabo Verde, fechado en Washington, que informaba de la primera acción naval que intentarían los norteamericanos. Apoderarse de la isla de Puerto Rico:

Según orden superior de ministro plenipotenciario, comunico a V. E. hoy mandaron ultimátum guerra, que empezará sábado. Plan inmediato; envío escuadra volante a Puerto Rico a destruir base de operaciones y carbón. Agregado naval, Polo[9].

Tras cuatro horas de deliberaciones, la respuesta conjunta fue:

...que teniendo en cuenta las deficiencias de nuestra escuadra, en relación con las del enemigo, y los escasísimos recursos que actualmente presentaban tanto Cuba como Puerto Rico para servir de base de operaciones, y no ocultándoseles los inconvenientes graves que a la nación reportaría un descalabro de nuestra escuadra en Cuba, por dejar entonces casi impune la venida del enemigo sobre la Península e islas adyacentes. De acuerdo con segundo jefe y los comandantes de los buques propongo ir al punto que se indica o indicará: Canarias.

Desde allí se esperarían órdenes para salir al sitio por donde atacase el enemigo. Se envió también un informe redactado por Concas en el que se comunicaba la situación de cada uno de los buques de la escuadra, su inferioridad ante los navíos norteamericanos. También se le envió la posible indefensión en la que se encontrarían los puertos de la península, Baleares y Canarias si la escuadra seguía hacia las Antillas.

El telegrama anunciando la decisión unánime de los comandantes de la escuadra de no continuar el viaje cayó en el Ministerio de Marina como una bomba. Bermejo quedó desorientado.

El día 21 Cervera le envió un nuevo parte:

Mientras más medito, mayor es mi convicción que continuar viaje a Puerto Rico será desastroso. Para Canarias podría salir mañana; el carbón se embarca despacio porque hay escasez de medios. Los comandantes de los buques tienen igual opinión, y algunos más enérgica que yo. Necesito instrucciones.

Bermejo le contestó, aferrado a su parecer, aquel mismo día:

Como Canarias está perfectamente asegurada y conoce V.E. telegramas de Washington sobre salida próxima de Escuadra volante, salga con todas las fuerzas para proteger isla de Puerto Rico que está amenazada, siguiendo la derrota que V.E. se trace, teniendo presente la amplitud que las instrucciones le conceden y que le renuevo. La frase «salgo para el norte» *me indicará su salida, debiendo ser absoluta la reserva sobre sus movimientos. La Nación, en estos momentos supremos en que se declara la guerra, acompaña a esa Escuadra en expedición y la saluda con entusiasmo.*

Cervera mantuvo también el suyo:

He recibido telegrama cifrado con la orden de seguir para Puerto Rico. A pesar de persistir en mi opinión, que es opinión general de los Comandantes de los buques, haré todo lo que pueda para avivar la salida, rechazando la responsabilidad de las consecuencias. Agradecemos saludo Nación, cuya prosperidad es nuestro único anhelo y en nombre de todos manifiesto nuestro profundo amor a la Patria.

Bermejo, quizá también para quedar con la conciencia tranquila, reunió el 23, a las tres de la tarde, en su sala particular del Ministerio de Marina, a todos los oficiales generales de la Armada residentes en Madrid, en activo o retirados, para una junta, que decidiese la suerte de la escuadra.

Era un error. Si la junta aprobaba las decisiones del almirante de la escuadra, hacía ver una disidencia palpable entre la Armada y el Gobierno en el momento de comenzar la guerra. Si las desaprobaba, comenzaban ya las operaciones, dejando malparado el prestigio de los mismos oficiales que el gobierno había nombrado para mandarla.

Bajo la presidencia del ministro asistieron el almirante Chacón, los vicealmirantes Valcárcel, Beránger, Butler y Martínez; los contraalmirantes Pasquín, Navarro, Rocha, Warleta, Mozo, Cámara, Reinoso y Guzmán, y los capitanes de navío de primera clase Gómez Imaz, Terry, Lazaga, Cincúnegui y Auñón.

Tras un momento de desorientación se expuso la situación con los Estados Unidos y Bermejo explicó que la escuadra estaba en Cabo Verde esperando órdenes.

Protestaron Berenguer, Gómez Imaz y Mozo por haberla enviado allí; y al oír que se la pensaba enviar a Puerto Rico, las opiniones se dividieron. Auñón fue el más decidido para que la escuadra saliese inmediatamente, y su opinión arrastró la de la mayoría, con más o menos modificaciones; Gómez Imaz juzgó que no debía salir, cuando menos, hasta que se le hubiesen unido el *Carlos v* y el *Pelayo*. Abiertamente en contra de la salida estaban Butler, Lazaga y Mozo, sobre todo este último; que leyó su opinión por escrito. El resto estaban de acuerdo, aunque algunos pensaban que debía de reforzarse primero, con otros buques de combate. En la votación final Mozo, Butler, Lazaga y Gómez Imaz se opusieron; intentando posteriormente los dos últimos que por mediación de Sagasta se deshiciese la orden dada. No lo consiguieron.

La resolución de la junta de generales del 23 se le notificó a Cervera en un telegrama que, resumido, decía lo siguiente:

Oída la junta de generales de Marina, opina esta que los cuatro acorazados y los tres destroyers salgan urgentemente para las Antillas...; la derrota, recalada, casos y circunstancias en que V. E. debe empeñar o evitar combate, quedan a su más completa libertad de acción. En Londres tiene a su disposición 15.000 libras; los torpederos deben regresar a Canarias con los buques auxiliares... La bandera americana es enemiga.

Una vez recibida la orden de zarpar, Cervera escribió de nuevo al ministro de Marina:

Con la conciencia tranquila voy al sacrificio, sin explicarme ese voto unánime de los Generales de Marina, que significa la desaprobación y censura de mis opiniones, lo cual implica la necesidad de que cualquiera de ellos me hubiera relevado.

Villamil, que también era diputado a Cortes telegrafió a Sagasta de forma privada:

Ante la trascendencia que tendrá para la Patria el destino dado a esta Escuadra, creo conveniente conozca usted por el amigo que no teme censuras, que si bien como militares están todos dispuestos a morir honrosamente cumpliendo sus deberes, creo indubitable que el sacrificio de este núcleo de fuerzas navales será tan seguro como estéril y contraproducente para el término de la guerra, si no se toman en consideración las repetidas observaciones hechas por su Almirante al ministro de Marina.

Dos cartas, más pesimistas aún, envió también Cervera el 28 de abril para despedirse antes de emprender el viaje, una iba dirigida al ministro de Marina, otra a su hermano Vicente.

La escrita a Bermejo, era contestación a otra de este, en donde *se sinceraba de haber hecho por la escuadra cuanto estaba de su parte*:

Mi querido general y amigo: Aun no he contestado a su carta... Habla usted de planes, y por más que he hecho para que se formaran, como era juicioso y prudente, no he obtenido la menor satisfacción a mis deseos, hasta el punto de que, si hubiesen sido otras las circunstancias, habría pedido mi pase a la reserva, como lo pediré, si Dios me saca con vida de esta, el día en que haya pasado el peligro. Aun lo pediría hoy, sin importárseme un bledo el que me tacharan de cobarde, si ese paso mío no produjera en la escuadra el deplorable efecto de una deserción de su almirante al frente del enemigo. ¡Qué me ha facilitado cuanto he pedido! El Colón no tiene sus cañones gruesos, y yo pedí los malos, si no había otros; las municiones de 14 centímetros son malas, menos unos 300 tiros; no se han cambiado los cañones defectuosos del Vizcaya y del Oquendo no hay medio de recargar los casquillos del Colón; no tenemos un torpedo Bustamante; no hay plan ni concierto, que tanto he deseado y propuesto en vano; la consolidación del servomotor de estos buques solo ha sido hecha en el Teresa y Vizcaya cuando han estado fuera de España; en fin, esto es un desastre ya, y es de temer que lo sea pavoroso dentro de poco. ¡Y quizá todo podría aún cambiar! Pero presumo que ya es tarde para nada que no sea la ruina y desolación de la patria. Comprendo que tenga usted la conciencia tranquila, como me dice en su carta, porque usted es una persona buena a carta cabal; pero reflexione usted en lo que le digo y verá cuánta razón tengo.

En la dirigida a su hermano le decía:

Mis queridos hermanos: Acabamos de refrendar nuestros pasaportes para el cielo. Hoy hemos confesado y comulgado casi todos los de esta escuadra para cumplir con el doble precepto que nos obliga, el del precepto pascual y el del peligro de muerte. Algunos han faltado, con gran pena mía, pero no me ha parecido bien obligarles. Vamos a un sacrificio tan estéril como inútil. Vicente, si sucumbo, como espero, cuida tú de mi mujer y de mis hijos. A todos os abraza,

Pascual.

Poco después, el telégrafo, llevaba a Madrid el mensaje convenido: *Salgo para el norte.*

DE CABO VERDE A SANTIAGO

La escuadra salía de Cabo Verde la mañana del 29 con los barcos formados en línea de fila, los cruceros a la cabeza y los cazatorpederos detrás, arrumbando al noroeste, camino de Canarias, para desorientar a los posibles observadores.

Con ellos navegaba el teniente de navío Ángel García de Paredes, al mando del *Colón*, enfermo y con cuatro meses de licencia; que al ver cómo su barco iba a zarpar, renunció a la baja para no abandonar a sus hombres.

Cuando perdieron la costa de vista se cambió el rumbo y el orden de marcha. La velocidad inicial de diez millas tuvo que reducirse a siete, porque el *Vizcaya* no podía seguir al resto de la escuadra y los destructores se pusieron a remolque de los cruceros, salvo de este último, para que los maquinistas navales procedentes del *Carlos V*, que no conocían bien el funcionamiento de las instalaciones, lo fueran aprendiendo. Durante 13 días atravesaron el Atlántico sin hallar enemigo alguno que les cerrase el paso.

Próximos a las Antillas, se encendieron las calderas; los destructores dejaron las estachas de sus remolques, navegando con su propia máquina, y la escuadra tomó una velocidad de once millas, puesta en orden de combate. Nadie conocía su ruta, se había marcado en la escuadra con absoluto secreto y ni siquiera el gobierno había sido informado.

En los últimos días de abril la escuadra norteamericana había ido cerrando los principales puertos de Cuba, fijándose las directrices del bloqueo con arreglo a las normas internacionales el día 26, cuando McKinley las dio a conocer. Con esta medida se pretendía aislar Cuba, reconocer y destruir, si era posible, las defensas de la costa, buscar puntos adecuados de desembarco e intentar cortar las comunicaciones telegráficas entre la isla y Europa.

Informados de la salida de Cervera con rumbo desconocido, supusieron que iba hacia las Antillas, que su primer destino sería Puerto Rico para aprovisionarse de carbón y víveres y que posteriormente saldría para La Habana. Para interceptarle, situaron en el canal de Barlovento, entre Cuba y Haití a la división del almirante William Thomas Sampson formada por los acorazados, *Iowa* e *Indiana*, el crucero acorazado *New York* y los monitores, *Terror* y *Amphitrite*. Además, pusieron dos vapores rápidos, el *Harvard* y el *San Luis*, como centinelas, al este de la Martinica y Guadalupe, con orden de cruzarse en sentido contrario día y noche en una línea de norte a sur, a ochenta millas de las citadas islas.

Mientras Sampson andaba a ciegas, la escuadra llegó cerca del canal que hay entre Santa Lucía y la Martinica, una derrota baja, no frecuentada por los buques, y que les permitía navegar con relativa tranquilidad. Como el gobierno había señalado la bandera británica como sospechosa y los puertos de Jamaica debían considerarse como peligrosos para la escuadra, se dirigieron a los franceses antes de tomar una resolución definitiva.

El 10 de mayo, a una singladura de la Martinica, Cervera ordenó a Villaamil que se adelantara con los dos destructores *Terror* y *Furor*, entrara en el puerto de Fort de France y se informara de la situación indagando el sitio donde estaba maniobrando la escuadra norteamericana y el puerto español de las Antillas que más seguridades ofreciera para la llegada. Por el camino, el *Terror*, a pesar de navegar a velocidad reducida, sufrió varios reventones de tubos de calderas y quedó al garete.

La llegada a Martinica fue desconcertante. El cónsul de España no estaba en la ciudad por no haber sido avisado desde Madrid de la posible llegada de la flota, y las noticias de la situación las recibió Villaamil del capitán del *Alicante*, Antonio Genis, que se encontraba en el puerto. Por él se enteró de la declaración de guerra, de la derrota de Montojo y del bloqueo de Cuba desde Cárdenas hasta Cienfuegos. También le informó de la crisis ministerial y que probablemente Bermejo dejaría la cartera de Marina.

A la una de la madrugada del 12, Villaamil regresó a la escuadra, que se encontraba esperando alejada de la isla. Volvía sin el *Terror*, que se quedó en Fort de France para ser reparado a pesar de las reticencias del gobernador francés que no quería dejarle partir.

Por la mañana se izó de nuevo en el buque insignia la bandera de comandantes a bordo.

El objetivo de la reunión era decidir a qué puerto se acudía, teniendo en cuenta que apenas quedaba carbón y que por la imprevisión del gobierno dándoles las órdenes en Cabo Verde por un cable extranjero, el enemigo consideraría como más probable la idea de que la escuadra, como había decidido Bermejo, iba a Puerto Rico.

Saint Thomas, que debía de estar convertido en base naval norteamericana puesto que hacía muy poco tiempo los Estados Unidos se la habían querido comprar a los ingleses quedó descartada y La Habana, el lugar idóneo, parecía imposible de alcanzar. Quedaba Curaçao, puerto neutral, en el que según un telegrama de Bermejo, de fecha 26 de abril, se disponían de 5.000 toneladas de carbón galés enviadas desde Londres. La solución se tomó por unanimidad; la escuadra se dirigiría hacia la colonia holandesa.

No podían saber que a primera hora de la mañana, Sampson, que aun desconocía el paradero de los barcos españoles, había decidido acercarse a Puerto Rico

con una escuadra formada por los acorazados, *Iowa* e *Indiana*, el crucero acorazado *New York*, los monitores, *Terror* y *Amphitrite*, los cruceros, *Detroit* y *Montgomery*, y el remolcador, *Wonpatuk*, bombardearlo por, en palabras textuales, *la probabilidad de hallar en el puerto a la escuadra española*[10] y que tras 2 horas y 19 minutos intercambiando disparos, con un mínimo acierto, con las baterías costeras[11], se había tenido que retirar.

Navegando a 10 millas, que apenas podía ya soportar el *Vizcaya*, les amaneció el 14 de mayo enfrente del puerto de Santa Ana, capital de Curaçao. Los destructores, más rápidos, recibieron la orden de adelantarse, entrar en el puerto y prepararlo todo para la operación de carga. El resto de la escuadra siguió su paso, y unas horas después doblaba las escolleras del puerto de Santa Ana, teniendo a la vista el puente giratorio que a la caída de la tarde cerraba el acceso a la ría. Al fondo se encontraba el muelle con las carboneras, y fuera, sin poder entrar, los destructores.

Apelando a la neutralidad, o quizá para no enemistarse con los estadounidenses el gobernador había negado el acceso al muelle. Tras múltiples deliberaciones se consiguió que dejase entrar solo dos cruceros durante cuarenta y ocho horas, fijándoles el máximo de carbón en 600 toneladas y a un precio inconcebible. Cervera escogió al *Teresa* y al *Vizcaya*, que eran los más necesitados; hizo que el *Colón* rellenara las carboneras del *Plutón*, que estaba ya a pleno barrido, y dejando el resto de la escuadra fuera del puerto, se metió en él, dispuesto a no desperdiciar el tiempo.

Mientras se cargaba el carbón en los cruceros, se dedicaron a comprar víveres pese a encontrar grandes dificultades por ser domingo hasta completar treinta días por buque. Llegó la noche, giró el puente, y dejó incomunicados a los dos buques del resto de los demás. *No hay nada* —diría Concas— *que pueda dar idea de la ansiedad en que pasamos aquella noche del 14 al 15 de mayo, en que cualquier ruido nos parecía un ataque a nuestros compañeros, en cuyo auxilio nos hubiera sido imposible acudir.*

¿Qué había ocurrido con las 5.000 toneladas de carbón que según Bermejo estaban en Curaçao? Es sencillo en toda esta cadena de desatinos. Primero estaban en Puerto Rico esperando a la escuadra, luego, cuando Villaamil, por orden de Cervera, le puso a Bermejo un telegrama desde Fort de France que decía *Martinica, 12 mayo 1898. La escuadra, sin novedad; excelente espíritu. Villaamil va a adquirir noticias, de que dependerán las operaciones futuras.* El ministro, de forma incomprensible, las envió allí:

Vapor Alicante debe encontrarse ahí, y otro vapor inglés, con 3.000 toneladas, debe llegar a este puerto a las órdenes capitán Alicante; puede disponer V. E. de ambos buques.

Pero no solo pasó esto con el carbón; pocas horas después, creyéndole aún en la Martinica, le envió otro telegrama:

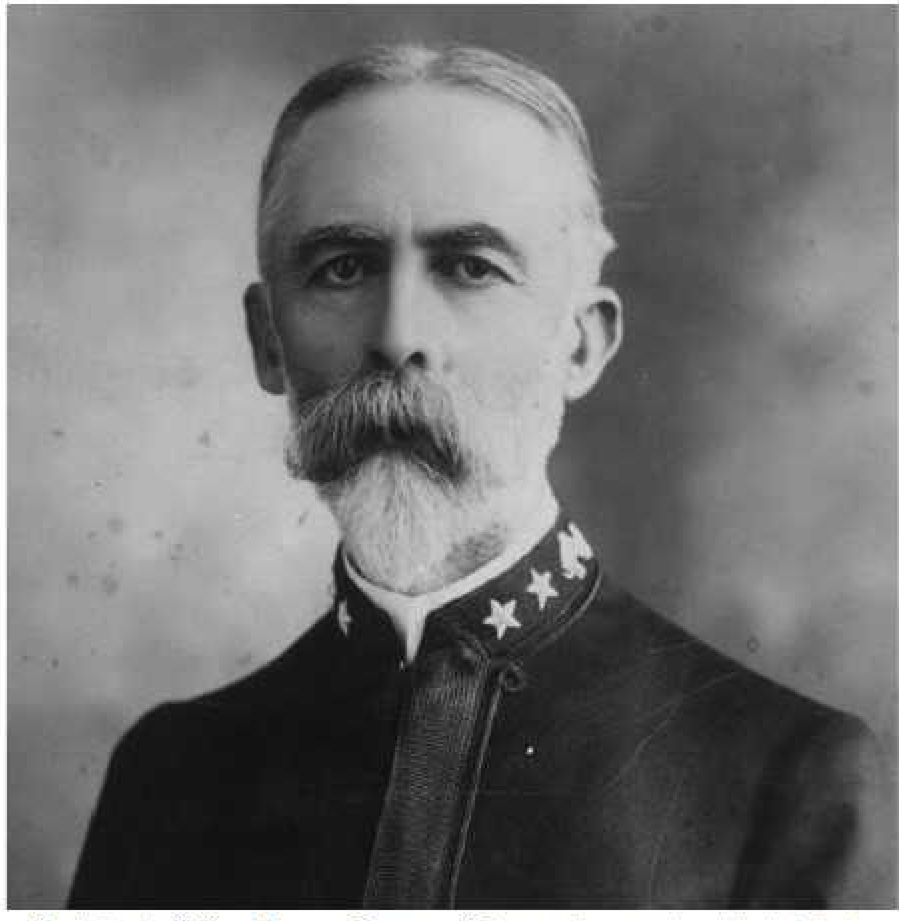
Desde su salida han variado las circunstancias. Se amplían sus instrucciones para que, si no cree que esa escuadra opere ahí con éxito, pueda regresar Península reservando su derrota y punto recalada, con preferencia Cádiz. Acuse recibo y exprese su determinación.

En Curaçao le puso Cervera al ministro el siguiente parte:

14 mayo 1898. De acuerdo con segundo jefe y comandantes de los buques, vine aquí con esperanza encontrar buque carbonero anunciado en el telegrama de 26 de abril. Buque carbonero no ha llegado, y no he podido adquirir el que necesito, lo que crea conflicto, del que veré cómo salgo. Solo han permitido entrada dos buques, limitando permanencia cuarenta y ocho horas.

Bermejo le contestó al día siguiente:

Recibido su telegrama. Se ordena al trasatlántico Alicante, surto en Martinica, salga inmediatamente para esa. Si creyese no alcanzase el tiempo para esperarlo, telegrafíe urgente comandante Terror para donde lo quiere. En vista su ida a Martinica, vapor encargado ir a Curaçao se ordenó fuese Martinica, ignorando si este último ha llegado.



El almirante William Thomas Samspon (1840-1902), vencedor de la batalla de Santiago de Cuba, había participado en la Guerra Civil Americana y tenía una gran experiencia naval. Cuando fue designado, para el mando de la flota norteamericana que debía de bloquear las Antillas españolas.

Así es de incomprensible. Un ministro y un jefe de escuadra que no se entendían, o no querían entenderse, y una flota que llevaba cuatro días dando vueltas por las Antillas, supuestamente en secreto, mientras la buscaba la Armada de los Estados Unidos.

La angustiosa carestía de combustible a la que se vieron sometidos los navíos durante todo el viaje nos lleva a plantear otra pregunta importante que no parecieron hacerse ni Cervera ni Bermejo: ¿Por qué una escuadra que cruzó el Atlántico a 7 nudos no estuvo acompañada por dos o tres buques carboneros abarrotados de material de calidad que hubiesen evitado todos los problemas, como lo hizo Dewey?

Tras Curaçao, en una nueva reunión en alta mar, se decidió que el carbón no daba para más y que la escuadra se dirigiría a Santiago. Se apagaron todas las calderas que no fuesen necesarias, se formó la línea de combate y se emprendió el rumbo

En una continua zozobra se pasaron los días del 15 al 18 porque tuvieron que acercarse tanto a Jamaica, que se perfilaron sobre el horizonte azul las crestas de sus montañas. A media noche comenzaron a cruzar por el canal que separa a Haití de Jamaica. Poco después, dos bultos oscuros se acercaron tanto a la escuadra que se pudieron distinguir perfectamente. Eran el *Saint Paul* y el *Harvard*, los dos navíos que estaban apostados de centinelas. De uno de ellos enviaron el haz del reflector varias veces sobre el sitio por donde navegaba la escuadra; pero continuaron su camino sin verla.

Al amanecer del 19 se tocó a zafarrancho de combate y se activaron los fuegos de todas las calderas para dar la última arremetida, ya barriendo carboneras. Reconocida la costa por los destructores y viéndola libre del bloqueo la escuadra española se dirigió triunfante hacia la boca del puerto entre los gritos de ¡Viva España! que lanzaban las tripulaciones.

El Capitán General de Cuba, Blanco, recibió temprano, en La Habana, el parte de Cervera:

Santiago. Hoy he fondeado en este puerto, desde donde le saluda toda la escuadra, deseosa de cooperar a la defensa de su patria.

Poco después la noticia era comunicada al gobierno:

Habana, 19 mayo 1898, nueve de la mañana.

Está entrando en Santiago de Cuba nuestra escuadra, a cuyo almirante felicito en este momento por su llegada y habilísima derrota.

La contestación la envió el nuevo ministro de Marina, Ramón Auñó,[12] que acababa de reemplazar a Bermejo:

Encargado ministerio, felicito a V. E. y escuadra por hábil maniobra. Ordeno general apostadero provéale de cuanto necesite. Proceda acuerdo gobernador general y deme frecuentes noticias.

Realmente Santiago tenía poco que ofrecer, y la flota de Sampson no tardaría en llegar.

4
CUBA
LA VICTORIA AL ALCANCE
DE LOS DEDOS



Curiosa representación de la batalla de Guásimas,
24 de junio de 1898. La vanguardia americana fue detenida por los disparos de los francotiradores españoles y los Rough Riders de Roosevelt hubiesen sufrido una dura derrota de no haber acudido en su ayuda los soldados negros de 9º y 10º de caballería. Library of Congress. Washington DC.

Diga al presidente que por amor del cielo, nos envíe cada regimento y, sobre todo, cada batería que sea posible. Hasta ahora hemos ganado con un alto coste, pero los españoles luchan muy duramente y estamos muy cerca de un terrible desastre militar; debemos recibir ayuda, miles de hombres, baterías, comida y munición.

Carta enviada por Roosevelt a
Henry Cabot Lodge el 3 de julio de 1898.



Santiago no había sido una buena elección, sus defensas estaban anticuadas y mal protegidas y la ciudad no tenía ni los pertrechos ni el carbón necesarios. El 20 de mayo Cervera se planteó abandonarla tras reparar los buques y reponer combustible.

Finalmente, tras un consejo de oficiales celebrado el 24, se decidió posponer la salida y esperar una buena oportunidad, lo que impidió aprovechar la ocasión para escapar de un puerto que en unos días se convertiría en una trampa. Hubo otra ocasión perdida el 25 y ninguna más. El 29, los navíos de Schley confirmaron la presencia en Santiago de la escuadra española y bloquearon la salida. El 1 de junio llegó el grueso de la flota de Sampson. Cervera estaba atrapado y el escenario principal de la guerra se había trasladado a la zona oriental.

Para evitar que escapase, Sampson ideó un plan. Hundir un barco y taponar el canal de entrada, para lograr capturar a la flota entera cuando cayera Santiago. El buque elegido fue el vapor *Merrimac*, cargado con 10 artefactos de 35 kilos de pólvora cada uno. Fue un completo fracaso, los tripulantes cayeron prisioneros, y el barco quedó en un lugar en el que no entorpecía la navegación, lo que obligó al almirante norteamericano a preparar un cuidadoso bloqueo. Ahora necesitaba conseguir una base segura donde la flota pudiera protegerse ante la llegada de la estación de los huracanes y reparar, carbonear o llevar a cabo todas las labores de mantenimiento con una relativa seguridad.

Para ello contaba con la ayuda de los insurrectos de Oriente.

El 7 de abril, cuando aún Estados Unidos mantenía relaciones con España, había salido desde Washington para embarcarse en Nueva York con dirección a Cuba, vía Jamaica, el teniente Andrew Summer Rowan, de la Oficina de Información Militar del general Miles. Su misión, organizada y aprobada por el gobierno norteamericano, era coordinar con el Ejército Libertador de Cuba las operaciones proyectadas contra el ejército español.

El Ejército Libertador de Cuba se había creado el 1 de diciembre de 1897, tras dos años de rebelión, y casualmente solo cuatro meses antes de la invasión estadounidense, por el consejo de gobierno de la república en armas mediante una ley de organización militar[1] que definía los grados militares[2] y estructuraba a sus efectivos en cuerpos de ejército, divisiones, brigadas y regimientos. Su función, basándose en el creado en 1868 y más tarde disuelto, era agrupar a los efectivos insurrectos, encargarse de conseguir la independencia de Cuba de la nación colonial que sojuzgaba a sus ciudadanos, y de paso, permitir al ejército norteamericano acudir en su ayuda de una forma totalmente altruista[3].

Se organizaba de la forma siguiente:

Provincia de Santiago de Cuba:

- 1er Cuerpo, con 2 Divisiones con un total de 6 Brigadas, con un total de 13 Regimientos en el Cuerpo.
- 2do Cuerpo, con 4 Divisiones con un total de 8 Brigadas, con un total de 18 Regimientos en el Cuerpo.

Provincia de Puerto Principe:

- 3er Cuerpo, con 2 Divisiones con un total de 4 Brigadas, con un total de 9 Regimientos regulares y 2 Regimientos de «guerrilla» en el

Cuerpo.

Provincia de Santa Clara:

4to Cuerpo, con 2 Divisiones con un total de 6 Brigadas, con un total de 10 Regimientos en el Cuerpo.

Provincias de Mantanzas y Habana:

5to Cuerpo, con 2 Divisiones con un total de 7 Brigadas, con un total de 18 Regimientos en el Cuerpo.

Provincia de Pinar del Río:

6to Cuerpo, con 2 Divisiones con un total de 4 Brigadas, con un total de 8 Regimientos en el Cuerpo.

En Oriente quedaban el primero, segundo y tercer cuerpos con un total de ocho divisiones, 17 brigadas, 31 regimientos de infantería y 8 de caballería; en Occidente el cuarto, quinto y sexto con seis divisiones, 17 brigadas, 27 regimientos de infantería y 18 de caballería. Durante toda la guerra aplicaría la consigna de *la tea incendiaria*, consistente en la quema de cañaverales e ingenios azucareros con el fin de destruir la principal fuente de riquezas de la colonia.

Su estructura respondía más a la distribución territorial que al número de hombres, unos 45.000 teóricos, de los que solo 25.000 estaban armados. En cada provincia o municipio tenía nombrado un prefecto o subprefecto que tenía como cometido principal el de obtener, voluntariamente o por la fuerza, de los habitantes de la zona los productos necesarios para sostener a las diferentes partidas, que se mantenían estacionadas en campamentos semipermanentes dentro de las zonas que dominaban donde cultivaban tierras para conseguir alimentos y disponían de hospitales. Puesto que no podían ocupar ciudades o posiciones fijas donde las tropas españolas pudieran llegar a concentrar todos sus medios, atacaban sus convoyes de municiones o ejecutaban múltiples acciones simultáneas que las obligasen a dispersarse y permanecer a la defensiva.



Las partidas del ejército rebelde eran de calidad muy variada.
Fueron de enorme utilidad para el ejército norteamericano, que aun a pesar de ello los trató con ostensible desprecio.
Foto Ristre Multimedia.

La misión secreta de Rowan tenía como objetivo principal entrevistarse con Calixto García, jefe militar de la provincia de Oriente, y asegurarse la cooperación de los insurgentes, ofreciéndoles ayuda logística a cambio.

El obstáculo fundamental era que la Armada española controlaba las aguas cubanas y los barcos que intentaban aprovisionar a los rebeldes desde el extranjero,

principalmente desde Estados Unidos, violando la ley de neutralidad, eran con frecuencia detenidos.

Al llegar a Kingston, Rowan se encontró con serias dificultades para poder pasar a Cuba. Tras conversaciones con su cónsul solicitaron la ayuda de José Francisco Pérez, agente local del Partido Revolucionario Cubano, quien manifestó su necesidad de recibir órdenes expresas del delegado de dicho partido en Nueva York, Tomás Estrada Palma. Dent se dirigió al Secretario de Estado, William R. Day, el que a su vez usó como intermediario al Secretario de Guerra, Rusell A. Alger, para conseguir la autorización de Estrada Palma, que este envió por telegrama a su agente en Kingston.

Este procedimiento de la diplomacia de Estados Unidos, el no comunicarse directamente con el representante del gobierno en armas, encajaba perfectamente en el propósito de no reconocer la existencia de la estructura política de los rebeldes aunque sí la militar.

Desde la Bahía de Santa Ana, al norte de Jamaica, zarpaba periódicamente el balandro *El Mambí*, también conocido por *El Patriota*, para llevar correspondencia, medicinas y hombres al Ejército Libertador. Estaba a cargo del comandante Gustavo Sabio, un peninsular que había abrazado con ardor la rebelión. *El Mambí* funcionaba como una unidad de la Armada de Cuba. Su tripulación la formaban el comandante, un sargento y dos soldados, que operaban en coordinación con el Ejército de Oriente.

La noche del 23 de abril de 1898, cuando ya Estados Unidos daba la guerra por declarada, *El Mambí* se hizo a la mar con el teniente Rowan como pasajero. Su pasaje fue eventualmente pagado por el gobierno norteamericano al gobierno cubano en armas, a través de la Junta de Nueva York, con lo cual se reconocía de facto la existencia de este último. A la mañana siguiente arribó a la Ensenada de Mora, cerca de Cabo Cruz, en el extremo suroriental de Oriente, una zona controlada por las patrullas de Calixto García que recibieron la carga y pasajero, como habían hecho en anteriores ocasiones.

El grupo rebelde, que no hablaba inglés, siguió las instrucciones transmitidas por Sabio y escoltaron a Rowan hasta encontrarse con la patrulla dirigida por el teniente de caballería Eugenio Fernández Barrot, que sí hablaba su idioma, ayudante de campo de Salvador Hernández Ríos, jefe de la Primera División. Por orden suya el grupo cruzó Sierra Maestra hasta Bayamo, que acababa de ser tomada por Calixto García.

García recibió de Rowan un mensaje verbal, pues cualquier documento enviado habría podido comprometer la neutralidad norteamericana si hubiese caído antes en manos españolas. Tras la entrevista acordaron que el teniente volvería a Washington con una comisión formada por el general Enrique Collazo, el coronel Carlos Hernández y el teniente coronel Gonzalo García Vieta. Llevando mapas, datos militares, y un mensaje al Secretario de Guerra fechado en Bayamo el 1 de mayo, escrito por Calixto García, se entrevistarían con el general Miles y coordinarían el envío de la ayuda logística.

Atravesando Cuba en dirección norte la comisión llevó a Rowan a un lugar de la costa conocido como Mono Ciego, en la Bahía de Sabanalamar, donde tenían oculto un bote de catorce pies de eslora, construido de chapa galvanizada, que patroneaba el teniente Nicolás Balbuena.

El bote resultaba demasiado pequeño para trasladarlos a todos por lo que García Vieta tuvo que regresar a Bayamo. Se dirigieron a una isla del grupo de la Lengua del Océano, en las Bahamas. Allí alquilaron otro bote de mejor calidad a un pescador y zarparon para llegar a la Isla Andros la noche del 8 de mayo.

Al día siguiente el grupo llegó a Nassau, donde fue detenido por las autoridades británicas por falta de documentación.

El problema legal, con grandes facilidades británicas, lo resolvió Indalecio Salas, agente local del Partido Revolucionario Cubano, quien facilitó también que embarcaran hacia Cayo Hueso a bordo de la goleta *Fearless*, que arribó a su destino en la mañana del 16. Esa misma tarde continuaron todos hacia Tampa, a bordo del vapor *Mascote*, desembarcando al día siguiente.

Ya en Tampa, el grupo tomó el tren hasta Ibor City, donde la comisión quedó a la espera, mientras Rowan continuaba viaje hacia Washington. Cuatro días después, el delegado Estrada Palma ordenó, a través de su agente en Tampa, que continuaran a Washington cuanto antes, donde fueron recibidos por el general Miles, que ya había recibido el informe de Rowan.

La necesidad obligaba a los norteamericanos a preparar juntos el desembarco.

En 1902, en su libro *The Rough Riders*, Roosevelt diría de sus aliados: *es evidente a simple vista que no servirían para un combate en serio, pero se esperaba que pudieran ser útiles como exploradores. Resultaron ser casi inútiles.* Sin duda, un hombre elegante.

GUANTÁNAMO

Desde que había comenzado la rebelión independentista el ejército español había conseguido mantener sin grandes agobios una total superioridad en el oeste

de la isla, en tanto que los insurrectos habían conseguido algunos éxitos en el Oriente. Las duras medidas adoptadas por el general Weyler y la implacable campaña que llevó a cabo durante su permanencia en Cuba habían dañado seriamente la capacidad de lucha rebelde. No obstante, como hemos visto, las guerrillas de Calixto García conservaban todavía una cierta capacidad de maniobra en la provincia de Santiago.

Cuando se declaró la guerra estaba destinada en la zona de Guantánamo la 2ª Brigada de la 2ª División, al mando del general Pareja, dependiente del 4º Cuerpo de Ejército, que agrupaba las divisiones de Manzanillo y Santiago y dirigía el general Arsenio Linares Pombo, manteniendo el general Toral el mando de la división de Santiago y el gobierno militar de la ciudad. Pareja contaba con el regimiento de infantería Simancas nº 64 al completo; un batallón de infantería de los regimientos del Príncipe nº 3, otro del Toledo nº 35, otro del Córdoba nº 10 y varias unidades de caballería, artillería y guerrillas.

En la provincia de Oriente la situación de las tropas era similar al del resto del ejército. La mala alimentación y las enfermedades habían disminuido el número de hombres disponibles en las diferentes unidades acantonadas en la zona y las fuerzas con que se contaba estaban distribuidas en pequeños puestos estáticos para la defensa de lugares puntuales, lo que mermaba su capacidad operativa y reducía el número de soldados que podían utilizarse para llevar a cabo operaciones ofensivas de entidad.

El bloqueo dificultó allí, aún más, las comunicaciones. El terreno era escarpado, con caminos estrechos en malas condiciones, puentes escasos y de mala calidad, y una densa vegetación con maleza tropical y árboles. Una situación que se agravaba en la estación de las lluvias cuando el agua hacía que la tierra arcillosa del suelo lo tornase pegajoso y que transitar por los senderos o conseguir que llegasen los suministros por cualquier vía que no fuese la marítima se volvía muy complicado.

El 27 de abril, a primera hora de la mañana, el *New York* y el *Oregón* realizaron los primeros disparos contra las posiciones españolas en la bahía de Guantánamo, aunque sin intentar forzar su entrada. Estaban avisados de que un cañonero, el *Sandoval*[4], había colocado en los puntos de acceso minas del tipo *Bustamante* —por entonces se denominaban torpedos— y decidieron no arriesgarse.

El bombardeo, realizado indiscriminadamente en todas direcciones, no alteró en lo más mínimo el sistema defensivo organizado por Pareja. Las baterías españolas del fuerte Cayo Toro y las defensas de la boca de la bahía contestaron al fuego con sus escasos cañones y los navíos se marcharon.

La bahía exterior, a cuarenta y cinco millas al este de Santiago de Cuba no estaba demasiado bien defendida pese a que en las afueras de la ciudad de Guantánamo, en el poblado de Santa Catalina, Pareja tenía su cuartel general con una guarnición de algo más de 5.000 hombres en su mayoría voluntarios.

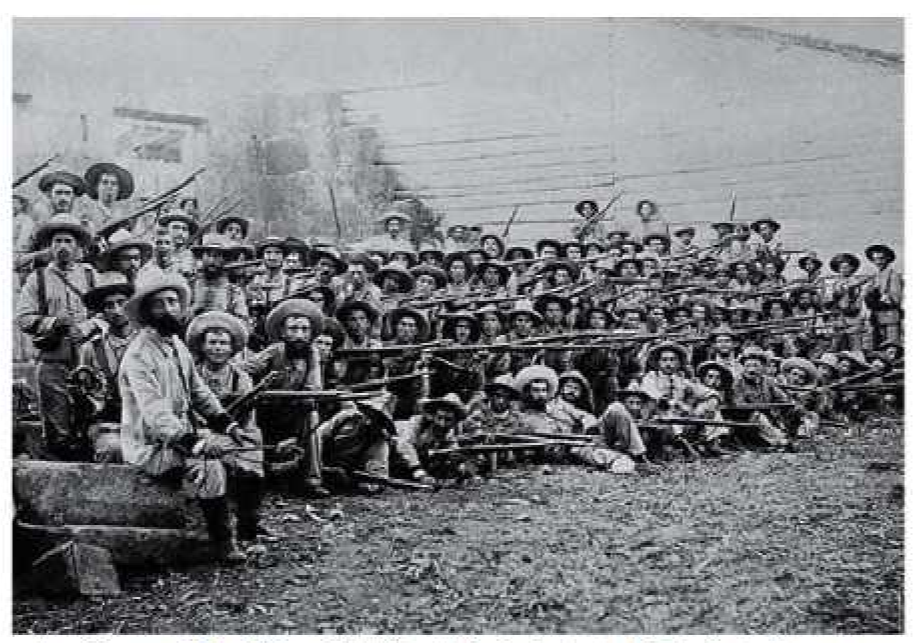
El 18 de mayo, ya con los datos que había aportado la comisión que había acompañado a Rowan, el *Saint Louis* y el *Wompatuk* después de acercarse al Castillo del Morro en Santiago, tratando de rastrear y enganchar el cable submarino de comunicaciones telegráficas, se dirigieron hacia Guantánamo, llegando a sus inmediaciones al mediodía y disparando contra los fuertes. El fuego fue respondido por los cañoneros *Alvarado* y *Sandoval*, obligando de nuevo a los norteamericanos a retirarse. Al día siguiente regresaron utilizando banderas españolas en sus mástiles para confundir a los defensores hasta el último momento y consiguieron entrar en la bahía con el propósito de detectar la ubicación de las posiciones españolas, el poder de su fuego y el calibre y alcance de su artillería. Una vez más fueron rechazados desde Cayo Toro, Punta Caracoles y desde la boca del río Guantánamo, con el auxilio del *Alvarado*.

Solo eran maniobras de prueba. La bahía de Guantánamo era el sitio ideal para los planes de Sampson y su elección no se había hecho por casualidad.

Al regresar a Bayamo Gonzalo García Vieta, Calixto García le había enviado como jefe de estado mayor de la división Guantánamo para que mantuviera estrechos contactos con la escuadra norteamericana que patrullaba las costas al sur de Oriente.

Fruto de esas reuniones, el 6 de junio, el buque *Gloucester* atracó en la bahía de Banes. A bordo subió el coronel Carlos Hernández, ya de vuelta de Washington. Le informaron de que, según las conversaciones mantenidas, la costa suroriental, incluyendo a Guantánamo, sería escenario fundamental para la llegada de tropas y un teatro de operaciones importante, por lo que pedían la colaboración de las fuerzas rebeldes para apoyar los desembarcos.

Comunicados los planes a García, este remitió órdenes a los jefes de las divisiones orientales de su ejército para que ayudasen a los norteamericanos en todo lo que solicitaran, incluso poniéndose a sus órdenes si era necesario[5].



La 3ª Compañía del Primer Batallón del Regimiento de Infantería de Navarra en Cuba. Todos los soldados están armados con el robusto y eficaz fusil *Mauser* M. 1893, una arma soberbia que sería reglamentaria hasta finales de los años 50 del siglo xx. Biblioteca Nacional.

Para cumplir la misión asignada por García, el general Pedro Agustín Pérez dispuso el bloqueo terrestre de las guarniciones de Guantánamo, Jamaica y Caimanera —los puntos donde se concentraba el grueso de las fuerzas españolas— y de las poblaciones de Baracoa y Sagua de Tánamo dividiendo a las fuerzas de su división en las áreas cercanas a las poblaciones bloqueadas y haciendo énfasis en cortar las comunicaciones con Santiago.

La brigada Guantánamo, dirigida por el coronel Juan de León Serrano y reforzada con artillería ligera de campaña se situó al oeste de la ciudad dominando las vías de acceso a Guantánamo desde Santiago de Cuba. El batallón ubicado en Jaibo, dirigido por el teniente coronel Vicente Tudela, controló los accesos a la villa por el suroeste, hostigando permanentemente los fortines enclavados en la línea militar construida a lo largo de todo el ferrocarril; y el teniente coronel Enrique Thomas, al frente del último batallón del regimiento, se situó al noroeste de la ciudad, concentrando a su plana mayor en el poblado de Tiguabos, ocupado por los rebeldes desde el 29 de abril.

El otro regimiento del que disponía Pérez, el Hatuey, dirigido por el coronel Silverio Guerra se situó al noroeste, en campamentos establecidos en El Palmar, Casisey y San Carlos, con órdenes precisas de acosar constantemente el sistema defensivo del municipio de Jamaica. Uno de sus batallones, al mando del coronel Evaristo Lugo se situó en el perímetro de la bahía de Guantánamo, con el fin de bloquear y presionar al dispositivo militar de Caimanera e impedir las comunicaciones entre Santiago de Cuba y Guantánamo a través del llamado *camino de la costa*, que cruzando por Baconao conducía a Baitiquirí y el otro, a las órdenes del teniente coronel Luis González Pineda, se colocó al sureste, controlando también la costa, y con la orden de atacar a las guarniciones de Puerto Escondido y sus inmediaciones.

El cuartel general se ubicó indistintamente en los campamentos de Vuelta Corta y Cubitas para vigilar todo al este de Santiago y apoyar los desembarcos de tropas norteamericanas, según lo convenido. Como apoyo acudió el general Demetrio Castillo, jefe de la Brigada de El Ramón, que operaba en el territorio costero entre Baconao y Aguadores para concentrar a sus fuerzas en puntos estratégicos entre Santiago y el valle del Guantánamo[6].

Con esa distribución de fuerzas, muy fortalecida con el suministro de armas y municiones estadounidenses, se conseguía el bloqueo de las tropas españolas de la zona, se controlaba el flanco derecho de Santiago de Cuba, impidiendo la salida de refuerzos desde Guantánamo hacia la capital oriental, para evitar que los norteamericanos quedaran atrapados entre dos fuegos y se garantizaba la bahía como base de operaciones para el asalto final a Santiago.

Cuando se cortó el cable, el cerco rebelde impidió las comunicaciones y todos los correos que partieron desde Santiago a Guantánamo, incluyendo el que llevaba la orden de Linares para que Pareja le enviara a la capital de Oriente un batallón, media sección de artillería y otra media de ingenieros, con el propósito de reforzarla, fueron capturados[7].

El 7 de junio el general Pérez subió a bordo del *Marblehead* para comunicar la situación de sus hombres y ultimar los detalles del desembarco norteamericano con el capitán de navío Bowman H. McCalla, al mando de la expedición, dejando a García Vieta para que cooperara en las operaciones que se realizaran. En la reunión se decidió que el regimiento Guantánamo Nº. 4 participaría directamente junto a los infantes de Marina norteamericanos que desembarcaran en las acciones de ocupación de la rada.



Tropas de caballería de los Estados Unidos se resguardan del fuego español. Amparados por la espesa vegetación y ocultos en los árboles los tiradores españoles convirtieron el avance norteamericano hasta Santiago en un duro camino, hasta el extremo de ser conocido con el nombre de Bloody Ford. Foto Ristre Multimedia.

El 8 comenzaron las operaciones. Los buques *Yankee*, *Marblehead* y *St Louis*, junto a los auxiliares *Vixen* y *Sterling*, bombardearon con granadas y metralla las posiciones españolas de la bahía, causando serios daños con sus cañones de tiro rápido en las defensas de Punta de Pescadores, Punta San Nicolás, Punta Caracoles y las lomas de Playa del Este.

Una vez eliminada la primera línea, las unidades navales se adentraron hacia el interior, comenzando a disparar sobre los fortines que guarnecían al poblado de Caimanera y al destacamento situado en cayo Pin Pin, destruyendo el heliógrafo que los comunicaba con Guantánamo. Después, concentraron su fuego sobre el vetusto fuerte de Cayo Toro, cuya artillería, tras intercambiar disparos intensamente, quedó en silencio.

Simultáneamente al bombardeo, aunque el *Sandoval* intentaba desde una distancia de 3.000 metros evitarlo, el *St Louis* rastreó y enganchó el cable telegráfico submarino que comunicaba a Caimanera con Guantánamo y Santiago de Cuba, privando al mando español de sus comunicaciones.

Neutralizadas las defensas, el *Marblehead* y el *Yankee* mandaron a tierra, en Playa del Este, un destacamento de 100 marines procedentes del propio *Marblehead* y de los que habían embarcado del *Oregon y el New York*, con el fin de seleccionar y ocupar los puntos estratégicos que preparasen el desembarco principal. Avanzaron hacia el poblado de Punta Pescadores, destruyeron la caseta del cable para evitar que se pudiesen reparar las comunicaciones y ante el inminente contraataque de las tropas españolas reembarcaron y se retiraron de las posiciones ocupadas. Por la noche, los potentes reflectores de los barcos iluminaron la costa tratando de detectar cualquier movimiento mientras bombardeaban de nuevo los mismos puntos que habían batido durante la mañana.

Durante la noche del 9, a bordo del crucero auxiliar *Panther* y escoltados por el *Yosemite*, que habían zarpado de Key West el día 7 por orden de la *Naval War Board*, llegaban a la bahía los hombres del 1º batallón de infantería de Marina al mando del teniente coronel Huntington. La unidad, con cinco compañías de infantería y una de artillería, se había formado en Nueva York con 23 oficiales, 1 cirujano y 623 soldados. Todos iban perfectamente equipados con nuevos uniformes de campaña y modernos rifles modelo Lee 1895.

A la mañana siguiente tuvo lugar un nuevo bombardeo masivo de los buques de McCalla sobre la ya castigada defensa costera en las alturas de Playa del Este, pero no consiguió que las unidades de Pareja, que habían permanecido firmes desde el día 7 a merced de su artillería entre las ruinas de casamatas, fortines y trincheras, se retiraran de Loma Blanca.

Con órdenes estrictas de silenciar a los defensores que llevaban entorpeciendo durante todo el día el desembarco previsto, se envió al crucero *Texas* y a la fragata *Dolphin* a ocupar otras posiciones más cercanas, obligando al *Sandoval* a refugiarse en el fondo de la bahía. El *Texas* se situó próximo a la costa, frente a la Playa del Cable, y la *Dolphin* en las aguas interiores, frente a la Playa del Este. A partir de ese momento se inició un fuego concentrado cruzado contra los devastados reductos de Loma Blanca, desde las tres puntos que ocupaban los navíos norteamericanos, que provocó numerosas bajas entre los defensores y su retirada hacia las alturas del Cuzco.

Libre por fin de los pegajosos españoles que no cedían sus posiciones, Hatington ordenó el desembarcó de tres de las compañías del *Panther*, que fueron trasladadas a la orilla utilizando barcazas y botes. La primera, al mando del coronel William Ray, llegó a Playa del Este e inmediatamente inició el ascenso de las elevaciones circundantes; la segunda desembarcó en Playa del Cable y la tercera lo hizo

por Punta Pescadores. Cuando los ingenieros y la artillería se dirigían hacia la costa ya ondeaba sobre la codiciada Loma Blanca, situada a 133 metros de altura, la bandera norteamericana.

La facilidad con la que William Ray había tomado los reductos de Playa del Este y su informe verbal sobre la escasa capacidad defensiva española influyó en que el mando norteamericano cometiera un grave error de apreciación y decidiera desembarcar las compañías que quedaban en el *Panther* por el centro de la bahía para unirse a las que ya estaban en tierra y comenzar cuanto antes la marcha hacia el interior. Avanzaron hacia Caimanera y se encontraron con un pueblo perfectamente defendido, cuyas unidades, tras cuatro horas de combate y de incesante cañoneo les obligaron a retirarse a sus primitivas posiciones; junto al mar y protegidos por la Armada.

Las nuevas órdenes fueron permanecer a la defensiva cavando trincheras para construir un campamento fortificado, el Camp McCalla, en la antigua ubicación de la caseta del cable; defender la cabeza de playa tomada ante la eventualidad de un ataque español de gran envergadura con tropas provenientes de Caimanera, El Cuzco y Cayo Toro y esperar a que se recibiesen refuerzos. Atrapados en el campamento, sin poder avanzar ni retroceder, las fuerzas estadounidenses se encontraban en la misma situación que lo habían estado las británicas un siglo antes.

En la tarde del 10 y la mañana del 11, los coroneles Luis Millás y Ángel María Rosell, después de reagrupar a los soldados procedentes de Loma Blanca y a los que habían sido trasladados por vía férrea desde Guantánamo para ayudar a defender Caimanera, se dedicaron a reforzar su base de operaciones permanente en Puerto Escondido. El lugar había sido elegido después de la retirada porque tenía una bahía y controlaba las alturas de la estratégica Sierra del Maquey, en particular, las alturas de Picota y Malones. Así podían mantener una línea de suministros y comunicaciones permanentes con las fuerzas de Pareja en Santa Catalina.

Millás se instaló en la hacienda El Cuzco, el único punto de agua potable de la zona, para poder contener y atacar a los norteamericanos. El puesto, aunque estaba próximo al mar y podía ser bombardeado con facilidad por los buques enemigos, permitía acudir rápidamente a Playa del Este.

Al mediodía, las tropas de Millás desplegadas en guerrillas lograron avanzar por el norte de las posiciones ocupadas infiltrándose en las líneas norteamericanas y efectuando cerradas descargas de fusilería que causaron un gran desconcierto entre ellos, tanto, que en un instante en que el mayor Cochrane logró llegar hasta un cercano promontorio comprobó alarmado cómo sus fuerzas, repartidas en tres flancos, estaban totalmente rodeadas por el enemigo y que muchos oficiales habían abandonado sus puestos, entre ellos Huntington del que no se sabía nada, y regresaban a la zona de desembarco en la playa.

Poco a poco fue disminuyendo la intensidad del tiroteo en la misma medida en que los infantes de Marina lograban reponerse de la sorpresa y reorganizaban sus defensas.

Al oscurecer, las tropas de Millás se retiraron tras haberles causado 2 muertos y 19 heridos.

Pasada la media noche se produjo una nueva descarga española que sembró el pánico entre los estadounidenses y Huntington, considerando que la seguridad de su batallón estaba en peligro, solicitó la intervención de las unidades navales fondeadas en el puerto.

Las lanchas con reflectores del *Marblehead*, *Texas* y *Dolphin* iluminaron los puntos donde se creía que estaban las posiciones españolas y sus cañones entraron inmediatamente en acción. Las largas y continuadas descargas artilleras causaron escasos efectos entre los atacantes, que seguían realizando certeros disparos amparados en la cerrada vegetación costera, pero facilitaron que el batallón se reorganizase por escuadras colocando su artillería en el centro. La intervención de la artillería de campaña obligó a las tropas españolas a retirarse con 11 muertos y 13 heridos. En el campo norteamericano quedaban otros 20 muertos, dos de ellos los tenientes Neville y Vhaw, y más de 30 heridos de diferente consideración.

Al comenzar los ataques españoles, García Vieta que continuaba a bordo del *Marblehead* envió al teniente coronel Enrique Thomas una nota para que acudiera a apoyar con su regimiento a los infantes de Marina desembarcados:

Es usted el jefe que ha de operar con los americanos, le comunico que se ponga a las órdenes inmediatas del Comandante del buque llamado Marblehead, que será el que los trasladará á Playa del Este. El nombre de ese señor es McCalla y él a su vez probablemente los pondrá a las órdenes del Jefe de tierra o les dará las instrucciones debidas, son Uds. los primeros cubanos que tienen la honra de cooperar con el brillante ejército americano. Además de esto el hecho de que el Regimiento que ha desembarcado aquí, es precisamente el más brillante de Marina que tienen, y por consiguiente el más exigente para criticar cualquier falta de disciplina que viesen en nuestras tropas; es preciso que todos de mancomún se esmeren en dejar bien puesto el nombre de nuestra amada Patria, tengan presente todos esos pequeños detalles como saludos y otros actos que son tan comunes en nuestras tropas pasar por alto. Probablemente se ocupará por ahora en servicio de avanzadas.

El Jefe de E.M. Teniente Coronel Gonzalo Vieta.

Tras recibir la orden, Thomas reunió en el poblado de San Anselmo de Tiguabos a las fuerzas del regimiento de infantería Guantánamo Nº. 4 para seleccionar a los hombres que irían a colaborar con los norteamericanos. Junto a él marcharían 1 comandante, 2 capitanes, 4 tenientes, 3 sargentos, 2 exploradores y 69 soldados, casi todos de los que disponía. De madrugada emprendieron la marcha hacia Tres Piedras pasando por Corralillo, donde se les incorporó una partida con otros 18, entre oficiales y soldados, que les permitió presentarse con 100 efectivos.

En la madrugada del 12, mientras proseguía el hostigamiento de las tropas españolas y el *Texas* desembarcaba dos ametralladoras colt para colocarlas en los puntos más elevados en previsión de nuevos ataques, los rebeldes llegaron al punto de reunión y ocuparon posiciones en la Punta San Nicolás para establecer contacto con los buques de la bahía según las instrucciones previamente acordadas. Recogidos por una lancha y con el comandante Francisco Laborde como intérprete fueron trasladados al *Marblehead*.

Mientras Thomas informaba a Huntington de la situación de las tropas españolas en el Cuzco y sus tácticas, a sus hombres se les entregaron fusiles Springfield, se les enseñó a utilizarlos durante varias horas y se les dotó de municiones, ropa y alimentos para rápidamente volver a desembarcarlos en vista de que se escuchaba un intenso fuego de fusilería en la costa.

Durante la noche volvió a cundir el pánico y desde una de las avanzadas ocupadas ahora por las tropas aliadas se efectuaron disparos contra presuntos enemigos que contestaron con el fuego de sus ametralladoras, generalizándose inmediatamente un intenso tiroteo. Para cuando se dieron cuenta de que el enfrentamiento se había producido entre las propias fuerzas conjuntas, el cirujano del batallón ya había sido abatido por el fuego cruzado.

Muy afectados por su situación los soldados comenzaron a denominar a aquellos parajes *Hill Curse* (Colinas Malditas) en alusión a la persecución permanente por parte española, que les impedía dormir y descansar, y a la fiebre amarilla, endémica de la zona, que ya había comenzado a hacer estragos entre los estadounidenses. La moral comenzaba a resquebrajarse y algunos oficiales empezaron a sugerir evacuar el campamento.

Al amanecer del día 13 volvió a repetirse el mismo guión; las tropas españolas se acercaron hasta pocos metros de las trincheras y nuevamente efectuaron disparos contra las avanzadas norteamericanas, por la tarde otro destacamento repitió el asalto y otra vez tuvieron que solicitar el apoyo de los cañones del *Texas* y del *Marblehead* para contenerlos. La noche fue especialmente dura, Thomas escribía en su *Diario de operaciones*:

(...) el enemigo rompió un vivo y sostenido fuego que produjo en las tropas americanas un verdadero pánico: las que estaban en la costa al mando de un comandante ya viejo y cuyo nombre ignoro pedían auxilio a los barcos dejando abandonada una pieza y ahogándose tres de ellos que en la huida se lanzaron al agua. El pánico fue horrible y la noche bien desagradable.



El general ibicenco Vara del Rey mandaba la guarnición de El Caney, donde dio una lección de serenidad, valor y sacrificio, logrando la admiración de sus enemigos. Biblioteca Nacional.

Un despacho de McCalla, remitido al Alto Mando en el continente, informaba en la mañana del día 14, *(...) la situación es extremadamente peligrosa, los españoles tienen cercado el campamento.*

La situación de la cabeza de playa era ya insostenible y tras una nueva conferencia en el *Marblehead* de la que ni siquiera hoy se ha llegado a saber si la idea fue cubana o norteamericana, porque cada uno de los dos países la asume como

propia, se decidió que a la mañana siguiente, apoyados por el *Dolphin*, 200 *marines* al mando del capitán Elliot y los 100 hombres de Thomas intentarían romper el cerco.

A las 5:10 de la madrugada se distribuyó a las tropas de Thomas entre los tres grupos en que se dividió a la fuerza que asaltaría las posiciones españolas[8]. El comandante Juan Martí Alayo y el teniente Ingate, con una fuerza mixta integrada por 20 hombres del Guantánamo 4 y 30 infantes de Marina de la compañía A, se internaron por un desfiladero que les condujo a una altura ubicada frente a las posiciones españolas, por la izquierda, donde se situaron sin ser vistos. El capitán Teófilo Quiala y el teniente Magill, dirigiendo una fuerza de las mismas características, avanzaron también en la misma dirección, pero dando un rodeo por el nordeste, a través de las lomas. Al llegar cerca de las colinas su destacamento se dividió; una parte, guiada por el teniente Plácido Rojas, ascendió la pequeña elevación que bordeaba El Cuzco, y la otra, con Quiala y Magill, la colina que quedaba inmediatamente detrás. Thomas con Elliot, las compañías C y D de *marines* y el resto de sus fuerzas se desplazaron por el camino costero que conducía a El Cuzco con la intención de cortar el paso a una posible retirada española.

Tras una agotadora marcha bajo un sol ardiente, la expedición alcanzó el lugar donde se ocultaban los hombres del coronel Millás. El ataque comenzó con el fuego de las piezas de 100 mm del cañonero, que obligó a los defensores a salir de su refugio, inmediatamente después, las fuerzas aliadas comenzaron el avance contestado con gran intensidad desde las trincheras y el campamento español. El fuego cruzado norteamericano obligó a los defensores a dispersarse y a desalojar las alturas ampliando el escenario del combate; a partir de entonces se formaron pequeños grupos que trataron de buscar una salida y que se encontraron con el grueso de las fuerzas de Elliot y Thomas, apoyados por una pieza de artillería de montaña. Solo una pequeña parte logró escapar en dirección al fuerte Cayo Toro. Mientras los norteamericanos daban por concluido el combate, incendiaban la hacienda y cegaban el manantial, los rebeldes continuaron hasta el anochecer dedicados a la caza del *español* cogiendo 17 prisioneros peninsulares —no había cuartel para las guerrillas formadas por hombres de la isla— que fueron entregados al mando estadounidense.

Las bajas habían sido de 30 muertos y 72 heridos por parte española; 6 muertos y 9 heridos en las filas rebeldes y 2 muertos y 23 desmayados por el calor en la norteamericana.

Al día siguiente tropas españolas fueron a reforzar el fuerte del Toro y dispararon esporádicamente contra los buques de la bahía, su fuego fue repelido por un bombardeo sistemático del *Texas*, el *Marblehead* y el yate artillado *Suwanee* que destruyó el baluarte con facilidad. Durante la acción el *Marblehead* tocó con su hélice una de las minas que había colocado el *Sandoval* pero no estalló. Para limpiar la bahía se envió a 4 lanchas del *Marblehead* y el *Newark* que fueron obstaculizadas todo lo posible desde las orillas por tiradores ocultos; no se pudo hacer mucho más, y los norteamericanos retiraron las 46 minas de 60 kilos de algodón pólvora. En palabras de Phillips, capitán del *Texas*:

Muchas de ellas tenían evidencias de haber hecho contacto con el fondo de los buques o sus hélices, (...) las espoletas mostraban graves defectos que evidenciaban que no se habían montado bajo la supervisión de un especialista. Todas las minas así como sus amarras estaban cubiertos de incrustaciones marinas (...) Gracias al cuidado divino, ninguna explotó.

Con el control definitivo de la ensenada, aunque no se pudiese avanzar hacia el interior, ni ocupar Camainera, se aseguraba la base necesaria para desembarcar el grueso de las tropas que exigía Sampson como apoyo terrestre para poder acabar con la resistencia de Santiago y apoderarse de la escuadra española embotellada en el puerto.

Durante el resto del conflicto, los combates en la zona se limitaron a pequeñas escaramuzas entre las tropas de tierra y a esporádicos bombardeos navales; nunca hubo un serio intento de reconquistar las playas. Paradójicamente los estadounidenses jamás abandonarían la bahía que habían tomado junto a sus aliados del *Ejército de Liberación cubano*, aunque, para cubrir las apariencias, el gobierno de la isla, ya independiente de España, les concedería en 1903 el derecho a mantener una base en Guantánamo.

DE DAIQUIRÍ A LAS GUÁSIMAS

Mientras se combatía en Guantánamo, la primera oleada de la fuerza norteamericana de invasión esperaba hacinada en los buques que debían transportarla desde Tampa. El día 9 habían zarpado hacia Cuba 32 transportes con 16.000 hombres, pero las noticias sobre lo ocurrido en la cabeza de playa y el erróneo avistamiento de una posible fuerza naval española a la que no estaban preparados para combatir les había hecho regresar a refugiarse en el puerto[9].

El 14 recibieron de nuevo la orden de partir. Además de las tropas contaban con

gran cantidad de material de guerra, ambulancias y 2.295 animales entre caballos y mulos de carga. Junto a ellos embarcaban 89 periodistas como corresponsales de guerra y 11 agregados militares de diversas naciones.

El 20 por la mañana, tras una larga travesía tan caótica y desorganizada como todas las actividades que se habían organizado hasta el momento, el convoy llegó frente a Santiago. Inmediatamente Sampson hizo llegar su plan de ataque al general Shafter, jefe de las fuerzas terrestres. Consistía en lanzar una ofensiva terrestre sobre el castillo del Morro y la batería de la Soncapa al tiempo que la escuadra entraba en la bahía por el canal, eliminaba las minas y hundía los buques españoles. El plan, como todas las ideas norteamericanas durante la guerra, era muy sencillo, pero no contaba con la resistencia que pudiese presentar el enemigo.

Mientras Shafter y Chadwick, jefe del estado mayor de Sampson, tomaban una decisión, el general rebelde Demetrio Castilla llegaba con su estado mayor al Aserradero, adonde se había trasladado Calixto García con sus fuerzas el día anterior, para informarle de los planes de defensa del general Linares.



Linares había concentrado el máximo número de hombres en un espacio lo más pequeño posible, respetando la necesidad de mantener en el área las zonas de cultivo y ganado suficientes para garantizar el suministro de la ciudad, pero aun así tenía un perímetro demasiado extenso. La línea partía al este del Ermitaño, atravesaba El Caney, San Miguel de Lajas, loma Quintero, las lomas La Caridad y Veguita y protegía la línea del ferrocarril de Sabanilla y Morón al acueducto. Tenía dos líneas de observación, una de punta Cabrera a Daiquirí en la costa, completada por una paralela por Palma Soriano, San Luis, Cristo y Socorro, orientada a defender el perímetro de los insurgentes cubanos y otra de Punta Cabrera al Cobre. Situó destacamentos en Bartolón y Monte Real y envió órdenes a Pareja para que colocara sus cuatro batallones, las escuadras de Santa Catalina, el escuadrón del Rey y una sección de artillería de montaña para defender el llano, con puntos de observación en Yateras, Caimarena, las minas de Daiquirí y Juraguá. A estas fuerzas del ejército se unirían cuatro compañías de 130 hombres cada una de marineros armados de la flota con las que se atendería a cualquier punto amenazado y otros 430 a las órdenes directas del jefe del estado mayor de la escuadra, el capitán de navío Bustamante.

A las dos de la tarde, cumpliendo una cita previa, llegaban al Aserradero Shafter y el almirante para presentar el plan de ataque. Tras discutirlo con García y este hacerles participes de la información aportada por Castilla se llegó a una nueva conclusión: mientras la escuadra mantenía el control de todas las aguas próximas, el 5º Cuerpo, apoyado por los rebeldes, desembarcaría en Daiquirí y atacaría Santiago por el este, tras enviar tropas que ayudasen al general Jesús Rabí a cerrar el cerco de la ciudad e impedir que sus defensores pudiesen recibir refuerzos.

Al día siguiente las tropas rebeldes se dividieron para ocupar sus posiciones; por tierra hacia el noroeste marchó el general Agustín Cebreco con la misión de cubrir todos los caminos que llegasen a Santiago y por mar en el *Leone*, rumbo a Sigua, a las órdenes del coronel Carlos González Clavel, las brigadas de Bayamo y Jiguaní, con la misión de conectar con la de Castilla y juntas ocupar Daiquirí.

A las 9 de la mañana los buques de la *US Navy* machacaron a cañonazos la zona en una extensión de costa de 32 km[10]. Las dos compañías del Regimiento Talavera presentes en la zona se retiraron para evitar ser aplastadas y Daiquirí fue ocupado por Demetrio Castilla sin librar combate.

Poco después, con total tranquilidad, ponían pie en tierras cubanas la división Lawton, la brigada Bates, la división de caballería desmontada de Wheeler, la división Kent y el tercio de caballería del coronel Rafferty. 6.000 de los efectivos del 5º ejército llegaban a la isla sin apenas pérdidas —solo dos ahogados— ante la nefasta actuación del mando español que podía haber dificultado el desembarco, ya que la costa favorecía la defensa, y que ni siquiera cortó la tubería de agua que iba al muelle. Los norteamericanos se extrañaron de tanta pasividad y el propio Theodore Roosevelt hizo un comentario al respecto. Incluso el observador del Imperio alemán se quedó atónito pues pensaba —con razón—, que con tan solo una compañía se podría haber causado un daño terrible a los invasores. Los desembarcos continuaron hasta el día 26, de forma totalmente desordenada y caótica, sin que ninguna fuerza españolа hiciera acto de presencia[11].

La acción norteamericana rompía las previsiones de Linares e impedía que las tropas de Pareja pudieran ayudar a la defensa de Santiago. Las últimas provisiones que entraron en la ciudad lo hicieron el 25 de abril y las raciones que llevaba el vapor *Mortera* no serían de gran ayuda para alimentar a la población y a las tropas acumuladas demasiado tiempo[12], hasta el punto que hubo civiles que murieron de inanición.

El día 23, la división de Lawton, que había desembarcado la primera e iba en vanguardia, comenzó su marcha hacia Siboney con la misión de atrincherarse en la localidad y esperar la llegada del resto de las fuerzas. Avanzaban en columna de a dos, precedidos por las tropas de Castilla, siguiendo el Camino Real y rodeados por una vegetación tan espesa que impedía que les cubrieran flanqueadores. Todo parecía ir bien. Entre tanto, tres compañías del Regimiento Puerto Rico y otras tres del San Fernando habían sido enviadas por Linares hacia Siboney con dos piezas de artillería, pensando que sería el objetivo de los invasores. Acertó, pero al conocer el avance de los norteamericanos decidió evacuar Siboney y Firmeza, que fueron ocupadas sin ninguna oposición por las tropas norteamericanas, por lo que Shafter, ante tantas facilidades, optó por desembarcar también tropas en Siboney ese mismo día.

Las tropas españolas, al replegarse, habían repelido a una partida de insurrectos al mando del coronel González Clavel a la que produjeron 20 muertos y se habían concentrado en la posición que deseaban, en los altos de Sevilla, un lugar desolado en un desfiladero donde se cruzaban los caminos que conducían desde Siboney a Santiago, conocido como Las Guásimas y denominado así por sus árboles bajos con tupidas ramas y hojas. Tras cavar trincheras y tender algunas alambradas se prepararon para detener al enemigo. Eran tres compañías del Batallón Puerto Rico al mando del comandante Alcañiz, dos del Talavera y un grupo de movilizados que se retiraban de Siboney, Daiquirí y Jaragua. Todos a las órdenes directas

del general Rubín.

Esa misma tarde el impulsivo mayor general Wheeler[13], oficial de mayor rango en la zona, fue informado por Lawton y Castillo de la presencia enemiga. Desobedeciendo las órdenes de Shafter que había dejado muy claro que no se avanzase mientras no estuviesen asegurados los abastecimientos, encargó a la brigada del general Young que los desalojara del lugar. Young contaba con un escuadrón del 1º de caballería, uno del 10º —desmontados—, dos del 1º de Voluntarios de Caballería —los míticos *Rough Riders*— ocho cañones ligeros y dos ametralladoras. En total 964 hombres. Si los españoles se comportaban como hasta el momento sería un trabajo rápido y sencillo.

De madrugada, la caballería de línea y cuatro de los cañones avanzaron por el Camino Real y los *Rough Riders* con los otros cuatro y las dos ametralladoras por el camino que cruzaba el valle de Las Guásimas y se unía en las alturas con el Real.

A las 8 de la mañana del 24 los puestos de avanzada españoles dieron la alarma —imitando el canto del cuco— de que los exploradores cubanos de Wheeler estaban a la vista. Los soldados norteamericanos llegaron hasta las alambradas, cuando de repente los tiradores escondidos entre la maleza y en los árboles abrieron fuego. La descarga cerrada alcanzó a los *Rough Riders*, que iban en cabeza, ocasionando numerosos heridos y una enorme confusión en sus filas.

La lucha se prolongó por espacio de una hora y cuarto. Durante la primera media hora las sorprendidas tropas norteamericanas se vieron incapaces de hacer nada efectivo contra los tiradores que les acechaban entre los árboles con descargas precisas y Wheeler, desesperado, tuvo que enviar un emisario a Siboney para que Lawton le enviara refuerzos, pero poco después el fuego desde las líneas españolas empezó a decrecer. Rubín, siguiendo órdenes de Linares, había comenzado la retirada. Para los norteamericanos, y para González Clavel que había avisado de lo difícil que sería tomar la posición, era inexplicable, sin necesidad de que llegara el 9º de caballería y la brigada Chaffe —los refuerzos que enviaba Lawton— lograron agruparse, contraatacar y ocupar Las Guásimas[14]. Habían tenido 16 muertos y 52 heridos, por 12 muertos y 24 heridos de las tropas de Rubín, que se fueron a Santiago sin ninguna dificultad.

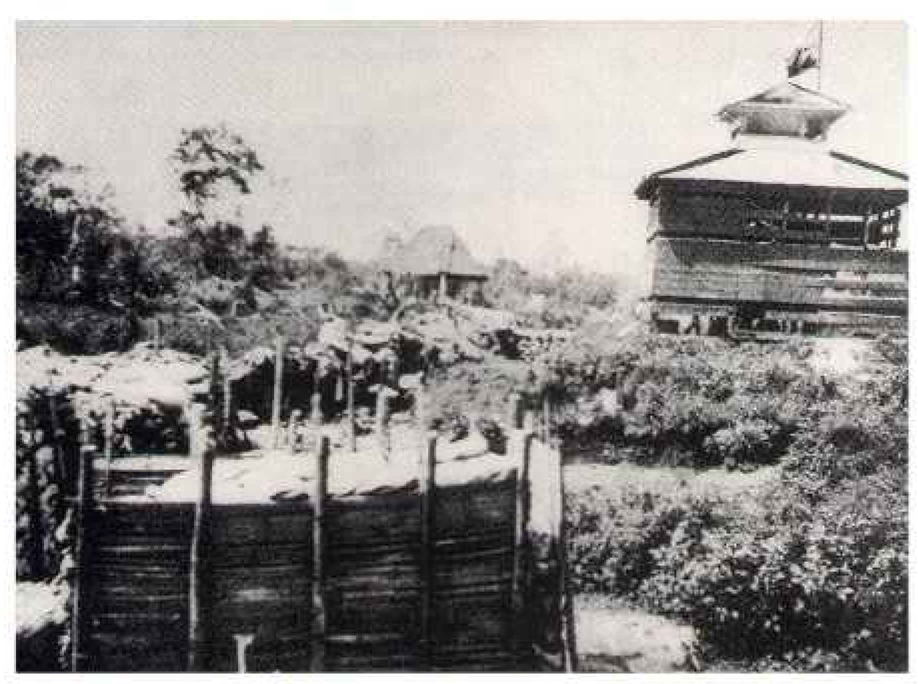
Tras el combate, los corresponsales de prensa, uno de los cuales resultó gravemente herido, ya no se reían tanto de la mala puntería española, aunque los comentarios despectivos acerca de la inferioridad de la *raza española* eran aún habituales entre la tropa y los oficiales[15]. La reacción del mando español que, una vez más, había optado por la solución más conservadora y menos arriesgada parecía darles la razón.

En el poco tiempo que llevaban de guerra ya iban quedando claras las posiciones de cada uno. Las tropas de Calixto García como ya no eran necesarias para ayudar al desembarco fueron relegadas a labores de exploración y acarreo de suministros sin dejarlas que se sumaran a las batallas decisivas. Linares, ¿quién sabe si despreciando también la capacidad del enemigo?, continuaba empeñado en no concentrar sus fuerzas, mucho más numerosas, para acabar con las del 5º ejército en los momentos en que no estaban todavía organizadas y le era más fácil la victoria. Los estadounidenses, visto el éxito en lo que en realidad no había sido más que una insignificante acción de retaguardia, consideraron que habían logrado un notable triunfo que les abría el camino de la ciudad.

En los días siguientes Shafter y sus mandos se dedicaron a preparar las líneas de suministro desde la costa y a reforzar sus posiciones en torno al perímetro defensivo español. Un informe incorrecto recibido el 28 en su Cuartel General le hizo creer que las tropas de Escario que marchaban en apoyo de Santiago ascendían a 8.000 hombres —no eran ni la mitad—, por lo que decidió atacar cuanto antes.

EL CANEY, LA LÍNEA DEL VALOR

Tras Las Guásimas, el general Shafter había reprendido a Wheeler por lanzar su ataque de una forma tan imprudente. La sensación que daba el ejército americano a los observadores extranjeros acreditados era de inexperiencia y falta de preparación, aunque viendo la forma timorata en la que se comportaban los españoles el optimismo era mayoritario. La línea defensiva española estaba ante ellos, separada solo por unos 15 kilómetros de Santiago de Cuba. La loma de San Juan, El Caney y el Fuerte Canosa estaban protegidos por siete barreras de alambradas de espino, dos cruces de trincheras y varios fortines y blocaos de apoyo, con los que Linares esperaba poder detener al enemigo.



Las defensas españolas de El Caney no parecían gran cosa y, de hecho, no lo eran, pero para tomarlas cayeron centenares de hombres y sus defensores demostraron lo que se puede hacer con valor y decisión. US National Archives.

Los fortines eran construcciones de madera y piedra de dos pisos rodeados de trincheras y alambre de espinos que aunque una pieza de artillería moderna podía destruirla con facilidad —los norteamericanos no poseían en Cuba artillería moderna— eran prácticamente invulnerables a los disparos de las armas cortas.

Shafter había situado su Cuartel General cerca de El Pozo a unos 5 km de El Caney, en el Camino Real de Santiago a Guantánamo. Al norte del Camino Real veía una altura que los americanos denominaron «Colina de la Cafetera» —*Kettle Hill*— debido a su forma y a unos 350 metros de la colina, a la izquierda del sendero, la loma de San Juan. Separadas ambas alturas por un pequeño valle.

Las tropas españolas habían intentado al construir sus posiciones defensivas limpiar en la medida de lo posible el terreno delante de sus trincheras, fortines y parapetos, eliminando y despejando la maleza para dar mejor visibilidad en un ancho de unos 500 metros. Recorrer ese espacio no iba a ser una tarea sencilla. Llovía desde hacía días de forma insistente, los caminos estaban embarrados y anegados de agua y para los norteamericanos y los insurrectos cubanos el recibir suministros desde la costa se estaba convirtiendo en un problema. Además las enfermedades tropicales comenzaban a afectar a los hombres de Shafter. Su equipo poco adecuado y sus uniformes de lana azul oscura eran una pesadilla y los soldados se cocían al sol empapados en sudor. La situación española no era mejor, los víveres no daban para mantener a las tropas y a los vecinos de Santiago mucho más allá de cuatro semanas.



El ataque sobre El Caney debía de ser secundario y se propuso solo porque Shafter y sus mandos pensaron que las tropas españolas allí apostadas podían entorpecer su despliegue ante la colina de San Juan. Se le encargó a la 2ª División, al mando del general Lawton, junto con la brigada independiente de Bates, un escuadrón del 2º de Caballería y la batería de artillería de Capron. Se llevaría también a cabo un ataque sobre el río Aguadores para evitar que los españoles reforzaran la zona con tropas desde Santiago. Las tropas que debían tomar El Caney apoyarían luego el ataque a la colina de San Juan rompiendo el flanco. Para evitar la llegada de socorros y el repliegue o huida de los españoles estaban preparados 3.000 insurrectos. El tiempo calculado por Lawton para tomar El Caney, a la vista del aparentemente escaso número de defensores fue de 2 horas, luego se uniría al ataque principal situándose a la derecha de Wheeler.

A las 6:30 del 1 de julio la artillería del capitán Capron abrió fuego sobre las líneas españolas cuando todavía no se había situado en sus puestos la infantería de Lawton. A esas horas ya se sabía que el ataque de diversión sobre Aguadores no había ido bien, pero no importaba. Lo que sí importaba era que desde el campo norteamericano se veía perfectamente que las granadas de su artillería no hacían prácticamente ningún efecto en las defensas. Además, los disparos se producían con una lentitud increíble, tal vez al ver que no eran respondidos desde las líneas españolas. Era lógico, pero las tropas de Lawton no tenían porque saberlo. El general Vara del Rey, que se estaba ocupando personalmente de la defensa de la posición, no disponía de cañones, y aunque los restos de humo mostraban perfectamente donde estaban las piezas de Capron, sus hombres esperaban. La artillería estaba intentando, más mal que bien, concentrar sus disparos sobre los blocaos de madera. Llegaban en su mayoría cortos o largos, y pocos, casi de casualidad, alcanzaban su objetivo.



Soldados españoles hechos prisioneros al término de la batalla de El Caney. Muchos eran apenas unos críos de 18 y 19 años, pero tras una jornada entera de lucha contra un enemigo diez veces más numeroso, equipado con ametralladoras y artillería, se ganaron su respeto para siempre. Foto Ristre Multimedia.

A las siete de la mañana las primeras unidades de infantería se pusieron en movimiento y comenzaron a avanzar al tiempo que a disparar sobre las posiciones enemigas. Si todo seguía el curso habitual, tras un breve intercambio de disparos los españoles se retirarían como era su costumbre. Los confiados oficiales y soldados norteamericanos se lanzaron colina arriba. En ese momento, en las trincheras españolas se asomó una línea de sombreros de paja y una descarga cerrada barrió la colina. Pasaron unos pocos segundos, la línea de sombreros volvió a emerger y otra descarga cayó sobre los asaltantes que comenzaron a acumular muertos y heridos. A los pocos minutos el avance se había frenado en seco. Descarga tras descarga, insensibles a la artillería y al fuego de los miles de atacantes, los defensores seguían disparando con un ritmo aterrador. Esto no era lo previsto por Lawton, quien decidió enviar más hombres para acabar con la línea española superándola en número.

Pegados al suelo los soldados americanos no se movían y si lo hacían caían abatidos por las silbantes balas de los *Mauser*. En el campo español, yendo de trinchera en trinchera sable en mano, Vara del Rey animaba a sus hombres. Ahora el fuego se lanzaba a discreción y no parecía disminuir en intensidad ni en eficacia. Los soldados de refuerzo que había enviado Lawton estaban amontonados a cubierto de las balas junto a los de las primeras oleadas.

Después de cinco horas de lucha, más del doble de lo previsto por el mando estadounidense, sus tropas no habían conseguido progreso alguno. Toda la división de Lawton estaba atascada. Frenada por medio millar de soldados que no parecían ceder y cuyo fuego devastador, aunque en menor intensidad, continuaba sembrando el campo de muertos.

A las tres, desesperados por la resistencia española, los norteamericanos concentraron sus cañones sobre las trincheras y parapetos lanzando una andanada tras otra sobre las posiciones españolas. La brigada de Chaffe se lanzó contra las ruinas de El Viso y logró arrollar a los últimos defensores. La resistencia aún continuaba, pero ya era inútil. La infantería de Lawton, armándose de valor, caló las bayonetas y se lanzó de nuevo a la carga, asaltando finalmente las últimas trincheras y combatiendo cuerpo a cuerpo con los defensores que aún seguían en pie. Vara del Rey, herido en una pierna en la que le habían hecho un torniquete, seguía animando a sus hombres ordenándoles no ceder ni un metro.

A las cinco de la tarde, tras once horas de batalla ininterrumpida, las tropas españolas seguían resistiendo. Dos centenares de los hombres de Vara del Rey, entre ellos dos de sus hijos, yacían abatidos entre las trincheras, los restos de los blocaos y las ruinas de la iglesia. Pese a todo, la resistencia continuaba en los muros convertidos en escombros y los norteamericanos tuvieron que tomar cada esquina y cada piedra. El general cayó abatido de un disparo en la cabeza cuando era evacuado en una camilla. Nunca se sabrá si de forma fortuita.

El Caney estaba en manos norteamericanas. Les había costado 81 muertos y 360 heridos, de los que muchos fallecerían en los días siguientes.

Los defensores habían tenido 235 bajas entre muertos y heridos, y aunque 120 fueron hechos prisioneros, otro centenar pudo retirarse hasta Santiago al mando del teniente coronel Puñet.

Había sido un combate inútil. La mayor parte de los especialistas convienen hoy en que se debió a un error táctico de Shafter, pues no tenía ninguna utilidad práctica destinar la mitad de la fuerza de ataque a un objetivo secundario, ya que si Vara del Rey hubiese contado con reservas o con un mínimo refuerzo y hubiese podido pasar a la ofensiva cuando las tropas de Lawton estaban detenidas, podía haber infringido una grave derrota a los norteamericanos.

Vara del Rey recibió por su actuación la Cruz Laureada de San Fernando, al igual

que todo el 1er Batallón del Regimiento de Infantería Constitución, número 29.

El capitán Wester, agregado militar de la Legación del reino de Suecia y Noruega en Washington, testigo presencial de los hechos, escribió un relato de los mismos al final del cual se pueden leer estas palabras que resumen la admiración que le despertaron los defensores:

¡Después de esto, ni una palabra más se escuchaba en el campo americano sobre la cuestión de la inferioridad de la raza española!

Y esta lucha de El Caney ¿no aparecerá siempre ante todo el mundo como uno de los ejemplos más hermosos del valor humano y de la abnegación militar?

¿Quién haya tomado parte en ella no es digno de una honorífica recompensa?

¡Contemplad ese pueblo! Las casas están arruinadas por las granadas, las calles cubiertas de muertos y heridos. El general Vara del Rey está allá, muerto; sus ayudantes al lado suyo, muertos; en derredor multitud de oficiales y soldados.

Todos han llenado su deber, desde el primero hasta el último.

¡Dichoso el país que es tan querido de sus hijos!

¡Dichosos los héroes que han sucumbido en un combate tan glorioso!

¡Con su sangre han escrito en la Historia el nombre de El Caney, como uno de los más brillantes episodios guerreros, y con letras de oro deben inscribirse también en las banderas de las tropas que allí combatieron!

La jornada no había terminado. Ese mismo día 1.500 hombres del ejército norteamericano caerían abatidos escribiendo una página legendaria de su historia.

SAN JUAN, LA COLINA DE LA LEYENDA

Mientras los hombres de Vara del Rey rechazaban uno tras otro los ataques en El Caney, a varios kilómetros de distancia se libraba un combate de aún más importancia: el de las lomas de San Juan. Una operación que el alto mando norteamericano había considerado sencilla, convencido después de Guantánamo y Las Guásimas de que el avance de sus fuerzas a Santiago sería algo muy fácil.

Desde el arroyo de Las Guásimas, las tropas de la división de caballería debían desplegarse en el ala derecha, frente a *Kettle Hill*. Todos lo jinetes actuarían desmontados. A su izquierda se situaría la 1ª División de Infantería, justo frente a la colina de San Juan. Finalmente la reserva, al sudoeste, quedaba constituida por la 2ª brigada de la división de infantería. El frente de batalla era de algo más de un kilómetro —unos 1.300 metros— y ocupaba toda la línea frente a la colina de San Juan. Tras atacar con la artillería las posiciones españolas un asalto de infantería acabaría con su resistencia. El asalto tendría que hacerse por terreno descubierto, pues, como en El Caney, las tropas españolas habían despejado en la medida de lo posible una zona delante de sus trincheras y parapetos.

El ataque masivo desde el sudoeste de las lomas lo haría la infantería de la 1ª División, la caballería atacaría a lo largo del río San Juan por el este y contaría con el apoyo de la división de Lawton, que como hemos visto, se suponía que sobre las diez de la mañana habría acabado con la posible resistencia en El Caney.



El coronel Escario tenía la difícil misión de conducir a su brigada de refuerzo de Manzanillo a Santiago. A costa de la pérdida de algo más de cien hombres entre muertos y heridos lo logró, pero su llegada animó a los mandos americanos a adelantar su ofensiva. Foto Ristre Multimedia.

Las lomas de San Juan constituían un parte esencial del perímetro defensivo de Santiago. Eran el centro de un grupo de fortificaciones y trincheras que ocupaban

algo más de tres kilómetros y medio de longitud en una amplio espacio que iba desde Dos Caminos a Punta Blanca y constituía una posición muy sólida que había sido reforzada por el general Linares, que tenía su Cuartel General entre los caminos de El Pozo y El Caney, a unos 700 metros por detrás de la colina de San Juan.

Originariamente los defensores de San Juan eran los 137 hombres de una compañía del Regimiento de Infantería Talavera, a la que se unió una segunda y otra del Regimiento de Infantería Provisional de Puerto Rico, número 1. También se enviaron dos excelentes cañones Krupp de 75 mm, al mando del coronel Ordoñez y finalmente 60 voluntarios que se incorporaron la mañana del día 1 de julio. El número total de defensores de esta primera línea era de 521 hombres, uno más que en El Caney. El mando recayó en el coronel José Vaquero[16].

Entre la colina de San Juan y *Kettle Hill* había una línea de trincheras protegidas por alambradas y varios blocaos. El de San Juan era de ladrillo y había sido construido para fortalecer la línea defensiva, mientras que en *Kettle Hill* lo que se había hecho era aprovechar y fortificar las edificaciones de una plantación de caña de azúcar.

La segunda línea de defensa en torno al propio Cuartel General se formó con otras tres compañías del Regimiento de Infantería Talavera. La primera se situó en el camino de El Pozo, a su derecha, para evitar un envolvimiento por la derecha de San Juan, la segunda sobre la confluencia de los caminos de El Pozo y El Caney y la tercera en la Veguita, apuntando hacia El Caney. El mando lo ejercía el propio general Linares y en total eran 411 hombres.

Por último había una tercera línea cerca del fuerte Canosa, en la que se encontraban 140 guerrilleros montados que actuarían como reserva. La guarnición que quedaba en la ciudad era de 4.300 hombres, no solo del ejército y voluntarios, sino también policías, bomberos y marinos de la escuadra, si bien una parte considerable de la tropa estaba enferma.



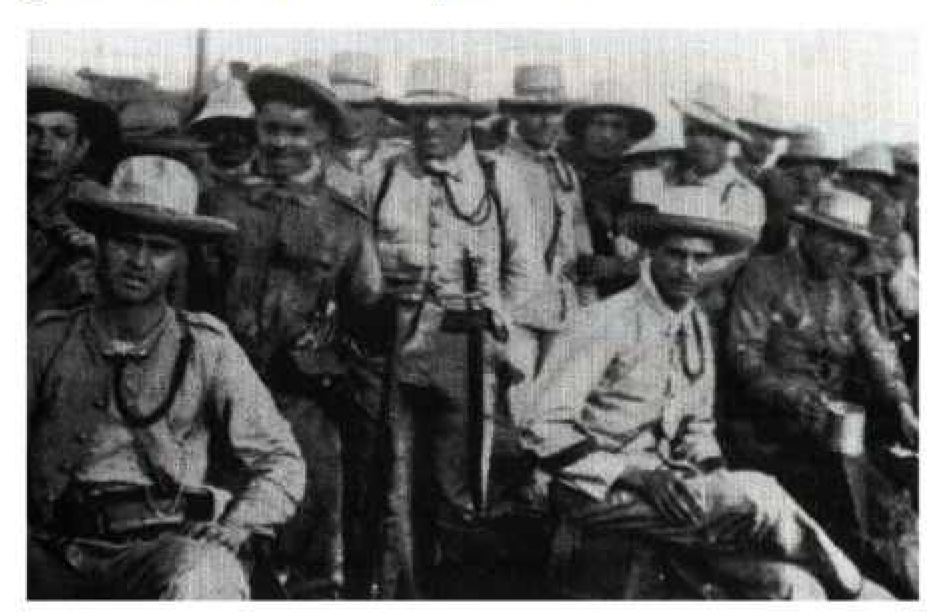
Fuerte Paez, blocao construido en Santa Clara. La infantería española viste uniformes de rayadillo, pero obsérvese a un oficial empleando todavía el uniforme blanco. En los sombreros se aprecia la escarapela española. Foto AGA.

A las ocho y veinte de la mañana del 1 de julio, las cuatro piezas de artillería del capitán Grimes, situadas al sur de El Pozo en una pequeña colina, abrieron fuego contra las posiciones españolas a una distancia de poco más de dos kilómetros. Las granadas comenzaron a impactar en las líneas españolas bastante lejos de los núcleos principales de las defensas y con una escasísima efectividad. El humo de la pólvora no dejaba además ver bien a los norteamericanos, que no sabían si sus proyectiles caían largos, cortos o si hacían daño a los españoles. Precisamente ese humo permitía al coronel Ordoñez situar perfectamente el lugar donde se encontraba el enemigo. A una orden suya los dos *Krupp* comenzaron a responder al ataque con un fuego de contrabatería muy eficaz. Las primeras granadas españolas cayeron junto a los cañones y varios artilleros fueron alcanzados. A las nueve de la mañana las piezas de Grimes habían sido silenciadas y sus servidores las abandonaban a la carrera.

El avance norteamericano era lamentable. Amontonados en un terreno difícil, lleno de espesa vegetación y sin espacio para maniobrar, las unidades atacantes no podían apenas moverse. Todo el camino estaba lleno de casas y mansiones para el recreo de los burgueses adinerados de Santiago que el ejército español había

fortificado, cubriendo los espacios intermedios con alambradas, trincheras y parapetos de troncos. Nada más ponerse en marcha, decenas de norteamericanos fueron abatidos por los certeros disparos de la infantería española.

Pero eso no era todo, hasta la torpeza de sus mandos facilitaba a los defensores conocer la posición exacta de sus posiciones. A las nueve y media habían lanzado un globo cautivo de color amarillento, conocido como el «chivato gordinflón», para poder reconocer las posiciones de las tropas de Linares. El globo no sirvió más que para dos cosas: para que el ejército español, la artillería en concreto, se anotase el primer derribo de nuestra historia sobre una aeronave enemiga y descubrir la ruta de avance de las tropas americanas, lo que motivó que la artillería española y las avanzadas de infantería comenzasen a concentrar sus disparos sobre el lugar en el que se encontraba el globo. Los soldados norteamericanos encajonados en el estrecho sendero comenzaron a caer heridos o muertos sin poder responder de forma eficaz al fuego. El globo se fue desinflando lentamente y cayó a tierra en medio de la algarabía y vítores de los soldados españoles. Respecto a los soldados norteamericanos los intensos disparos con casi total impunidad de los *Mauser* españoles les causaron cerca de 400 bajas y decenas de uniformes azules ensangrentados comenzaron a cubrir el campo de batalla.



Artillería española en campaña. Los hombres de Ordóñez y sus piezas *Krupp* se comportaron excelentemente bien en la batalla de las lomas de San Juan. En la fotografía se aprecian los uniformes de rayadillo y el omnipresente jipijapa. El sombrero de los oficiales era de mucho mejor calidad que el de la tropa.

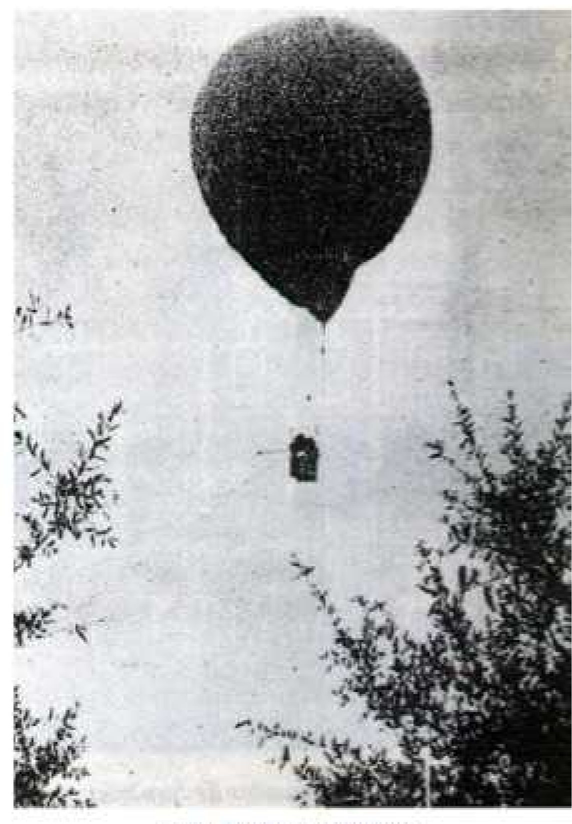
Destacan las forrajeras de color azul. Foto AGA.

El globo no había sido tan inútil para los estadounidenses como parecía. Sus tripulantes, antes de que cayera abatido, habían localizado una estrecha vereda que cruzaba el río San Juan y permitía descongestionar la atestada senda de avance. Sobre las diez, varias unidades de caballería norteamericana —desmontadas—, aun a pesar de la inclemente lluvia de balas, lograron atravesar el vado del río Aguadores y tomar posiciones ocultas, entre la maleza y las ondulaciones del terreno, frente a *Kettle Hill* para esperar su oportunidad cuando las tropas de Kent llegasen a las posiciones que tenían asignadas.

El 6º y el 16º de infantería siguieron avanzando por el camino principal progresando metro a metro para cruzar el Aguadores y detenerse frente a San Juan. El otro regimiento de la brigada de Hawkins, el 71º de Voluntarios de Nueva York, siguió la vereda descubierta por el globo, para acabar desembocando en terreno libre de vegetación justo delante de las trincheras y blocaos españoles. Al ver la masa de uniformes azules salir de la espesura frente a ellos, los artilleros españoles y la infantería les dirigieron todo el fuego posible produciendo una verdadera carnicería. Al cabo de unos minutos de soportar el diluvio de proyectiles el regimiento norteamericano había dejado de existir como una unidad organizada y a pesar de los esfuerzos de sus oficiales inició una retirada que era más bien el comienzo de una fuga. A duras penas se consiguió que los soldados, incapaces de sobreponerse y volver a la lucha, se tumbasen cuerpo a tierra y se separaran del camino para que tropas de relevo les sustituyesen en su avance. La incapacidad de la artillería americana para contrarrestar el fuego de los *krupp* le impedía contar a la infantería con fuego de cobertura, lo que hacía muy difícil la progresión. Entre tanto, los refuerzos de Lawton no llegaban, pues continuaban bloqueados en El Caney. El tiempo de espera fue para los americanos una verdadera tortura. Aferrados a las posiciones alcanzadas pero sin poder despegarse del suelo seguían sufriendo bajas. En la división de Kent cayeron abatidos sucesivamente cuatro comandantes en jefe, uno tras otro.

A cubierto como podían, los soldados norteamericanos recibían el fuego de los tiradores españoles ocultos en los árboles sin apenas poder responder. Las pérdidas entre los hombres del 1º de Voluntarios de Caballería, los *Rough Riders*, comenzaron a aumentar. Entre los caídos el capitán *Bucky* O'Neil, el héroe de Las Guásimas. A pesar de la enorme cantidad de bajas, la superioridad numérica estadounidense y una notable tenacidad hizo que alcanzaran las rampas libres de

vegetación que daban acceso a la colina. Solo faltaba un empujón para alcanzar la cima, pero para subir había que enfrentarse y asumir un diluvio de balas.

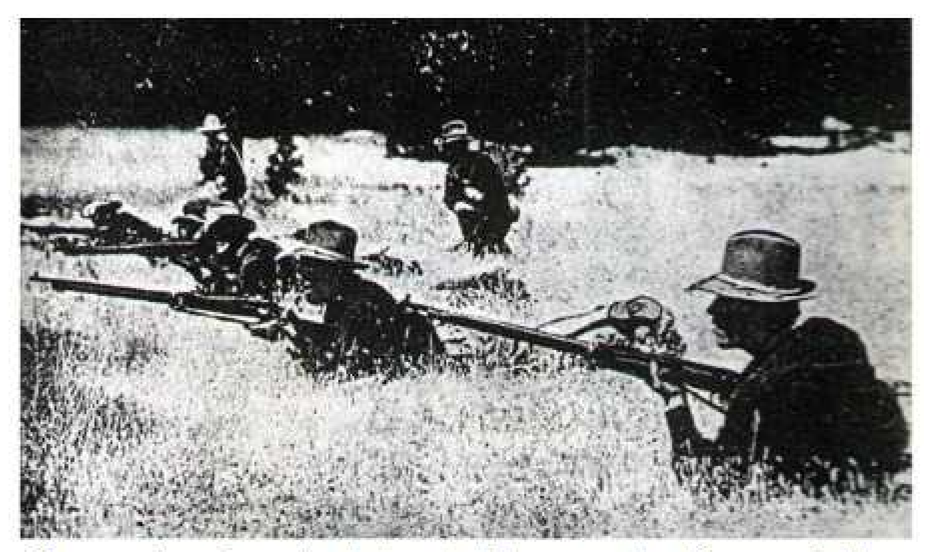


«El chivato gordinflón».
Con este nombre era conocido el globo cautivo de observación que los norteamericanos lanzaron para localizar las posiciones españolas. Su color amarillento contrastando con el despejado cielo azul caribeño y su voluminosa mole lograron que atrajese de inmediato los disparos de la artillería española que se anotó el «primer derribo» de una aeronave en nuestra historia.

Ante la constante ausencia de órdenes[17] Roosevelt pensó que lo mejor sería dirigirse directamente contra las defensas españolas, *march towards the guns*, para poner fin de una vez a la situación tomando la maldita colina en forma de cafetera. Era el encuentro del coronel con su destino, que le haría entrar por la puerta grande en la historia de su país. Los relojes marcaban las 13:05 horas.

Durante la marcha inicial los *Rough Riders* atravesaron las líneas de la caballería regular, que no había recibido órdenes para avanzar y que, en consecuencia, no se movió. Un oficial del ejército le dijo a Roosevelt que no le seguiría, ante lo cual este respondió que se apartara y le dejase pasar. En *Kettle Hill*, las tropas de la caballería norteamericana habían avanzado metro a metro hasta situarse a poco más de 300 de la refinería de la plantación, donde habían tomado posiciones. La primera oleada de asalto la lanzaron los soldados negros del 10º de caballería y los propios *Rough Riders*. Montado en su caballo *Texas*, Roosevelt cabalgó al frente de sus soldados —todos a pie— en una frenética carrera en dirección a la cima. Bajo una lluvia de disparos los jinetes norteamericanos avanzaron arrastrando al resto de las unidades. El soldado que llevaba el guión del 3º de caballería cayó abatido y fue reemplazado por otro que la llevó hasta la cima. Las tropas españolas no respondieron con la misma eficacia que en El Caney. Viendo la avalancha comenzaron a retroceder y a abandonar sus posiciones. Pese a todo, los defensores del regimiento Talavera acabaron con decenas de asaltantes, pero no pudieron impedir que en unos minutos el guión del 10º de Caballería ondease en las trincheras españolas en lo alto de *Kettle Hill*, seguido a los pocos minutos del de los *Rough Riders*. Al llegar a la cima, los soldados de la caballería, blancos y negros, regulares o voluntarios, tenían una espléndida vista de la colina de San Juan, donde se iba a resolver la batalla.

El agobiante calor del mediodía y la falta de lluvia que refrescase el terreno, convertía el avance en un infierno. Los soldados norteamericanos caían uno tras otro alcanzados por las balas de la intensa barrera de fuego española. El 6º y el 16º de infantería que debían asaltar la colina de San Juan y que estaban detenidos por los disparos enemigos, gracias al apoyo logrado por los hombres de la victoriosa brigada de Summer desde la recién capturada *Kettle Hill*, pudieron comenzar su avance. Los defensores debían de hacer frente ahora a un ataque por dos lados. Podía hacerse, pero un repentino grito de alarma de un oficial español sacudió las líneas defensivas: ¡ametralladoras!



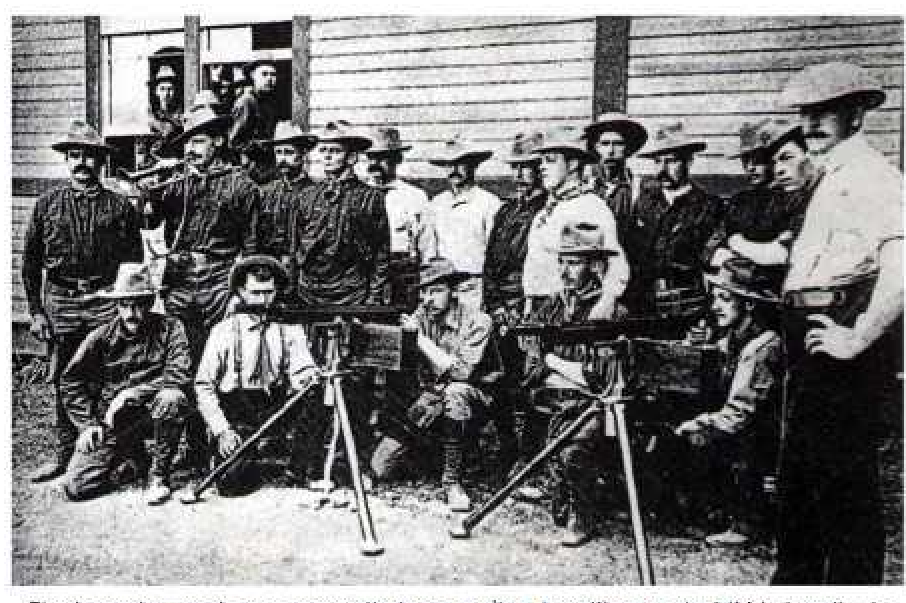
Tropas norteamericanas tumbadas en la hierba responden al fuego español. Los uniformes azules no lograban un adecuado camuflaje, lo que unido a la falta de vegetación convirtió a los soldados de los Estados Unidos en blancos perfectos para los *Mauser* españoles.

Efectivamente, las cuatro *gatling* del teniente Parker, desplazadas al frente, fueron situadas en un lado del *Bloody Ford* y abrieron un ensordecedor fuego contra las trincheras y parapetos españoles. A la una y veinte de la tarde, en solo 8 minutos, dispararon 20.000 proyectiles que llevaron la muerte al campo español. La mayor parte de los jóvenes reclutas que habían combatido con valor y decisión se vino abajo al ver en acción a aquellas «máquinas infernales» que no conocían.

Instintivamente comenzaron a retirarse y solo la habilidad de los oficiales evitó que el repliegue se convirtiese en una desbandada. Además, en ese momento, la eficaz artillería española se quedó sin municiones y, aunque se habían solicitado más y estaban en camino, no llegaron a tiempo.

Liberada de la presión de los *krupp* españoles, la artillería americana se recuperó y comenzó a disparar de nuevo para apoyar el avance de su infantería. Solo en el blocao un pequeño número de defensores podía hacer frente a la avalancha. Centenares de muertos y heridos españoles cubrían las trincheras. Lo soldados del 6º y 16º de infantería avanzaron ahora con gran ímpetu y en un último avance tomaron la primera línea y poco después el blocao.

A la una y media la colina de San Juan había caído en manos de las tropas de los Estados Unidos. Los supervivientes españoles se intentaban retirar hasta posiciones más seguras y, para proteger su repliegue, el general Linares ordenó al escuadrón de guerrilleros montados proteger su retirada. Lo hicieron a costa de sufrir muchas bajas, pues los norteamericanos, que ahora dominaban las colinas, gozaban de una posición ventajosa y abrieron fuego contra ellos y contra la segunda línea de defensa española. Las trincheras ocupadas están sembradas de cadáveres abatidos por las balas de las ametralladoras, el fuego de fusilería o la metralla de la artillería. Vivamente impresionados por el espectáculo, los norteamericanos atendieron a los pocos heridos agonizantes que aún sobrevivían.



El adecuado uso de tres ametralladoras *gatling* de calibre 30 decidió la batalla de San Juan. A las 13:15 abrieron fuego a 600 disparos por minuto a una distancia de entre 550 y 700 metros. En 8 minutos y medio lanzaron 20.000 proyectiles que sembraron la muerte en el campo español en un anticipo del horror de la I Guerra Mundial. En la foto, soldados norteamericanos posan con sus ametralladoras *colt*, recibidas el 2 de julio. Foto Ristre Multimedia.

Con *Kettle Hill* firmemente en sus manos, Roosevelt consultó al general Summer, jefe de la brigada, y al coronel Wood si podía avanzar hacia el norte de las lomas. Tras recibir la autorización, 800 hombres cargaron contra las posiciones españolas de nuevo, apoyados por las tropas que ahora dominaban *Kettle Hill*. El mayor obstáculo era un blocao defendido por 200 soldados de infantería que debían de hacer frente en total a 2.000 asaltantes. Superados en una proporción de uno a diez, los defensores comenzaron a replegarse hacia Santiago cuando tenían al enemigo prácticamente encima. El teniente Ord, que había liderado el asalto

final, fue abatido a solo 22 pasos de las trincheras. En el blocao, los defensores fueron acribillados, y finalmente se retiraron todos los que pudieron dejando el suelo sembrado de cadáveres y heridos.

Desde las nuevas posiciones ocupadas en la segunda línea de defensa, las tropas españolas podían ver la bandera de las barras y estrellas ondeando en las lomas de San Juan. Desde el fuerte Canosa, con tropas de la reserva el propio general Linares lanzó varios pequeños contraataques para intentar recuperar las posiciones perdidas, siendo en todos ellos rechazado por la eficaz defensa de los norteamericanos. En uno de los combates Linares, herido de gravedad, solicitó que se avisase en Santiago al general Toral para que tomase el mando.

La única fuerza disponible ahora para tomar la contraofensiva, eran los marinos desembarcados de la escuadra al mando de Joaquín Bustamante, quien a caballo cargó valientemente contra las tropas norteamericanas, cayendo herido de un disparo en el abdomen que le causaría la muerte en Santiago días después. El desesperado ataque fracasó.

El general Toral, ahora al mando, evaluó con rapidez la situación. Sus tropas habían combatido con valor y abnegación, pero habían sufrido una grave derrota. Apenas tenía municiones y había centenares de bajas. No sabía muy bien cúal era el estado de los atacantes, pero prudentemente reorganizó la defensa en la última línea, en un estrecho perímetro a solo dos kilómetros de la ciudad. Los heridos y los enfermos eran más de un millar y escaseaban la comida y las municiones. El panorama era desolador. Las bajas eran serias. Tras El Caney y San Juan, el ejército español había perdido —según se sabía en ese momento— 1 general, 3 jefes, 12 oficiales y 78 soldados. Tenía como desaparecidos, 1 jefe, 4 oficiales y 116 soldados. Los heridos ascendían a 1 general, 6 jefes, 30 oficiales y 339 soldados. Oficialmente solo constaban 2 prisioneros.

Por parte norteamericana las lomas de San Juan provocaron 205 muertos y 1.180 heridos, que con las bajas sumadas de El Caney elevaban las pérdidas a 1.786 hombres, sensiblemente más elevadas que las españolas. En el campo norteamericano las cosas estaban también muy mal. Temiendo un contraataque masivo de los españoles, las tropas que habían tomado las lomas recibieron orden de atrincherarse. Durante unas horas los mandos americanos temieron lo peor, pero finalmente llegaron a la conclusión de que su triunfo era sólido. En dos batallas habían perdido el 10% de su fuerza de ataque.



El grueso del ejército norteamericano alcanzó a marchas forzadas las nuevas posiciones en las que de inmediato colaboró en la creación de trincheras defensivas para el supuesto de que los españoles lanzasen un contraataque. El domingo 3, el cerco de Santiago era una evidente realidad, si bien la línea de asedio era muy débil. El general Shafter, tras comunicar a Washington el estado de la situación, hizo caso a su ayudante, el coronel MaClernand y pidió al general Toral que le entregase la plaza:

Cuartel General de las fuerzas de los Estados Unidos
Cerca del río San Juan. Cuba, 3 de julio de 1898. 8:30 AM
Al Comandante general de las fuerzas españolas, Santiago de Cuba.
Señor:
Me veré obligado a menos que capitule a bombardear Santiago de Cuba. Po favor, informe a los ciudadanos de los países extranjeros y a todas las mujeres y niños que deberán abandonar la ciudad antes de las 10 en punto de mañana por la mañana.

La respuesta de Toral no se hizo esperar demasiado:
Santiago de Cuba, 3 de julio de 1898. 3:00 PM
Su Excelencia el General Comandante de las fuerzas de los Estados Unidos, cerca del río San Juan.
Señor:
Tengo el honor de contestar a su comunicación de hoy, escrita a las 8:30 a.m. y recibida a la 1 p.m., demandando la rendición de esta ciudad; en caso contrario anunciándome que bombardeará esta ciudad y que advierta a las mujeres y niños extranjeros que deben abandonar la ciudad antes de las 10 en punto de mañana por la mañana. Es mi deber decirle que esta ciudad no se rendirá y que informaré a los cónsules y habitantes extranjeros del contenido de su mensaje.
Muy respetuosamente.
José Toral
Comandante en Jefe. 4º Cuerpo

A este cambio de notas siguió un intercambio de telegramas entre Shafter y Washington. El gobierno norteamericano pedía a Shafter que mantuviese sus posiciones en torno a Santiago. El general estadounidense respondió a la una y cuarto del día 4 indicando que se mantendría firme.

Con la pérdida de El Caney y la colina de San Juan el abastecimiento de agua y alimentos frescos a Santiago estaba cortado y solo quedaban a los defensores 200 proyectiles por soldado, pero la resistencia de los soldados españoles había afectado mucho a la moral de los combatientes estadounidenses. Ahora sabían que se trataba de una guerra y no de un juego excitante o una aventura. En solo dos batallas y al precio de un elevado número de bajas, el ejército norteamericano había roto la línea de defensa de Santiago, pero había avanzado solamente 600 metros. La situación era grave, pero para fortuna de los agotados infantes americanos, la guerra no se iba a resolver en tierra, sino en el mar, en la batalla naval de Santiago.

LA COLUMNA DEL CORONEL ESCARIO

Pero, ¿dónde estaba la columna de Escario?

Tras los sucesos de Guantánamo se había solicitado a la división de Manzanillo que enviase cuantas fuerzas pudiese en apoyo de Santiago de Cuba, por lo que el 22 de junio 3.752 hombres al mando del coronel Escario partieron con rumbo a la ciudad. La Columna estaba formada por 5 Batallones de Infantería y de Cazadores, 1 Compañía de Ingenieros, 3 Compañías de Guerrillas, dos piezas de artillería de montaña, algunos sanitarios y la 10ª Compañía de Transporte a lomo, que contaba con 148 mulos y 50 arrias que se habían embargado a particulares. Debían recorrer la distancia que les separaba de Santiago en el menor tiempo posible.

La columna salió por la tarde para acampar en Palmas Altas, a pocos kilómetros de la ciudad. A las cinco de la madrugada levantó el campamento y reanudó su marcha dirigiéndose por la orilla izquierda del río Yara, hasta la población del mismo nombre. Allí se enfrentó por primera vez con una partida de insurrectos a la que obligó a retirarse pero que le causó un muerto y tres heridos. Escario mandó acampar en el pueblo, y a las seis de la mañana se volvió a tocar diana para ponerse en camino hacia Canabacoa, el lugar elegido para hacer noche durante esa jornada. Durante todo el día, mientras avanzaban por Arroyo Pavía, Ana López y Sabana la Loma fueron hostigados por los hombres de Calixto García. A su llegada a Canabacoa contaban con otro muerto y otro herido. A la mañana siguiente se reanudó el avance por las Peladas, Palmarito, ríos Buey y Yao y se acampó a orillas del río Babatuaba. Nuevamente dispersaron durante todo el día partidas aisladas de insurrectos que intentaban detenerlos y nuevamente terminó la jornada con un muerto más.

El 26 se inició la marcha a las seis de la mañana como era costumbre, avanzando por los altos de San Francisco, Peralejo y el rio Matay, batiendo a las partidas insurrectas que se encontraban por el camino sin sufrir mayores percances. Al llegar al ingenio Almirante se decidió acampar. Allí Escario decidió tomar, por

iniciativa propia, Bayamo, en manos de los insurrectos desde que Calixto García lo ocupó como sede de su cuartel general, antes del traslado al Aserradero.

La medida contravenía las órdenes directas que había recibido de evitar combates con fuerzas enemigas por todos los medios, pero en palabras del propio Escario, se tomó para elevar la moral de la columna, constantemente hostigada y sin poder responder a los rebeldes de forma contundente.

A las tres de la tarde se inició el ataque por medio de tres destacamentos en los que se encontraban toda la caballería y 600 soldados de infantería, se culminó poco después sin realizar ningún disparo y con una carga al arma blanca que desalojó a los insurrectos causándoles 10 muertos y 9 heridos sin que en las filas españolas se produjera ninguna baja. Tras tomar Bayamo de forma meramente representativa y cortar el cable tendido por los rebeldes que unía la ciudad con -con -guaní y Santa Rita se volvió al Almirante, donde había quedado acampada el grueso de la columna.

Informado Calixto García de que Escario se encontraba en Bayamo, envió a sus ayudantes, el general Castillo y a su hijo, el coronel García Vélez, para que se lo comunicasen a Shafter, que se encontraba embarcado en el *Seguranca*, a tres millas de la costa, y le propusiesen detener la columna en Aguacate, un paso obligado en las montañas para acceder a Santiago. Solo era necesario trasladar por mar desde Siboney a Aserradero a los hombres del general Rabi, que después de una marcha forzada podrían encontrarse en Aguacate para el día 29.

Inexplicablemente para ellos, Shafter rechazó el plan, argumentando según el testimonio de García Vélez que *no estaba dispuesto a dividir sus fuerzas, que necesitaba todas las fuerzas cubanas, que eran para él una valiosa ayuda, y que si los refuerzos entraban en la ciudad el tenía suficientes tropas para embotellarlos en la población.*

Mientras los hombres de Escario continuaban su avance completando durante el recorrido el desmantelamiento del telégrafo tendido por los insurrectos desde Bayamo a Santa Rita. Al caer la tarde se ocupó y se acampó en Santa Rita.

El 28 la columna se dirigió hacia Baire a través de Cruz Alta, río Jiguaní, Piedra de Oro, Granizo, Cruz del Yarey y la Salada. Durante todo el tiempo fueron hostigados por los insurrectos que intentaron detenerla en el paso del río Jiguaní, en la Cruz del Yarey y en las ruinas del poblado de Baire sin conseguirlo y siendo batidos en todas las ocasiones. Sumaron 4 muertos y 6 heridos más.

Al día siguiente se decidió descansar toda la jornada en Baire. Desde allí se dirigieron muy temprano hacia Palma Soriano con la intención de dejar a los heridos. Para ello debían cruzar La Ratonera, Arroyo Doncella, Contramaestre y acampar en La Mantonía.

Antes de llegar a La Ratonera, rechazaron un nuevo ataque de los insurrectos. Imaginando que todo el camino restante iba a estar salpicado de escaramuzas, Escario decidió variar su ruta hasta llegar al paso del Arroyo Doncella, ocupado por fuerzas rebeldes, que fueron desalojadas por la vanguardia española. El siguiente paso era el del Contramaestre, ocupado también. En esa ocasión fue la vanguardia española, al mando del teniente coronel Baldomero Borbón la que sorprendió a los insurrectos y les obligó a abandonar la posición. Poco después se acampó en La Mantonia como estaba previsto. Sin embargo, no llegó la tranquilidad. Hostigados desde las lindes del bosque cercano, las tropas españolas tuvieron que contraatacar para desalojar a los rebeldes de las trincheras en que se protegían. La jornada había dejado 9 muertos y 10 heridos.

El 1 de julio, mientras ya se combatía en El Caney, la columna avanzaba por Las Lajas hasta el río Guarinao, batiendo de nuevo a los rebeldes. Una vez cruzado el río, sorprendieron y desbarataron dos nuevas emboscadas que tenían preparadas las fuerzas insurrectas, llegando hasta el Aguacate. En la acción tuvieron que intervenir las dos terceras partes de las fuerzas españolas para batir a todos los rebeldes que se habían podido reunir sin el apoyo de Shafter[18]. Con el camino libre se hizo un recuento de bajas. Los insurrectos habían dejado en el campo de batalla 17 muertos y un gran número de heridos que habían sido evacuados por sus compañeros. La columna había perdido 7 hombres más y otros 43 estaban heridos.

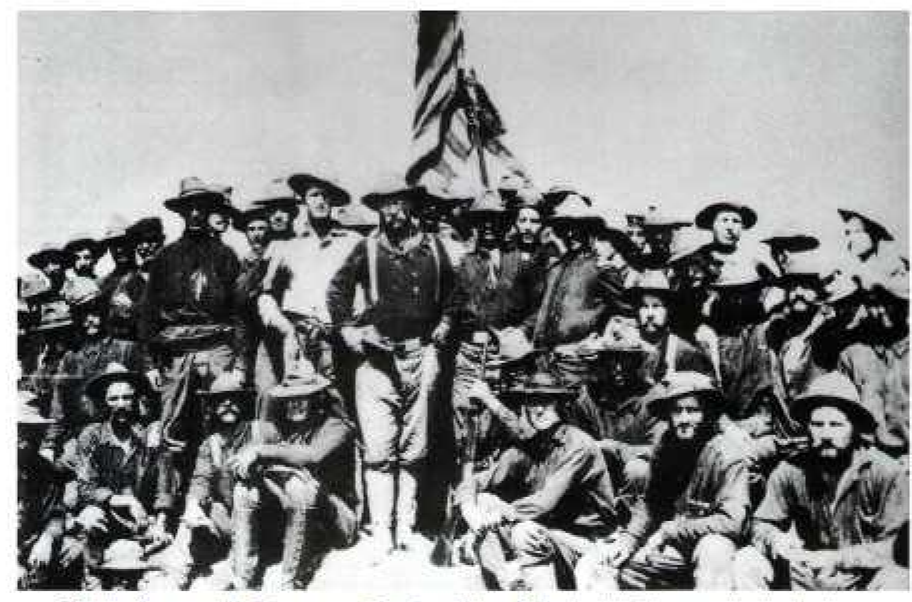
Una vez reorganizados, prosiguieron la marcha hasta Arroyo Blanco para pernoctar allí. Tras levantar el campamento se inició la marcha hacia Palma Soriano, constantemente hostigados por las fuerzas insurrectas. Llegaron al pueblo a las tres de la tarde con 4 muertos y 6 heridos más, y, ya mediante heliograma enviado a San Luis, comunicaron a Santiago su llegada. En respuesta se les hizo saber la apurada situación de la ciudad y se les instó a acudir lo antes posible para reforzar con sus tropas las defensas.

El día 3, a las dos de la madrugada, se tocó diana y la columna se puso en marcha. Hacia las diez, oyendo el cañoneo que se producía en Santiago las fuerzas de Escario se dividieron. Una columna volante bajo su mando avanzó hasta Puerto Bayamo y el resto quedó con la impedimenta al mando del coronel Ruíz Rañoy.

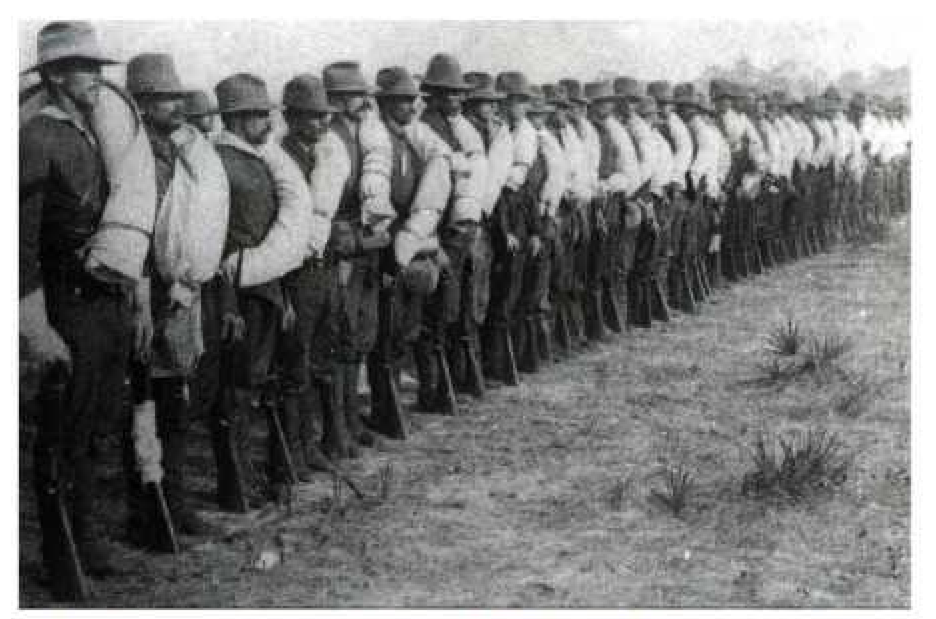
Esa misma mañana, Calixto García, que había recibido el día anterior la orden de Shafter de que interceptara a Escario, se encontraba acampado en Cuabitas, al este de Santiago. Ya era tarde para cualquier acción. La columna llegaba desde el oeste,

por el camino del Cobre.

Desde Puerto Bayamo, Escario, con una sección de caballería se adelantó hasta Santiago entrando en la ciudad a las tres de la tarde. La columna volante llegó de cuatro a cuatro y media y el grueso, con Ruíz Rañoy, de nueve a diez de la noche.



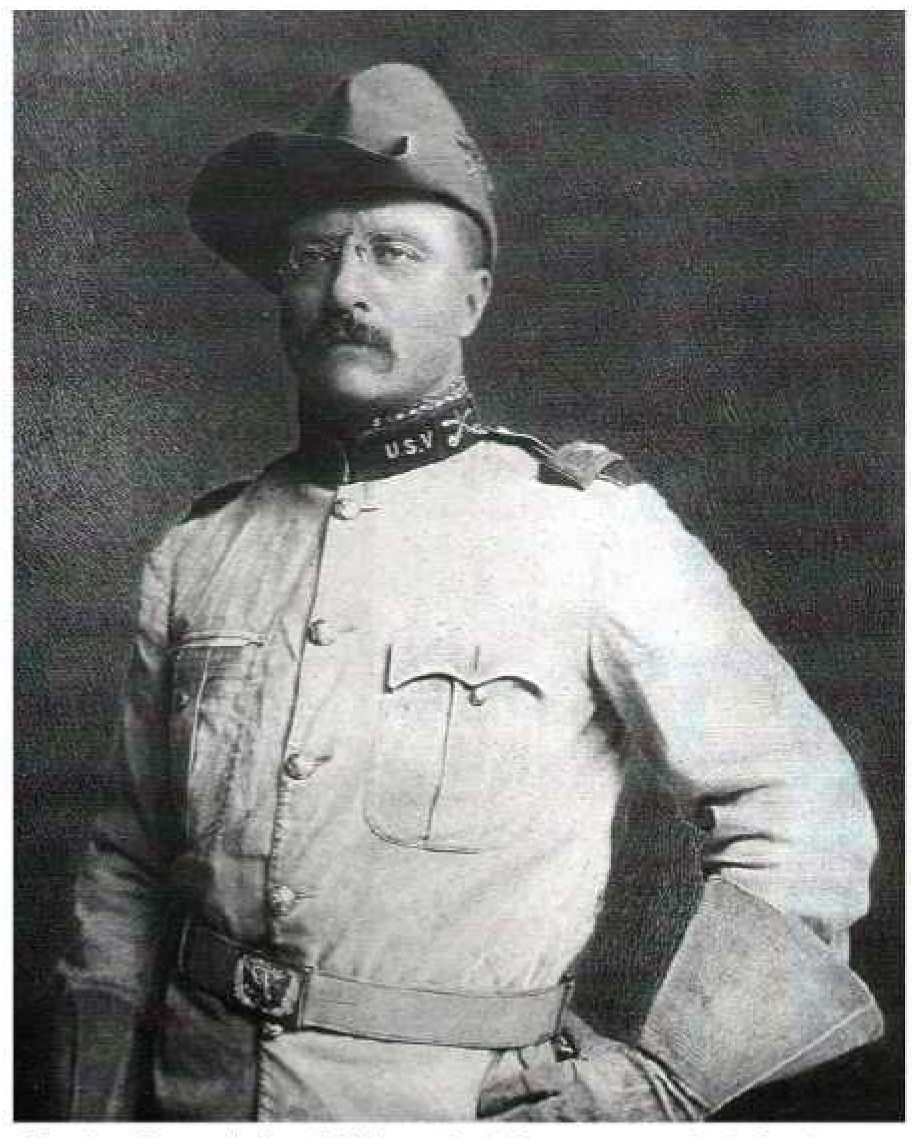
Teddy Roosevelt, futuro presidente de los Estados Unidos, rodeado de los hombres del 1er Regimiento de Voluntarios de Caballería, conocidos como *Rough Riders*. Su épica hazaña en las lomas de San Juan le valdría la presidencia. Su valor personal y el sentido del deber lo transmitió a sus descendientes, años más tarde, en 1944, su hijo se cubriría de gloria en las playas de Normandia. US National Archives.



Las tropas norteamericanas eran de una calidad muy diversa. Los regulares combatieron bien, pero algunas unidades de voluntarios no fueron capaces de sobreponerse a la terrible prueba que supone una batalla moderna. El 71° de voluntarios de Nueva York fracasó de forma lamentable en su asalto contra las posiciones españolas. En la foto los *Rough Riders*. US National Archives.

Habían tardado 11 días en recorrer cerca de 300 kilómetros, pero llegaban con retraso para poder reforzar las posiciones de El Caney y San Juan[19]. Ahora su presencia, aunque aumentaba la moral de los defensores de la ciudad y añadía a sus escasas provisiones las 13.000 raciones de galleta y otras 15.000 raciones de etapa que portaban, suponía más bocas que alimentar, aunque de los casi 25.000 habitantes que tenía la ciudad, cerca de 20.000 civiles ya la hubieran abandonado en dirección a otras poblaciones.

Que no se enviasen más fuerzas a Santiago motivó siempre duras críticas del general Weyler, pero era lógico, sus opiniones sobre Cuba discrepaban enormemente de las de Blanco y Sagasta.



Theodore Roosevelt dijo refiriéndose a los defensores españoles de San Juan: *en este día, han demostrado ser unos bravos enemigos, dignos de honor por su bizarría*. El gran impulsor de la política «imperialista» de los Estados Unidos sacó un gran rendimiento a su comportamiento en la carga final contra los españoles dejando que se convirtiese en una leyenda romántica y valerosa, que es la forma en la que ha perdurado en la mentalidad popular de los Estados Unidos. US National Archives.

EL COMBATE NAVAL DE SANTIAGO DE CUBA

Tras la batalla de San Juan el ejército norteamericano y los rebeldes, cavando las trincheras que iban a utilizar sus aliados, emplearon una semana en completar el cerco de Santiago.

La situación se volvía complicada pero no era todavía demasiado crítica. La ciudad estaba defendida por el oeste por la Batería de Socapa artillada con sus propios cañones más los que se habían sacado del *Reina Mercedes* antes de colocarlo en la entrada del puerto; por el sur y suroeste, por el castillo del Morro y la batería del Faro y por el este, por una alambrada y diez fortines de madera y piedra unidos por trincheras, que se habían construido para defenderse del ataque norteamericano.

El estado de las tropas sí era más preocupante. La comida escaseaba y se limitaba casi exclusivamente a arroz; el agua se reducía a la de los pozos y cisternas al encontrarse el acueducto en Cuabitas, donde Calixto García, y los hospitales se encontraban abarrotados de heridos y enfermos.

Afortunadamente los norteamericanos no se encontraban en mejores condiciones. El bombardeo de la ciudad había sido *muy desaconsejado* por los cónsules europeos, los abastecimientos a las tropas llegaban desde las playas de forma muy escasa y Shafter, aunque contaba sus enfrentamientos por victorias, estaba totalmente desmoralizado por la inesperada resistencia española, hasta el punto que pedía suspender las operaciones —la entrada en Santiago de Escario no había contribuido a mejorar su moral— sin atreverse a atacar las defensas de Santiago.

El día 3 les escribía a Sampson:

Por negligencia de nuestros aliados cubanos, Pando[20] *con 5.000 hombres ha entrado en la ciudad, esto casi duplica los efectivos españoles, los he conminado a rendirse y han rehusado (...) Si usted fuerza su entrada en la bahía podremos tomar la ciudad sin mayores pérdidas de vidas.*

Poco después, al Secretario de Guerra estadounidense:

Nosotros tenemos cercada la posición por el norte y por el este pero con una línea muy débil. Al acercarnos nos hemos encontrado con que las defensas son de tal clase y tal fuerza que será imposible tomarlas por asalto con las fuerzas de que dispongo.

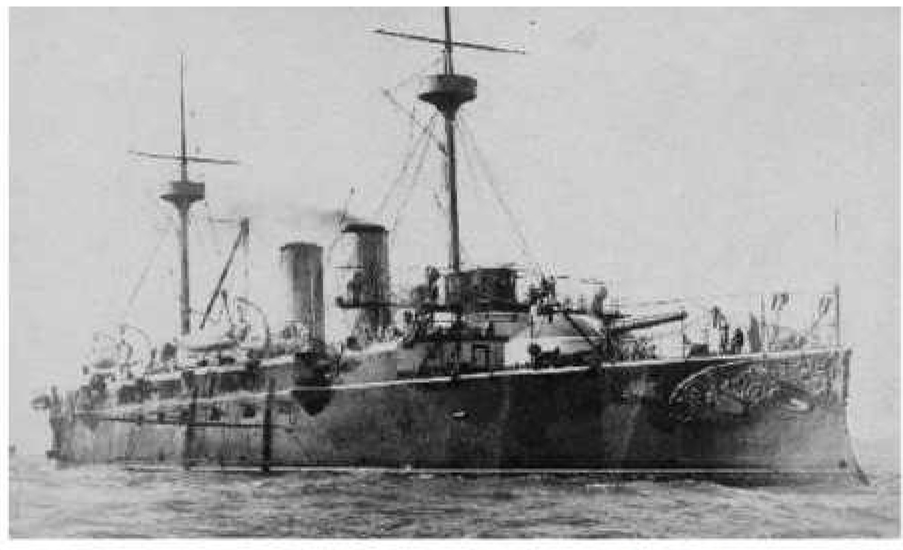
Y al día siguiente insistía en la Secretaría de Guerra:

La escuadra debe de entrar en Santiago a toda costa. Si lo hace así puede capturar la ciudad y todas las fuerzas de la guarnición; si no lo hace, el país debe de prepararse para esperar grandes pérdidas entre nuestras tropas. Después de conferenciar con el Cónsul

francés y con otras personas he decidido no bombardear la población hasta recibir refuerzos, mientras tanto continuaré hostilizando la plaza desde nuestras trincheras. Yo desearía saber vuestra opinión.

La contestación de Long fue que él y Sampson se pusieran de acuerdo.

Sampson desde luego no estaba dispuesto a entrar por la fuerza en la bahía de Santiago, defendida por minas submarinas; las baterías del Faro, Socapa y Punta Gorda; los barcos españoles y los obstáculos añadidos del *Merrimac*, hundido en el canal, y el *Reina Mercedes*, situado de forma que bloquease la entrada.



El crucero acorazado *Vizcaya* alrededor de 1893.
Buque excelente sobre el papel, aunque con una acusada debilidad en la superestructura, donde se asentaba toda la batería media, en la práctica y debido especialmente al secular retraso de la industria española acabó quedando por debajo de lo esperado de él. Fue el segundo buque en salir del puerto el 3 de julio de 1898, encajó 4 obuses de 203 mm, 9 de calibre medio y 12 de calibre ligero.
U.S. Naval Historical Center.

Siguiendo las órdenes del Secretario de Guerra prepararon un plan conjunto: los rebeldes de Jesús Rabi atacarían la batería de Socapa, las tropas de Shafter la del Morro y una vez tomadas ambas, los navíos de Sampson, esquivando las minas, ocuparían la bahía obligando a la ciudad a que se rindiera. No hubo tiempo de ver qué hubiera pasado si alguna de las dos fuerzas terrestres no conseguía su objetivo, en ayuda norteamericana salió el gobierno español obligando a Cervera a que se enfrentara a Sampson.

A partir del 2 de julio, las actitudes del Gobierno de Sagasta en Madrid y del general Blanco, Capitán General de Cuba, que no habían dejado de ser sorprendentes durante lo que se llevaba de conflicto, se volvieron de una ineptitud manifiesta. Tanto, que la perdida encadenada de todas las posesiones españolas en apenas seis meses se podría atribuir más a oscuras razones políticas que a causas militares. Unos y otros se prodigaban el intercambio de mensajes sin saber qué decisión tomar.

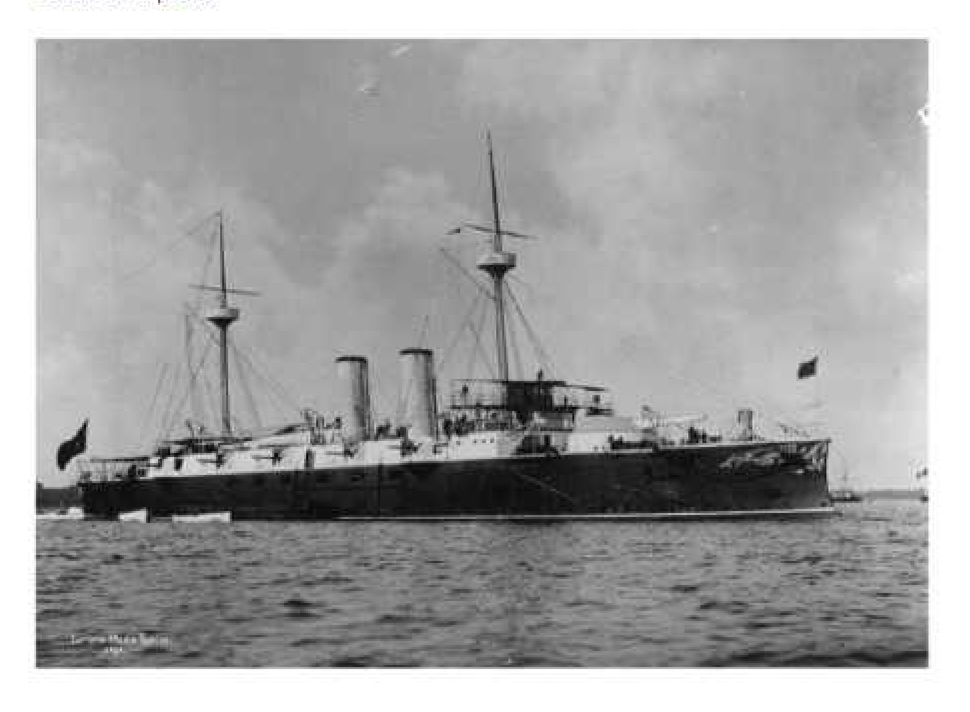
A las diez y media de la noche del 1 de julio Blanco le comunicó a Cervera:

Vistos progresos enemigos a pesar heroica defensa guarnición y de acuerdo con la opinión del Gobierno de S.M. reembarque V.E. tripulaciones y aprovechando la oportunidad más inmediata salga con todos los barcos de esa escuadra, que dando en libertad de seguir derrota que considere oportuna.

Siete horas después insistía:

En vista estado apurado y grave de esa plaza, que me participa General Toral, embarque con la mayor premura tropas desembarcadas de la escuadra y salga con esta inmediatamente.

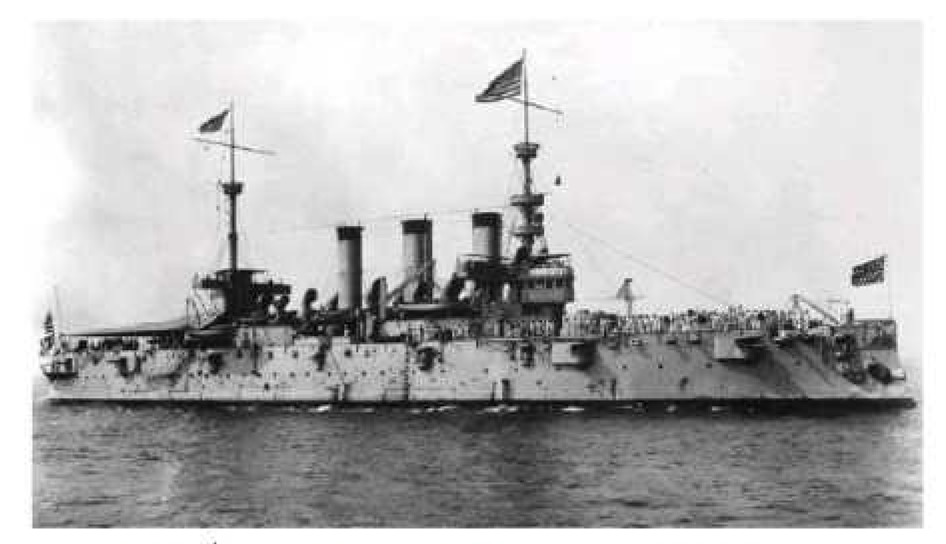
En ningún momento Blanco se planteaba enviar refuerzos o suministros para socorrer la plaza.



El buque insignia del almirante Cervera, como todos los buques de guerra de la época, a pesar de estar construido en acero aún utilizaba profusamente la madera tanto para elementos decorativos como en mobiliario, las cubiertas y los aparejos, haciendo al *Infanta María Teresa* y sus otros compañeros de flota seriamente susceptibles al fuego. En la batalla de Santiago salió el primero con la intención de atraer el principal fuego enemigo. Naval Intelligence Album of Foreign Warships.

Todos los observadores extranjeros, e incluso oficiales americanos, acusaron después al mando español por esta pasividad, de falta de visión y de un error táctico y estratégico. Las razones que aducen los historiadores cubanos para explicar por qué no se mandaron refuerzos es que todos los que se podrían haber enviado: la columna del general Luque desde Holguín, o la de Pando, que el 22 de junio protagonizó un altercado con Blanco por no dejarle ir a socorrer Santiago, estaban bloqueadas por el Ejército Cubano de Liberación. No son razones objetivas. Desde que comienza la guerra con los Estados Unidos no hay un solo combate de importancia en que intervengan solas las fuerzas rebeldes y en todos los combates menores salen victoriosas las tropas españolas obligando a los insurrectos a retirarse. De hecho, la columna de Escario, la única que se envió, entró en Santiago solo con 98 bajas entre muertos y heridos tras 11 días de marcha. Sin ninguna duda Ramón Blanco hubiera debido ser sometido a un consejo de guerra a su regreso a España, pero su amistad con la Reina lo impidió.

Recibida la comunicación, Cervera reunió a sus comandantes para organizar el orden de salida de la forma más oportuna y según las observaciones diarias que habían realizado de la situación de los buques norteamericanos durante el bloqueo. El *María Teresa*, buque insignia, partiría en cabeza para intentar embestir al *Brooklyn* que se situaba el primero fuera de la bahía; mientras, el resto de la escuadra, con el *Vizcaya* al frente y los destructores a cubierto de los buques mayores, sin detenerse, pasarían en fila entre el *María Teresa* y la costa y tratarían de escapar a toda máquina, sin entablar combate, para refugiarse en La Habana o Cienfuegos. La hora de salida quedó establecida en las cuatro de la tarde, si estaban ya embarcadas todas las dotaciones, o en la mañana del día siguiente, como hubo que hacer finalmente.



USS New York. Cuarto buque de la US Navy con ese nombre, era un crucero acorazado botado en 1891. En 1898 partió hacia Cuba y bombardeó las defensas de Matanzas, después de unirse a otros buques norteamericanos en San Juan de Puerto Rico. El 3 de julio participó en la batalla de Santiago. U.S. Naval Historical Center.

En la mañana del domingo 3 de julio el almirante se dirigió a sus hombres de una forma especialmente trágica y depresiva[21]:

Dotaciones de mi escuadra:

Ha llegado el momento solemne de lanzarse a la pelea. Así nos lo exige el sagrado nombre de España y el honor de su bandera gloriosa. He querido que asistáis conmigo a esta cita con el enemigo luciendo el uniforme de gala.

Sé que os extraña esta orden porque es impropia en combate, pero es la ropa que vestimos los marinos de España en las grandes solemnidades, y no creo que haya momento más solemne en la vida de un soldado que aquel que se muere por la Patria.

El enemigo codicia nuestros viejos y gloriosos cascos. Para ello ha enviado todo el poderío de su joven escuadra.

Pero solo las astillas de nuestras naves podrán tomar, y solo podrán arrebatarnos nuestras armas cuando, cadáveres ya, flotemos sobre estas aguas, que han sido y son de España.

Hijos míos, el enemigo nos aventaja en fuerzas, pero no nos iguala en valor.

Clavad la bandera y ni un solo navío prisionero.

Dotación de mi escuadra: ¡Viva siempre España!

Zafarrancho de combate y que el Señor acoja nuestras almas.

Su pesimismo le había hecho desestimar los planes de Villaamil y Bustamante, que abogaban respectivamente por realizar acciones ofensivas que obligasen a replegarse al enemigo y conseguir un mayor equilibrio de fuerzas, o hacer una salida nocturna escalonada.

Al amanecer, Concas, que ejercía las funciones de Jefe de Estado Mayor desde la falta de Bustamante, informó a Cervera de la situación de los buques bloqueadores. De este a oeste formaban un arco, el *Indiana*, *Oregón*, *Iowa*, *Texas* y *Brooklyn*. El *New York*, con Sampson a bordo, se alejaba para ir a conferenciar en Siboney con el general Shafter.

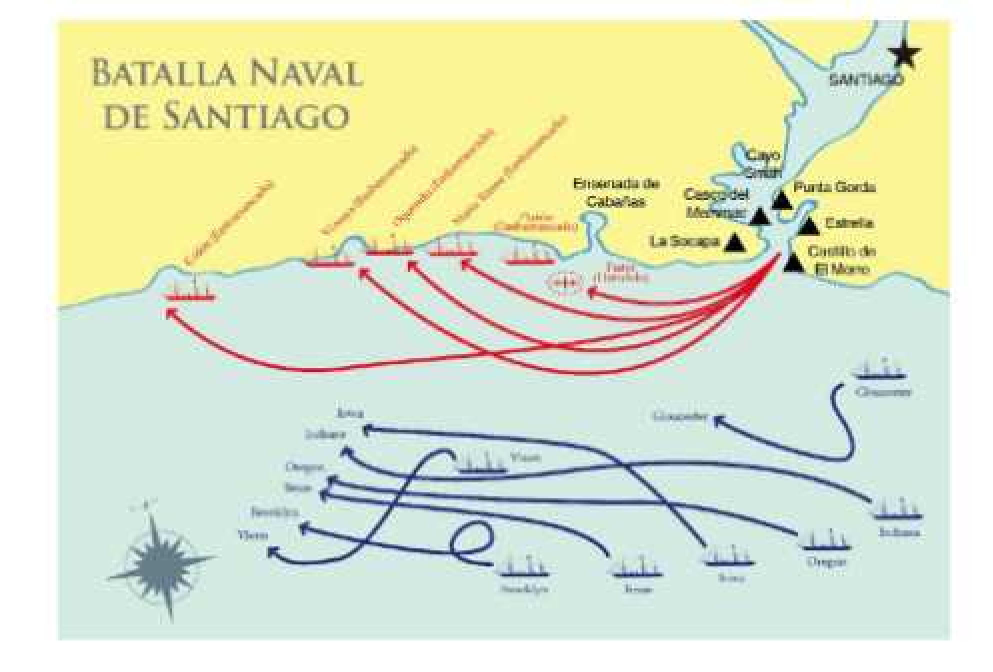
A las nueve y treinta y cinco el *Infanta María Teresa* pasó ante el fuerte de El Morro. Un minuto más tarde el *Iowa* avisaba: *buques enemigos saliendo*, a la vez que disparaba uno de sus cañones para llamar la atención. El *New York* vio la señal cuando se encontraba ya a cuatro millas de la boca del puerto y regresó inmediatamente. Todos los buques se dirigieron hacia la entrada de Santiago mientras el navío español avanzaba a toda velocidad contra el *Brooklyn*, buque insignia del almirante Schley, atrayendo sobre él el fuego de los barcos estadounidenses.

El *Teresa* disparó alcanzando al *Brooklyn*, obligándole a virar en círculo para evitar la acometida. Estuvo a punto de provocar una colisión con el *Texas* que reaccionó rápido. Sin embargo, un impacto de 12" del *Iowa* le alcanzó provocando un incendio al cortar una tubería de vapor. El buque perdió velocidad, la torre principal de popa dejó de funcionar y el fuego se propagó. Otro impacto alcanzó el puente de mando. Prácticamente inutilizado, Cervera dio personalmente la orden de virar hacia tierra y embarrancar. Lo hizo a las diez y cuarto, cerca de Punta Cabrera, a 6 millas y media al oeste de Santiago. No quedaban botes y la tripulación tuvo que nadar 200 metros hasta la playa. Allí les recogieron los botes del *Gloucester*, que trasladaron también a Cervera al *Iowa*.

Sobre el *Vizcaya*, el segundo en salir, se abatió todo el grueso de la artillería norteamericana. A las diez cincuenta, con todos sus cañones inútiles, intentó abordar al *Brooklyn* a una velocidad tan baja que lo esquivó con toda facilidad mientras continuaba disparando sobre él. A las once y cuarto, ardiendo de proa a popa, varó en los bajos de El Aserradero, a 15 millas al oeste de Santiago.

El tercero, el *Colón*, que había ido sin su artillería principal, poco podía hacer. A pesar de todo, alcanzó con dos impactos de su artillería de tiro rápido al *Iowa*. Era el buque más rápido de ambas escuadras gracias a sus modernas calderas y consiguió alejarse ganando distancia poco a poco.

A la una de la tarde, el jefe de máquinas subió al puente y comunicó al capitán Díaz Moreu que el carbón bueno se había acabado y comenzaban a usar el cargado en Santiago. Su pésima calidad hizo descender las revoluciones de las máquinas, perdió velocidad, y los buques norteamericanos se le echaron encima. Paredes, cercado por el *Oregon*, el *Texas*, el *Brooklyn*, el *New York* y el *Vixen*, decidió dar por concluida la lucha y embarrancarlo en la playa del Río Turquino. El *Texas* intentó tomarlo a remolque sin darse cuenta de que la tripulación había comenzado a inundarlo antes de abandonarlo, el buque dio la vuelta y se hundió.



El *Oquendo*, que había salido tras el *Colón*, no duró tanto. Nada más llegar a la boca de la bahía el *Iowa* comenzó a dispararle andanadas. Un impacto directo penetró en la torre de proa destruyendo la pieza y matando a toda su dotación. Otro alcanzó la cámara principal de torpedos provocando un incendio y matando a todos sus servidores. Todas las baterías de 140 mm, salvo una que seguía disparando, estaban inutilizadas. Ardiendo, varó a las diez y media cerca del *Teresa*. Juan Lazaga, su comandante, estaba caído en cubierta tapado por una bandera española.

El *Furor* y el *Plutón* fueron los últimos en salir. No estaban concebidos para el combate frente a grandes unidades y cualquier impacto directo podía destruirlos. El primero en llegar a mar abierto fue el *Furor*. Los norteamericanos abrieron fuego contra él inutilizando sus máquinas y destruyendo toda su artillería. Uno de los impactos mató a Villamil. Poco después, el buque se hundía mientras un cañonero de la flota de Sampson rescataba a sus escasos supervivientes. El *Plutón* no corrió mejor suerte. Lanzado a toda máquina contra el enemigo, disparando sus cañones, fue detenido por una cortina de fuego. Uno de los impactos hizo estallar las máquinas y el pañol de municiones y el navío se hundió[22].

A las once y cuarto todo había terminado[23]. Las banderas de combate de los navíos de la escuadra española habían sido arrojadas al fuego para que no cayeran en manos norteamericanas.

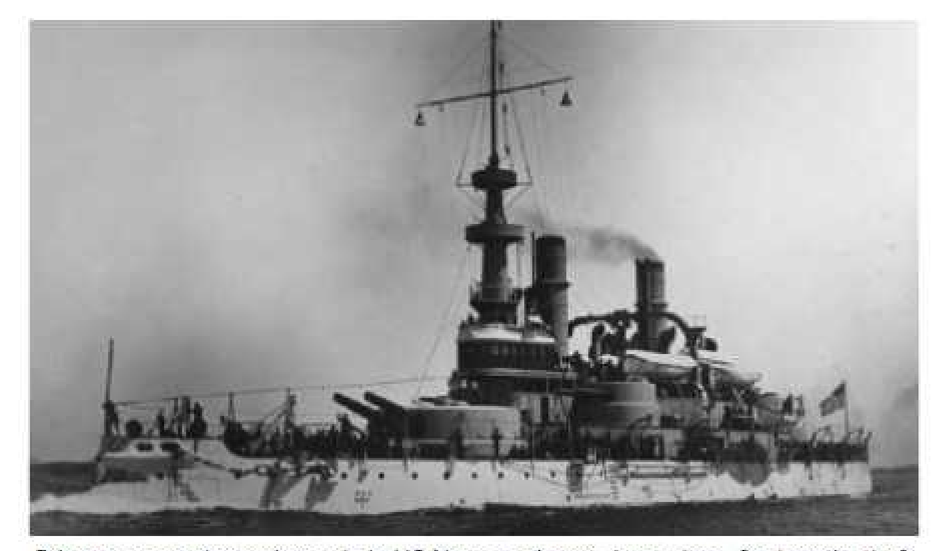
LA RENDICIÓN

El 4 de julio, Shafter, que ya había recuperado el optimismo, notificó a los cónsules acreditados en Santiago que la ciudad sería bombardeada por las fuerzas norteamericanas. El aviso tenía como finalidad que pudieran salir de la ciudad todas las personas que quedaran que no formaran parte de la guarnición. Muchas ya se habían ido marchando y las que quedaban salieron de sus casas para ir hacia El Caney. El 6, Shafter le dio de plazo a Toral hasta las 9 de la noche para aceptar la rendición.

Mientras esperaba la respuesta española se reunió con French Chadwick, comandante del *New York* y jefe del estado mayor de la escuadra para preparar el bombardeo. Se efectuaría con las piezas de 203 y 330 mm y duraría 24 horas.

El 10 por la tarde, como Toral no había contestado, comenzó el cañoneo prolongándose durante dos horas. Al día siguiente, a las nueve de la mañana comenzó de nuevo apoyado también por las piezas de artillería situadas en las colinas que rodeaban Santiago. Fue mucho más largo, no paró hasta la una del mediodía.

Después Shafter envió a Toral una nueva comunicación en la que le pedía la rendición.



Primer acorazado moderno de la US Navy, y primero de su clase, fue botado el 28 de febrero de 1893. El *Indiana* no se unió inicialmente al combate de Santiago por encontrarse demasiado al este su posición de bloqueo, pero estaba cerca de la entrada al puerto cuando los destructores *Furor* y *Plutón* salieron de la bahía y ambos destructores fueron hundidos por los cañones del *Indiana* y otros buques. U.S. Naval Historical Center.

El 12 de julio comenzaron las negociaciones. El 14 se reanudaron tras haber recibido Toral la autorización del Capitán General para rendir la plaza. Al día siguiente, el mando español en Santiago realizó una asamblea para ratificar la decisión de rendirse a las tropas estadounidenses. Calixto García aún no había sido avisado de las conversaciones que se estaban manteniendo.

Dos días después, el 16, españoles y norteamericanos firmaron la capitulación de la ciudad y el armisticio. Solo entonces Shafter informó de la rendición a sus aliados.

El domingo 17, al mediodía, las tropas estadounidenses entraban solas en Santiago, arriaban las banderas españolas e izaban las norteamericanas en los fuertes y edificios públicos.

Las tropas de Calixto García habían sido excluidas de las celebraciones y su entrada en la ciudad, prohibida para evitar venganzas y disturbios. Shafter no quería a nadie que le hiciese sombra.

García, indignado, se retiró con sus fuerzas a Jiguaní, renunció ante Máximo Gómez al cargo de jefe del departamento oriental y escribió a Shafter una carta de protesta:

Señor:

El día 12 de mayo último, el Gobierno de la República de Cuba me ordenó, como comandante en jefe que soy del Ejército Cubano en las Provincias Orientales, que prestara mi cooperación al Ejército americano.

Siguiendo los planes y obedeciendo las órdenes de los jefes, he hecho todo lo posible para cumplir los deseos de mi Gobierno, habiendo sido, hasta el presente, uno de los más fieles subordinados de usted y teniendo la honra de ejecutar sus órdenes e instrucciones hasta donde mis facultades me han permitido hacerlo.

La ciudad de Santiago de Cuba se rindió al fin, al Ejército Americano, y la noticia de tan importante victoria solo llegó a mi conocimiento por personas completamente extrañas a su Estado Mayor, no habiendo sido honrado con una sola palabra, de parte de Ud. sobre las negociaciones de paz y los términos de la capitulación propuesta por los españoles.

Los importantes actos de la rendición del Ejército español y de la ciudad por usted tuvieron lugar posteriormente, y solo llegaron a mi conocimiento por rumores públicos. No fui tampoco honrado con una sola palabra, de parte de Ud., invitándome a mí y a los demás oficiales de mi Estado Mayor para que representáramos al Ejército cubano en ocasión tan solemne. Sé, por último, que Ud. ha dejado constituidas, en Santiago, a las mismas autoridades españolas contra las cuales he luchado tres años como enemigos de la independencia de Cuba. Yo debo informar a usted que esas autoridades no fueron nunca electas por los habitantes residentes en Santiago de Cuba, sino nombradas por decretos de la Reina de España.

Yo convengo, señor, que el Ejército bajo su mando haya tomado posesión de la ciudad y ocupado las fortalezas; yo hubiera dado mi ardiente cooperación a toda medida que Ud. hubiese estimado más conveniente, guardando el orden público, hasta que hubiera llegado el momento de cumplir el voto solemne del pueblo de los Estados Unidos, para establecer en Cuba un gobierno libre e independiente; pero cuando se presenta la ocasión de nombrar las autoridades de Santiago de Cuba, en las circunstancias especiales creadas por una lucha de treinta años contra la dominación española, no puedo menos que ver, con el más profundo sentimiento, que esas autoridades no sean elegidas por el pueblo cubano, sino que son las mismas que tanto la Reina de España como sus ministros habían nombrado para defender la soberanía española contra los cubanos.

Circula el rumor que, por lo absurdo, no es digno de crédito general, de que la orden de impedir a mi Ejército la entrada en Santiago de Cuba ha obedecido al temor de la venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada: formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América; pero, a semejanza de los héroes de Saratoga y de Yorktown, respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía.

En vista de todas las razones aducidas por mí anteriormente, siento profundamente no poder cumplir por más tiempo las órdenes de mi Gobierno, habiendo hecho, hoy, ante el General en Jefe del Ejército cubano, mayor general Máximo Gómez, la formal renuncia de mi cargo como general en jefe de esta sección de nuestro Ejército.

En espera de su resolución, me he retirado, con todas mis fuerzas, a Jiguaní.

Soy respetuosamente de usted, Mayor General,

Calixto García.

Daba igual. Él y sus hombres habían sido utilizados. En cuanto los norteamericanos no los necesitaron volvieron a ser *casi inútiles* como había dicho Roosevelt.

Un mes después, el 12 de agosto, un ejército sin escuadra al que no le habían dejado ir a socorrer Santiago, pero que conservaba unas magníficas posiciones en La Habana, Matanzas y Pinar del Río era obligado a rendir toda la isla al decretar el



gobierno el fin de las hostilidades con los Estados Unidos.

5
LA INVASIÓN DE PUERTO RICO



El morro de San Juan de Puerto Rico. La isla caribeña resistió durante siglos los asaltos de piratas, corsarios y potencias enemigas, pero ante los Estados Unidos la defensa española fue pobre y poco enérgica. En la isla no hubo combates como El Caney o las lomas de San Juan. Foto Ristre Multimedia.

Por su constancia, amor y fidelidad es muy noble y muy leal esta ciudad.

Concesión del rey Carlos IV a la ciudad de San Juan tras repeler el ataque británico en 1797.

EN SAN JUAN

Conseguida Cuba era fácil hacerse con Puerto Rico. La primera idea para ocupar la más pequeña de la Antillas se la dio a McKinley el doctor Julio Henna, un médico residente en Nueva York, originario de la isla, que se dirigió a Washington para ponerse en contacto con Lodge y al que habló de llevar la guerra a Puerto Rico, si estallaba el conflicto hispanoamericano. Lodge le remitió a Roosevelt, al que entregó un minucioso informe sobre las fuerzas españolas en la isla, su armamento, artillería, caminos, puertos y ferrocarriles. Convenciéndole de que, en caso de invasión, todos se alzarían contra el gobierno de España apoyando a las fuerzas norteamericanas.

Puerto Rico no era grande. Su capital, San Juan, tenía aproximadamente 32.000 habitantes; Ponce 27.000 y Mayagüez 15.000. Sus puertos principales, además de San Juan, eran Ponce, Mayagüez, Arecibo, Aguadilla, Arroyo, Guánica. Fajardo y Humacao.

El camino militar, una carretera de primer orden, unía a San Juan con Ponce atravesando toda la isla de norte a sur y otras vías, también de buena calidad unían Ponce y Mayagüez entre sí y con las poblaciones próximas. También existía un ferrocarril desde San Juan hasta Isabela y otro desde Aguadilla a Mayagüez que, aunque se cortaba en algunos puntos, llegaba hasta Ponce pasando por Yauco. El único problema era la lluvia, que embarraba constantemente los caminos y muchas veces los dejaba casi impracticables.

Realmente, dijese lo que dijese Henna, escasos habitantes eran partidarios de una invasión de los Estados Unidos, solo los que, de familias bien situadas económicamente, habían seguido estudios en las universidades norteamericanas y se encontraban más próximos a la moderna república que a la lejana monarquía europea del otro lado del Atlántico.

El gobernador, con funciones de capitán general y de gobernador civil, era el teniente general Manuel Macías y Casado. Su segundo, el general de división Ricardo Ortega y Diez, actuaba como gobernador de San Juan.

La isla estaba dividida en siete zonas militares: Ponce, Mayagüez, Arecibo, Aguadilla, Humacao, Guayama y Bayamón.

De todas, San Juan era la única plaza fuerte. Tenía varias baterías con un total de 43 piezas de calibre medio, todas de hierro y ninguna de tiro rápido.

En el resto de la isla la artillería era casi inexistente. Los obuses de 24 centímetros, los únicos de que disponía el Arma, no tenían la dotación de pólvora reglamentaria, y utilizaban la de los cañones de 15, provocando un tiro irregular y corto.

Cuando comenzaron las operaciones se levantó una batería semipermanente en Santurce, en lo alto del Sebornao, con la que se cubría el puente de Martín Peña y su caño, Rio Piedras, la loma de Prim, las Bocas de los Cangrejos, y la isleta de Miraflores.

Las fuerzas de infantería de guarnición consistían en seis batallones: cuatro provisionales, numerados del 1 al 4, y dos permanentes; Patria y Alfonso XII. Cada uno tenía unos efectivos teóricos de 800 hombres. Cinco de ellos constaban de seis compañías y el otro de cuatro. Posteriormente se organizó el batallón Principado de Asturias, con 600 peninsulares. El servicio de las baterías de San Juan lo

cubría el 12º batallón de artillería de Plaza, con cuatro compañías y un total de 700 hombres.



La caballería española en las Antillas estaba formada en su mayoría por escuadrones enviados de regimientos peninsulares que se reorganizaban en Cuba o Puerto Rico. Los brillantes uniformes, usados en Europa por lanceros, cazadores y húsares, fueron reemplazados por los de rayadillo. Foto Ristre Multimedia.

La artillería de montaña disponía de ocho piezas de tiro rápido: cuatro *Plasencia* y cuatro *Krupp*. La Guardia Civil tenía desplegado el Tercio número 14, con cuatro compañías de infantería y dos escuadrones de caballería.

Completaba la guarnición de la isla una compañía de ingenieros telegrafistas, una sección de sanidad militar, fuerzas de intendencia y un cuerpo paramilitar de orden público.

En conjunto se disponía de 8.000 soldados de tropa veterana, dotados con fusiles *Mauser* y 250 caballos.

Además había un cuerpo de Voluntarios, formados por 14 batallones y con una fuerza de unos 6.000 hombres, todos armados con fusiles *Remington*.

Cuando se iniciaron los enfrentamientos se crearon seis grupos de guerrillas montadas, como en Cuba, de 100 hombres cada uno, bajo el mando de oficiales del ejército. Sus miembros se seleccionaron entre los veteranos más eficaces. Y en San Juan, el batallón de Tiradores, formado por funcionarios, empleados peninsulares con destino allí. Fueron numerosas y populares las guerrillas de voluntarios denominadas *macheteros*. Era normal que cada batallón de infantería crease un grupo de 35 hombres para actuar como guerrilleros.

Por lo tanto, al mes de declararse la guerra, Puerto Rico tenía 18.000 hombres en armas para su defensa, de los que 8.000 al menos, eran veteranos, disciplinados y con alto espíritu militar. Parecían suficientes.

Las fuerzas navales contaban con el *Isabel II*, un crucero no protegido de segunda clase; el *General Concha*, crucero no protegido de tercera clase; el *Ponce de León*, cañonero de segunda clase; el *Criollo*, cañonero de tercera clase; el *Alfonso XIII*, crucero auxiliar transatlántico y el *Terror*, que había llegado de la Martinica.

También se formaron cuerpos auxiliares: los bomberos de San Juan fueron agregados al cuerpo de ingenieros y mecánicos y forjadores lo hicieron al de artillería, quedando asignados a los castillos del Morro y San Cristóbal, bajo el mando de los capitanes de ingenieros Abarca y Portilla. A todos se les asignó una peseta de salario diaria y se les suministró café, dos ranchos con pan y vino los jueves y domingos.

La gran mayoría de la sociedad se ofreció para colaborar en la defensa. Médicos, practicantes, y damas voluntarias se apuntaron en la Cruz Roja; se formó una escolta par dar protección al general Macías y más de 4.000 jóvenes se incorporaron a las guerrillas. Mediante una suscripción popular se le ofrecieron también al capitán general caballos, ambulancias, hospitales de campaña, víveres y dinero.

El entusiasmo declinó tras el absurdo combate del 22 de junio entre el *St. Paul*, un transatlántico norteamericano convertido en crucero auxiliar, el *Isabel II* y el *Terror*, que terminó con la pérdida de éste último, y desapareció casi por completo

con la destrucción de la escuadra de Cervera.

EL DESEMBARCO EN GUANICA

El 21 de julio, resuelto el problema de Santiago, salieron de Guantánamo las tropas de Miles que debían tomar Puerto Rico. La expedición se dirigió a Punta Fajardo, el lugar previsto de desembarco, para luego avanzar por la costa hacia San Juan, pero, al saber que Macías conocía los planes y había concentrado tropas allí, se decidió continuar por el litoral hasta Gúanica, en la costa sur.

El día 25, sobre las cinco y veinte de la mañana, entraban en el puerto de Gúanica el *Massachussets*, el *Columbia*, el *Yale*, el *Dixie* y el *Gloucester* escoltando a los diez transportes que llevaban a la Brigada Garretson de la División Henry, formada por el 6º Regimiento de Voluntarios de Infantería de Illinois, el 6º Regimiento de Voluntarios de Infantería de Massachussetts, alguna artillería, ingenieros, sanidad y otras unidades de apoyo. En total, 3.415 hombres. Frente a ellos la decena de guerrilleros de la 4ª Volante, al mando del teniente Enrique Méndez López, que se retiró hacia Yauco tras sufrir tres heridos en el primer intercambio de disparos con un grupo de marineros del *Gloucester*.

El farero de Guánica informó de la aparición de la flota norteamericana al alcalde de Yauco, Atilio Gaztambide, y este se lo notificó al general Macías y al capitán Meca, al mando de la compañía destacada en Yauco.

Al conocerse en San Juan el desembarco, hubo gran revuelo con órdenes y contraórdenes y durante las primeras horas el estado mayor permaneció en la creencia de que solo era una maniobra para atraer hacia el sur a las fuerzas defensoras, mientras el verdadero ataque se produciría en Fajardo como estaba previsto.

Mientras, por orden de Macías, Meca se dirigió hacia Guánica, donde debía de encontrarse con 2 compañías del Batallón Cazadores de la Patria Nº 25, del coronel Puig, que iban desde Ponce.

Puig pasó por Yauco para recoger al Batallón Nº 8 de Voluntarios y emprendió la marcha hacia su destino, encontrándose con las fuerzas de Meca en las cercanías de la Hacienda Desideria, en la carretera que unía Yauco con Guánica. Allí, los cerca de 300 hombres que se habían podido reunir quedaron a la espera del ataque norteamericano.

En la mañana del 26, las avanzadas de Miles contactaron con las fuerzas españolas. Tras un furioso tiroteo y superados en número, las tropas de Puig se retiraron en orden, primero a Yauco, y después hacia Arecibo. Las bajas del combate habían sido de 3 muertos y 7 heridos por el bando español y de 5 heridos por el norteamericano.

Hasta ese día no se aclararon los sucesos de Guánica y Yauco. Algunos decían que los voluntarios de Yauco, Peñuelas y Sabana Grande habían cargado contra el enemigo y lo habían obligado a reembarcarse.

La Gaceta oficial publicó una orden general firmada por Manuel Macías que se encargó de desmentir todos los rumores:

Soldados, marinos y voluntarios:

El enemigo que ha tiempo acechaba la ocasión de invadir esta isla, con el propósito de posesionarse de ella, desembarcó ayer un cuerpo de tropas en el puerto de Guánica. Para combatirlo con prontitud marcharon fuerzas del Ejército y de Voluntarios que, con gran decisión, han sostenido ya diferentes combates, demostrando así, estos últimos, que las armas que espontáneamente tomaron lo son para la defensa de la nacionalidad de esta tierra española, y donde a la vez honra ejemplo a los demás cuerpos de su Instituto.

Para contrarrestar la invasión extranjera, además de los Institutos armados, confío no ha de faltar la valiosa cooperación y espontáneo esfuerzo del país, que en paz y prosperidad ha vivido hasta el día con su nacionalidad española, cuya fe ha acreditado en otras invasiones anteriores y que en esta me prometo confirmara.



Tras el encuentro con Puig la brigada Garretson también había regresado a su campamento. Dejaron avanzadas en los caminos vecinales, que fueron fortificados con trincheras y alambradas, y se ordenó a sus ingenieros que construyeran un fuerte en una loma contigua al puerto.

Así pasaron el día 27, sin saber que Yauco estaba desguarnecido. Por la tarde se envió una sección de exploración al mando del comandante Webb C. Hayes que al no encontrar resistencia, llegó hasta el ayuntamiento para hablar con el alcalde.

Gaztambide, que no estaba dispuesto a hacerles el juego a los hombres de Miles, fue sustituido por alguien más afín, Francisco Mejía Rodríguez, miembro destacado de una importante familia del sur de la isla. Se le encomendó el mantenimiento del orden y se le autorizó a formar una Policía Municipal, dotada con los fusiles que muchos voluntarios habían dejado abandonados en cuanto vieron a los norteamericanos.

Después Hayes se retiró a su base para informar al general Henry.

El 28, Henry ordenó a Hayes que cogiera seis oficiales y cincuenta hombres montados y que partiera con provisiones para tres días y cien cartuchos por plaza al Peñón de Tallaboa, en prevención de que un hipotético vagón cargado con fusiles *Mauser* y abundancia de municiones, que en su retirada habían dejado las tropas españolas, fuese dinamitado. Incluso corrían rumores de un posible intento de destrucción de la vía férrea.

En la misma orden se le indicó que velase para que la tropa no entrase en las casas particulares, y que en modo alguno fuesen molestados los habitantes pacíficos.

Su búsqueda fue infructuosa, las armas y municiones habían sido llevadas a Ponce el día anterior.

Hayes, después de hacer noche, regresó a Yauco, donde el 29 por la mañana, Mejía, el nuevo alcalde, arrió la bandera española e izó la de los Estados Unidos.

Después leyó desde el balcón:

¡Ciudadanos!

Hoy asiste el pueblo puertorriqueño a la más hermosa de las fiestas.

Ya brilla el sol de América sobre nuestros valles y montes.

El día 25 de julio de 1898 fecha de gloriosa recordación será para todo hijo de esta bendecida tierra, porque por vez primera flameó gallarda la bandera estrellada implantada en nombre del Gobierno de los Estados Unidos de América del Norte por el Generalísimo de las tropas americanas, señor Miles.

¡Puertorriqueños! Somos, por la milagrosa intervención del Dios de los justos, devueltos al seno de la madre Americana, en cuyas aguas nos colocara la Naturaleza.

Hijos de América, a ella nos devuelve en nombre de su Gobierno el General Miles, y a ella debemos enviar nuestro más expresivo saludo de amoroso afecto, dirigiéndolo por conducto de sus valientes tropas, representadas por la distinguida oficialidad que comanda el ilustrado General Miles.

¡Ciudadanos! ¡Viva el Gobierno de los Estados Unidos de América! ¡Vivan sus valientes tropas! ¡Viva Puerto Rico Americano!

Terminada la increíble arenga, una banda local de música interpretó *La Boringuen* y el pueblo se manifestó con vivas y aclamaciones. Los voluntarios que aún no lo habían hecho depositaron en la Alcaldía su armamento, que quedó bajo la custodia de la policía municipal, y el alcalde impidió los desórdenes, y los intentos de represalia del pueblo contra ellos.

No había ninguna duda del origen de sus ciudadanos. En Yauco se hacía lo mismo que en la península.

No fue el único caso. El desembarco había provocado una desbandada generalizada. Alcaldes y jueces dejaron sus poblaciones o saludaron efusivamente a los invasores y, como ya hemos visto, muchos voluntarios y guerrilleros regresaron a sus casas.

Igual que hasta entonces se había apoyado al gobierno de la metrópoli se apoyó a los norteamericanos.



Tropas españolas en una calle de San Juan de Puerto Rico en el entierro de don Andrés González Muñoz, el 12 de enero de 1898, pocos meses antes de la guerra con los Estados Unidos. Obsérvese que a diferencia de las tropas en Cuba usan salacot. Foto de *La Ilustración Artística*.

Un día antes que Miles, el 20 de julio, el mayor General James H. Wilson había salido del puerto de Charleston, Carolina del Norte, con los 3.571 hombres de la brigada Ernst, de la Primera División del Primer Cuerpo del Ejército, formada por el 2º y 3º Regimientos de Voluntarios de Infantería de Wisconsin, el 1º Regimiento de Voluntarios de Infantería de Pennsylvania, la artillería y la caballería.

Según las órdenes debían desembarcar todos también en Fajardo. Miles envió un barco para comunicarle al general el cambio de ruta pero, como no habían encontrado resistencia en Gúanica, decidieron que el convoy de Wilson continuara hacia Ponce apoyado desde tierra.

Ponce cayó el 27 de julio. Cuando llegó el *Wasp* al puerto, adelantándose al *Dixie* y al *Annapolis*, envió a tierra una lancha con un grupo de marineros al mando del cadete de 19 años Roland I. Curtiss para pedir la rendición de la ciudad, lo que se le negó. Más tarde repitió la petición el teniente Merriam y, como el coronel San Martín, comandante de la ciudad, empezó a no mostrarse tan firme, los norteamericanos solicitaron el apoyo del cuerpo consular amenazando con bombardear en caso contrario.

Durante la noche los cónsules de Inglaterra y Alemania consiguieron convencer a los mandos de las tropas españolas para que se retiraran y, en la mañana del 28, una comisión representativa de la ciudad se la entregó a los norteamericanos. Mientras las fuerzas españolas abandonaban la zona en dirección a Aibonito, comenzaba el desembarco de las fuerzas del General Wilson.

A las cinco de la tarde, ya instalados, se entregaba a la población la proclama que había redactado el general Miles:

¡A los habitantes de Puerto Rico!

Como consecuencia de la guerra que trae empeñada contra España el pueblo de los Estados Unidos por la causa de la Libertad, de la Justicia y de la Humanidad, sus fuerzas militares han venido a ocupar la isla de Puerto-Rico. Vienen ellas ostentando el estandarte de la Libertad, inspiradas en el noble propósito de buscar a los enemigos de nuestro país y del vuestro, y de destruir o capturar a todos los que resistan en las armas. Os traen ellas el apoyo armado de una nación de pueblo libre, cuyo gran poderío descansa en su justicia y humanidad para todos aquellos que viven bajo su protección y amparo. Por esta razón, el primer efecto de esta ocupación será el cambio inmediato de vuestras antiguas formas políticas, esperando, pues, que acepteis con júbilo el Gobierno de los Estados Unidos.

El principal propósito de las fuerzas militares americanas será abolir la autoridad armada de España y dar al pueblo de esta hermosa Isla la mayor suma de libertades compatibles con esta ocupación militar.

No hemos venido a hacer la guerra contra el pueblo de un país que ha estado durante algunos siglos oprimido, sino, por el contrario, a traeros protección, no solamente a vosotros sino también a vuestras propiedades, promoviendo vuestra prosperidad y derramando sobre vosotros las garantías y bendiciones de las instituciones de nuestro Gobierno. No tenemos el propósito de intervenir en las leyes y costumbres existentes que fueran sanas y beneficiosas para vuestro pueblo, siempre que se ajusten a los principios de la administración militar, del orden y de la justicia.

Esta no es una guerra de devastación, sino una guerra que proporcionará a todos, con sus fuerzas navales y militares, las ventajas y prosperidad de la esplendorosa civilización.

Nelson A. Miles.

General en Jefe del Ejército de los Estados Unidos.

Otro disparate como el de Yauco, pero por lo menos lo había redactado un extranjero.

El mismo día 28 salió del puerto de Newport News, en Georgia, una nueva expedición con 5.590 hombres. Iba al mando del Mayor General John R. Brooke, Comandante del Primer Cuerpo del Ejército y la formaba la Brigada Haines, con el 4º. Regimiento de Voluntarios de Infantería de Ohio, el 3º de Voluntarios de Infantería de Illinois y el 4º de Voluntarios de Infantería de Pennsylvania. Junto a ellos iba la Comisión de Puerto Rico, integrada por Mateo Fajardo, Warren Sutton, Antonio Mattei Lluberas, Pedro Juan Besosa, Rafael Marxuach, José Budet, Domingo Collazo, Emilio González y Rafael Muñoz García. Los norteamericanos la enviaban para formar el gobierno independiente y liberar a la isla de las garras de la Corona española. Hoy Puerto Rico sigue siendo un estado asociado de los Estados Unidos.

Después de reconocer la costa en Cabezas de San Juan, la expedición se dirigió al puerto de Guánica, luego a Ponce, y por último recibió órdenes de desembarcar en Arroyo.

El 1 de agosto[1] el crucero *Gloucester* se adelantó hacia el puerto y envió una lancha con 10 hombres a realizar un reconocimiento. Como tampoco encontraron resistencia iniciaron el desembarco. Por la noche, los norteamericanos fueron atacados por el capitán Salvador Acha y 40 guerrilleros que tras un intercambio de disparos se retiraron sin bajas. No hubo más, al día siguiente todas las tropas de Brooke estaban ya en tierra.

El día 4, en Arroyo, Brooke ordenó a su brigada que partiera rumbo a Guayana. Su misión era unirse con la brigada Ernst en Cayey y proseguir juntas hacia San Juan por la carretera militar mientras las brigadas Schwan y Garretson atacaban San Juan desde Arecibo. El 5, a media milla de su destino, los guerrilleros de Acha los detuvieron. No pudieron resistir mucho el empuje de toda la masa enemiga y con 2 muertos y 15 heridos se retiraron hacia las alturas de Guanamí. Poco después, los norteamericanos, que solo habían tenido cuatro heridos, entraban en Guayama sin más resistencia.

El mismo día 4, Garretson que también había recibido órdenes el 27 de julio de dirigirse a Ponce con su Brigada para unirse a las fuerzas de Wilson llegaba sin novedad y se ponía a las órdenes del Mayor General Guy V. Henry. Las fuerzas de Henry tenían órdenes de marchar sobre Arecibo, vía Adjuntas y Utuado para unirse allí a la Brigada Schwan, que venía desde el oeste. Salieron de Ponce el 8 de agosto, el 9 se encontraban en Adjuntas y el 13 había llegado ya hasta Utuado, sin oposición, cuando el armisticio canceló sus órdenes.

LOS COMBATES DE COAMO Y EL ASOMANTE

Miles había dispuesto también que la Brigada Ernst partiera de Ponce el 7 de agosto en dirección a Coamo y se uniera en Cayey a la Brigada Haines, una parte de las fuerzas del General Brooke que habían desembarcado por Arroyo el 1 de agosto, y se dirigían hacia allí pasando por Guayama.

Cuando emprendió el camino, se encontró en la carretera hacia Aibonito, a las afueras de Coamo, a los 248 hombres que mandaba el comandante Rafael Martínez Illescas. Era el 9 de agosto. Las tropas españolas resistieron bien hasta que cayó muerto Martínez Illescas; después, tras un movimiento envolvente de los norteamericanos, se precipitó la retirada. Las fuerzas de Wilson solo habían tenido seis heridos, las españolas cinco muertos, ocho heridos y ciento sesenta y siete prisioneros.

Tras el combate, la Brigada continuó su marcha hacia Cayey. El día 12, en las alturas del Asomante, cerca de Aibonito, las avanzadas estadounidenses se encontraron con que les esperaba el teniente coronel Larrea con 1.280 hombres, 70 caballos y 2 cañones.

Las posiciones españolas eran firmes y estaban bien escogidas y, al intentar un movimiento de flanqueo por las Barranquitas, los norteamericanos tuvieron que retirarse con un muerto y cuatro heridos a cambio de un solo herido de los de Larrea.

La jornada no dio para más. Por la noche un preocupado Wilson comunicaba a los defensores del Asomante la firma del armisticio.

El mismo día que caía en combate Martínez Illescas, Brooke enviaba desde Guayama a un grupo de 110 hombres para que reconocieran el camino hacia Caney. En las alturas de Guanamí les esperaban 400 soldados españoles avisados por Acha que rompieron fuego y les obligaron a regresar al pueblo con 7 heridos. Brooke, detenido por la resistencia española organizó un movimiento de flanqueo: él asumiría un ataque frontal mientras que otra parte de la brigada atacaría por el oeste. Como Wilson en el Asomante, tampoco arriesgó mucho. Esperó un par de días organizando a las tropas y antes de cargar contra el Guanamí se recibieron noticias del armisticio y se ordenó parar el avance. Ni uno solo de los generales norteamericanos quería verse involucrado en otro Caney ni en otras Lomas de San Juan.

La campaña había durado diecinueve días.

LAS OPERACIONES EN EL OESTE DE LA ISLA

El 24 de julio, al frente de una fuerza expedicionaria compuesta por 2.896 hombres salió del puerto de Tampa el Brigadier General Theodore Schwan. El núcleo de sus fuerzas lo componía el 11º. Regimiento de Infantería de los Estados Unidos, el único regimiento de la campaña formado por auténticos soldados.



Soldados del US Army. Tras su fácil ocupación de Puerto Rico jamás abandonarían la isla caribeña. Los uniformes azules que aún visten eran una pesadilla en los trópicos. Foto Ristre Multimedia.

La expedición llegó al puerto de Guánica el 31 de julio y rápidamente recibió órdenes de salir hacia Ponce. Una vez allí, Miles le encargó partir hacia Arecibo, bordeando la costa oeste, al frente de 1.447 de sus efectivos y dejar el resto como guarnición de Ponce.

El 9 de agosto la Brigada Schwan se encontraba en Yauco. Su itinerario era Sabana Grande, San Germán, Mayagüez, Lares y Arecibo. En Arecibo se unirían a las tropas de la Brigada Garretson, bajo el mando del Mayor General Guy V. Henry, y atacarían San Juan desde el oeste.

El 10 de agosto Schwan estaba en San Germán. Recibieron noticias de que en la ribera del Río Guanajibo, cerca de Hormigueros, les esperaban los 145 hombres del capitán Torrecillas. Las avanzadas norteamericanas hicieron contacto con las fuerzas españolas cerca del pueblo. Tras dos horas de tiroteo, los hombres de Torrecillas, que se quedaba ya sin municiones, y pensaban cargar a la bayoneta, recibieron órdenes de retirarse hacia Las Marías, donde se había dirigido la guarnición de Mayagüez, al mando del coronel Soto del Alfonso XIII, al ser informada de la cercanía de los norteamericanos. Se retiraron con 3 muertos y 6 heridos. A los

norteamericanos no les había ido mucho mejor, dejaban en el campo 1 muerto y 15 heridos.

Al abandonar la ciudad las tropas de Soto, la vanguardia de Schwan la ocupó sin oposición el día 11. Por la tarde entraba en el puerto un transporte con 1.000 hombres del 1º Regimiento de Voluntarios de Infantería de Kentucky, que quedó de guarnición en Mayagüez mientras la Brigada Schwan continuaba en persecución de las fuerzas españolas.

El 13 de agosto, con el armisticio ya firmado, tuvo lugar la última acción bélica en la isla, el combate de Las Marías. Entre discusiones de los mandos españoles sobre si tenían o no que presentar batalla[2], Schwan, sin la pérdida de un solo soldado capturó a un coronel, un teniente coronel, un primer teniente y 53 soldados, además de armas, municiones y pertrechos, que se habían quedado rezagados al intentar vadear el Paso del río Prieto en el Guasio. Era distinto coger prisioneros que atacar una posición fortificada en el Asomante.

EL FIN DE LA GUERRA

El 14 de septiembre zarparon con rumbo a Canarias el *Isabel II*, el *General Concha*, el *Terror* y el *Ponce de León*. La multitud les despedía enfervorecida desde la dársena del puerto de San Juan flameando pañuelos y banderas españolas. Eran los primeros contingentes, que de acuerdo con el protocolo de paz, se repatriaban a España.

Por indicaciones del Almirante Scheley la comisión americana había accedido a que el arsenal de San Juan y todos sus edificios y terrenos colindantes fuesen considerados tierra española hasta que terminase la evacuación de la isla. La repatriación fue lenta ante la escasez de medios, y allí permanecieron acantonadas las tropas españolas hasta el 23 de octubre, que abandonó la isla el vapor *Montevideo* con los últimos soldados.

Una semana antes, embarcado en el vapor *Covadonga*, había dejado la ciudad el Capitán General Macías acompañado de su estado mayor.

6
LAS FILIPINAS
DESDE CAVITE A LA
RENDICIÓN DE MANILA



Un jinete español en Filipinas. La caballería otorgaba movilidad y rapidez de desplazamiento, pero estaba muy limitada en las junglas del interior de las islas. No obstante actuó siempre con profesionalidad y valor. Vinkhuijzen Collection NYPL.

Españoles:

Entre España y los Estados Unidos de la América del Norte se han roto las hostilidades.

El pueblo Norteamericano, formado por todas las excrecencias sociales, agotó nuestra paciencia y ha provocado la guerra con sus pérfidas maquinaciones, con sus actos de deslealtad, con sus atentados al derecho de gentes y a las convenciones internacionales.

La lucha será breve y decisiva. El Dios de las victorias nos la concederá tan brillante y compleja como demandan la razón y la justicia de nuestra causa.

España, con las simpatías de todas las Naciones, saldrá triunfante de esta nueva prueba humillando y haciendo enmudecer a los aventureros de aquellos Estados que, sin cohesión y sin historia, solo ofrecen a la Humanidad tradiciones vergonzosas.

Proclama del general Agustín el 23 de abril en Manila.

LOS INSURRECTOS

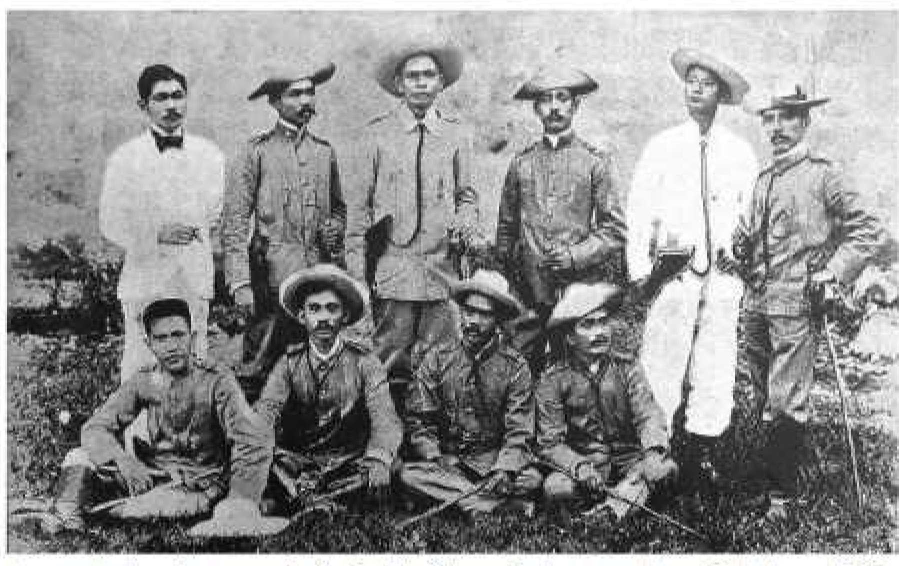
Al mismo tiempo que se decretó en Filipinas la movilización general de los peninsulares y sus hijos entre los 18 y los 50 años, para hacer frente a la amenaza norteamericana que se cernía sobre el archipiélago, se reactivaron unidades de voluntarios peninsulares y se crearon unidades de voluntarios filipinos, tanto entre los tagalos como entre las otras etnias que habitaban las islas. Los grupos de voluntarios más importantes se reclutaron entre la etnia Macabebe, que siempre habían destacado por su lealtad a España, y que eran pagados y dirigidos por Eugenio Blanco, y el Tercio de Voluntarios Anda y Salazar, creado y pagado por el abogado filipino Felipe Buencamino. En total se alistaron cerca de 20.000 filipinos, que de forma incomprensible, fueron colocados por Basilio Augustín bajo el mando de antiguos rebeldes filipinos amnistiados tras la paz de Biak-na-bató y que ahora hacían promesas de fidelidad a España.

Todas las decisiones que se tomaban parecían girar en torno a una política de pactos cuyas consecuencias iban a ser desastrosas. Aunque el gobierno pensase lo contrario, Filipinas continuaba en una posición difícil y, tanto la información que llegaba a Manila del inminente regreso de Aguinaldo a la capital, incumpliendo las condiciones firmadas, como sus estrechos contactos con agentes norteamericanos no eran muy tranquilizadores.

Solo a los cinco días de ocupar su cargo el nuevo Gobernador comunicaba al ministro de la guerra en Madrid el avance de la insurrección en Cebú, Luzón, Las Visayas y la misma Manila.

Nada más conocerse la derrota de la Armada española y la ocupación por la flota de Dewey de Cavite —el lugar donde había nacido la insurrección tagala del 96—, se produjeron pequeños alzamientos independentistas en algunas zonas de Luzón que, poco a poco, ante la pasividad española, fueron convirtiéndose en una rebelión importante. La llegada de Aguinaldo a Cavite el 19 de mayo, apoyada por

Estados Unidos para conseguir una total colaboración popular, fue el detonante para que se generalizase. Muchas de las unidades de voluntarios nativos, armados ingenuamente por Augustín, desertaron y se pasaron al enemigo con armas y municiones. No fueron los únicos, pasó lo mismo incluso con filipinos de unidades pertenecientes al ejército regular que se habían mantenido fieles a España durante la insurrección pero que veían que iba a ser muy difícil echar a los estadounidenses que se habían instalado a las puertas de Manila.



Los ayudantes de campo de Aguinaldo fotografiados poco después de la rendición española, cuando ya estaban en guerra con los Estados Unidos. Visten uniformes españoles capturados de rayadillo. Foto SWPC.

De las tropas y voluntarios indígenas permanecieron fieles a España los Voluntarios Macabebes, los Voluntarios de Papangas, el Tercio de Bayambang y la mitad de las tropas de los regimientos regulares.

Aguinaldo, ya autoproclamado Generalísimo de la insurrección publicó el 24 de mayo una proclama y dos decretos en los que volvía a justificar la ayuda norteamericana para el progreso del país.

En uno de los decretos se prohibía, bajo pena de muerte, el robo, pillaje y atropello contra cualquiera que no hubiera contribuido directa o indirectamente a la toma de armas en la insurrección. En el otro, se amenazaba con el fusilamiento al militar o al enemigo que se presentara a dialogar sin bandera, como trámite obligado, según estos casos tal y como disponía el Derecho Internacional, o sin credencial y documentos justificativos de su status o carácter civil o militar. En el caso de que quien desempeñara esta misión fuera *indio, sería colgado por el cuello en la plaza por espacio de dos horas, con un letrero que dijera: por traidor a la patria*.

Aprovechando que, salvo la fuerte guarnición de Manila, las demás tropas españolas en Luzón estaban divididas en pequeños destacamentos desperdigados por los pueblos y no iban a poder ser auxiliados desde la capital los rebeldes los atacaron. Fueron muy pocas las guarniciones que lograron replegarse hasta Manila, una tras otra fueron cayendo en manos de los insurrectos después de heroicas defensas.

Las operaciones militares de Aguinaldo desde finales de mayo fueron una campaña victoriosa. La vía férrea de Manila a Dagupan, más de 14 km, y el telégrafo de Cavite y Bulacán quedaron interrumpidos desde el 1 de junio.

A mediados de julio toda la Isla de Luzón menos Tayabas, La Laguna, Santa Cruz de la Laguna, Tarlac, Dagupan, Pangasinan, Baler y Manila estaba en poder de los rebeldes.

LA CAIDA DE MANILA

La capital de Filipinas, con más de 300.000 habitantes, era por entonces una de las ciudades más cosmopolitas de Asia. Se había beneficiado de la apertura de la ruta del Canal de Suez que permitía realizar el viaje hasta Barcelona en 30 días y tenía un vapor que mantenía un enlace semanal con Hong-Kong. La ciudad la formaban lo que podríamos llamar el centro, tras las antiguas murallas de defensa y los arrabales de Binondo, Tondo, Sta. Cruz, Quiapo, Paco, Ermita y Malate. Su población era mayoritariamente nativa, un 68%, y china, un 19%. Los españoles, peninsulares o criollos, estaban en clara minoría y no pasaban del 13%.

El bloqueo de la ciudad por la escuadra de Dewey quedó establecido desde el primer día. El 4 de mayo sus navíos hundieron un vapor inglés y el 12 se apoderaron de *El Callao*, que se metió en la bahía sin saber que ya no estaba en manos españolas.

A primeros de junio, mientras los norteamericanos esperaban acontecimientos, los rebeldes, armados por ellos y por los desertores, cercaron la capital.

La defensa se había empezado a organizar a finales de mayo en dos líneas, la interior y la exterior, y dividiendo toda la zona en varios sectores: la ciudad amurallada y la línea desde San Antonio Abad hasta el malecón del sur; la línea de fortines y blocaos; la línea de Muntinlupa a la Piñas; la de Muntinlupa a Taguig; la de Tamborog, Montalban y Mariquina; la de enlace entre Santa Mesa y San Juan del Monte; San Juan del Monte y los arrabales. Todas estaban asistidas por tres

columnas volantes que se desplazarían a donde fueran necesarias.



Un soldado indígena filipino al servicio español. Las tropas nativas, con oficiales españoles, se reclutaban entre tribus guerreras más fieles. Algunos como los igorrotes eran aún caníbales y cazadores de cabezas. Al comenzar la guerra con los Estados Unidos la mayoría seguían armados con los Remington 1871, un potente fusil monotiro, en lugar de los modernos *Mauser* de repetición de las tropas expedicionarias españolas. Foto Ristre Multimedia.

La ciudad estaba poco preparada para un asedio pese a los 15 fortines mandados construir por Primo de Rivera, distanciados un kilómetro uno de otro, que la defendían en su línea exterior. Para asegurarse la lealtad de los filipinos que la habitaban Augustín creó una asamblea consultiva que informara, tras la deliberación con el Gobernador General, sobre asuntos políticos y administrativos, siempre que la autoridad lo estimara oportuno. Estaba presidida por él y la formaban dos tipos de consejeros: natos y de libre elección. Los Natos eran: La Junta de Autoridades, el general en Jefe de Estado Mayor, el Auditor de Guerra, el Gobernador civil de Manila, el alcalde de Manila, un Caballero Gran Cruz en representación de la clase noble, el Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, y el Presidente de la Cámara de Comercio de Manila. Los de libre elección, 20 personas que fueran respetadas dentro de la etnia filipina, por lo que Augustín designó, entre otros, a los jefes de las Milicias: Artemio Ricarte, Baldomero Aguinaldo, Mariano Trías, Licerio Gerónimo, Enrique Flores, Felipe Buen Camino, Pío del Pilar e incorporó a Pedro Alejandro Paterno, perteneciente al grupo de ilustrados que seguían la línea ideológica de Rizal.

El 28 de mayo la asamblea se reunió por vez primera fijando como intereses mínimos la soberanía de España y la representación local ante el gobierno colonial.

El 5 de junio, tras tres días de combates en el río Zapote y otros puntos que se oían desde la capital, se replegaron a Manila las tropas que guarnecían las líneas de defensa más apartadas. Durante esa misma jornada los tagalos atacaron también las trincheras construidas entre el polvorín de San Antonio Abad y el de Caloocan y la barra de La Laguna, en el río Pasig, atrincherándose en sus orillas para que no lo pudiera recorrer ningún barco español.

Por entonces comenzó a mostrarse el descontento de la población civil contra las principales autoridades y empezaron las murmuraciones contra los militares, voluntarios y no voluntarios, acusándoles de falta de patriotismo y de estar poco dispuestos a perder la vida defendiendo a la nación. Las noticias que iban llegando a Manila no ayudaban a desmentirlo. Pronto se supo que el Gobernador de Cavite, Sr. García, había caído en manos del enemigo junto con 80 artilleros y 900 soldados de infantería y cazadores, y que muchos comandantes, siguiendo el ejemplo del teniente coronel Buen Camino, abrazaban ahora la causa independiente.

Comenzaron también a escasear los víveres y a alcanzar los que quedaban precios muy elevados. Las lluvias incesantes estaban contribuyendo a hacer caer enfermos a los soldados. Incluso Aguinaldo pasó aviso al Gobernador para la recogida de prisioneros enfermos que mantenía en su territorio —Cavite y Guadalupe— y que se hallaban en un estado muy lamentable.

Los ataques de los insurrectos fueron ya continuos a partir del 27 de junio. Su estrategia era el ataque nocturno, con tiroteos y disparos de cañón, para evitar que las tropas españolas pudieran descansar. Algo que ya era difícil, pues los frecuentes aguaceros inundaban las trincheras y los soldados permanecían día y noche empapados y con el barro hasta las rodillas. A pesar de todo, los defensores resistieron como pudieron.

La escasez de alimento y leña obligó a Augustín a tasar por Decreto el precio de los artículos de los almacenes de Manila. La falta de agua potable que se produjo cuando las tropas españolas tuvieron que abandonar los depósitos de agua de Carriedo, alejados de Manila, pudo solucionarse con el agua de lluvia.

En el mes de julio, las expectativas para los sitiados se limitaban a las fuerzas que pudiera aportar desde Luzón el general Moret y la escuadra que se esperaba de España.

Monet, que mandaba unos 2.000 hombres en Luzón, obedeció la orden de llegar como auxilio por la provincia de Tarlac. Entró por la Pampanga, pero le frenaron cerca de 4.000 insurrectos en San Fernando. Poco después su columna se dispersó. Él huyó disfrazado, parte de sus hombres intentó llegar por su cuenta a Manila y el resto fue hecho prisionero o se pasó al enemigo. Fue el primer golpe. Cuando se conoció en Manila que la escuadra de Cámara había recibido la orden de regresar a España, a pesar de que la población de la ciudad continuaba esperándola con gran ansiedad, la decepción comenzó a ser mayor que el patriotismo.

¿Qué había pasado con la escuadra?

No nos hemos olvidado de ella, aunque haya cosas de las que sea mejor olvidarse.

Al conocerse en Madrid las noticias de la destrucción de la escuadra de Cavite se organizó otra, con el nombre de Escuadra de Reserva, destinada a acallar las protestas del pueblo y de la prensa, bajo el mando del contraalmirante Manuel de la Cámara y Livermoore para, en palabras textuales del gobierno: *el afianzamiento de nuestra soberanía en el archipiélago filipino*.

La orgullosa flota, formada por el acorazado *Pelayo*, el crucero protegido *Carlos V*, los destructores *Audaz*, *Osado* y *Proserpina*, los transportes de tropas *Buenos Aires* y *Panay* —con 4.000 soldados a bordo entre ambos— y los carboneros *Covadonga*, *Colón*, *San Francisco* y *San Agustín*, partió del puerto de Cádiz el 16 de junio con destino a Port Said, en Egipto, para atravesar el Canal de Suez y poner rumbo a Mindanao.

El 26, la escuadra llegó al puerto egipcio y empezaron los problemas. Alegando las normas del derecho internacional, el cónsul británico impidió que se abasteciera, y el 29, comparando el caso con el sucedido con Dewey en Hong-Kong, la invitaron directamente a que se marchara, aplicando la regla de las 24 horas de estancia máxima en puerto neutral.

Cámara no tuvo otra posibilidad que cruzar el canal y esperar órdenes anclado en el Mar Rojo. Allí recibió la noticia de la escuadra de Cervera y la orden de regresar a toda prisa para defender las aguas españolas. La soberanía en las Filipinas ya no era tan importante.

Se volvía a poner como excusa la defensa de las islas Canarias y de las costas de la península. Una mentira. A los Estados Unidos solo les interesaban el Caribe y el Pacífico, ni tenían, ni habían tenido intención, de atacar ciudades al otro lado del Atlántico, como no la habían tenido los españoles de bombardear Nueva York por mucho que lo hubieran planeado.

El crucero de ida y vuelta por el Mediterráneo duró un mes. El 19 de julio la escuadra ya estaba en Cartagena. Manila no iba a ser socorrida.

Monet frustró las esperanzas de la población. La escuadra les confirmó que el gobierno les había abandonado a su suerte. Una sensación que se agravó cuando llegaron los transportes norteamericanos con tropas de refuerzo[1].

Poco a poco los insurrectos iban aumentando su poder. El 6 de julio llegó el vapor mercante *Compañía de Filipinas* que pertenecía a la Compañía Tabacalera. En el mar de China la tripulación tagala había asesinado al capitán, a la oficialidad y al maquinista, todos españoles, y se había puesto al servicio de la insurrección. El buque, recibido sin ningún problema por Dewey, y rebautizado como *acorazado Filipinas* se unió al *Bulisan*, *Purísima Concepción*, *Taaleño* y *Don Francisco*, barcos que había conseguido Aguinaldo por las buenas o por las malas, formando una escuadrilla más o menos artillada que le permitió ampliar la insurrección a Mindoro y a las provincias del sur de Luzón.

Mientras, Dewey, que no terminaba de fiarse de Aguinaldo, se trasladó con su estado mayor a Bacoor el 14 de julio.

El 20, los norteamericanos se sumaron al cerco de Manila ocupando el sector sur. Acamparon y situaron sus baterías en Parañaque, y atacaron las trincheras y el fortín de San Antonio Abad.

A finales de mes, ya a las órdenes del general Wesley Merritt, se encontraban en Manila 8.500 soldados formando una división compuesta de dos brigadas al mando del general Anderson. La primera, dirigida por el general de voluntarios Arthur MacArthur, estaba formada por 2 batallones del 23 de infantería, un batallón del 14, los voluntarios de Minnesota, dos batallones de Dakota del Norte, un batallón del regimiento de Wyoming, dos del de Idaho y la batería de Astor. La segunda, al mando del general Francis Vinton Greene, la formaban dos batallones del 18 de infantería, un batallón de artillería, una compañía de ingenieros, dos baterías de Utah y voluntarios de los regimientos de California, Colorado, Nebraska y Pennsylvania.

Entre el 30 y el 31, rebeldes y estadounidenses organizaron un ataque conjunto con la intención de romper las defensas. Durante toda la noche y parte de la mañana se realizaron disparos de cañones, ametralladoras y fusiles por toda la línea. Las bajas en las trincheras fueron escasas y en La Ermita se produjeron 3 muertos

por una granada y 10 heridos.

Por parte norteamericana se habían producido 6 muertos y 29 heridos del 10º de Pensilvania; 2 muertos y cinco heridos del 3º de Artillería; 2 muertos y 8 heridos del 1º de California y un herido de la Batería de Utah. No volvieron a intentar un ataque serio en todo el asedio.

El 5 de agosto llegó de Madrid la destitución de Augustín. La causa, sin duda, fue el telegrama que envió al gobierno diciendo que si la escuadra de Cámara había vuelto atrás, él declinaba la responsabilidad de cuanto sucediera. Su sucesor fue el General Fermín Jáudenes y Jáuregui. El cambio, que coincidió con un fuerte temporal en Manila, originó un cambio en la distribución de fuerzas, cifradas por entonces en 67 jefes, 525 oficiales, 32 asimilados, 8.382 soldados españoles y 4.950 indígenas; en total unos 14.000 hombres.

LA ENTREGA A LOS NORTEAMERICANOS

El 7 de agosto, el vicecónsul inglés entregó al general Jáudenes el ultimátum de Dewey y Merrit. Le informaban de que en 48 horas las tropas de mar y tierra de los Estados Unidos bombardearían Manila y le aconsejaban que pusiera a salvo la población indefensa. Jáudenes contestó: no puedo ordenarla ni ponerla en práctica porque, hallándome cercado, carezco de puntos de evacuación donde refugiar el crecido número de heridos, enfermos, mujeres y niños que se hallan albergados en las murallas. Las tentativas de que la plaza se rindiera pacíficamente volvieron a repetirse el 9 de agosto. Jáudenes pidió 6 días de plazo para consulta a Madrid, vía Hong Kong, pero no se lo concedieron.

En cualquier caso el principal problema del capitán general estaba en el interior de las murallas.

La mayoría de los sitiados querían la rendición. Los soldados estaban desfallecidos en las trincheras, y los voluntarios españoles *estaban aburridos de una vida que no era para ellos*. Como no se esperaba ningún socorro desde la península todo era inútil.



Las guarniciones españolas, aisladas la mayoría de las islas, tuvieron una suerte diversa. Muchas de ellas fueron arrolladas por los tagalos, pero otras aguantaron hasta el final de la guerra e incluso más allá. En la foto tiradores españoles defienden una casa asediada por los insurgentes. Foto SWPC.

El 13, a las ocho de la mañana, estadounidenses y filipinos atacaron y tomaron las trincheras mientras el bombardeo que realizaban los navíos de Dewey pasaba por encima de la ciudad.

No tardó en levantarse una bandera blanca en la muralla de San Diego. Poco después, las tropas recibían la orden de retirarse desde la posición de San Antonio a la de Santa Ana. No todos la cumplieron por considerarla falsa y continuaron disparando causando algunas bajas a los norteamericanos.

Durante el resto del día y parte del siguiente, se mantuvo el tiroteo hasta que, poco a poco, todos los hombres de las filas españolas depusieron las armas. Estaba claro que no había habido unanimidad a la hora de cumplir la orden dada por Jáuregui.

A mediodía, una comisión mixta de españoles, estadounidenses y filipinos firmaba las condiciones para entregar la ciudad: la plaza y las tropas capitulaban con todos los honores comprometiéndose a abandonar las armas hasta la firma de la paz definitiva. Los oficiales conservan sus caballos, armas de cinto y propiedad privada. La propiedad pública y fondos del Tesoro serían entregados al Gobierno de los Estados Unidos. Iglesias, museos, centros de enseñanza, biblioteca y toda propiedad privada particular quedaba bajo la salvaguarda de la fe y del honor de los

Estados Unidos.

La bandera española se arrió a las seis en punto de la tarde y se izó la norteamericana.

A los 3 días se supo también que la víspera de la toma de Manila se había firmado el armisticio entre España y los Estados Unidos.

LOS ULTIMOS DE FILIPINAS

El 12 de febrero de 1898 llegó a Baler el destacamento del capitán de infantería Enrique de las Morenas y Fossi, recién nombrado gobernador político y militar del distrito del Príncipe. El pueblo se componía de una iglesia, la casa del gobernador y barracones para la tropa, además de las viviendas de los filipinos. Junto a él llegaban los tenientes Juan Alonso Zayas y Saturnino Martín Cerezo para hacerse cargo de un destacamento de 50 hombres del 2º Batallón Expedicionario.

En abril llegaron noticias de reclutamientos rebeldes en Carranglan, Pantabangan y Bongabon, en la vecina provincia de Nueva Écija. A primeros de junio comenzó la revuelta organizada por Aguinaldo para hacerse con el control de Luzón y algunos filipinos amigos comenzaron a avisarles de que abandonaran el pueblo.

En la mañana del 27, ante un inminente ataque a la guarnición, Baler estaba vacío.

Ante esta situación, el destacamento decidió atrincherarse en la iglesia, llevando consigo las provisiones que quedaban en la Comandancia y los barriles de arroz que había comprado el cura para vender.

El 1 de julio, el primer día de sitio, encontraron cerca de la iglesia una nota del enemigo en la que les informaba que contaba con tres compañías para el asalto y los invitaba a rendirse, como habían hecho la mayor parte de las tropas españolas. No hicieron caso. Previendo un largo asedio y que sería casi imposible salir de la iglesia, comenzaron a construir un pozo en su interior. Hubo suerte y encontraron agua a cuatro metros de profundidad.

Al día siguiente apareció otra nota clavada en una caña de bambú en el suelo. En ella, los insurrectos, al no haber recibido respuesta a la anterior, insistían en las victorias que se estaban produciendo sobre las tropas españolas y les informaban acerca de la caída de casi todas las provincias de Luzón y el asedio de Manila.

El día 4, los sitiados salieron de la iglesia para realizar varias incursiones destruyendo los barracones de la Guardia Civil, los edificios de la escuela y algunas casas cercanas a la iglesia desde las que los filipinos disparaban constantemente. El 8, Cirilo Gómez Ortiz, al mando de las tropas sitiadoras, envió una carta en la que ofrecía una suspensión de las hostilidades hasta la caída de la noche para que las tropas, a las que suponía sin provisiones, descansasen.

Los combates se reanudaron y los filipinos, en un intento más de que los españoles se rindieran, enviaron a varios desertores para que desde el exterior intentaran convencer a la tropa de que también lo hicieran. El 18 de julio llegó una carta para Las Morenas y Gómez Carreño firmada por Leoncio Gómez Platero. En ella, les exhortaba para que depusieran las armas y se rindieran al capitán Calixto Villacorta porque, si así lo hacían, serían tratados con consideración y embarcados rápidamente hacia España. La carta no fue respondida así que a la mañana temprano del día 19 de julio, los filipinos enviaron otra, firmada por Villacorta, con un ultimátum:

Acabo de llegar con tres columnas de mi comando y, enterado de la resistencia inútil que mantenéis, os informo de que si deponéis las armas en el plazo de veinticuatro horas, respetaré vuestras vidas y propiedades, y seréis tratados con toda consideración. De lo contrario, os obligaré a entregarlas. No tendré ninguna compasión de nadie y haré responsables a los oficiales de cualquier fatalidad que pueda ocurrir.

La respuesta española fue enviada a la mañana siguiente: *A mediodía de hoy termina el período fijado en su amenaza. Los oficiales no pueden ser considerados responsables de las fatalidades que ocurran. Nos une la determinación de cumplir con nuestro deber, y deberás comprender que si tomas posesión de la iglesia, será solamente cuando no haya nada en ella más que los cuerpos muertos. La muerte es preferible a la deshonra.*

A mediodía del 20, al finalizar el plazo, los filipinos comenzaron a disparar desde todos los puntos de sus líneas. Desde la iglesia, para economizar munición se incitaba al enemigo a un asalto.

Villacorta volvió a enviar otro ultimátum el 31 de julio. En él amenazaba con utilizar fuego de cañón si no se entregaban al día siguiente. A las doce de la noche comenzó el bombardeo desde el sur, el este y el oeste produciendo algunos daños en las puertas y en el techo, quedando prácticamente a la intemperie.

Hasta el 25 de agosto, cuando ya Manila se había rendido, todo transcurrió sin más novedad que el fuego continuo pero ese día murió la primera víctima de beriberi. Pronto se extendió rápidamente entre los defensores. El 18 de octubre murió Juan Alonso Zayas, tomando el mando Saturnino Martín Cerezo, el 22 por la noche fallecía Enrique de las Morenas.



Tropas filipinas atacan a la guarnición del puesto de Baler.
La inmortal defensa de la guarnición española llamó la atención del mundo entero.
Foto Blanco y Negro.

Martín Cerezo contaba, por entonces, con 35 soldados, un trompeta y tres cabos. Apenas quedaban víveres, aunque había munición suficiente para seguir resistiendo. Los filipinos intentaron varias veces comunicarse con él, pero rechazaba los mensajes pensando que querían engañarle.

En Nochevieja se acabaron las hojas del calendario y las raciones cada vez eran más escasas. Por entonces publicaba el *Diario de Manila*:

Nos consta de una manera positiva que el día 11 del actual se estaba aún defendiendo con heroísmo incomprensible el reducido destacamento de Baler (Distrito del Príncipe).

Extrañeza grande causará al mundo entero la resistencia prolongada de aquel puñado de españoles que, sin perspectiva alguna de auxilio, y, aislados del resto del universo, sostienen con rigor inaudito y con serenidad imperturbable el honor de la bandera jurada, sin más aliento que el recuerdo querido de la Patria ni otra esperanza que la de sucumbir peleando.

Pero más extrañeza que este valor extraordinario causará el abandono en que nuestros gobernantes han tenido y siguen teniendo a aquel puñado de valientes, como si fuese necesario demostrar hasta el último momento de nuestra dominación en Filipinas la incapacidad de las autoridades llamadas a velar por los intereses españoles en estas islas. Sabemos que, por quien corresponde, se telegrafió hace días al Gobierno de Madrid, exponiendo la crítica situación en que debe encontrarse el referido destacamento e indicando la conveniencia de que fuese enseguida un barco de guerra a recoger a aquellos valerosos soldados; y sabemos también que por el Gobierno de la Metrópoli se preguntó dónde estaba Baler, contestándose inmediatamente que en la contra costa de Luzón y señalando al propio tiempo la longitud y la latitud de dicho punto.

El silencio más profundo ha sido la resolución del desdichado gabinete del Sr. Sagasta.

Por otra parte, se ha telegrafiado también al general Ríos rogándole despachara para Baler uno de los buques de guerra que en Ilo-Ilo tiene a sus órdenes, y, a semejanza de nuestro Gobierno, ha dado la callada por respuesta.

¡Qué bien debe gobernarse así!

Pero, dejando ahora aparte las censuras, no debe transcurrir ni un solo momento sin que todos los españoles residentes en Manila gestionemos, por cuantos medios se hallen a nuestro alcance, el auxilio inmediato de aquellos émulos de Numancia y de Sagunto.

Firmada ya la paz entre España y los Estados Unidos y renunciada por nuestra nación la soberanía sobre Filipinas, resulta un crimen espantoso dejar abandonados a aquellos infelices que, por lo visto, han decidido morir antes que entregarse. Y aunque también sabemos que por las fuerzas revolucionarias se ha mandado a un oficial español de los que tienen prisioneros en Nueva Écija para participar al destacamento de Baler el verdadero estado de las cosas a fin de que cesen en su obstinada resistencia y se rindan al gobierno filipino; es también muy probable que aquellos valientes no hagan caso de emisario ninguno hasta que reciban noticias oficiales por conducto que aquellos supongan bastante autorizado. Por esto creemos de urgente necesidad la adopción por nuestras autoridades de cuantos recursos se hallen a su alcance para libertar al heroico destacamento mencionado.

A nuestro modo de ver el general Rizzo debería visitar al almirante Dewey y exponerle la desesperada situación en que se hallan aquellos españoles, al propio tiempo, que la falta de medios con que él cuenta pare poder enviar allí un buque de guerra, solicitando, a este fin, el envío inmediato de uno americano que fuera a recoger a los dignos defensores de la cabecera del Príncipe.

Firmada la paz entre España y los Estados Unidos, no hay desdoro alguno para el general Rizzo en obrar como dejamos indicado. Y estamos seguros que, tratándose como se trata de una labor humanitaria, el almirante americano acudiría gustoso a lo solicitado, y los valientes soldados de Baler podrían llegar en breve a esta capital.



Los supervivientes de Baler tras el final del asedio antes de su repatriación. Los «últimos de Filipinas» se convirtieron en el símbolo del «valor» español en una guerra en la que, en realidad, se combatió mal y sin ideas. Foto SWPC.

Hay que hacer algo, hay que sacudir esa prolongada inercia de nuestros gobernantes, y ya que ni el Gobierno de Madrid, ni el general Ríos han hecho caso alguno de los avisos recibidos, procure el general Rizzo no aparecer como cómplice en aquel modo de obrar y acepte nuestra modesta indicación, abandonando, por un momento, el solitario retiro donde se ha refugiado.

Proseguir por más tiempo sin auxiliar al heroico destacamento de Baler constituiría un crimen inaudito y nosotros creemos bastante honrado al general Rizzo para abrigar la esperanza de que procurará a todo trance no se cometa aquél.

Aguardaremos el resultado de nuestra excitación con verdadera ansiedad, pues no podemos alejar de nosotros, ni por un solo instante, las penalidades que deben sufrir los heroicos soldados de Baler.

Asediados constantemente por un enemigo que es dueño absoluto de todo el territorio de la isla de Luzón, excepto de ese pequeño pedazo de tierra, donde todavía ondea orgullosa la bandera de la Patria; sin municiones casi, pues no es posible que las tengan abundantes después de tantos meses de sitio; sin más víveres acaso que los que les proporcione la pesca; con numerosas bajas, ya de enfermos, ya de heridos; el sufrimiento de aquel puñado de valerosos españoles debe ser tan grande como su heroísmo.

Acúdase pronto a su auxilio, y no hagamos, con nuestro abandono, estériles tales sacrificios; ya que el destacamento de Baler tiene la gloria de ser el único de Luzón que se sostiene a los cuatro meses de capitulada Manila y de perdida toda la isla, tenga también la satisfacción de ser el único de Luzón que no ha tenido que entregar sus armas.

Cerezo y sus hombres se mantuvieron firmes en su posición hasta el 2 de junio de 1899, cuando el teniente encontró en un periódico que les habían dejado una noticia que no podían saber los filipinos: su amigo y compañero el Teniente Francisco Díaz Navarro pasaba destinado a Málaga a petición propia.

El mismo día izaban bandera de parlamento y le entregaba al teniente coronel jefe de las fuerzas sitiadoras el siguiente escrito:

En Baler a 2 de junio de 1899, reunidos jefes y oficiales españoles y filipinos, transigieron en las siguientes condiciones: Primera: Desde esta fecha quedan suspendidas las hostilidades por ambas partes. Segunda: Los sitiados deponen las armas, haciendo entrega de ellas al jefe de la columna sitiadora, como también de los equipos de guerra y demás efectos del gobierno español; Tercera: La fuerza sitiada no queda como prisionera de guerra, siendo acompañada por las fuerzas republicanas a donde se encuentren fuerzas españoles o lugar seguro para poderse incorporar a ellas; Cuarta: Respetar los intereses particulares sin causar ofensa a personas.

Los filipinos aceptaron. Habían acabado 337 días de sitio. El corneta tocó atención y las tropas españolas se prepararon para abandonar su reducto. Los Tenientes Martín Cerezo y Vigil de Quiñones, con la bandera, encabezaban una formación de 2 cabos y 28 soldados agotados que, de tres en fondo y con armas al hombro, abandonaban el último reducto español en el Pacífico, desde marzo de 1521. El 29 de julio de 1899 embarcaban en el vapor *Alicante* camino de España.

7
LA DISOLUCIÓN DEL IMPERIO



La batalla de Paceo, 4 y 5 de febrero de 1899. Las tropas filipinas se enfrentaron tras la rendición española a los norteamericanos. Fue una guerra brutal y feroz en la que cayeron más de 4.000 norteamericanos. El pueblo filipino, por razones directas o indirectas derivadas del conflicto, tuvo más de 200.000 muertos. Obsérvese que los filipinos, en primer plano, usan uniformes y equipo español. Obra de Kurtz & Allison.

Hemos caído ante los Estados Unidos por ignorantes y por débiles. Éramos tan ignorantes que hasta negábamos su ciencia y su fuerza. Es preciso pues regenerarse por el trabajo y por el estudio.

Santiago Ramón y Cajal, *El Liberal*, Madrid 26 de octubre de 1898.

LA PÉRDIDA DE GUAJÁN

Al amanecer del 20 de junio de 1898 el crucero protegido estadounidense *Charleston* llegaba frente a la isla de Guaján, en su camino hacia las Filipinas, junto a los tres transportes en los que viajaba la brigada Anderson que tenía que reforzar las posiciones en Cavite.

Su capitán Henry Glass había recibido órdenes en Honolulu de realizar un reconocimiento de la isla y, si era posible, ocuparla. El *Charleston* se dirigió al puerto de Agana, lo encontró vacío, y prosiguió hasta el de Apra, donde se encontraba el fuerte de Santa Cruz. Dejó a los transportes anclados en lugar seguro fuera del alcance de las baterías del puerto y avanzó hacia su interior con su artillería preparada.

Tras su primera andanada vio con asombro como una barcaza de remos abandonaba el muelle y se dirigía a su navío. En ella viajaban el capitán al mando del puerto, un médico y el hijo del señor Portuach, el comerciante más influyente de la isla, para que hiciese de intérprete.

Vengo a pedirle, dijo el capitán español una vez a bordo, que no tome a descortesía el no haber contestado a sus disparos de saludo. No tenemos pólvora ni cañones.

No es necesario, contestó Glass, España y Estados Unidos están en guerra, considérense ustedes prisioneros.

El último mensaje que las autoridades de Guaján habían recibido de España era del 14 de abril, en él se comunicaba la posibilidad de un acercamiento diplomático que evitara un conflicto armado. Desde entonces nadie se había acordado de los 70 hombres del destacamento de la isla.

El capitán se negó a acatar la orden porque las leyes españolas le impedían obedecer a un oficial extranjero. Glass le dejó regresar para que informara al gobernador militar, Juan Marina, y le notificara que mandaría a un oficial a las nueve de la mañana del día siguiente para establecer los términos de la rendición.

A las nueve y media de la mañana del 21 la partida de desembarco del *Charleston* llegó a la playa. Su oficial se dirigió hacia el lugar que ocupaban las autoridades locales que le esperaban y les conminó a rendir la isla en el plazo de 30 minutos.

Guaján no tenía municiones ni fortificaciones. Su único cañón era del siglo XVIII y se utilizaba, con mucho cuidado de que no explotase, solo para fines ceremoniales.

Pasado el plazo, Marina rendía la isla haciendo constar lo siguiente: *Sin defensas de ninguna clase, ni elementos que oponer con probabilidad de éxito a los que usted trae, me veo en la triste decisión de rendirme, bien que protestando por el acto de fuerza que conmigo se verifica y la forma en que se ha hecho, pues no tengo noticia de mi Gobierno de haberse declarado la guerra entre nuestras dos naciones.*

Avisado Anderson, una compañía del regimiento de voluntarios de Oregón fue desembarcada para ocupar la isla.

Por la tarde, antes de partir, con el gobernador y la guarnición española, Glass se dirigió a destruir las fortificaciones de la isla. Estaban tan deterioradas que no fue necesario.

Lo único que no sabía nadie de la expedición cuando partió hacia Luzón para reforzar el cerco de Manila era que Guaján, como sede de gobernación de la demarcación de las islas Marianas, les habría permitido tomar posesión de todas ellas.

LA VENTA A ALEMANIA

Desde que Dewey ancló en Cavite, Alemania, que como ya hemos visto estaba muy interesada en las posesiones españolas del Pacífico, comenzó a organizar una escuadra con un acorazado y varios cruceros para enviar a Filipinas y a realizar discretos sondeos para conocer la opinión de todas las potencias sobre los acontecimientos.

La respuesta de Gran Bretaña fue tajante: apoyaba las pretensiones de los Estados Unidos y enviaba una escuadra a Manila para proteger los intereses británicos en la zona. Era suficiente para que Guillermo II ordenara a su flota que se mantuviera en un discreto segundo plano y ayudara en lo que pudiera a las autoridades españolas, mientras él esperaba ver qué sucedía con el resto de los territorios.

Una vez firmado el armisticio, las Carolinas y las Marianas pasaron a ser su objetivo. Estaban prácticamente incomunicadas con una metrópoli totalmente absorbida por la evacuación de las guarniciones de Cuba y Filipinas.

Mientras la prensa española hablaba a principios de 1899 de sublevaciones en Ponapé y Balabac, sus poblaciones más importantes, la norteamericana y la británica lo hacían de intrigas alemanas en el Pacífico y de negociaciones hispano alemanas sobre el futuro de los territorios. Unas negociaciones que fueron desmentidas por las autoridades españolas cuando el 1 de junio se anunciaba que el general Ríos, jefe de la comisión de evacuación de Filipinas, enviaba un destacamento al mando del coronel Blanco para efectuar el relevo de la guarnición de las Carolinas.

La opinión pública quedó tranquila, pero solo hasta el día siguiente. El día 2, se inició la legislatura en las Cortes y, en el mensaje de la Corona, se dio cuenta del tratado firmado por Francisco Silvela, ratificado por la reina regente, el 12 de febrero anterior con el imperio alemán. Se le entregaban los tres archipiélagos: las Marianas, las Carolinas y las Palaos. La noticia cayó como una bomba. El tratado, desmentido por el gobierno durante cuatro meses, preveía que España recibiría a cambio 17 millones de marcos, podría instalar un depósito de carbón para la Armada y la Marina mercante en cada uno de los archipiélagos y sus eclesiásticos, agricultores y ganaderos podrían permanecer en las islas con los mismos privilegios de los que disfrutarían los súbditos alemanes. Además se le concedía a España el trato de nación más favorecida en un acuerdo comercial complementario.



Venta del Río, en la desembocadura en la Rada. Se aprecia el pantalán o embarcadero de piedra. Isla de Ponapé, Carolinas Orientales, en 1899. Foto de *La Ilustración Artística*.

El 13 de junio se publicaba en la *Gaceta de Madrid* su primer proyecto.

Dos meses después, el 10 de agosto, zarpó de Manila el transporte *General Álava* para proceder a la entrega oficial de las Carolinas a los representantes alemanes, llevando de paso socorros a los prisioneros españoles que aún quedaban en Luzón. El programa preveía que el barco llegaría a Ponapé del 23 al 25 de septiembre y el 26 se produciría la entrega. El 20 de septiembre había zarpado también el *Uranus* para evacuar las Marianas.

En cualquier caso, no había que preocuparse. Antes de las cesiones, una comisión española había estudiado los lugares idóneos para la instalación de los depósitos de carbón.

LA RETIRADA



La iglesia de Baler, símbolo de la resistencia española en Filipinas y ensalzada años después como si fuese Numancia o Sagunto. En realidad durante el asedio los defensores ignoraban que su gesta no estaba sirviendo para nada.
Foto Ristre Multimedia.

Jamás he sentido como ahora lo que simboliza una bandera. No pude ver cómo era arriada la española en el fuerte de Santiago porque, lo confieso, no tuve valor para ello. Aún me parece estar oyendo el ¡hurra! entusiasta, compacto, solemne, ruidoso, con que las tropas americanas saludaron su bandera al ser izada donde antes ondeaba la nuestra.

Padre Miguel Saderra en *Cartas Edificantes. Noticias de Manila 1898.*

LA CONFERENCIA DE PARÍS

A los dos días de la rendición de Santiago, con toda urgencia y sin contar con la enorme guarnición de la isla, el gobierno español solicitó al presidente de Francia la mediación de su país con los Estados Unidos para suspender las hostilidades.

El 26 de julio, Jules Cambon, embajador de la República Francesa en Washington, le entregaba al presidente McKinley el siguiente mensaje pidiéndole condiciones:

Los Gobiernos de los Estados Unidos y de España están, por desgracia, empeñados en una guerra originada por haber pedido el Gobierno norteamericano que España abandonase su dominación en la Isla de Cuba, demanda a que España no quiso someterse. En la lucha armada, resultado de esta negativa, reconoce España haber sido vencida. Los perjuicios que le ha causado esta guerra son grandes y cree llegado el momento de poder pedir dignamente a los Estados Unidos su cooperación con objeto de terminar la guerra; por lo tanto, ruega que se le den a conocer por medio del embajador de Francia en Washington las condiciones que exigirá de España el Gobierno de los Estados Unidos para concluir la paz.

Cuatro días más tarde, Day, secretario de estado, contestaba a la petición:

—España debía renunciar a la soberanía y a todos sus derechos en la isla de Cuba.

—Como indemnización de los gastos de guerra, debía ceder a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, todas las demás que tenía en las Indias Occidentales y una de las Marianas.

—Los Estados Unidos conservarían en su poder la bahía y el puerto de Manila, como garantía, hasta que se celebrase un tratado de paz en el cual se resolviese la disposición y el gobierno del archipiélago filipino.

—Se debía de proceder inmediatamente, sin aguardar a la celebración del tratado, y tan pronto se aceptasen los preliminares propuestos, a la evacuación de las islas de Cuba y Puerto Rico.

—Cada parte debía nombrar cinco comisarios, que se reunirían en París el 1 de octubre, para negociar el tratado definitivo de paz que quedaría sujeto a rectificación, según las fórmulas constitucionales vigentes en cada país.

—Las hostilidades se suspenderían una vez firmado el protocolo previo.

El 7 de agosto contestó el gobierno de Sagasta rechazando la responsabilidad de la declaración de guerra, dando su conformidad con respecto a Cuba, pidiendo a los Estados Unidos que solicitaran otra compensación territorial en lugar de Puerto Rico, último recuerdo de un pasado glorioso, y entendiendo que la ocupación de Manila sería solo una garantía y que no se renunciaba a la soberanía del archipiélago. Por estas últimas palabras, ya que de ellas resulta que *a posteriori* sí podría renunciar a ellas el gobierno español, venía a decirse lo mismo que indicaban los norteamericanos en sus condiciones.

La evacuación de Cuba pacíficamente, solo por la pérdida de Santiago, y cuando las tropas norteamericanas terrestres estaban enfermas, en malas relaciones con los insurrectos y todavía impresionadas por las bajas del Caney y San Juan, era una barbaridad tan enorme que, al aceptarlo sin protestar, el gobierno norteamericano se colocó en una posición de fuerza durante la negociación insalvable para la mediocre representación diplomática española.

El gobierno norteamericano encargó a Cambón el día 10 que se redactara el Protocolo tomando como base su comunicación del día 30 y añadió que no habría alto el fuego hasta que no se firmara. El día 12, telegráficamente, se mandó el poder al embajador francés y ese mismo día se firmó.

El Protocolo fue aprobado por las Cortes el 14 de septiembre, con la autorización para negociar la paz en París.

El día 18 un real decreto nombraba una comisión presidida por Montero Ríos, presidente del Senado, que, en unión de la que por parte de los Estados Unidos presidía el señor Day, ajustasen en París el tratado definitivo de paz. El resto de los miembros de la comisión eran, por parte de España, los plenipotenciarios Buenaventura Abarzuza, senador del reino; José Cárnica y Díaz, magistrado del Tribunal Supremo de Justicia y diputado a Cortes; Wenceslao Ramírez de Villaurrutia, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de primera clase cerca del Rey de los belgas, y Rafael Cerero, general de división, Comandante general de Ingenieros del primer cuerpo, como secretario Emilio Ojeda, ministro plenipotenciario en Marruecos. Por parte estadounidense, asistieron también los señores Reid y White, que fue reemplazado por el senador Gray, y los senadores Davis y Frye. Como secretario asistió el señor Moore y como intérprete el señor Fergusson.

En el Consejo de Ministros del 20 de septiembre se acordaron las instrucciones a que deberían ajustarse los comisionados españoles. Había tres objetivos, que las deudas coloniales pasaran a Cuba o a los Estados Unidos, conseguir perder lo mínimo posible de Filipinas y la satisfacción del honor de España por la voladura del *Maine*.

Filipinas era el tema que más preocupaba puesto que Manila había capitulado un día después de firmarse el protocolo y su ocupación no era legítima. A la reclamación que se hizo el 7 de septiembre contestaron los norteamericanos el 22, que la capitulación era válida porque la suspensión de hostilidades no surtió efecto hasta la fecha del recibo de la notificación por las autoridades americanas. No hubo protestas.

El tratado tuvo un largo proceso de elaboración y las 22 sesiones desarrolladas en París del 1 de octubre al 10 de diciembre de 1898 fueron lamentables, con una humillante amenaza permanente de ruptura de las conversaciones y vuelta al estado de guerra cuando no se estaba de acuerdo con lo propuesto por los norteamericanos. Unos comisionados cuyas únicas órdenes eran consultar con su presidente por vía telegráfica toda propuesta previamente.

Los comisionados norteamericanos pidieron que se examinasen las cuestiones por partes y empezaron por Cuba. En seguida empezó a tramitarse la evacuación de la isla, pero al llegar a la cuestión de tratar de transferir la soberanía con todas sus cargas las cosas se complicaron. Tras varias sesiones de amenazas norteamericanas e intentos españoles de calmar a sus oponentes, España admitía pagar también la deuda pública de Cuba pese a que la deuda de un país debía de estar unida a su soberanía.

Cuba, y la forma con que presentaban sus conclusiones los comisionados norteamericanos, sin concesiones, alertó a Montero Ríos, que le escribió al duque de Almodóvar el 18 de octubre:

Presumo fundadamente que cosa análoga va a ocurrir respecto a Filipinas. Los Estados Unidos nos impondrán sus condiciones, pero a nada se obligarán en favor nuestro. Así pues, si tal cosa sucede, el Tratado será un hecho singular en la historia diplomática de los pueblos, porque estará reducido a que una de las partes se someta incondicionalmente a las obligaciones y exigencias que la otra le imponga, sin que esta a su vez le reconozca algún derecho, ni le haga concesión alguna.

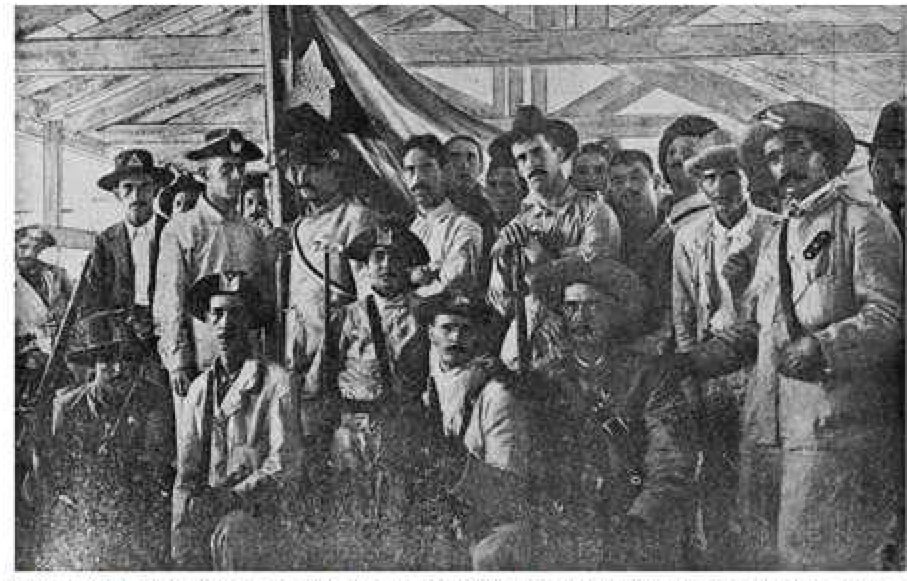
Acabado Cuba y Puerto Rico, comenzaba el tema de Filipinas. El 25 de octubre comunicaron a Washington sus criterios los miembros de la comisión americana. Tres de ellos, Davis, Frye y Reid proponían la adquisición total porque se habían conquistado y era imposible moralmente devolverlas a España, y, en último caso, quedarse con Luzón, Mindoro y las Palaos. Day quería solo Luzón como indemnización de guerra y, por último, Gray consideraba que no debía pedirse nada, que Filipinas no interesaba a los Estados Unidos y que no había lugar en la república para sistemas coloniales ni para tener a pueblos como súbditos[1].

El 28 de octubre, el secretario de Estado, Hay, contestó que lo pidiesen todo. Así lo hicieron, en la sesión del 31de octubre los norteamericanos propusieron la cesión de todo el archipiélago filipino, con toda su propiedad pública, archivos y actas notariales, pero comprometiéndose a asumir la deuda pública contraída en él por España para obras públicas o mejoras de carácter pacífico.

El 4 de noviembre la comisión española contestó con una contraproposición,

rechazando la americana y pidiendo la devolución inmediata de la plaza de Manila, la libertad de su guarnición, la restitución de todos los fondos públicos e impuestos percibidos y la indemnización del perjuicio causado por la retención de aquellas tropas prisioneras.

En la siguiente reunión, la comisión de los Estados Unidos presentó su ultimátum, ofreciendo por la cesión veinte millones de dólares, la igualdad de trato de los buques y mercancías españolas durante diez años en las Filipinas, y el mutuo abandono de todas las reclamaciones posteriores a la revolución de Cuba, exigiendo una respuesta categórica para la reunión inmediata.



Insurgentes cubanos en 1898. Tras la rendición los norteamericanos ningunearon a sus aliados cubanos, a los que despreciaban profundamente. Cuba no obtuvo la ansiada independencia hasta 1903, pero tuvo que ceder a perpetuidad la base de Guantánamo. Foto Ristre Multimedia.

Era un abuso manifiesto al que también se cedió, mientras el resto de potencias no se daban por aludidas esperando los despojos. No se trataba de una indemnización, ya se había señalado en el Protocolo cual era esta: Puerto Rico y Guaján. Para el 28 de noviembre querían la respuesta. Era eso o la guerra.

Montero Ríos presentó tres proposiciones alternativas, partiendo todas de la renuncia de Cuba; la primera, cediendo Puerto Rico y Filipinas con Mindanao y Joló y una indemnización de cien millones; la segunda, cediendo además la isla Cusaye en las Carolinas y el derecho de amarre de un cable, pero reservándose España Mindanao y Joló; la tercera, cesión de todo lo pedido, dejándose para un tribunal arbitral determinar qué deudas y obligaciones coloniales se transmitían con la soberanía. No admitieron ninguna.

El 27 de noviembre se dio orden de ceder una vez más y en la sesión del día siguiente la comisión aceptó la propuesta estadounidense. El 28, Montero Ríos presentó la dimisión, que no fue aceptada por el gobierno.

Dos días después la comisión norteamericana presentaba el proyecto de Tratado definitivo. De todas las propuestas españolas solo se aceptaban la opción a la nacionalidad, limitándolo a los naturales de la península; el uso libre de religión; el establecimiento de agentes consulares; el libre acceso a los tribunales; el fin de todas las causas y procesos pendientes y la propiedad literaria y artística e introducción de obras españolas con franquicia de todo derecho. No se admitían los artículos relativos a la continuación de los contratos sobre obras y servicios públicos, la carga de justicia de tres mil cuatrocientos pesos fuertes sobre el Tesoro de Puerto Rico y cuatro mil sobre el de Manila satisfecha por España al duque de Veragua, la devolución de fianzas y depósitos por obras públicas ya efectuadas y las de arbitraje para resolver las causas y responsabilidades de la catástrofe del *Maine*.

En definitiva, el Tratado que ponía oficialmente fin a la guerra con sus 17 artículos y era sellado el 10 de diciembre de 1898 no hacía sino estipular la independencia de Cuba y Puerto Rico y la entrega a España de 20 millones de dólares a cambio de la cesión de todo el archipiélago filipino y la isla de Guaján. Una vergüenza.

En 1991 un libro de José María de Mena, titulado *Así fue el Imperio Español*, contaba una historia de esas que calan en la imaginación popular. Contaba el escritor y periodista madrileño que cuando se firmó el Tratado de París en 1898, el 10 de diciembre, no se incluyeron entre las islas que se cedían a los Estados Unidos cuatro archipiélagos de la Micronesia, que habían venido, supuestamente a manos españolas de Portugal a cambio de las Molucas y sobre los que, en teoría, España tendría aún derechos de soberanía. Tan pintoresca historia se ha consolidado por causa de la existencia de Internet, que transmite como un virus toda idea rara o llamativa por absurda que pueda parecer. Así que como epílogo a nuestra historia, merece la pena detenerse en esta simpática leyenda que cada cierto tiempo sale a la luz por causa de una carta en un periódico o un comentario en Blog de la Red.

El origen de todo está en la obra de don Emilio Pastor Santos, eminente jurista, patriota, hombre culto y obviamente con mucho tiempo libre, que se dedicó a estudiar de forma exhaustiva los tratados firmados por España con el Imperio Alemán en 1885 y 1899 y con los Estados Unidos en 1898 y llegó a la conclusión, imaginamos que viendo mapas con una enorme lupa, que unos pequeños grupos de islas no pertenecían a las Carolinas, por encontrarse más al sur, ni tampoco a las Filipinas, por lo que no podían, ni debían, ser parte de los territorios entregados a Estados Unidos y Alemania en cumplimiento de los tratados celebrados con ambas naciones y que pusieron fin a la presencia española en el Pacífico. Cargado de argumentos históricos y geográficos, el bueno de don Emilio afirmaba que Os Guedes, Coroa, Los Pescadores y O Acea o Matador eran indudablemente parte de una desconocida *«Oceanía Española»* y para él, sus habitantes debían ser *considerados «tan españoles como los habitantes de las Baleares o Canarias»* (sic).

En cualquier caso, mientras el esforzado jurista investigaba derechos soberanos para España, las minúsculas islas o atolones, de las cuales solo algunas aparecen en los mapas, habían caído teóricamente bajo la soberanía de la Alemania Imperial que a finales de 1899 ocupó los archipiélagos españoles del Pacífico en virtud del tratado firmado con España que le cedía las Carolinas y las Marianas, salvo Guam, que había pasado a soberanía de los Estados Unidos después de la guerra de 1898. Durante la I Guerra Mundial, los japoneses, aliados a la entente declararon la guerra a Alemania y ocuparon sus puestos en China y en las islas del Pacífico, islas que cayeron en manos de los aliados tras la II Guerra Mundial.

Agrupados por los Estados Unidos en un territorio denominado *«Mandato de las Islas del Pacífico»*, se integraron en el *«Territorio en Fideicomiso de las Islas del Pacífico»*. Dicho fideicomiso quedó sujeto a la administración de los Estados Unidos desde el 18 de julio de 1947, por un periodo previsto inicialmente de 40 años.

Entre tanto la investigación de Pastor, que no hubiese pasado de ser un mero pasatiempo de un aficionado a las rarezas de la Historia, fue acogida con interés por el aislado gobierno de la España de la época y tras la reunión del Consejo de Ministros de 12 de enero de 1949, se emitió un nota, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, que decía que:

España se reservó una serie de derechos en Micronesia y que, por otra parte, la especi-pecifica- de los territorios que España cediera en 1899 deja al margen determinados grupos de islas en la misma zona... Estos derechos subsisten plenamente...

Obviamente, lo que dijese la pobre España de la época aislada, miserable y fuera de la ONU daba igual y a nadie le importó..., a nadie menos al general Díaz de Villegas, presidente del Instituto de Estudios Africanos, organismo vinculado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y del que todo el mundo sabía que seguía las férreas directrices del almirante Carrero Blanco, entonces ministro de Presidencia. El Instituto publicó en 1950 una obra, por supuesto de Emilio Pastor Santos, titulada *Territorios de Soberanía Española en Oceanía*, en la que se proponía la ocupación inmediata del territorio y su poblamiento por «cien familias pobres, honradas e industriosas, cuyas cabezas posean un arte u oficio de reconocida utilidad y se encuentren en edad apta para el trabajo y el servicio de las armas». El libro, que leído hoy en día parece la obra de alguien que escribiese bajo los efectos de alguna sustancia alucinógena[1], se detiene incluso en detalles como el barco que puede ser usado para la expedición o cómo financiar y equipar la misma. Todos estos datos suelen figurar en los artículos en Internet sobre el asunto, pura y simplemente porque se copian unos a otros.

Estas islas, separadas en dos grupos, bastante distantes entre sí, eran:

—Os Güedes o Pegan, también llamada Onaka o Freewill —140 O 30′ y 140 O 47′E/ 0 O 47′ y 1 O 8′N—. Un atolón con dos islas, Bras y Pegun, rodeado por un arrecife aproximadamente circular, situado unos 200 km al norte de la península de Vogelkop y las islas

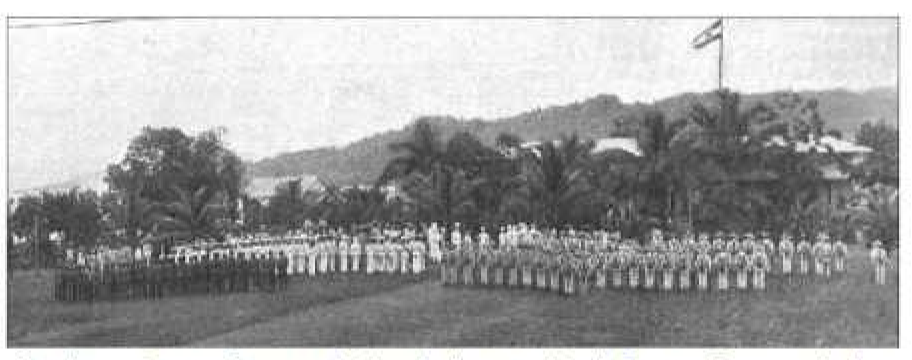
Schouten —Irian Jaya—, hoy Indonesia, que lo denomina Kepulauan Mapia.

—Oroa o Arrecife —147 O 12′ E / 1 O o′ N—. Atolón deshabitado y sin ninguna importancia. No aparece habitualmente en los mapas. Hoy es parte del Estado Libre Asociado a los Estados Unidos de Marianas del Norte.

—Los Pescadores, denominado también *Greenwich*, Kapinga Molong o Piguiram o Kapingamarangi —154,71° E / 1 O 6′ N—. Aparece fácilmente en los mapas y es un atolón circular de pequeña extensión, 1,1 km^2, formado por 33 islotes, con poco más de 500 habitantes a principios de los 80 y forma parte indiscutible de los Estados Federados de Micronesia.

—Acea o Matador —163 O 12′ E / 1 O 30′ N—. Figuraba a principios de siglo XX en los mapas como «*I. Matador*». Grupo de rocas coralinas con escasa elevación sobre el mar, junto a Kapingamarangi. Hoy es parte de los Estados Federados de Micronesia.

El final del fideicomiso se adelantó en el tiempo, y el 3 de noviembre de 1986, los Estados Unidos concedieron una amplia autonomía a la República de las islas Marshall, la República de Palaos y los Estados Federados de Micronesia, territorio en el que están enclavados los minúsculos archipiélagos de presunta «soberanía española», quedando las Marianas del Norte como Estado Libre Asociado a los Estados Unidos —con un *status* idéntico al de Puerto Rico— y Guam como Territorio.



Una impresionante foto para la historia desconocida de España. Fue tomada el 12 de octubre de 1899, Día de la Hispanidad. Las tropas españolas observan formadas a los marinos y soldados alemanes que acaban de izar la bandera del Reich en Ponapé —Carolinas Orientales—. Este acto y los celebrados en las Marianas en el mes siguiente pusieron punto y final al Imperio español. Foto de *La Ilustración Artística*.

Finalmente, se declaró el final del Consejo de Administración Fiduciaria de las Naciones Unidas el 22 de diciembre de 1990, finalizando así el fideicomiso, accediendo la Federación de Estados de Micronesia a la independencia, quedando la defensa y la asistencia económica en manos de los Estados Unidos que garantizan su soberanía, independencia e «integridad», sin que pueda potencia alguna tener pretensiones sobre parte alguna de su territorio, situación reconocida por la Constitución de 1979 y avalada por la ONU, al igual que los territorios que pasaron a ser posesión de Indonesia en la actual Irian Jaya[2].

Por supuesto los gobiernos españoles posteriores a los años 50 jamás volvieron a tratar del tema y tampoco los de la democracia, pues no parece que fuese tema de conversación en la reunión que tuvo en septiembre de 2007 en Nueva York el presidente de los Estados Federados de Micronesia con el presidente del gobierno Rodríguez Zapatero. Es fácil asegurar que ninguno de los dos tenía ni idea de esta historia.

Así que, solo un cuento más.



Los prisioneros españoles de la batalla de Santiago de Cuba desembarcan en Cayo Hueso —Key West—, Florida. El almirante Cervera fue recibido casi como un héroe, pero nada podía ocultar que la flota española había sido barrida del mar. Foto SWPC.

¡Desgraciados los pueblos, desventurados los pueblos que en estas crisis hondas, supremas, terribles de la patria están gobernados, según la maldición divina, por niños y por mujeres!

Juan Vázquez de Mella en su intervención en el congreso el 3 de mayo de 1898, cuando se discutía lo ocurrido en Cavite.

1897

NOVIEMBRE

Día 22.- Moret, ministro de Ultramar de España, presenta los reales decretos por los que se establecen la igualdad de derechos políticos de los españoles residentes en las Antillas y los peninsulares. Se hace extensivo a Cuba y Puerto Rico el sufragio universal.

Día 25.- La Reina Regente de España, María Cristina de Habsburgo, firma los proyectos de decreto de autonomía de Puerto Rico y Cuba.

1898

ENERO

Día 1.- Mediante un decreto, el general Blanco implanta la autonomía en Cuba.

Día 9.- El Embajador de España en Estados Unidos envía una carta que fue interceptada y reproducida por los periódicos, especialmente el *New York Journal* de William Hearst. En la carta se acusa al Presidente McKinley de ser flojo de mente y un pelele de los políticos e industriales. La publicación causó una gran indignación en el público norteamericano.

Día 25.- El acorazado *Maine* llega a la Bahía de la Habana con el pretexto de proteger los intereses norteamericanos, que de acuerdo con la información de los periódicos, eran brutalmente atacados.

FEBRERO

Día 3.- Llega a Puerto Rico el general Manuel Macías y Casado, nombrado Gobernador el día anterior.

Día 15.- A las diez menos veinte de la noche estalla el *Maine* en la bahía de La Habana. Se registran 266 muertes.

Día 17.- Llega a Nueva York en visita de buena voluntad el acorazado español *Vizcaya* en correspondencia por la visita del *Maine*.

Días 20 y 25.- Dos expediciones del vapor *Dauntless* llevan armas y soldados a Camagüey y Matanzas. Las expediciones desde 1895 suman 34 según *Patria*, órgano de los independentistas en Estados Unidos.

Día 21.- El gobierno norteamericano nombra una comisión para investigar las causas de la explosión del *Maine*.

MARZO

Día 4.- Una escuadra naval comienza a formarse en Cádiz con destino a Cuba.

Día 5.- El gobierno español solicita la sustitución del cónsul general Fitzhugh Lee en La Habana acusándole de cooperar con los independentistas. La petición no es aceptada por Estados Unidos.

Día 9.- El Congreso de los Estados Unidos asigna por votación unánime la cantidad de 50 millones de dólares para la «defensa nacional», movilizando a la nación para la guerra.

Día 10.- Julio J. Henna se entrevista con el Senador Logde y Teodoro Roosevelt para discutir la posibilidad de llevar la guerra a Puerto Rico.

Día 13.- Zarpa de Cádiz una escuadra al mando del capitán de navío Fernando

Villaamil con destino a Cuba.

Día 14.- Los insurrectos ejecutan a cuatro de sus generales por intentar deponer las armas.

Es apresado en San Juan, bajo la acusación de espionaje, el periodista William Freeman Halstead, corresponsal del *New York Herald*.

Día 20.- Ramón Blanco envía una carta a Máximo Gómez para unir sus fuerzas y combatir a los norteamericanos. Es rechazada por Gómez.

Día 27.- El presidente McKinley, tras pedir a España la negociación con los rebeldes cubanos y el desmantelamiento de los campos de concentración en Cuba, siempre con la participación de los Estados Unidos —condiciones todas aceptadas por España— dirige un mensaje a la nación, para evitar que su partido se divida, ya que tanto los dueños de la prensa como Henry Cabot Lodge y el Secretario de Guerra de la Marina, Teodoro Roosevelt, entre otros, continuaban exigiendo la guerra.

Día 28.- La comisión norteamericana que investiga el incidente del *Maine* concluye que fue destruido por una mina. Una comisión del gobierno español había determinado que la explosión surgió en la santabárbara del barco, provocada por un incendio en la carbonera.

Día 30.- Parten de La Habana los buques *Oquendo* y *Vizcaya* para encontrarse con Villaamil.

ABRIL

Día 2.- Alemania media para que León XIII intervenga entre las partes en litigio por la voladura del *Maine*.

El presidente autonómico de Cuba, José Mª Gálvez, escribe al presidente McKinley para asegurarle que en la isla hay total libertad.

Día 5.- Washington ordena al cónsul F. Lee que abandone La Habana.

Día 8.- Zarpan de Cádiz los acorazados *Infanta Mª Teresa* y *Cristóbal Colón* al mando del almirante Pascual Cervera.

Día 10.- El general Blanco declara el fin de las hostilidades con los insurrectos. Decisión que estos rechazan.

Día 12.- Regresa a Santiago de Cuba, antes de terminar su permiso, el general de brigada Joaquín Vara del Rey.

Una delegación oficial para la autonomía cubana se desplaza a Santa Cruz del Sur para establecer contactos de armisticio con los jefes insurrectos pero no son recibidos.

Día 15.- Llega a San Vicente, Cabo Verde, la flota de Cervera.

Día 16.- El Vaticano abandona sus gestiones para evitar la guerra entre España y Estados Unidos.

Día 18.- Calixto García escribe al Gobierno de Cuba en Armas para que apoye a las posibles fuerzas norteamericanas que lleguen a la isla.

Día 19.- Resolución conjunta del Congreso de los Estados Unidos que proclama el derecho de Cuba a ser libre e independiente y que autoriza al presidente el uso de la fuerza.

Día 20.- Junta de guerra en Cabo Verde de los oficiales de la escuadra de Cervera. Se decide partir hacia Martinica.

Día 21.- Ultimátum norteamericano a España rechazado por el gobierno de Madrid.

Se suspenden las garantías constitucionales en Puerto Rico.

Día 22.- El presidente de EEUU pide 125.000 voluntarios para combatir contra España. Se declara el estado de guerra en Puerto Rico.

El Congreso Americano aprueba una ley denominada Ley del Ejército Voluntario para poder organizar el Primer Regimiento de Voluntarios, los llamados *vaqueros voluntarios*, que fueron bautizados por la prensa como *Rough Riders —los jinetes rudos—*. Theodore Roosevelt renuncia a su puesto en el gobierno y es nombrado teniente coronel del regimiento.

La flota norteamericana parte de su base de Key West y bloquea los puertos de la costa norte de Cuba y Cienfuegos, al sur, capturando al primer buque español.

Día 23.- La lancha *Ligera*, al mando del teniente de navío Rendón, vence al *Cushing* en Cárdenas en la primera acción de guerra.

El *Elcano* apresa en Lio-Uo, Filipinas, a la fragata *Savanah*, repleta de carbón.

Día 24.- España le declara la guerra a Estados Unidos.

Día 25.- El Congreso de los Estados Unidos le declara la guerra a España, pero tiene que retrotraer la declaración al 21, día de la ruptura de relaciones, ya que había realizado actos de guerra con anterioridad. El presidente McKinley llama a las armas a otros 75.000 voluntarios.

Las tropas de Calixto García ocupan Bayamo e instalan allí su cuartel general.

Día 27.- El comodoro Dewey parte con su flota hacia Manila.

La flota de Estados Unidos bombardea las baterías del Morrillo, en Matanzas.

Día 29.- Sale de Cabo Verde la flota española. Cervera escribe: *Vamos a un sacrificio tan estéril como inútil...*

Comienza el bloqueo del puerto de San Juan de Puerto Rico. Entre los barcos

bloqueadores se encuentran el *Yale*, el *Saint Louis* y el *Saint Paul*.

Día 30.- Los norteamericanos intentan establecer cabezas de playa en La Herradura, Cabañas y Pinar del Río, pero son rechazados.

Blanco deroga el cese de hostilidades con los insurrectos que había declarado de forma unilateral.

MAYO

Día 1.- La escuadra española del Pacífico, del almirante Montojo, es destruida en Cavite por la de Dewey.

Llega a Cuba el teniente Andrew S. Rowan, enviado del gobierno norteamericano, para entrevistarse con Calixto García.

Día 2.- Calixto García envía con Rowan, de regreso a los Estados Unidos, una comisión de tres oficiales dirigida por el general Enrique Collazo.

Día 4.- Nuevo intento fallido de desembarco norteamericano por Pinar del Río.

Apertura solemne en los locales del Casino Español de La Habana del nuevo parlamento insular.

Sale de Key West, Florida, la escuadra del almirante Sampson rumbo a Puerto Rico.

Torpederas españolas derrotan en Cárdenas a una flotilla de torpederas estadounidenses.

Día 6.- Máximo Gómez contacta con el almirante Sampson para facilitarle datos de las posiciones y fuerzas españolas en Cuba.

Día 10.- El gobierno de la república en armas autoriza la colaboración militar con las fuerzas de los Estados Unidos.

El fuerte San Cristóbal, en Puerto Rico, dispara contra el *Yale*.

Día 11.- La flota norteamericana bombardea Cárdenas, Cuba.

Los estadounidenses cortan el cable telegráfico de Cienfuegos tras dos intentos fallidos.

Día 12.- La escuadra de Sampson bombardea San Juan de Puerto Rico en su búsqueda de la escuadra de Cervera.

Día 14.- El crucero *Conde de Venadito* y la cañonera *Nueva España* salen de la bahía de La Habana forzando el bloqueo y disparan sobre los buques norteamericanos que rehuyen el combate. Por la noche regresan a puerto.

La flota de Cervera llega a Curaçao.

Día 15.- El teniente Henry Whitney, en misión de espionaje, recorre la isla de Puerto Rico (hasta el 1 de junio).

Día 16.- El presidente autonómico de Cuba, Gálvez, firma el nombramiento de varios ministros que son refrendados por Ramón Blanco.

Día 17.- Una comisión plenipotenciaria presidida por Domingo Méndez Capote parte hacia Estados Unidos para ultimar los detalles de la colaboración militar entre los insurrectos y los norteamericanos.

Llega a San Juan procedente de Martinica el destructor *Terror*.

Día 18.- Las baterías del Morro y La Socapa, en Santiago, rechazan el ataque de dos buques norteamericanos.

Día 19.- La flota de Cervera llega a la bahía de Santiago. Entran el *Infanta María Teresa*, el *Almirante Oquendo*, el *Cristóbal Colón*, el *Vizcaya* y los destructores *Furor* y *Plutón*.

Con la ayuda de los americanos, el líder de la guerrilla filipina, Aguinaldo, llega a Manila.

Día 21.- Calixto García y García-Menocal escriben a Máximo Gómez para comunicarle la imposibilidad de las fuerzas insurrectas de llevar a cabo la invasión de las provincias de occidente. Gómez se muestra en desacuerdo.

Día 24.- Cervera decide permanecer en Santiago y no salir para La Habana.

Día 25.- La flota estadounidense decide atacar y ocupar Puerto Rico.

Barcos llenos de tropas americanas salen para Manila.

El presidente McKinley pide 75 mil voluntarios adicionales, para la guerra.

Día 26.- Desembarca en Banes, Oriente, una expedición de insurrectos dirigida por el general José Lacret protegida por un crucero norteamericano.

Día 27.- La flota norteamericana, al mando del comodoro Winfield Scott Schley, llega a Santiago para bloquear el puerto.

Día 31.- Confirmada la noticia de que Cervera está en Santiago. Se incorpora al bloqueo el acorazado *New York*, buque insignia del almirante Sampson.

La flota estadounidense intercambia disparos con el *Cristóbal Colón* y las fortificaciones de la entrada del puerto de Santiago.

JUNIO

Día 2.- La flota norteamericana de bloqueo en Santiago cuenta ya con 19 barcos, entre ellos los acorazados *Iowa*, *Indiana*, *Oregón* y *Texas* y los cruceros *Brooklyn*, *New York*, *Gloucester* y *Vixen*.

Día 3.- Sampson ordena el hundimiento del carbonero *Merrimac* en la boca del puerto de Santiago para impedir la posible salida de la escuadra de Cervera.

Día 6.- Bombardeo de las fortificaciones y puerto de Santiago.

Día 7.- Bombardeo de las fortificaciones de Caimanera.

Día 9.- Sampson ocupa la bahía de Guantánamo y desembarca 600 soldados con ayuda de las tropas insurrectas dirigidas por el coronel Enrique Thomas.

Día 10.- El crucero *Conde de Venadito*, los torpederos *Nueva España* y *Vicente Yáñez Pinzón* y la lancha cañonera *Flecha*, bajo el mando del jefe de Estado Mayor de la Escuadra de las Antillas, el capitán de navío José Marenco y Walter, salen del puerto de La Habana para intentar atraer a los buques del bloqueo dentro del radio de acción de las baterías de costa. Los buques estadounidenses rehuyeron el combate.

Día 14.- Continúan los bombardeos sobre la Socapa y el Morro. En Santiago comienzan a escasear los alimentos.

Sale de Estados Unidos el convoy de tropas que invadirá Cuba.

Día 19.- Calixto García se entrevista con el almirante Sampson para preparar el desembarco del ejército del general Shafter.

Día 20.- Reunión en el Aserradero, lugar donde ha trasladado Calixto García su cuartel general con Shafter y Sampson.

Día 21.- Angara, capital de Guam, tomada por fuerzas americanas del navío Charleston. Wake cae más tarde.

Guerrillas insurrectas desembarcan en Sigua.

Día 22.- Combate naval, frente al Fuerte San Cristóbal, entre el *Terror* y el *Saint Paul*.

Desembarco de 6.000 soldados norteamericanos en el sur de Oriente, junto al pueblo de Daiquirí, a 35 km de Santiago, con el apoyo de las tropas de Calixto García.

Las tropas norteamericanas comienzan su avance hacia Santiago.

Día 23.- Escaramuza en las Guásimas entre tropas españolas e insurrectos.

Día 24.- Batalla de las Guásimas. Las tropas estadounidenses encuentran fuerte resistencia española que tras el combate se retira a Santiago. Allí Roosevelt es acompañado por dos corresponsales de guerra que le aclaman como a un héroe.

Días 24 al 26.- Desembarco norteamericano en Siboney. Continúan los desembarcos en Daiquirí. Entre norteamericanos e insurrectos reúnen cerca de 22.000 hombres. La defensa española se compone de unos 8.000 soldados.

Día 27.- 57 soldados españoles al mando del capitán Enrique de las Morenas y Fossí, y más tarde por el teniente Saturnino Martín Cerezo y por el teniente médico Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro, se refugian en la iglesia de Baler, Filipinas.

Día 28.- El *Yossemite* ataca al vapor *Antonio López* y este encalla en Ensenada Honda, Puerto Rico.

Días 28 al 30.- Se lleva a cabo el salvamento de la carga del Antonio López.

Día 30.- Combate de Tayacoba, Cuba. Intento de desembarco estadounidense frustrado por los tropas españolas.

JULIO

Día 1.- Batallas en las colinas de Santiago: El Caney y Las Lomas de San Juan.

Feroz lucha por la capital de la provincia de Santiago de Cuba. En su defensa muere el general Vara del Rey.

Día 2.- El general Francisco Estrada se enfrenta en Palma Soriano a las tropas de refuerzo del coronel Escario. Estrada, derrotado, se retira.

Día 3.- Urgido por el capitán general Ramón Blanco, Cervera intenta romper el bloqueo de salida de la bahía de Santiago. Su flota es destruida.

Comienza el asedio de Santiago y el general Shafter exige por primera vez la rendición de la ciudad.

Llega a Santiago la columna de Escario con más de 3.000 hombres de refuerzo.

Día 4.- Cervera sube prisionero al *Iowa* donde es recibido con honores militares.

Día 9.- El general Shafter insta a la rendición de Santiago. El general Toral se niega.

Día 10.- La artillería norteamericana bombardea Santiago.

Día 16.- El *New Orleans* cañonea en Puerto Rico al *Antonio López*, que está encallado desde el día 28 de junio, y lo incendia.

Día 17.- Tras quince días de asedio el general Toral entrega Santiago. El mando norteamericano prohíbe la entrada de las tropas insurrectas en la ciudad.

Calixto García escribe una enérgica carta de protesta al general Shafter.

Se celebra una asamblea de puertorriqueños en Nueva York que acuerdan ofrecerse como voluntarios del ejército americano en caso de invasión de la isla.

Día 18.- Bombardeo naval de los fuertes de Manzanillo y ocupación norteamericana de la bahía de Nipe.

El general Leonard Wood es nombrado gobernador militar de Santiago.

Día 20.- Zarpa de Charleston, Carolina del Sur, la expedición a Puerto Rico del general James H. Wilson. Zarpa de Guantánamo, Cuba, hacia Puerto Rico la expedición del general Miles.

Los norteamericanos bombardean Santa Cruz del Sur, Camagüey. Ocupado por fuerzas españolas.

Día 22.- España y Estados Unidos abren negociaciones en París con la mediación del embajador francés en Washington, Jules Cambon.

Día 23.- Batalla de Mani-Mani. Tropas españoles impiden el desembarco de refuerzos para los insurrectos.

Día 24.- Zarpa de Tampa, Florida, el brigadier general Teodoro Schwan con 2.896 soldados regulares.

Día 25.- Entra en la bahía de Guánica, Puerto Rico, el *Gloucester*, desembarcando a las primeras tropas norteamericanas. Son tiroteadas por el teniente Méndez y 11 guerrilleros. Los guerrilleros tienen 3 heridos.

Días 25 y 26.- Combate de Yauco. En la zona conocida como Susúa Baja se enfrentan las tropas españolas al mando del teniente coronel Puig con las avanzadas americanas de Garretson. Las tropas españolas tienen 3 muertos y 7 heridos y las americanas 5 heridos. Puig es obligado por sus superiores a retirarse a Yauco y de allí a Arecibo.

Día 27.- Comienza la retirada de Yauco de las tropas españolas, via Peñuelas y Adjuntas, hacia Arecibo. Por la tarde entran las primeras tropas americanas en Yauco y llegan los primeros barcos americanos a Ponce.

Día 28.- Las tropas españolas se retiran de Ponce y desembarcan las norteamericanas. El general Miles realiza la proclama donde se explican las intenciones que sobre Puerto Rico tiene Estados Unidos.

Las tropas españolas que se retiraron de Ponce para evitar la destrucción de la ciudad llegan a Coamo. Parte de ellas permanecerán en el pueblo al mando del comandante Rafael Martínez Illescas.

Las tropas españolas vencen a las norteamericanas en la Batalla de Fajardo.

Día 30.- El presidente McKinley y el embajador francés en Washington llegan a un acuerdo sobre Cuba y España.

Día 31.- Llegan a Guánica y a Ponce las tropas del general Schwan y la expedición del general Brooke. Llegan a Arecibo procedentes de Yauco las tropas del teniente coronel Puig.

Ataque nocturno español a las líneas americanas en los alrededores de Manila.

AGOSTO

Día 1.- Las tropas del general Brooke desembarcan y capturan el pueblo de Arroyo. El capitán Salvador Acha y su guerrilla realizan durante la noche un breve tiroteo a los americanos acantonados en Arroyo. Las fuerzas de Lugo Viña, leales a los americanos, toman San Germán. Infantes de Marina del monitor Puritan, al mando del teniente H. G. Dresset, desembarcan en el Faro de Fajardo. Después de capturar 2 goletas vuelven a su barco.

Día 2.- Se suicida en la playa de Arecibo el teniente coronel Puig. El general Roy Stone, de ingenieros, marcha sobre Adjuntas. El comandante Espiñeira retoma San Germán. Lugo Viña huye hacia Sabana Grande. Infantes de Marina toman el faro de las Cabezas de San Juan, Fajardo.

Día 5.- El general Haines ataca Guayama, que es defendida por el capitán Salvador Acha y 40 guerrilleros. Después del combate, que dura aproximadamente 2 horas, el capitán Acha se retira hacia el Guamaní. Bajas de la guerrilla: 2 muertos y 15 heridos. Bajas americanas: 4 heridos.

Día 6.- Salen de Hato Rey la fuerzas del coronel Pedro del Pino rumbo a Fajardo, vía Carolina y Río Grande.

Día 7.- Comienza desde Ponce el avance de los hombres del general Wilson hacia Coamo. Llegan las tropas del coronel Del Pino a Fajardo. Sin resistencia de ningún tipo, ya que no hay tropas americanas, la ciudad vuelve a manos españolas.

Día 8.- Sale de Ponce hacia Adjuntas el General Guy V. Henry con la brigada Garretson.

Día 9.- Las tropas del coronel Del Pino tirotean el faro de las Cabezas de San Juan defendido por el teniente Charles U. Atwater e infantes de Marina y donde estaban refugiados muchos habitantes de Fajardo. Los americanos contestan con fuego de fusilería, ametralladoras y con los cañones de los barcos que estaban fondeados cerca del faro. El coronel Del Pino se retira a Fajardo. Durante el día los hombres del teniente Atwater abandonan el faro y embarcan en el *Amphitrite*, recuperado de nuevo por los hombres de Del Pino. No hubo bajas en ninguna de las dos partes.

Combate de Coamo: Tropas españolas se enfrentan a las norteamericanas para impedirles avanzar hacia Aibonito. Bajas españolas: 5 muertos y 10 heridos, entre ellos dos civiles. Además fueron hechos prisioneros 167 soldados. Entre los muertos, el coronel Martínez Illescas y el capitán Frutos López. Bajas americanas: 6 heridos. Tras el combate los norteamericanos tratan de seguir hacia Aibonito pero desisten de su intento al ser cañoneados por los defensores de Asomante.

El capitán Walsh intenta un reconocimiento sobre el Guamaní, pero al ser tiroteado por los hombres de Cervera y Acha que defendían esa posición, se ve obligado a retirarse hacia Guayama. Los españoles del Guamaní no sufren bajas, los americanos tienen 5 heridos y 2 desmayados por el calor. Las tropas del general Schwan entran en Sabana Grande.

Día 10.- Las tropas del general Schwan entran en San Germán; las del general Guy V. Henry en Adjuntas.

Combate de Hormigueros: Una columna de 1.447 soldados norteamericanos se enfrenta a 145 españoles al mando de Torrecillas. Bajas españolas: 1 muerto y 9 heridos. Bajas americanas: 3 muertos, 1 de ellos civil, y 18 heridos. Después de agotar las municiones, Torrecillas es obligado por sus superiores a retirarse hacia el Cerro las Mesas.

Las tropas del coronel Soto se retiran desde Mayagüez hacia Las Marías.

Día 11.-Las tropas de Schwan ocupan Mayagüez. Tropas españolas rodean la ciudad para combatir en una batalla que nunca llegará a darse.

Llegan las tropas del coronel Soto a Las Marías. Durante la noche salen hacia Lares, pero son detenidas por la crecida del Río Guasio.

Día 12.- William R. Day, secretario de Estado de los Estados Unidos acepta las proposiciones de paz presentadas por el embajador francés en Washigton, Jules Cambon, en nombre del gobierno español.

El capitán R. D. Potts, su artillería y la escolta de infantería que le acompañaban, mientras marchaban por la carretera de Coamo hacia Aibonito, son detenidos por la artillería del capitán Ricardo Hernaiz y la infantería de Nouvilas que estaban situadas en los altos del Asomante. Las tropas norteamericanas se retiran hacia Coamo. Bajas españolas: 1 herido. Bajas norteamericanas: 2 muertos y 5 heridos.

Día 13.- Las tropas de Schwan llegan a Las Marías.

Ciales, abandonado por las tropas españolas, es tomado por 2 partidas de independentistas puertorriqueños, sin el auxilio de las tropas americanas. Ese mismo día una compañía del 4º Provisional y un grupo de voluntarios recobra el pueblo.

Las tropas de Soto, cuando cruzaban el río Guasio por el vado de Zapata, son tiroteadas y cañonedas por los soldados de Schwan desde las alturas de la Loma de la Maravilla. Aunque la mayor parte de los 1.400 soldados logran cruzar, son hechos prisioneros el coronel Soto, el teniente coronel Oses, el teniente Hernández y 53 soldados. Las bajas españolas son 3 muertos y 9 heridos. Las norteamericanas no se conocen.

Llegan las tropas del general Guy V. Henry a Utuado. Por la noche el general Miles comunica a los defensores de Aibonito, para que se lo hagan llegar al gobernador Macías, la firma del protocolo de paz y la declaración de cese al fuego.

Batalla de Manila. La flota de Dewey realiza un simulacro de bombardeo sobre la capital en un ataque conjunto con la infantería. La ciudad se rinde sin combatir en una batalla que hoy se cree pactada.

Día 14.- Llegan a Arecibo las tropas del coronel Soto, bajo el mando del comandante Jaspe.

Desembarcan en San Juan los oficiales norteamericanos que hacen entrega al gobernador Macías de una copia del protocolo de paz.

SEPTIEMBRE

Día 10.- Primera reunión de la Comisión Conjunta para tratar la evacuación de las tropas españolas y la entrega de la isla de Puerto Rico al gobierno americano. El general Ricardo Ortega preside la comisión española y el mayor general John R. Brooke, la americana.

Día 14.- Repatriación de los barcos españoles: *Isabel II, General Concha, Terror y Ponce de León*.

OCTUBRE

Día 1.- Comienza la conferencia de paz en París.

Día 2.- Comienza la evacuación de las tropas de San Juan.

Día 11.- Un consejo de guerra incoado en Madrid imputa al almirante Cervera y a su segundo José Paredes la pérdida de la escuadra.

Día 16.- Embarcan para España, a bordo del *Covadonga*, el general Macías y su Estado Mayor quedando el general Ortega como último gobernador español en Puerto Rico.

Día 18.- Cesa oficialmente la soberanía española en Puerto Rico. Las tropas americanas ocupan San Juan.

Día 22.- Embarcan en el *Montevideo*, para salir al día siguiente rumbo a España, el general Ortega y las últimas tropas españolas que desde el 18 estaban acuarteladas en el Arsenal de La Puntilla.

NOVIEMBRE

Día 11.- El gobierno norteamericano rechaza oficialmente cualquier reconocimiento del gobierno cubano en armas o autonomista. Solo reconoce a la Corona española. La decisión se la comunica a una comisión encabezada por Calixto García.

Día 26.- El general Ramón Blanco renuncia a su cargo para no ser el último capitán general de Cuba. Es sustituido por el general Adolfo Jiménez Castellanos.

DICIEMBRE

Día 10.- Se firma la paz definitiva en París entre España y Estados Unidos. España cede Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas por 20 millones de dólares.

1899

ENERO

Día 1.- El capitán general de Cuba entrega oficialmente el mando de la isla al general norteamericano John R. Brooke en el salón del trono del Palacio de los Capitanes Generales en La Habana.

FEBRERO

Día 6.- El Senado de los Estados Unidos ratifica el Tratado de París.

MARZO

Día 19.- Doña María Cristina, Reina Regente de España, ratifica el Tratado de París.

ABRIL

Día 11.- Estados Unidos y España intercambian ratificaciones y concluye formalmente la Guerra Hispano Americana.

JUNIO

Día 2.- Tras 337 días de asedio los 33 supervivientes de las tropas sitiadas en Baler son convencidos por los norteamericanos de que España ha firmado la paz y se ha retirado de Filipinas.

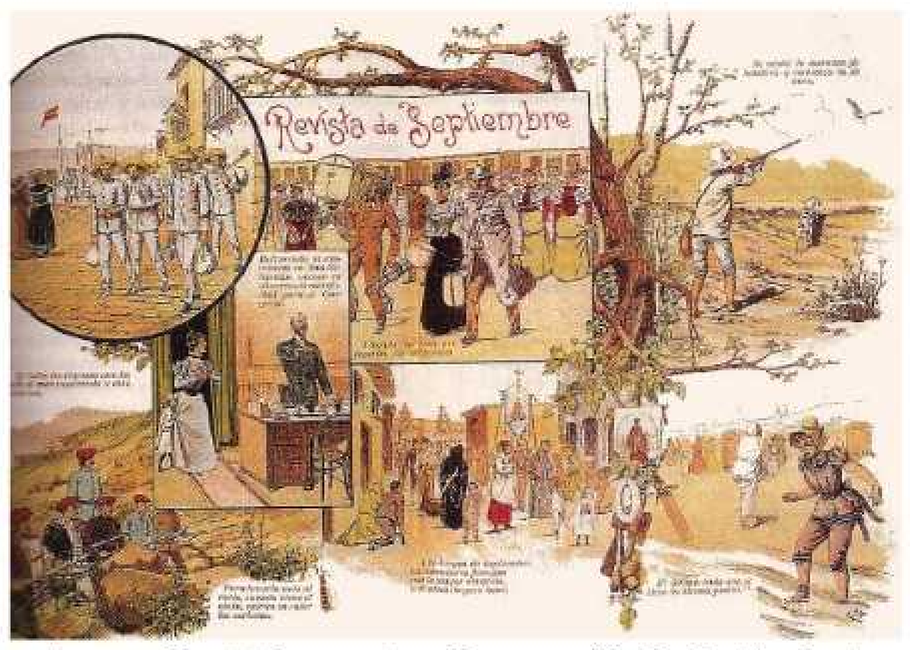


Imagen satírica de la inmensa depresión que sacudió a España al terminar la guerra. Tras el regreso de los derrotados a la vida cotidiana: los acreedores, la caza, los carlistas, las procesiones o el baño veraniego.
El imperio español acababa de morir.
Revista *Nuevo Mundo*.

¡Autogobierno! Esta gente no es más adecuada para el autogobierno que un barril de pólvora lo es para el infierno!

General William «Pecos Bill» Shafter.

TRATADO DE PAZ ENTRE LOS
ESTADOS UNIDOS DE ÁMERICA
Y EL REINO DE ESPAÑA

Firmado en París el 10 de diciembre de 1898.

Recomendada por el Senado su ratificación el 6 de febrero de 1899. Ratificado por el Presidente el 6 de febrero de 1899.

Ratificado por Su Majestad, la Reina Regente de España, el 19 de marzo de 1899.

Canjeadas las ratificaciones en Washington el 11 de abril de 1899. Proclamado en Washington el 11 de abril de 1899.

POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

PROCLAMACIÓN

Por cuanto un Tratado de Paz entre los Estados Unidos de América y Su Majestad, la Reina Regente de España, en el nombre de Su Augusto Hijo, Don Alfonso XIII, se ha ultimado y firmado por sus respectivos plenipotenciarios en París el día diez de diciembre de 1898, del cual Convenio el texto original, en los idiomas inglés y español, dice literalmente lo que sigue:

Los Estados Unidos de América y S. M. la Reina Regente de España, en nombre de Su Augusto Hijo, Don Alfonso XIII, deseando poner término al estado de guerra hoy existente entre ambas naciones, han nombrado con este objeto por sus Plenipotenciarios a saber:

El Presidente de los Estados Unidos de América a:

William R. Day, Cushman K. Davis, William P. Frye, George Gray y Whitelaw Reid, ciudadanos de los Estados Unidos;

Y su Majestad la Reina Regente de España a:

Don Eugenio Montero Ríos, Presidente del Senado;

Don Buenaventura de Abarzuza, Senador del Reino, Ministro que ha sido de la Corona;

Don José de Garnica, Diputado a Cortes, Magistrado del Tribunal Supremo;

Don Wenceslao Ramírez de Villa Urrutia, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Bruselas, y Don Rafael Cerero, General de división.

Los cuales reunidos en París, después de haberse comunicado sus plenos poderes que fueron hallados en buena y debida forma, y previa la discusión de las materias pendientes, han convenido en los siguientes artículos.

ARTÍCULO I

España renuncia todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba.

En atención a que dicha isla, cuando sea evacuada por España, va a ser ocupada por los Estados Unidos, los Estados Unidos mientras dure su ocupación, tomarán sobre sí y cumplirán las obligaciones que, por el hecho de ocuparla, les impone el Derecho Internacional, para la protección de vidas y haciendas.

ARTÍCULO II

España cede a los Estados Unidos la Isla de Puerto Rico y las demás que están ahora bajo su soberanía en las Indias Occidentales y la Isla de Guam en el Archipiélago de las Marianas o Ladrones.

ARTÍCULO III

España cede a los Estados Unidos el archipiélago conocido por las Islas Filipinas, que comprende las islas situadas dentro de las líneas siguientes:

Una línea que corre de Oeste a Este, cerca del 20° paralelo de latitud Norte, a través de la mitad del canal navegable de Bachi, desde el 118 al 127 grados de longitud Este de Greenwich; de aquí a lo largo del ciento veinte y siete (127) grado meridiano de longitud Este de Greenwich al paralelo cuatro grados cuarenta y cinco minutos (4° 45') de latitud Norte; de aquí siguiendo el paralelo de cuatro grados cuarenta y cinco minutos de latitud Norte (4° 45') hasta su intersección con el meridiano de longitud ciento diez y nueve grados y treinta y cinco minutos (119° 35') Este de Greenwich al paralelo de latitud siete grados cuarenta minutos (7° 40') Norte; de aquí siguiendo el paralelo de latitud siete grados cuarenta minutos (7° 40') Norte, a su intersección con el ciento diez y seis (116°) grado meridiano de longitud Este de Greenwich, de aquí por una línea recta, a la intersección del décimo grado paralelo de latitud Norte, con el ciento diez y ocho (118°) grado meridiano de longitud Este de Greenwich, y de aquí siguiendo el ciento diez y ocho grado (118°) meridiano de longitud Este de Greenwich, al punto en que comienza esta demarcación.

Los Estados Unidos pagarán a España la suma de veinte millones de dólares ($20,000,000) dentro de los tres meses después del canje de ratificaciones del presente tratado.

ARTÍCULO IV

Los Estados Unidos durante el término de diez años a contar desde el canje de la ratificación del presente tratado admitirán en los puertos de las Islas Filipinas los buques y las mercancías españolas, bajo las mismas condiciones que los buques y las mercancías de los Estados Unidos.

ARTÍCULO V

Los Estados Unidos, al ser firmado el presente tratado, trasportarán a España, a su costa, los soldados españoles que hicieron prisioneros de guerra las fuerzas americanas al ser capturada Manila. Las armas de estos soldados les serán devueltas.

España, al canjearse las ratificaciones del presente tratado, procederá a evacuar las Islas Filipinas, así como la de Guam, en condiciones semejantes a las acordadas por las comisiones nombradas para concertar la evacuación de Puerto Rico y otras Islas en las Antillas Occidentales, según el Protocolo de 12 de agosto de 1898, que continuará en vigor hasta que sean completamente cumplidas sus disposiciones.

El término dentro del cual será completada la evacuación de las Islas Filipinas y la de Guam será fijado por ambos Gobiernos. Serán propiedad de España banderas y estandartes, buques de guerra no apresados, armas portátiles, cañones de todos calibres con sus montajes y accesorios, pólvoras, municiones, ganado, material y efectos de toda clase pertenecientes a los ejércitos de mar y tierra de España en las Filipinas y Guam. Las piezas de grueso calibre, que no sean artillería de campaña, colocadas en las fortificaciones y en las costas, quedarán en sus emplazamientos por el plazo de seis meses a partir del canje de ratificaciones del presente tratado, y los Estados Unidos podrán, durante ese tiempo, comprar a España dicho material, si ambos Gobiernos llegan a un acuerdo satisfactorio sobre el particular.

ARTÍCULO VI

España, al ser firmado el presente tratado, pondrá en libertad a todos los prisioneros de guerra y a todos los detenidos o presos por delitos políticos a consecuencia de las insurrecciones en Cuba y en Filipinas y de la guerra con los Estados Unidos.

Recíprocamente, los Estados Unidos pondrán en libertad a todos los prisioneros de guerra hechos por las fuerzas americanas, y gestionarán la libertad de todos los prisioneros españoles en poder de los insurrectos de Cuba y Filipinas.

El Gobierno de los Estados Unidos transportará por su cuenta a España, y el Gobierno de España trasportará por su cuenta a los Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, con arreglo a la situación de sus respectivos hogares, los prisioneros que pongan o que hagan poner en libertad respectivamente, en virtud de este artículo.

ARTÍCULO VII

España y los Estados Unidos de América renuncian mutuamente, por el presente tratado, a toda reclamación de indemnización nacional o privada de cualquier género de un Gobierno contra el otro, o de sus súbditos o ciudadanos contra el otro Gobierno, que pueda haber surgido desde el comienzo de la última insurrección en Cuba y sea anterior al canje de ratificaciones del presente tratado, así como a toda indemnización en concepto de gastos ocasionados por la guerra.

Los Estados Unidos juzgarán y resolverán las reclamaciones de sus ciudadanos contra España, a que renuncia en este artículo.

ARTÍCULO VIII

En cumplimiento de lo convenido en los artículos I, II y III de este tratado, España renuncia en Cuba y cede en Puerto Rico y en las otras islas de las Indias Occidentales, en la Isla de Guam y en el Archipiélago de las Filipinas, todos los edificios, muelles, cuarteles, fortalezas, establecimientos, vías públicas y demás bienes inmuebles que con arreglo a derecho son del dominio público, y como tal corresponden a la Corona de España.

Queda por lo tanto declarado que esta renuncia o cesión, según el caso a que se refiere el párrafo anterior, en nada puede mermar la propiedad, o los derechos que correspondan, con arreglo a las leyes, al poseedor pacífico, de los bienes de todas clases de las provincias, municipios, establecimientos públicos o privados, corporaciones civiles o eclesiásticas, o de cualesquiera otras colectividades que tienen personalidad jurídica para adquirir y poseer bienes en los mencionados territorios renunciados o cedidos, y los de los individuos particulares, cualquiera que sea su nacionalidad.

Dicha renuncia o cesión, según el caso, incluye todos los documentos que se refieran exclusivamente a dicha soberanía renunciada o cedida, que existan en los archivos de la Península.

Cuando estos documentos existentes en dichos archivos, solo en parte correspondan a dicha soberanía, se facilitarán copias de dicha parte, siempre que sean solicitadas. Reglas análogas habrán recíprocamente de observarse en favor de España, respecto de los documentos existentes en los archivos de las islas antes mencionadas.

En las antecitadas renuncia o cesión, según el caso, se hallan comprendidos aquellos derechos de la Corona de España y de sus autoridades sobre los archivos y registros oficiales, así administrativos como judiciales de dichas islas, que se refieran a ellas y a los derechos y propiedades de sus habitantes. Dichos archivos y registros deberán ser cuidadosamente conservados y los particulares, sin excepción, tendrán derecho a sacar, con arreglo a las leyes, las copias autorizadas de los contratos, testamentos y demás documentos que formen parte de los protocolos notariales o que se custodien en los archivos administrativos o judiciales, bien estos se hallen en España, o bien en las Islas de que se hace mención anteriormente.

ARTÍCULO IX

Los súbditos españoles, naturales de la Península, residentes en el territorio cuya soberanía España renuncia o cede por el presente tratado, podrán permanecer en dicho territorio o marcharse de él, conservando en uno u otro caso todos sus derechos de propiedad, con inclusión del derecho de vender o disponer de tal propiedad o de sus productos; y además tendrán el derecho de ejercer su industria, comercio o profesión, sujetándose a este respecto a las leyes que sean aplicables a los demás extranjeros. En el caso de que permanezcan en el territorio, podrán conservar su nacionalidad española haciendo ante una oficina de registro, dentro de un año después del cambio de ratificaciones de este tratado, una declaración de su propósito de conservar dicha nacionalidad: a falta de esta declaración, se considerará que han renunciado dicha nacionalidad y adoptado la del territorio en el cual pueden residir.

Los derechos civiles y la condición política de los habitantes naturales de los territorios aquí cedidos a los Estados Unidos se determinarán por el Congreso.

ARTÍCULO X

Los habitantes de los territorios cuya soberanía España renuncia o cede tendrán asegurado el libre ejercicio de su religión.

ARTÍCULO XI

Los españoles residentes en los territorios cuya soberanía cede o renuncia España por este tratado estarán sometidos en lo civil y en lo criminal a los tribunales del país en que residan con arreglo a las leyes comunes que regulen su competencia, pudiendo comparecer ante aquellos, en la misma forma y empleando los mismos procedimientos que deban observar los ciudadanos del país a que pertenezca el tribunal.

ARTÍCULO XII

Los procedimientos judiciales pendientes al canjearse las ratificaciones de este tratado, en los territorios sobre los cuales España renuncia o cede su soberanía, se determinarán con arreglo a las reglas siguientes:

1. Las sentencias dictadas en causas civiles entre particulares o en materia criminal, antes de la fecha mencionada, y contra las cuales no haya apelación o casación con arreglo a las leyes españolas, se considerarán como firmes, y serán ejecutadas en debida forma por la autoridad competente en el territorio dentro del cual dichas sentencias deban cumplirse.

2. Los pleitos civiles entre particulares que en la fecha mencionada no hayan sido juzgados continuarán su tramitación ante el tribunal en que se halle el proceso, o ante aquel que lo sustituya.

3. Las acciones en materia criminal pendientes en la fecha mencionada ante el Tribunal Supremo de España contra ciudadanos del territorio que según este tratado deja de ser español continuarán bajo su jurisdicción hasta que recaiga la sentencia definitiva; pero una vez dictada esa sentencia, su ejecución será encomendada a la autoridad competente del lugar en que la acción se suscitó.

ARTÍCULO XIII

Continuarán respetándose los derechos de propiedad literaria, artística e industrial, adquiridos por españoles en las Islas de Cuba y en las de Puerto Rico, Filipinas y demás territorios cedidos, al hacerse el canje de las ratificaciones de este tratado. Las obras españolas científicas, literarias y artísticas, que no sean peligrosas para el orden público en dichos territorios, continuarán entrando en los mismos, con franquicia de todo derecho de aduana por un plazo de diez años a contar desde el canje de ratificaciones de este tratado.

ARTÍCULO XIV

España podrá establecer Agentes Consulares en los puertos y plazas de los territorios cuya renuncia y cesión es objeto de este tratado.

ARTÍCULO XV

El Gobierno de cada país concederá, por el término de diez años, a los buques mercantes del otro, el mismo trato en cuanto a todos los derechos de puerto, incluyendo los de entrada y salida, de faro y tonelaje, que concede a sus propios buques mercantes no empleados en el comercio de cabotaje.

Este artículo puede ser denunciado en cualquier tiempo dando noticia previa de ello cualquiera de los dos Gobiernos al otro con seis meses de anticipación.

ARTÍCULO XVI

Queda entendido que cualquier obligación aceptada en este tratado por los Estados Unidos con respecto a Cuba está limitada al tiempo que dure su ocupación en esta isla, pero al terminar dicha ocupación, aconsejarán al Gobierno que se establezca en la isla que acepte las mismas obligaciones.

ARTÍCULO XVII

El presente tratado será ratificado por el Presidente de los Estados Unidos, de acuerdo y con la aprobación del Senado, y por Su Majestad la Reina Regente de España; y las ratificaciones se canjearán en Washington dentro del plazo de seis meses desde esta fecha, o antes si posible fuese.

En fe de lo cual, los respectivos Plenipotenciarios firman y sellan este tratado.

Hecho por duplicado en París a diez de diciembre del año mil ochocientos noventa y ocho.

Y por cuanto dicho convenio se ha ratificado debidamente por ambas partes contratantes, y las ratificaciones de los dos Gobiernos se canjearon en la Ciudad de Washington el día diez de abril de mil ochocientos noventa y nueve;

Por lo tanto sépase que yo, William McKinley, Presidente de los Estados Unidos de América, he hecho que a dicho Convenio se le dé publicidad, con el fin de que el mismo y todos los artículos y cláusulas del mismo se observen y cumplan de buena fe por los Estados Unidos y sus ciudadanos.

En testimonio de lo cual firmo la presente y hago estampar a continuación el sello de los Estados Unidos.

Firmado y sellado en la ciudad de Washington, hoy once de abril en el año de Nuestro Señor mil ochocientos noventa y nueve, y de la Independencia de los Estados Unidos el ciento veintitrés.

William McKinley

Por el Presidente,

John Hay,

Secretario de Estado.

ATIENZA PEÑARROCHA, Antonio. *La batalla de Cavite*. Historia 16, núm. 261.

CEREZO MARTÍNEZ, Ricardo. *Hacia el desastre*, Revista de Historia Naval, marzo de 1977.

CERVERA PERY, José. *Marina y Política en la España del siglo XIX*, San Martín, Madrid, 1979.

CERVERA TOPETE, Pascual. *Colección de documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas*, Revista Naval, Madrid, 1986.

DE BORDEJE Y MORENCOS, Fernando, *Consolidación del pensamiento estratégico y naval del siglo XIX*. Revista de Historia Naval, abril 1997.

FORMER, Philip. *La guerra hispano cubana americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*. Akal, Madrid, 1975.

GARCÍA, Dionisio. *El US Army en la guerra de Cuba 1898*. Revista Ristre de Historia Militar nº 6. Editorial Ristre.

GOLAY, Michael. *The Spanish American war*. Nueva York, 1995.

GREGER, Rene: *Spanish-American War of 1898*. Warship International, núm. 1.

KATCHER, Philip. *The US Army 1890-1920*. Osprey, Londres, 1978.

KONSTAM, Angus. *San Juan Hill 1898*. Osprey, Londres, 1998.

MAHAN, Alfred. *Influencia del poder naval en la Historia*. El Ferrol, 1901.

MAS CHAO, Andrés: *La Guerra Olvidada del Filipinas*. Ed. San Martín, 1998.

PÉREZ DELGADO, Rafael. 1898. *El año del Desastre*. Ed. Tebas, 1976.

REGAN, Geofrey. *Historia de la incompetencia militar*. Crítica, Barcelona, 2001.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín R. *El desastre naval de 1898*. Arco Libros, 1997.

---. *El Combate de Cavite: un hito decisivo en la pérdida de Filipinas en 1898*. Revista de Indias, núm. 213.

---. *Política naval de la Restauración*. San Martín, Madrid, 1988.

SALAS LARRAZABAL, Ramón. *Las últimas guerras coloniales*. Ponencia presentada en el II Congreso de Historia Militar, Colección ADALID, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército (EME), Madrid, 1988.

Notas

EN BALER, ISLA DE LUZÓN

1 Nombre con el que los filipinos llamaban a los españoles.

CAPÍTULO 1: LAS CAROLINAS, EL PRIMER AVISO

1 En 1696, se estableció una colonia formada por el padre Duperron y catorce personas más. Las crónicas hablan de que todos acabaron devorados por los indígenas. En 1731 hubo una nueva misión, la del padre Cantena, pero también murió asesinado.
2 *Su Majestad el Emperador de Alemania ha dado su autorización para que las islas Palaos, así como las Carolinas, en las cuales súbditos alemanes han fundado, desde hace ya bastante tiempo, factorías y adquirido terrenos en virtud de contratos de compras concluidos con los indígenas, sean puestas, accediendo a los deseos repetidamente expresados por tales súbditos alemanes, bajo el protectorado de Alemania, salvo los derechos bien fundados de tercero, que el Gobierno imperial, como ya lo ha verificado en todas las adquisiciones análogas de territorios sin dueño, examinará y respetará. Me anuncia igualmente el representante de Alemania en su nota que los buques de la Marina imperial han recibido la orden de arbolar el pabellón alemán en las islas de que se trata en señal de toma de posesión.*

CAPÍTULO 2: OBTENER CUBA A CUALQUIER PRECIO

1 Cuba produjo muchas fortunas en la península que apoyaban económicamente a la clase política; uno de los ejemplos más claros es el del marqués de Comillas, accionista mayoritario de la Compañía Transatlántica de Navegación, una antigua empresa dedicada primero al transporte de esclavos, luego al de emigrantes y finalmente al de soldados.
2 En septiembre de 1897, tras la muerte de Cánovas, Lee declaraba a su llegada a Nueva York: *Nada anunciaba el fin próximo de la guerra en Cuba cuando abandoné La Habana. Los negocios están paralizados y no hay ni la menor esperanza de que mejore la situación.* Apoyándose en sus palabras el gobierno de Washington enviaba una nota al de España declarando que la prolongación de la guerra en Cuba perjudicaba notablemente el comercio y la industria de los Estados Unidos e insistiendo en que esa situación se debería remediar cuanto antes.
3 En 1897, al asumir Sagasta la presidencia del gobierno manifestó que se habían gastado más de 1.000.000.000 de pesetas. La ya abultada Deuda Pública del Estado se engrosó notablemente en 1899, con la adición de los gastos totales de la guerra.
4 1ª Región Militar. Capital Madrid: Madrid, Toledo, Ciudad Real, Segovia, Ávila, Cáceres y Badajoz; 2ª Región Militar. Capital Sevilla: Sevilla, Cádiz, Córdoba, Huelva, Granada, Almería, Málaga y Jaén; 3ª Región Militar. Capital Valencia: Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Cuenca; 4ª Región Militar. Capital Barcelona: Lérida, Gerona, Barcelona y Tarragona; 5ª Región Militar. Capital Zaragoza: Zaragoza, Huesca, Teruel, Soria y Guadalajara; 6ª Región Militar. Capital Burgos: Burgos, Santander, Logroño, Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Álava; 7ª Región Militar. Capital Valladolid: León, Zamora, Salamanca, Oviedo, Valladolid y Palencia; 8ª Región Militar. Capital La Coruña: Orense, Lugo, Pontevedra y La Coruña; Capitanía General de Baleares; Capitanía General de Canarias; Comandancia General de Ceuta y Comandancia General de Melilla.
5 En la provincia de Santiago, donde se darían las operaciones terrestres contra el ejército norteamericano la guarnición tenía que cubrir las jurisdicciones de Cuba, Guantánamo, Baracoa y Sagua; vigilar cuatro líneas férreas; proteger dos zonas mineras; disponer de columnas volantes paras intervenir en caso necesario y guarnecer todos los puestos, fuertes y reductos de la zona.
6 Se construyeron tres trochas o barreras defensivas para evitar que los rebeldes cruzaran a la zona occidental de Cuba. La de Mariel-Majana, al oeste de La Habana, para aislar a Maceo en Pinar del Río y cuyos puntos principales estaban en Alquizar, San Antonio de los Baños y Punta Brava; la de Júcaro a Morón, la más grande, que dividía a la isla de sur a norte, y estaba organizada en tres partes con puestos de caballería, fortines, blocaos de madera, telégrafo y ferrocarril; y la de Bagá, al este de la de Júcaro, en una zona pantanosa e insalubre, pero que nunca llegó a terminarse por su ineficacia y alto coste. En la enfermería de San Isidro, de esta última trocha estuvo destinado el joven capitán médico Ramón y Cajal en 1875.
7 El asesino de Cánovas, el italiano Michele Angiolillo, de 27 años, era muy conocido en los círculos anarquistas de su país y venía a España con la intención de asesinar a la reina-regente, María Cristina de Habsburgo, y a su hijo, el futuro Alfonso XIII, para vengar la ejecución en Barcelona de varios anarquistas. Cuando pasó por París se entrevistó con Ramón Betances para pedirle dinero y este le convenció con 500 francos aportados por él y por el director de *L'intransigeant* de que sería más útil para la libertad matar a Cánovas, el mayor enemigo del

pueblo cubano.

8 Emilio Aguinaldo había nacido en una familia de origen chino y desempeñaba cargos municipales en el lugar donde residía. Al año de comenzar la rebelión de 1896 se hizo con el poder del partido Katipunan y consiguió que sus miembros apresaran a Andrés Bonifacio, su fundador, y a su hermano Procopio. Ambos condenados por sedición y ejecutados el 10 de diciembre de 1897. Cuatro días después aceptaba firmar la paz de Biac na bató y los 400.000 pesos que Fernando Primo de Rivera le ofrecía para exiliarse a Hong-Kong.

9 Era muy frecuente que el calzado se encontrase en un estado deplorable o que ni siquiera existiese, pues muchas veces se perdía en los caminos embarrados y el propio soldado debía conseguir con qué sustituirlo. Fue siempre una fuente de infecciones provocada por los parásitos que penetraban en las plantas de los pies.

10 Le tocó a Sagasta como le podía haber tocado a Cánovas, teniendo en cuenta el turno de alternancia en el gobierno. No lo hizo mejor uno que otro. Cánovas, el 5 de junio de 1891 cuando volvió a ocupar la presidencia, se permitió decir en el Congreso: «lo primero que se necesita son barcos de guerra.» Debía de habérsele olvidado los planes navales que llevaban 10 años echando atrás.

11 Según esa clasificación los buques se dividían en protegidos y no protegidos y dentro de los protegidos se incluían dos clases de acorazados, los de 1ª y los de 2ª, eso suponía que España contaba con 10 cuando solo tenía 1 y Estados Unidos 4, cuando tenía 5 operativos y cinco en construcción. A Berenguer también se le debe que cerrara el arsenal de La Habana en 1885 para ahorrar menos de 400.000 pesetas y desde entonces las reparaciones y el mantenimiento en las Antillas de los grandes navíos, de guerra o mercantes corriese a cargo de empresas estadounidenses.

12 *Temerario, Nueva España, Vicente Yáñez Pinzón, Galicia, Marqués de Molins* y *Martín Alonso Pinzón*.

CAPÍTULO 3: LA DECLARACIÓN DE GUERRA

1 También se decía que recibía información de un conocido hombre de negocios norteamericano pero, si era cierto, su identidad nunca llegó a ser pública.

2 Cuando Williams partió, la flota española se dirigía a Subic, no sabía que deberían dar la vuelta.

3 Los refuerzos que se le iban a enviar y que nunca llegaron consistían en un buque de transporte cargado con setenta minas.

4 Posteriormente se discutiría, sobre todo en España, si el *Olimpia* había consumido gran parte de sus municiones o si le quedaban más que suficientes. Nadie parece recordar que, oficialmente, la flota norteamericana llegaba al combate con sus santabárbaras a la mitad de carga.

5 El *Colón*, construido por la casa Ansaldo para la Marina italiana, se entregó sin los dos cañones de grueso calibre. Los que la empresa presentaba, los números 313 y 325, no eran admisibles, y se pidió su sustitución. Finalmente no llegaron a instalarse y el *Colón* fue a Cuba sin ellos.

6 El defecto principal de la artillería de 14 consistía en que el sistema de cierres era tal que la defensa de la pieza estaba confiada solamente al casquillo metálico del proyectil. Si, lo que sucedía con frecuencia, se agrietaba el casquillo comprado a la casa Armstrong, que era de muy mala calidad, había proyección de gases hacia atrás, se despedía parte del cierre y producía daños en el material y heridas a los sirvientes de la pieza. Cervera pidió a Bermejo que lo solucionara con pedidos a otras casas de municiones a mediados de 1896. Poco antes de que la escuadra partiera de Cádiz en 1898 comenzaron a llegar las primeras remesas y solo se embarcaron 300 de los nuevos proyectiles, el resto eran antiguos.

7 El mismo día que el gobierno conoció la visita del *Maine*, Sagasta telegrafió en seguida al representante de España en Washington para que comunicara que la nación aceptaba esas muestras de cordialidad y simpatía como rectificación de las graves injusticias formuladas por varios oradores del parlamento americano contra España, y procuraría que a su vez buques de nuestra escuadra visitasen los puertos de aquella república.

8 Las relaciones entre Cervera y Bermejo eran muy tirantes. Basta con leer parte de la intensa correspondencia que mantuvieron para comprender que el ministro y el almirante no se iban a poner jamás de acuerdo. Quizás esas discrepancias tampoco fueran lo mejor para la escuadra.

9 Evidentemente, el agregado naval se limitaba a dar una noticia que podía ser o no cierta, pero que en cualquier caso debía tenerse en cuenta.

10 Hay una versión no oficial que defiende que, por envidia, intentó emular a Dewey y tomar San Juan solo, para después rendir la isla. Al no conseguirlo contó que buscaba a la flota de Cervera. Podría ser. De una forma u otra las defensas que encontró no eran las que esperaba y salió de allí a toda máquina.

11 Los barcos estadounidenses dispararon un total de 1.360 proyectiles de los

cuales el 80% no estallaron por estar defectuosos o por estar mal preparados. De los restantes el 20% se quedaron cortos y cayeron en el mar, el 60% fueron largos y cayeron lejos de las baterías, y solo el 20% alcanzaron el blanco. En resumen, solo unos 50 alcanzaron las baterías. Las fortificaciones españolas realizaron 441 disparos, alcanzando únicamente al *Iowa* y al *New York*.

12 No hay duda que el apoyo dado en la junta para que la escuadra fuese a las Antillas le había dejado en muy buen lugar ante el gobierno.

CAPÍTULO 4: CUBA, LA VICTORIA AL ALCANCE DE LOS DEDOS

1 La Ley de Organización Militar se dividió en seis títulos, algunos de ellos subdivididos en secciones, y la integraron ciento ochenta y cinco artículos. En el primero, se dejó declarado que el Ejército Libertador de Cuba era una institución patriótica creada para alcanzar por medio de las armas y por procedimientos revolucionarios la independencia absoluta de todo el territorio de esta Antilla e islas y cayos adyacentes, a fin de constituir una república democrática y cordial.

2 Sus grados eran General en Jefe o Generalísimo, cargo desempeñado por Máximo Gómez; Lugarteniente General, desempeñado por Antonio Maceo y Calixto García Iñíguez; Mayor General, cargo destinado a los Jefes de los Departamentos Oriental y Occidental y los Jefes de los seis Cuerpos del Ejército; General de Brigada, Coronel, Teniente Coronel, Comandante, Capitán Teniente, Sub-Teniente o Alferéz, Sargento 1º Grado, Sargento 2º Grado, Cabo y Soldado.

3 De hecho, la enmienda Teller a la resolución conjunta del Congreso de los Estados Unidos de 19 de abril de 1898 se refería a la renuncia de Washington a ejercer soberanía jurisdicción o dominio sobre la isla excepto para su pacificación.

4 El cañonero *Sandoval*, de 100 toneladas y armado con un cañón de 57 mm y otro de 37 mm, se había encargado de minar la bahía de Guantánamo el 23 de abril con 46 minas que, como sucedería durante todo el conflicto, resultarían defectuosas. El 25 de julio, el cañonero, que en todos sus enfrentamientos con los buques norteamericanos no había sufrido ninguna baja, fue hundido por su propia dotación, para evitar su captura, aunque posteriormente sería reflotado e incorporado a la Armada norteamericana con el mismo nombre.

5 *Bijarú, junio 7 de 1898. Al General Pedro Agustín Pérez Participándole haber recibido todas sus comunicaciones. Ordenándole que reúna el mayor número de fuerzas armadas y desarmadas a Bijarú para armarlas y parquearlas marchando él con la Armada sobre Santiago de Cuba vigilando los puestos de Siboney, Juraguá, Dayquirí, etc. por si se efectúa algún desembarco de fuerzas americanas, con lo cual se secundarían los planes del General en Jefe del Ejército americano. Previniéndole que por ningún concepto permita que las guarniciones españolas de Sagua y Guantánamo se reúnan entre sí y mucho menos con las de Santiago de Cuba. Incluyéndole una orden para el Brigadier Demetrio Castillo para que se le incorpore. Calixto García.*

6 Pese a lo que pueda parecer por la cantidad de generales, regimientos, batallones y brigadas con que se denominaban para dar la imagen de un ejército organizado, las unidades rebeldes no superaban los sesenta o setenta hombres.

7 La orden fue enviada por tierra en mano de dos *propios*, guerrilleros cubanos que combatían a las órdenes españolas, que fueron capturados e inmediatamente ahorcados.

8 Se pueden leer dos experiencias del combate; la del *marine* Frank Keeler es bastante real, la del corresponsal Stephen Crane del *World* de Nueva York sin ninguna duda muy exagerada.

9 Los vigías del *Resolute* y el *Eagle* habían confundido una flotilla de barcos propios con la flota auxiliar del almirante Cámara que había partido desde Cádiz hacia Filipinas.

10 Una pequeña batería, la de la Socapa, que alcanzó al *Texas*, fue la única respuesta española.

11 Historiadores cubanos defienden que no hubo ataques españoles porque el ejército cubano de liberación se mantuvo todo el tiempo hostigando al español para que no atacase el punto de desembarco norteamericano. No es del todo cierto, sí es verdad que las fuerzas de Demetrio Castilla cubrieron a las norteamericanas, pero no lo es menos que la actitud conservadora de los mandos españoles empeñados en mantener a cualquier coste la línea defensiva de Santiago impidió un ataque de grandes proporciones que hubiese podido producir un enorme desastre en las filas estadounidenses.

12 Las raciones se fueron reduciendo para economizar de forma constante y cuando se combatió en El Caney y la loma de San Juan eran de arroz con aceite, café, azúcar y aguardiente. Esto no se suele tener en cuenta pero es de gran importancia a la hora de valorar aún más la gesta de la infantería española.

13 Joseph Wheeler, a cuyo mando estaba la división de caballería del 5º ejército había sido coronel de caballería del ejército confederado. Cuando fue a Cuba tenía 62 años y llevaba 10 como senador promoviendo la reconciliación entre los estados del norte y del sur.

[14] La unidad al mando del teniente coronel Theodore Roosevelt estaba formada por duros peones y vaqueros de Nuevo México, Arizona y Texas y por algunos deportistas y jóvenes de la alta sociedad del este atraídos por la aventura y su deseo de participar en la lucha.

[15] Sobre la conducta de los oficiales norteamericanos en Las Guásimas cuenta Donald Barr Chidsey en su obra La Guerra Hispanoamericana 1896-1898: *El coronel de los Rough Riders, Leonard Wood, un oficial de carrera, permaneció impasible como una estatua de un indio en una tienda de tabaco; pero el teniente coronel Theodere Roosevelt saltó de un lado a otro como un niño con ganas de ir al lavabo. Otro que sucumbió a la excitación fue el general Figthin Joe Wheeler que cuando vio a los españoles que se retiraban se golpeó la rodilla con el sombrero y gritó: ¡Vamos muchachos, los yanquis de mierda están huyendo!*

[16] Era coronel del Regimiento de Infantería Simancas y se encontraba en una comisión de servicio procedente de Guantánamo, pero no había podido regresar y se le encomendó el mando de la primera línea defensiva de San Juan.

[17] Si había órdenes escritas, pero varios de los correos resultaron abatidos por los tiradores españoles cuando llevaban los mensajes.

[18] La tenacidad que pusieron los rebeldes en la defensa de Aguacate para demostrar a Shafter que tenían razón hizo pensar a Escario que se estaban enfrentando a otra columna de tropas españolas que estuviese allí acampada. Tras comprobar con los toques de ordenanza que no era así prosiguieron el ataque hasta conseguir quedar dueños del campo.

[19] Combatieron constantemente contra los insurrectos cubanos. Sus bajas eran 3 oficiales heridos, 27 soldados muertos y 68 soldados heridos.

[20] Shafter confundía la columna de Escario con otra que estaba preparando Pando pero que Blanco no dejaba que partiera.

[21] Se han escrito miles de páginas sobre la escuadra de Cervera y por qué salió por la mañana de un día claro y despejado. Cada escritor busca sus propias razones e intenta adaptarlas a lo sucedido: Deseo de una muerte heroica; cumplimiento estricto de las órdenes a cualquier precio; intento de que los previsibles náufragos fuesen socorridos cuanto antes... Solo Cervera sabía en ese momento por qué lo hacía, todos los escritos posteriores, incluidos los suyos, no dejan de ser justificaciones.

[22] Pese a todo, el tiro norteamericano fue muy malo y los impactos de todos los calibres en los buques españoles, pocos, el *Teresa* encajó 10; el *Vizcaya* 25, el *Oquendo* 57 y el *Colón* 6. El tiro español no fue mucho mejor, el *Brooklyn* recibió cerca de 40 impactos, el *Iowa* 11; el *Oregon* 3; el *Texas* 2 y el *Indiana* 1.

[23] Cervera y el resto de supervivientes fueron hechos prisioneros y trasladados a los Estados Unidos. Las bajas contabilizadas en la escuadra de Cervera fueron en total 332 muertos y 197 heridos, pero muchas veces se olvida que estas cifras son desde que salió de Cabo Verde hasta que regresó a España. Hay que tener en cuenta que defendiendo San Juan tuvo 71 bajas, por enfermedad o deserción se contabilizaron otras 70 o 75 y que cuando, en el *Harward*, los vigilantes dispararon sobre los presos españoles hubo otras 19. Según cifras oficiales los norteamericanos tuvieron un muerto y un herido. Unos números que, sin ninguna duda, parecen demasiado bajos y fruto de la suerte o la manipulación.

CAPÍTULO 5: LA INVASIÓN DE PUERTO RICO

[1] Mucho interés por combatir tampoco había. El mismo día dos lanchas de infantes de Marina al mando del Teniente H. G. Dresset desembarcaron en las cercanías del faro de Fajardo. Su ocupación provocó que las tropas españolas que se encontraban en Fajardo se retiraran hacia Luquillo para reorganizarse. El 5 de agosto, al confirmar que estaba desprotegida, los norteamericanos entraron en la población y arriaron la bandera. Dos días más tarde, al ver que se acercaban tropas españolas huyeron precipitadamente hacia el faro. Se reembarcaron a toda prisa el 9 de agosto.

[2] Hubo bastantes consejos de guerra al volver a la península, cosa que no había ocurrido en Cuba.

CAPÍTULO 6: LAS FILIPINAS, DESDE CAVITE A LA RENDICIÓN DE MANILA

[1] A mediados de junio desembarcó la brigada del general de voluntarios Thomas Anderson y se atrincheró en Cavite, Parañaque y Maytubig, frente a las posiciones españolas de San Antonio Abad, a la espera de más efectivos y material.

CAPÍTULO 8: LA RETIRADA

[1] En sus alegaciones comentaba a sus compañeros: *Si nosotros nos hubiéramos apoderado de Cádiz y los carlistas nos hubiesen ayudado, ¿hubiéramos debido seguir haciendo la causa de estos después de la guerra y retener la ciudad? Tanto el interés como el deber nos habrían obligado a abandonar del mismo modo a Cádiz que a Manila.*

[1] El libro tiene detalles geniales, como la pretensión de establecer una factoría en la isla de Perejil, objeto de una disputa con el Reino Unido en 1886.

[2] Irian Jaya, la antigua Nueva Guinea Oriental, era parte de las Indias Orientales Holandesas, y pasó a Indonesia después de 1969. Los islotes «españoles» eran parte del territorio que los japoneses ocuparon después de 1914 a los alemanes.